

*Historia y misterio
de los templarios*

*El tiempo revela todas las cosas: es un charlatán
y habla hasta cuando no se le pregunta.*

EURÍPIDES

INTRODUCCIÓN

Luis XV fracasó a consecuencia de los errores y vicios seculares, en un intento, ya tardío e ineficaz, de contener la disgregación del reino. Trató de llevar a cabo ciertas reformas en favor de los más pobres y desprotegidos (los campesinos). Impuso una política de austeridad y pretendió distribuir, mediante adecuadas medidas fiscales, el costo del saneamiento del Estado; pero no pudo o no supo, sin embargo, contentar a nadie, atrayéndose la hostilidad general hacia él y hacia la Monarquía.

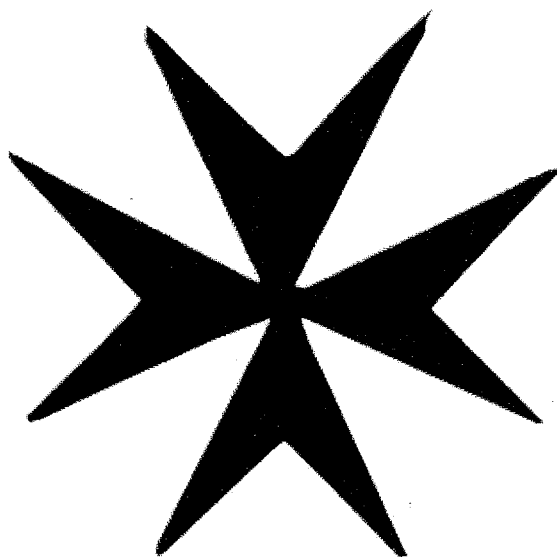
Cuando murió, en 1774, su nieto y sucesor de 20 años, Luis XVI, que era un buen hombre, carecía evidentemente de la inteligencia política y de la fuerza de voluntad precisas para corregir los defectos de las iniciativas del reinado anterior y saber aprovechar sus aspectos positivos, que también los tenía. Bajo su reinado, Francia se encaminaba ineluctablemente hacia la parálisis económica y el desastre sociopolítico que constituyeron el germen del movimiento revolucionario que, dominado por su esposa, María Antonieta de Habsburgo, y rodeado de políticos y consejeros incapaces, egoístas e intrigantes, no logró evitar.

Los inicios de la Revolución Francesa, su desarrollo y consecuencias, por su extensión y complejidad, no podemos ni debemos —por escapar de nuestro propósito— resumirlos, ni siquiera sucintamente, aquí. El 21 de setiembre de 1792, la Convención decretaba el fin de la Monarquía y la proclamación de la República. Bajo la presión de los elementos más radicales, se inició un proceso contra el infeliz monarca (11 de diciembre de 1792 al 20 de enero de 1793), durante el cual éste se comportó con la más profunda dignidad, y pese a los argumentos favorables de algunos moderados, la Convención acabó declarándole culpable de conspirar contra la libertad de la nación y de atentar contra la seguridad del Estado, siendo condenado a la pena capital —por 380 votos contra 310—, disponiéndose que ésta fuera ejecutada el día siguiente (21 de enero) en la Plaza de la Revolución (actualmente, Plaza de la Concordia).

Diversos autores cuentan —extremo no confirmado históricamente— que aquella mañana, un espectador enardecido consiguió romper el cordón de seguridad formado por

soldados y miembros de la Guardia Nacional; subió al patíbulo y, mojado sus dedos en la sangre del rey muerto, salpicó con ella a los más próximos, gritando: *¡Yo te bautizo, pueblo, en nombre de la libertad y de Jacques de Molay!*, y se afirma, también, que algunos vocearon: *¡Jacques de Molay, estás vengado!*...

JACQUES DE MOLAY, FUE "OFICIALMENTE" —AL MENOS—, EL ÚLTIMO GRAN MAESTRE DE LA ORDEN DEL TEMPLE...



EL ORIGEN DE LAS CRUZADAS

El profeta Mahoma falleció en Medina el 8 de julio de 632. En sólo dos décadas había conseguido lo que parecía imposible, transformar a su pueblo por completo. Si bien no existía todavía ningún organismo común al mismo y persistía el individualismo, su innegable genio unificador hizo que los árabes fuesen adquiriendo conciencia de sí mismos, saliesen de la ignorancia y de la anarquía (en gran parte debidas a sus antiguas creencias politeístas), o hiciesen en definitiva entrada —por la puerta grande— en la historia de la civilización... *Aún más, su nueva religión iba a darles fuerzas para lanzarse a la conquista del mundo...*

Un siglo bastó a los árabes para extender su imperio. Comenzaron, pues, por lanzarse a la depredación de sus más inmediatos vecinos. Se trataba de dos grandes imperios fuertemente centralizados —en realidad, no pasaban de colosos con pies de barro—, bizantinos y persas, cuya secular rivalidad les empobrecía y debilitaba. Su administración era muy pesada y poco abierta a innovaciones y su intransigencia en materia religiosa insoportable, lo que no hacía sino provocar el descontento, por otra parte muy justificado, de sus respectivos súbditos; por ello, los árabes encontraron (al igual que en la España del 711) eficaz apoyo en la mayoría de la población, que —sin ofrecer resistencia— le abrió las puertas de las ciudades... Por otra parte, como norma general, los árabes no eran “destructores”; sentían indiferencia hacia las civilizaciones que sometían, permitiéndolas seguir funcionando en provecho propio y tomando de ellas lo que les convenía.

Jerusalén, cuna de la Cristiandad, cayó (con más pena que gloria) en manos de los árabes en el 638, y aún cuando Bizancio había realizado durante muchos años desesperados esfuerzos por conquistar Tierra Santa, muy poco había logrado en su continua lucha contra los musulmanes. Por otra parte, dejando atrás consideraciones políticas y militares, resulta sumamente difícil considerar a estas luchas como una “Cruzada” propiamente dicha, o algo —al menos— que pudiera parecersele, ya que nunca fueron libradas y sentidas en nombre de la fe y prevalecieron otras exigencias sobre las religiosas. Por otra parte a finales del siglo X, el Imperio —ya bastante reducido— se hallaba en una difícil fase de restauración... Sin embargo, en aquellos lugares aún permanecían muchos cristianos, y en Jerusalén jamás habían cesado las peregrinaciones, debido a la costumbre de la Iglesia de invitar a los pecadores a solicitar el perdón de sus faltas, especialmente las más graves junto al Santo Sepulcro. Por otra parte, y sin menoscabo para Santiago de Compostela o la propia Roma,

la más alta meta de cualquier peregrino, tras un viaje no exento de toda clase de peligros e incomodidades, que solía durar muchos meses y carente, salvo para los más pudientes, de las más mínima infraestructura que los mitigase, era precisamente Tierra Santa.

“Las peregrinaciones a Jerusalén, símbolo aceptado de la ciudad celestial, se fueron haciendo usuales —destaca Juan Eslava Galán— en una Europa cuya curiosidad, afán de saber y poder económico habían crecido notablemente en los últimos tiempos.” Los Santos Lugares estaban, a la sazón, bajo el dominio de los califas abbasíes, que no sólo toleraban estas piadosas visitas, sino que teniendo muy en cuenta que Jesús tenía destacado puesto entre los profetas del Islam, las respetaban y favorecían. . . Al fin y al cabo la afluencia de peregrinos proporcionaba elevados ingresos.

Pero entre finales del siglo X y principios del XI (en medio de la confusión y la oscuridad del milenio), la situación se modificó totalmente. Los nuevos conquistadores —bajo la influencia de refinadísimas civilizaciones, por decadentes que fueran: la bizantina y la persa, habían perdido paulatinamente su primitiva inclinación natural a la lucha, descuidaron sus fronteras, circunstancia que supieron aprovechar los turcos seljúcidas (pueblo nómada, procedente de la estepa Kirguis, convertido al Islam en el siglo VIII), que bajo la dinastía de Seljud, de quien tomaron el nombre, emprendieron la conquista de sus vecinos, sometiendo los actuales territorios del Turquestán, Afganistán e Irán, no sin vencer alguna resistencia. En el año 1055 su caudillo, Toghrul beg, consiguió apoderarse de Bagdad y se hizo proclamar Sultán de Oriente y Occidente, es decir, defensor de la ortodoxia islámica.

No satisfechos con tales éxitos, los seljúcidas iniciaron la ocupación de Mesopotamia, Siria y Hejaz (incluida La Meca), atreviéndose a irrumpir en tierras del Imperio bizantino, respetado por los árabes desde tiempo atrás. Toghrul beg penetró en Capadocia y Frigia. Su sucesor, Alp Arslam (1063-1072), invadió —a sangre y fuego— Armenia y Georgia, avanzó por Anatolia y conquistó Alepo (Siria), y cuando el “basileus” Romano IV Diógenes trató de recuperar Armenia, fue estrepitosamente derrotado y hecho prisionero en Manzikert (actual Malazkirt), en 1071. Bizancio jamás pudo reponerse del golpe y al descalabro siguieron varios años de desórdenes y anarquía, por lo que la conquista del Asia Menor debió resultarle muy fácil. Antioquía escapó del dominio bizantino y Jerusalén fue arrancada a los árabes. Así, en 1087, su nuevo soberano, Malik Shah (1072-1092), pudo permitirse templar su yatagán en aguas mediterráneas. *Ni árabes ni griegos lograron reaccionar eficazmente ante tales desastres. . .*

• • •

Sin embargo, este Imperio, levantado por la fuerza, no tardaría en decaer, debido a las guerras intestinas, los atentados de la secta heterodoxa de los “asesinos” (sobre la que nos

extenderemos) y las deserciones de los emires, que se independizaban, concluyendo por agotarse —escindido en pequeños Estados— a finales del siglo XII.

Como consecuencia del cambio de dominación, el Santo Sepulcro ya no estaba en manos de musulmanes tolerantes, sino de fanáticos despiadados (que muy posiblemente habían interpretado mal las enseñanzas del Profeta). Los peregrinos que regresaban —si podían— de Tierra Santa relataban historias terribles de matanzas y vejaciones de que eran víctimas los cristianos de Oriente, historias que continuaron circulando, convenientemente “corregidas y aumentadas”, incluso cuando ya la situación había comenzado a suavizarse.

En el año 1081, el emperador bizantino Alejo I Comneno —muy a pesar suyo— hubo de permitir el asentamiento de los seljúcidas en Nicea (a escasa distancia de Constantinopla) y aceptar la pérdida de las provincias asiáticas, aunque sin llegar a resignarse, como un mal menor e inevitable. Desde su ascenso al trono en 1096 (año en que intentó vanamente recuperar Nicea), la defensa de las provincias europeas y de la propia capital, así como la reconstrucción interna del Imperio absorbieron todas sus energías. Y ya, relativamente seguro, viendo la imposibilidad de recuperar por sí mismo los Santos Lugares, no dudó en dirigirse al Pontífice Urbano II (Odón de Lager, elegido en 1088), solicitando ayuda. *Desde ahora, el relevo de los bizantinos parecía corresponder a los reinos de Occidente...*

• • •

En Europa Occidental, sin embargo, emperadores, reyes, magnates, y poderosos en general, tenían otros problemas, incluso cuando los musulmanes de Tunicia arrebatan a los bizantinos la isla de Sicilia, conducidos por su emir Ziyadat Allah (827), aun cuando en la centuria anterior ya habían efectuado algunas incursiones con bastante éxito. Por si esto fuera poco, lograron apoderarse de otros territorios italianos, donde establecieron bases, desde las que llevaban a cabo expediciones depredadoras. Estos tomaron tamaña contrariedad con bastante calma, y sólo parecieron perderla cuando los tunecinos se atrevieron a llevar sus incursiones contra la misma Roma, llegando a saquear las basílicas de San Pedro y San Pablo (846), por entonces situadas en extramuros; de cualquier forma, la reacción de éstos fue tan lenta como, inexplicablemente poco enérgica. El pontífice León IV se vio precisado a disponer la construcción de fortificaciones defensivas en la zona de San Pedro y del Vaticano (Ciudad Leonina), al otro lado del Tíber. Finalmente, por iniciativa del mismo Papa, fuerzas militares de Roma, Nápoles, Gaeta y Amilfi vencieron a los musulmanes en aguas de Ostia (849), lo que no dio fin a tales incursiones hasta que las ciudades de Pisa y Génova se sumaron a la lucha... más bien porque peligraban sus actividades comerciales, que por otros motivos más espirituales...

Sólo el ejemplo español, combatiendo a los musulmanes en una auténtica “cruzada nacional”, conseguiría despertar la conciencia de una gran cultura y religión europeas a las

que era preciso proteger, por encima y al margen de los intereses políticos y nacionales de cada país. En el curso de estas luchas se fue formando un nuevo sentimiento: la idea de una “guerra santa”, lógica consecuencia de la “guerra justa” contra los infieles —proclamada por la Iglesia—, obra pía que aseguraba la salvación... *A tales consideraciones, se fueron sumando las numerosas y no siempre justificadas prevenciones, difundidas ampliamente en Occidente con relación al mundo musulmán, considerado pagano y bárbaro...* Todas las manifestaciones del tímido renacer económico y demográfico (de cuyas causas y efectos no vamos a ocuparnos, por el momento) operado después de los “temores del milenio”, pasando por el resurgimiento rural, la intensificación del comercio y la pujanza creciente de las potencias marítimas italianas, en detrimento de Bizancio, habrían de influir de una u otra manera en las “Cruzadas”. *Al ardor de la inquieta y, a veces turbulenta clase de los caballeros, que buscaban cauce a sus aspiraciones y ambiciones, se le presentó una tarea que les permitió concretar esta esperanza (los “de a pie”, llegar a caballeros y éstos a enriquecerse): la liberación de los Santos Lugares...*

...Mandó repartir el Cid todo aquel botín, sin falta, / y ordenó a sus quijoneros que a todos diesen la carta. / Sus caballeros comienzan a cobrar ya su soldada, / y a cada uno de ellos tocan cien marcos de plata / y a los peones les toca de ello la mitad exacta...

Poema de Mio Cid

Por su parte el papado alentó la formación de aquellos conceptos... Corrían los tiempos de la lamentable “Lucha de las Investiduras”, y el predicar las “Cruzadas” formaba también parte de la lucha entre el poder espiritual frente al temporal. Ya Gregorio VII (1073-1085) había abogado por ayudar a los bizantinos, aunque sin éxito. Pero sería Urbano II (1088-1099) quien finalmente lograría unir los esfuerzos europeos, bajo el signo de la Cruz, en una expedición guerrera colectiva. En marzo de 1095 recibió en Piacenzia (Emilia-Romagna), donde asistía a un Concilio, a los embajadores del emperador Alejo, quienes le transmitieron la petición de éste, a fin de que animara a los fieles de Occidente para que ayudaran a los cristianos de Oriente en su lucha contra los turcos. Para Urbano II otro fin debería ser alcanzado: la liberación de Palestina y Siria, además de debilitar al Islam, lo obligaría a aflojar su presión sobre el Imperio bizantino, lo que favorecería la reconciliación entre Oriente y Occidente, poniendo fin al Cisma, con el consiguiente restablecimiento de la primacía romana.

Antiguo prior de Cluny, hombre enérgico, piadoso monje, dotado de una gran cultura, flexible y cauto, había sido uno de los colaboradores más notables del Papa Hildebrando (Gregorio VII), y merced a sus cualidades, de todos conocidas, había sabido imponerse. Convocó un nuevo sínodo en Clermont (Auvernia, Francia) en el que deberían ser tratadas determinadas cuestiones eclesiásticas y estudiarse la empresa de la “Cruzada” (18 de noviembre de 1095).

¡DIOS LO QUIERE...!

Nueve días después, y ante un inmenso gentío, que por no caber en la catedral, se congregó al aire libre —pese a la inclemencia del tiempo— compuesto por personas de todas las clases y estamentos, venidos de lejos, en su mayor parte, el Pontífice se dispuso a pronunciar un histórico discurso, del que resumimos algunos fragmentos:

—Cristianos, tengo malas nuevas... Los turcos, unos seres ruines e infames, que dieron la espalda a Dios, han invadido Tierra Santa, incendiando, matando y saqueando... —Hizo una estudiada pausa y preguntó—: ¿Quiénes, si no vosotros, están llamados a vengar esta injusticia, a reconquistar los lugares donde nació, vivió y subió a los cielos Cristo Nuestro Señor...? —Y advirtiendo el efecto que sus palabras causaban entre el auditorio, arengó—: Marchad y luchad contra esos bárbaros, marchad y luchad por la liberación de los Santos Lugares. ¡Dios lo quiere!...

Y así, al grito de *¡Dios lo quiere!*, dio comienzo la primera de las ocho cruzadas.

• • •

Aquel grito, que se repetiría infinidad de veces, evidenció un auténtico espíritu de verdadera Cruzada, ya que a diferencia de otras empresas anteriores, que perseguían objetivos bastantes más limitados, Urbano II añadía una finalidad religiosa. A los cruzados se les prometía no sólo la absolución de sus culpas, sino también —mientras durase su ausencia— la asistencia de la Iglesia a sus familias y bienes, desinteresada de todo beneficio terrenal. “Fue una réplica sublimada —comenta H. Laming— contra la «djhâz» decidida por Mahoma, y respondía a un paciente anhelo de los pontífices, estimulados por el temple español en su heroica Reconquista.”

De entre los predicadores que extendían entre las masas la idea de la Cruzada, el más célebre fue un tal Pedro de Amiens, más conocido como Pedro “el Ermitaño”, personaje magro, moreno de piel, antiguo soldado de Flandes (nacido hacia 1050), amargado por su corta estatura y deformidades físicas, prematuramente viudo, atormentado y deprimido, que había tomado la decisión de aislarse del mundo (en el fondo no era más que un vulgar misántropo), vestido con tosco sayal y viviendo como un eremita, lo que hizo bueno su apodo. Había pasado algunos años en Tierra Santa y, “persuadido” de haber tenido una

serie de “visiones”, se entrevistó con el Pontífice, portador de una carta del Patriarca Simón, en la que se exponían los agobios sufridos por los cristianos en Jerusalén. Solicitó permiso para predicar y éste se lo concedió de buena gana.

Así “el Ermitaño” recorrió las ciudades, pueblos y campos de Francia, Italia y Alemania, con los pies descalzos, la cabeza descubierta, vestido con su habitual sayal de burdísima lana, y ceñido con un cingulo de esparto, unas veces a pie y otras montado en una mula. Su ruda, pero ardiente elocuencia, ya que su cultura era muy limitada, conseguía levantar a las ignorantes masas, labriegos y artesanos especialmente, no tardando su figura en verse deformada por la leyenda. Gracias a él y a otros predicadores errantes, como el famoso Gualterio “sin Hacienda”, la llamada del Papa prendió de manera eficaz en la conciencia de numerosos espíritus... *Fueron muchos los que despertaron su vinculación personal con los Santos Lugares y que, cosiendo sobre su pecho dos tiras de paño rojo, en forma de cruz (“cruce signati”) se convirtieron en cruzados...*

Sin embargo, y conviene destacar el hecho de que, en esta ocasión, los reyes y príncipes no parecieron muy predispuestos a tales abnegaciones; gran parte de las adhesiones corrieron a cargo de los caballeros —circunstancia, como se verá posteriormente, muy digna de tenerse en cuenta—, sobre todo los barones formados, muchos de ellos, en el más elevado espíritu de servicio y defensa de los valores cristianos. Cabe destacar a Godofredo de Bouillón (que en el conflicto entre el Papado y el Imperio se había pronunciado por este último), *ya que dominaba la impresión de que se hallaba en juego el destino del cristianismo*. Lamentablemente, resultó imposible evitar que entre los contingentes movilizados por la más auténtica y generosa fe, se infiltrarán indeseables, llevados por el mero afán de lucro, que vieron en esta empresa, la oportunidad de enriquecerse y de convertir cualquier acto por reprochable que fuese, en una encomiable proeza.

Pese a las instrucciones y recomendaciones del Papa, que se reservó el mando supremo (más bien, una especie de supervisión) de la empresa, que delegó en Ademaro, obispo de Le Puy (actual Departamento del Alto Loira), en el sentido de formar diversas unidades disciplinadas en torno a sus respectivos jefes, las turbas impacientes se apresuraron a ponerse en camino... Y así lo hicieron, desde Francia, Alemania e Italia, en una marcha desordenada, acompañada por actos de vandalismo, donde muchos judíos fueron víctimas inocentes...

...Teniendo en cuenta que se trataba de una expedición guerrera, los contingentes militarmente ineficaces que acudían a la convocatoria constituían un estorbo más que una ayuda, pero, no obstante, nadie fue rechazado. Decenas de miles de campesinos y artesanos malbarataron sus pertenencias para adquirir dinero y armas con las que concurrir a la Cruzada. Muchos llevaban consigo a sus mujeres e hijos.

Todo el bloque de los países latinos se entregó a una frenética actividad. La improvisación y falta de coordinación de los mandos era tal que se prepararon simultáneamente varias expe-

diciones. Había una cruzada oficial, capitaneada por la alta nobleza y supervisada por el Papa, y otras varias cruzadas populares más o menos espontáneas, caracterizadas por la indisciplina de sus componentes... Atravesaron Europa cometiendo tropelías y saqueando a su paso las ciudades cristianas...

Los Templarios y otros enigmas medievales,
Juan Eslava Galán

...Así llegaron a Constantinopla, en el verano de 1096. “Aquellos soldados —relata la princesa Ana, hija de Alejo Comneno, autora de *La Alexiada*, obra épico-histórica sobre el reinado de su padre— iban acompañados por una multitud de gente inerme, más o menos numerosas que las arenas en la playas y que las estrellas. Llevaban a cuestas palmas y cruces, y había mujeres y niños.”

• • •

Escaparía de nuestro propósito, no sólo por razones de espacio, la descripción de estas campañas (que, con intervalos, duraron entre los años 1095 al 1270), y que jamás, al menos desde el punto de vista militar, obtuvieron el resultado apetecido. No obstante, propiciaron nuevos e interesantes intercambios culturales, sociales y económicos; por lo que nos vamos a limitar a resumirlas, tanto en cuanto sus vicisitudes presenten alguna relación con los temas que nos ocupan.

Con más entusiasmo y avidez de riqueza que disposición para la lucha y no sin incidentes graves con los húngaros y los bizantinos —sus forzosos aliados—, pasaron gran parte de los “cruzados” al Asia Menor, donde estuvieron a punto de ser aniquilados cerca de Nicea (actual Iznik, Turquía) por los turcos, por lo que una buena parte de los supervivientes optaron por regresar a sus países, mientras que otros permanecieron en territorio bizantino en espera de la llegada de los ejércitos regulares. En la primavera de 1097, reforzados por la caballería y un contingente bizantino, cruzaron nuevamente el Bósforo, iniciando exitosamente las operaciones. Tal vez por la absoluta falta de cohesión entre sus adversarios, lograron apoderarse de varias ciudades, pero sistemáticamente incumplían sus pactos con armenios y bizantinos, malquistándose con éstos.

El 4 de junio de 1098, lograron —gracias a la astucia y coraje de Bohemundo de Tarento (también Bohemundo de Altavilla), hijo de Roberto Guiscardo, duque de Apulia— apoderarse de Antioquía; pero habiéndose retirado ofendidos los bizantinos, acabaron padeciendo tan riguroso asedio por los turcos que las privaciones les causaron más bajas que las armas enemigas. Se vieron precisados a comerse sus propios caballos, lo que obligó a los supervivientes a compartir los que quedaron, *montando dos hombres en cada uno*. Tras diversas vicisitudes, victorias y desavenencias, el 7 de junio de 1099 llegaban los cruzados ante las murallas de Jerusalén, ciudad que asediaron y tomaron, por salto, el viernes 15 de

julio, entregándose al saqueo y causando una feroz matanza entre sus habitantes, pese a las exhortaciones de la mayor parte de sus jefes a la clemencia. “La ciudad —describió el arzobispo Guillermo de Tiro— ofrecía tal espectáculo, tal carnicería de enemigos, tal efusión de sangre, que los propios vencedores quedaron impresionados de horror y de desagrado”, y otro testigo presencial corroboraba: “La carnicería fue tal que la sangre les llegaba a los nuestros hasta los tobillos...” Sin embargo, esa misma noche, los vencedores, descalzos, se dirigieron a los Santos Lugares... Todos cayeron, rostro en tierra, con los brazos en cruz: “Cada cual creía tener ante sí el cuerpo crucificado del Cristo, y les parecía también que ellos estaban a la puerta del cielo...”

• • •

Los vencedores debían desde ahora organizar sus conquistas de alguna manera, y el Papa, en los últimos años de su pontificado, no manifestaba ya el mismo interés por la Cruzada. Por otra parte, la mayoría de los cruzados, considerando cumplido ampliamente su voto, emprendieron el camino de regreso, y los que permanecieron se dispusieron a ocupar de forma definitiva los territorios de Siria y Palestina, que fueron divididos en varios Estados. Balduino, hermano de Godofredo de Bouillón, requerido por el príncipe armenio de Edesa (la actual Urfa, Anatolia, Turquía), para que le auxiliase contra los turcos, terminó por apoderarse del trono, dando lugar al condado de Edesa, que resistió los ataques de éstos hasta 1144. Por su parte, Bohemundo de Tarento —ya príncipe de Antioquía— tuvo ocasión de ampliar sus dominios, aunque, posteriormente, sufriera varios reveses y cautiverio, por lo que decidió regresar a Italia, donde falleció en 1111. Sin duda, el más importante de estos Estados era el reino de Jerusalén, que correspondió a Godofredo de Bouillón, y quien lo aceptó, no sin algunas “reservas”, renunciando “por modestia” al título de rey, conformándose con el ambiguo y aparentemente más humilde de “Defensor del Santo Sepulcro” (“Advocatis Sancti Sepulchri”), y del que no disfrutó por mucho tiempo, ya que murió el 18 de julio de 1100, no sin haber derrotado a los egipcios en Ascalón (Norte de Gaza, Israel) y extendido sus dominios hasta Samaria (meseta al Oeste de Jordán, actualmente dividida entre Jordania e Israel) y Galilea (situada entre Israel y Líbano, limitada al este por el Jordán y al oeste por el mar Mediterráneo), mientras que el arzobispo de Pisa, Daimberto —que trataba de instaurar allí el dominio del Pontificado—, se convertía en Patriarca de Jerusalén.

A Godofredo le sucedió su hermano, que reinó con el nombre de Balduino I, y si bien, no se distinguió por sus excesivos escrúpulos, pasó a la historia como hábil político y magnífico estratega. Acabó imponiéndose a todos sus hermanos de armas, consiguiendo en 18 años no sólo aumentar sus Estados (arrebatao a los egipcios gran parte de la costa palestina y del litoral libanés, donde constituyó para Raimudo de Saint-Guilles, prestigio-

so jefe, y sus herederos el condado de Trípoli, que subsistiría desde 1109 a 1289), sino que hizo que los demás Estados francos aceptasen, aunque fuera nominalmente, su soberanía. *Sin embargo y aunque la Monarquía era hereditaria y sin "ley sálica", la forma de gobierno era, ante todo feudal, inspirada en el modelo francés.* En principio, el monarca, era elegido por los barones, que limitaban sus poderes, y de los que dependía cuando precisaba de ellos en su lucha contra el infiel, y como la soberanía de los reyes de Jerusalén era más formal que sustancial, residía bastante menos en éstos que en la nobleza, reunida en Consejo (o Alta Corte). El soberano al ser elevado al trono, se veía constreñido a prestar el juramento ante éste de respetar las prerrogativas y franquicias feudales; además, tampoco le era dado ni legislar ni otorgar feudos sin su consentimiento. *Este estado de cosas se fue gradualmente acentuando, especialmente cuando la realeza cayó en manos débiles, como así sucedió.*

• • •

Las Cruzadas no originaron un verdadero fenómeno de la "colonización", ya que, como se ha mencionado, una gran parte de los cruzados terminaban por repatriarse, por lo que para repoblar ciudades y campos Balduino I hizo venir, de lugares que seguían bajo dominación musulmana, cristianos de ritos griego o sirio. Y, en pocos años, los conquistadores se fueron enriqueciendo y adaptando a su nueva patria. Así, junto a las estructuras políticas, militares y administrativas —de origen europeo—, permanecieron vigentes estructuras y usos locales, dentro de ciertos límites, sobre todo en el ámbito judicial, que adoptaron a su vez los inmigrados. Finalmente, y con el paso del tiempo, la tolerancia extendida a todos los credos y, especialmente, los matrimonios mixtos y las exigencias comunes acabaron por determinar cierta armonía entre unos y otros...



LOS ORÍGENES DEL TEMPLE

La dominación franca en Tierra Santa resultó siempre bastante precaria, hasta el extremo que difícilmente los cruzados hubieron podido mantenerse en sus Estados, de no ser porque su fuerza se vio incrementada (más en calidad que en cantidad) por la creación de Órdenes Militares como la del Temple y por la transformación de la del Hospital.

Algunos integrantes de las Órdenes de Caballería consiguieron amalgamar la institución caballeresca con la monacal, no siempre en pos de los mismos fines, ni siguiendo idénticos caminos: de esta forma nacieron las Órdenes Militares, cuyo objeto era la defensa de ciertos lugares u objetos que, por su particularísima preciosidad o valor, quedaban expuestos a la violencia o rapacidad de los descreídos. *De esta forma, la caballería sufrió una importante transformación en sus objetivos. Y lo que antes era la defensa del honor, de la mujer, del débil, el amor, etc., se convirtió, en las mismas, en la defensa de los denominados Santos Lugares.*

• • •

La Orden de “San Juan de Jerusalén”, conocida también como “Caballeros Hospitalarios” (y, posteriormente, “Caballeros de Malta”), fue fundada en el año 1099 por un grupo de comerciantes de Amalfi (Salerno, Campania). Inicialmente no tenía más misión —muy digna de encomio, por cierto— que la de patrocinar un establecimiento benéfico, hostería y hospital a la vez, para la asistencia de los peregrinos pobres o enfermos en la Ciudad Santa; así como la de llevar a cabo otras obras de caridad. Algunos años después, un santo personaje, Gerardo de Provenza (que fue su primer rector), y su sucesor Raimundo de Puy (en 1104), le confirieron carácter militar, convirtiendo a sus miembros en “monjes-soldados.” *Por el contrario, los “Caballeros Templarios” fueron combatientes desde sus orígenes.*

Ambas Instituciones habrían de proveer al reino de Jerusalén de lo que más precisaba: un pequeño, pero aguerrido ejército permanente que, por su bravura, mejor organización y espíritu de sacrificio, rendiría inapreciables servicios a la causa latina. Desde un principio apoyaron su presencia militar en un sistema de fortalezas situadas en los puntos más amenazados. Algunas, construidas por los Hospitalarios, como la famosa “Krak de los

Caballeros” (condado de Trípoli, Siria, actual Líbano), consistían en plazas fuertes, bien guarnecidas y dotadas de todo lo necesario para resistir violentos asaltos o largos asedios, como quedaría demostrado posteriormente, levantadas en salientes sobre escarpadas colinas, con un doble cinturón amurallado, flanqueado por torres redondas. Las de los Templarios se inspiraban en modelos bizantinos o árabes, con torres rectangulares y profundos fosos, como se verá en el correspondiente capítulo.

• • •

Después de la conquista de los Santos Lugares, si bien es cierto que los peregrinos podían pasar desde su país de origen a Tierra Santa sin abandonar tierra cristiana, tampoco lo es menos que los peligros de antaño persistían, ya que el último tramo del camino, entre el puerto de Jaffa (actualmente suburbio de la aglomeración urbana de Tel-Aviv y antiguo puerto de Jerusalén) y la Ciudad Santa, atravesaba tierras desoladas y hostiles (aún cuando la distancia entre ambos puntos no fuera mucha), por caminos solitarios y pedregosos, infestados de salteadores (no todos musulmanes), que desvalijaban, asesinaban y acongojaban a los peregrinos, aprovechándose de la circunstancia de que Balduino I —acuciado por los numerosos problemas de su reino—, no estaba en condiciones de emprender las enérgicas medidas que tan desagradable situación reclamaba. Tras la conquista de Jerusalén, y momentáneamente conjurado por el peligro musulmán, el monarca no disponía más que de una antigua milicia de 300 jinetes incapaces de proteger a los devotos viajeros. Y esta circunstancia, precisamente, motivó el nacimiento de la Orden Templaria, que llevaría a cabo esta labor durante siglo y medio.

• • •

Los orígenes de esta Institución fueron modestísimos, ya que surgió de la determinación (hacia 1118) adoptada por un reducido grupo de 9 caballeros, compañeros de armas todos ello, de Godofredo de Bouillón, a cuya cabeza se puso un noble de Champagne, de segunda fila, *Hugo de Payns* (muerto sobre 1136) y que sería su primer “Gran Maestre”. Los otros caballeros fueron: *Godofredo de Saint-Omer* (que sería su segundo); *Godofredo de Roval*; *Archimbaldo de Saint Amand*; *Godofredo de Bisoi*; *Andrés de Montbard* (pariente próximo de Bernardo de Claraval); *Fulco d’Angers*; *Payens de Montdidier*, y *Hugo de Champagne*. Juntos decidieron dedicar sus vidas a la caritativa labor de proteger a los peregrinos que visitaban Jerusalén, en particular a los largo de los caminos que iban desde el puerto de Jaffa a la Ciudad Santa, y, pasando ésta, por los rocosos y elevados declives que llevaban hasta el valle del Jordán, si algunos deseaban visitar otros lugares relacionados con la vida pública de Jesús de Nazareth.

Aquel mismo año [1118] algunos nobles con rango de caballeros, devotos de Dios, piadosos y temerosos de El, hicieron voto ante el señor Patriarca [se refiere al Patriarca Gormondo, de Jerusalén], de vivir perpetuamente en castidad y obediencia y sin propiedades, a la manera de los canónigos regulares, entregándose al servicio de Cristo...

...Su primera empresa, que les fue encargada por el señor Patriarca y el resto de los obispos para la remisión de sus pecados, fue, especialmente, proveer a la protección de los peregrinos custodiando con todas sus fuerzas las rutas y los caminos de los ataques de ladrones y bandoleros...

Historia rerum in partibus transmarinis gestarum,

Guillermo de Tiro, arzobispo e historiador

Ni que decir tiene que su profesión ante el Patriarca Gormondo fue aceptada de muy buen grado. “...Los primeros templarios —apunta el profesor Malcolm Barber— no fueron, pues, diferentes de los demás; píos legos que buscaban una salida a sus impulsos religiosos... Para seguir a Cristo contra los infieles y proteger a los peregrinos de los bandidos, fue preciso blandir la espada. Los escritores eclesiásticos y los juristas canónicos siguieron el punto de vista agustiniano de que a veces se hacía necesario. Según él, como remedio del pecado, el guerrero debería aceptar la obligación de impedir que los que hacían el mal infligiesen daño a la sociedad... Además, según el pensamiento de Agustín, no sólo era necesario tener razones y fines adecuados, sino también actuar bajo el mando de una autoridad legítima...”

Inicialmente, Templarios y Hospitalarios, hasta que tuvieron sus propias normas, adoptaron las agustinianas, aunque no por mucho tiempo.

• • •

A Balduino I le sucedió, con el nombre de Balduino III (1118), su sobrino Balduino de Le Bourg, conde de Edesa, que logró mantener durante 13 años su reino no sólo contra los ataques musulmanes, sino contra la mal disimulada hostilidad bizantina, consiguiendo que el principado de Antioquía pasara a depender del reino de Jerusalén. Existen algunas discrepancias, por otra parte mínimas, acerca de la primitiva denominación de la Orden, ya que tuvo varias; la más antigua según el escritor, orador, historiador y prelado Jacques Bossuet (1627-1704), sería la de “Pobres Caballeros de la Ciudad Santa” o, más bien la de “Pobres Caballeros de Cristo”. El historiador Guillermo de Tiro, relata: “...Como no tenían iglesia ni otro lugar donde vivir, el Rey (Balduino II) les dio alojamiento temporal en su palacio, adyacente al Templo de Salomón por su lado Norte. Los canónigos del Temple (téngase en cuenta que la *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, fue escrita años después de estos hechos) les otorgaron luego, para sus necesidades domésticas y con sujeción a ciertas condiciones fijas, un terreno situado junto a dicho palacio. El Rey y sus nobles, y también el señor Patriarca, con los prelados de la Iglesias, les confirieron

donaciones de sus propias pertenencias, algunas por un período fijo y otras perpetuas, para proveer a sus necesidades de alimentación y vestido...”

No cabe la menor duda de que Balduino II estaba al corriente de su extrema pobreza, ya que vivían de forma casi miserable, no por ello dejando de cumplir escrupulosamente sus cometidos... Al fin y al cabo el Papa Urbano II había despedido a los primeros cruzados con estas poco optimistas palabras: *Hermanos, tenemos que sufrir en nombre de Cristo, miseria, pobreza, desnudez, persecución, escasez, enfermedades, hambre, sed y otros males de este género, como el Señor dijo a sus discípulos: “Tenéis que sufrir en mi nombre”*; por lo que, ante la falta de medios para edificarse una residencia, al menos decente, y admirado por el celo de los nuevos campeones de la fe, les concedió —tal y como narra el cronista— una parte de su propio Palacio, ya que tomó la decisión (tendría sus motivos) de trasladar su corte a la Torre de David, cuyos restos aún pueden verse si se entra en Jerusalén por la vieja puerta de Jaffa, y que estaba emplazado sobre el solar del antiguo Templo de Salomón (como se ha indicado), y en “donde los musulmanes habían construido la primorosa mezquita Al-Aqsa. Por su parte, los canónigos de la Ciudad Santa —informa Alejandro Vignati— les hacen don de un patio contiguo. Y allí se instalan entre 1119 y 1120... El Templo estaba construido directamente sobre la roca viva, que se encuentra bien a la vista en el centro de su planta ortogonal y es para los cruzados la Iglesia de Nuestra Señora de la Roca...” A partir de este momento, son denominados, ya definitivamente “Caballeros de la Orden del Templo”, y abreviadamente “Caballeros del Temple” (ya que “temple” significa “templo” en francés), y, por extensión “Templarios”. Inicialmente su hábito consistía en una sencillísima túnica blanca de lana, y en 1146 S.S. Eugenio III aprobó que pudieran ostentar una cruz roja “ochavada”. Sin embargo, a causa de su hábito y emblemas, no tardaron en tener algunas fricciones con los “Caballeros Teutónicos” (Orden Militar, fundada en 1128, y cuyo primer objetivo consistía en auxiliar a los peregrinos germanos), hasta que hubo de intervenir finalmente el Papa Inocencio III, quien dispuso que la cruz de éstos fuera negra.

La otra gran orden de Tierra Santa, perpetua rival de la Templaria, fue la Hospitalaria. En algún momento, las dos órdenes fueron definidas como “*dos gemelos que se degüellan en el seno de su madre*.” Esta rivalidad entorpecería algunas empresas militares en las que los cristianos hubieran necesitado el apoyo coordinado de sus fuerzas, pero también es cierto que en otras ocasiones colaboraron lealmente entre ellas. La primera misión de los Hospitalarios consistió en cuidar de los peregrinos enfermos en el hospital amalfitano de Jerusalén. Fiel a sus comienzos, la Orden se esforzó en mantener numeroso lazaretos y albergues, incluso en la época en que sus labores militares prevalecían sobre las asistenciales...”

Los templarios y otros enigmas medievales,
Juan Eslava Galán

Nueve años después de su fundación, vióse claramente la imperiosa necesidad de una “Regla para la Orden”, por lo que rogaron al Patriarca de Jerusalén, Esteban de Chartres, que les redactase una, a fin de obtener el reconocimiento “oficial” de la Santa Madre Iglesia (ya tenía el “oficioso”) y para que, sirviendo de base a su constitución, evitase posibles yerros y desviaciones de sus miembros. Dado que Hugo de Payns, iba a emprender un viaje a Europa, el Patriarca dirigió la solicitud al Papa Honorio II. Esta decisión parece más que justificada —como se desprende de las cartas de recomendación dadas personalmente por Balduino II al “Gran Maestre”, antes de su partida— y nos remitimos a Malcolm Barber: “...En realidad, parece incluso que algunos de los primeros templarios tuvieron sus dudas sobre la legitimidad de lo que estaban haciendo. Esta iniciativa, de hecho, podría haberse agotado fácilmente, como le sucedió a otras de su tiempo. Pero tenía poderosos amigos, entre los que se encontraban los condes de Anjou y de Champagne, que se le habían asociado durante las peregrinaciones a Tierra Santa, en los años veinte de siglo XII, y, sobre todo, Bernardo de Claraval...”

El Papa remitió el asunto al Concilio de Troyes (Aube, Champagne), que se había reunido exclusivamente para este fin, y estaba presidido por Mateo (obispo de Albania), con la presencia de los arzobispos de las ciudades cercanas de Sens y de Reims, que el 14 de enero de 1128, reconoció “de jure” la Orden, aprobando —con escasísimas modificaciones— la Regla redactada por Bernardo de Claraval, famoso monje, reformador del Císter (1090-1153), colaborador de algún Pontífice, escritor prolífico y Doctor de la Iglesia (llamado “Doctor Mellifluus”), adversario de los herejes y predicador de la II Cruzada. Entre 1128 y 1130, el Patriarca Esteban realizaría una nueva redacción —ningún cambio fundamental—, conocida como “Regla Latina”, de cuyo texto, después de 1140, se haría una nueva adaptación, la llamada “Regla Francesa”. En conjunto, se trataba de una serie de severísimas normas, aún juzgándolas con los criterios de la época, con una férrea disciplina y un eficaz —aunque riguroso— organigrama.

Bernardo de Claraval, como acertadamente señala Eslava Galán, “se había opuesto siempre a la institución caballeresca convencional, a la que apostrofaba de «gran error» y de «locura intolerante» de unos hombres que luchan a costa de grandes gastos y trabajos sin otra recompensa que la muerte”. Y, por supuesto, todo un Doctor de la Iglesia no podía desdecirse ni recurrir al manido recurso de *donde dije “Digo”, digo “Diego”*... Además, las Órdenes Militares dirigían y ennoblecían la natural violencia del guerrero... “Con ello —observa agudamente Malcolm Barber— modificaba la idea medieval de que el «soldado de Cristo» era una figura monástica que luchaba contra las fuerzas del mal con armas espirituales... Esto ayuda a hacer comprensible lo que a primera vista parece extraño, es decir, el desarrollo de un orden guerrera de monjes que representaban a una religión presuntamente pacifista...” Y la institución de éstas, planteaba no pocos problemas de conciencia —no podía por menos—, habida cuenta de que el Derecho Canónico prohibía a los clérigos el derramamiento de sangre, incluida la de los infieles...

Pero, quien había emprendido la reforma del Císter tenía sobrados recursos, al recurrir al concepto de la “guerra justa”, propugnado por San Agustín; además, no conviene olvidar que predicó una Cruzada; los Santos Lugares eran cristianos y así deberían seguir siéndolo: “...Ellos (los templarios) —razonaba en su *De laudibus novae militiae*— pueden librar los combates del Señor y pueden estar seguros de que son los soldados de Cristo... pues maten al adversario o mueran, no tiene porque sentir miedo. Aceptar la muerte por Cristo o dársela a sus enemigos no es sino gloria: no es delito. El soldado de Cristo tienen un motivo para ceñir la espada. La lleva para castigo de los malvados y para gloria de los justos. Si da muerte al malvado, el soldado no es homicida. Reconozcamos en él al vengador que está al servicio de Cristo y al liberador de los cristianos...”



LA ORGANIZACIÓN DEL TEMPLE

Como ya se ha mencionado, la Regla aprobada originalmente en Troyes, la denominada de “San Bernardo”, complementada, además, por la “Latina” y “Francesa”, necesitó—como complemento indispensable—de unas Retracciones o Estatutos, y de las Consideraciones. Estos añadidos, en manera alguna, modificaron el espíritu de la Regla de “San Bernardo”; pero, obviamente, la organización de la Orden hubo de ir desarrollándose, con el paso del tiempo, y adaptándose a las circunstancias cambiantes, por la luz de la experiencia.

Constaba de unas Exhortaciones preliminares y de un total de 72 artículos que venían a recoger, en síntesis, el espíritu que había movido a sus fundadores. Algunos historiadores suelen dividirlos en cuatro partes: la aprobada en Troyes—redactada en latín y francés—sería la primera; la segunda correspondería a las Retracciones (donde se puede encontrar un resumen de las normas de la Caballería de la época); la tercera la constituían los Estatutos jerárquicos, propiamente dichos, por lo que se rigen los ceremoniales. Y la cuarta, consistía en unas Consideraciones de índole disciplinaria.

En un principio el Maestro de Jerusalén (el “Gran Maestro”) no era “el Jefe de la Orden”, sino que estaba “en pie de igualdad” con los demás Maestros, no existiendo aún jerarquías intermedias. Su estructura organizativa no queda establecida definitivamente hasta que en 1163 el Papa Alejandro III (Orlando Bandinelli), lo haga con la bula “Omne datum optimum”, bajo el maestrazgo de Roberto de Craon, sucesor de Hugo de Payns, excelente diplomático y hábil administrador.

El mismo viaje fue aprovechado, muy eficazmente por cierto, por parte de Payns—siempre arropado por Bernardo de Claraval—, para llevar a cabo una campaña proselitista por los países occidentales, entrevistándose con reyes y magnates, con el eficaz resultado de reclutar a 300 caballeros valientes y decididos. Sin embargo, también fueron admitidos plebeyos, que deberían desempeñar cometidos secundarios, no por ello menos importantes. Cuando Payns regresó a Tierra Santa, dejó en Europa a dos o tres de los suyos con la misión de organizar la infraestructura occidental de la Orden; y que, desde luego, supieron cumplir sus objetivos... *De esta forma, los primitivos fines del Temple fueron superados ampliamente*, ya que, desde ahora, abarcarían desde la custodia de los Santos Lugares hasta la acción ofensiva contra los infieles que amenazarán estas posesiones.

La Regla de “San Bernardo” incluía en su prólogo un llamamiento a todos los caballeros laicos que, como buen conocedor que era de la naturaleza humana y de las costumbres de su

tiempo, sabía que no dejaría de surtir fructífero efecto: “Nos dirigimos a todos aquellos que desdeñan seguir los dictados de su propia voluntad y anhelan servir en Caballería al más Alto Rey; nos dirigimos a vosotros que habéis vivido hasta ahora dentro de la Caballería del siglo, no por la causa de Jesucristo sino por el favor humano, y os exhortamos a seguir a aquellos que Dios ha elegido entre las huestes de la perdición y ha ordenado para la defensa de su Iglesia...”

• • •

La disciplina es constante y la obediencia siempre respetada: se va y se viene a la señal de quien posee autoridad; se viste lo que él distribuye y no se va a buscar afuera alimentos ni vestidos... Los caballeros llevan lealmente una vida en común sobria y alegre, sin hijos ni mujer; no se les encuentra jamás ociosos o curiosos, y no conservan ninguna noción de superioridad personal; se honra al más valiente y no al más noble... Detestan los dados y el ajedrez, tienen horror de las cacerías, se cortan el pelo al ras, nunca se peinan, raramente se lavan, llevan la barba hirsuta y descuidada, están sucios de polvo y tienen la piel curtida por el calor y la cota de malla, sudados y manchados por el orín de sus armas... Un Caballero de Cristo es un cruzado permanente empeñado en un doble combate: contra la carne y la sangre, contra las potencias espirituales del cielo. Avanza sin temor, alerta a la izquierda y a la derecha, con la cota de malla sobre el pecho y el alma armada con la fe. Con esas dos defensas no teme ni hombre ni demonios. ¡Avanzad con paso firme, caballeros, y obligad a huir a los enemigos de la cruz de Cristo: ciertamente, ni la muerte ni la vida os separarán de su caridad...! ¡Glorioso es vuestro retorno victorioso del combate, feliz vuestra muerte de mártires en la lucha!...

De laudae novae militiae, Bernardo de Claraval

Pese a tan excesivos encomios, si es que la falta de higiene y la suciedad los merecen, aún en una época en la cual las buenas gentes no eran muy propensas a la limpieza, conviene advertir que —sin embargo— se toleraban juegos como las “tabas” y la “rayuela”, considerados meros “pasatiempos” inocentes, y se permitía la caza, tanto en cuanto se tratase de animales enfermos o peligrosos, en general. En cuanto a la descripción de su aspecto desaliñado y churretosos que nos hace el buen reformador del Císter, no deja de ser bastante exagerada, ya que entre las obligaciones de los caballeros y sus servidores estaba incluida la del cuidado y la conservación de su equipo y vestuario con el mismo esmero que su higiene personal.

• • •

La Orden, siempre dentro de la más estricta jerarquía, estaba integrada por los “Caballeros” (procedentes de la nobleza —alta o baja— que desempeñaban las más altas funciones militares), o “fratres milites”; los “Capellanes” (que atendían a sus necesidades espirituales), “fratres capellanis”; los “Sargentos” (escuderos, que cumplían obligaciones respecto a los Caballeros), o “fratres servientes armigeri”; así como, agricultores y artesanos,

llamados genéricamente “*fratres servientes famuli et officii*”. *Todas estas categorías estaban estrictamente reglamentadas, con sus respectivos derechos, obligaciones y atribuciones.*

Al frente de la Institución se hallaba el “Gran Maestre” (que inicialmente, residía en Jerusalén, y en la Casa Cabecera o Central de la misma) y recibía la consideración de “Príncipe de la Cristiandad”. Un testimonio de la época informa: *El Maestre debe llevar a la vez bastón y látigo: el bastón para apuntalar las debilidades, y el látigo para castigar los errores y las desviaciones de los Hermanos.* No obstante, su autoridad si bien es “decisiva”, no es “absoluta”, ya que el poder supremo es ejercido por un “Capítulo General”, convocado por éste, y al que acudían los miembros del convento de Jerusalén, los “Maestre Provinciales” y determinados miembros “distinguidos” de las diferentes provincias en que la Orden estaba dividida.

La jerarquía templaria era señaladamente militar; de lo contrario hubiera tenido dificultades para cumplir con sus fines. El “Gran Maestre” estaba asistido por una especie de “Estado Mayor”. Por debajo de él se situaba el “Senescal”; mientras que las actividades bélicas dependían del “Mariscal”. Los asuntos económicos eran responsabilidad del “Tesorero”, quien estaba —a su vez— asistido por los “Comendadores Generales” (que, en los primeros años, residían en Jerusalén, Antioquía y Trípoli). Del vestuario y de la intendencia se encargaba el “Pañero”. Y entre los “Sargentos”, cinco de ellos poseían los cargos más elevados: el “Sub-Mariscal”, responsable del equipo militar propiamente dicho; el “Gonfalonero”, que se ocupaba de la disciplina de éstos; el “Turcopolier” o jefe de los “turcópolos” y mercenarios en general, que en caso de guerra era el jefe de todos los “Sargentos”, y recibía las órdenes del “Maestre” o del “Senescal”. Misión de los otros dos era el encargarse del personal auxiliar, ya mencionado, y alejado del “servicio de armas.”

Se toleró la existencia en la Orden de los miembros casados, pero sólo como “afiliados”, ya que, dadas las especiales circunstancias, no podían residir en los edificios comunales y que por su carácter de “Caballeros Seglares” quedaban enrolados en esta milicia por un tiempo limitado. También existía una especie de “Orden Tercera”, compuesta por toda clase de gentes que se comprometían a prestar ayuda indirecta a los profesos y a legar —en el futuro— sus bienes al Temple.

Inicialmente la Orden no tenía sacerdotes, por lo que eran designados por un plazo fijo o, en ocasiones, para siempre, pero no eran considerados “miembros del Temple” y podían conservar su hábito. Sin embargo a partir de la bula de 1163 deberían hacer voto de obediencia perpetua al “Gran Maestre”, con lo que prácticamente ya son parte de la misma. A mediados del siglo XIII los “Capellanes” formulan idénticos votos que los “Caballeros”, aún cuando sólo se dediquen a la labor sacerdotal, y gozaban de algunos privilegios “menores” (por ejemplo, se les permitía afeitarse, si lo deseaban). Por lo tanto, los sacerdotes del Temple sólo deben obediencia al Pontífice y al “Gran Maestre”; y, por otra parte, lo templarios debían confesarse —obligatoriamente, salvo casos de extrema necesidad— con los “Capellanes” de la Orden.

• • •

Entre los templarios se daba (como tendremos ocasión de comprobar cumplidamente) la más estricta disciplina, y su Regla prohibía la pertenencia de las mujeres a la Orden: "...consideramos peligroso para la Religión que se miren demasiado los rostros de las mujeres: por esta razón, no sea osado Hermano alguno a oscular ni a viuda, ni a doncella, ni a su madre, ni a su hermana, ni a su tía, ni a otra mujer alguna..."

Las órdenes superiores, por duras e inflexibles que fueran, debían ser acatadas y cumplidas "como si fueran órdenes de Dios".

La imagen del templario se hizo muy popular y querida en toda la Cristiandad. Ello se debió no sólo a su vida ejemplar, a sus buenas obras y a su carácter austero y laborioso, sino también, presumiblemente, al bizarro aspecto que le prestaba su uniforme: capa blanca, indicadora de reconciliación con Dios, los caballeros rapados al cero, la barba poblada. La cruz bermeja sobre el hombro derecho fue una concesión del Papa Eugenio III, en 1147, para que «este signo triunfante les sirva de broquel y haga que "jamás vuelvan la espalda a ningún infiel". Como insignia de la Orden y portador de la cruz, el manto era reverenciado hasta el punto de que se despojaban de él cuando tenían que cumplir una necesidad fisiológica. Esta cruz se marcaba también sobre el ganado, los carros y las otras posesiones de la orden."

Los Templarios y otros enigmas medievales,
Juan Eslava Galán

• • •

ELENCO DE LOS "GRANDES MAESTRES" DE LA ORDEN DEL TEMPLE

1. Hugo de Payns (1118-1136)
2. Roberto de Craon (1136-1147)
3. Everardo de Barres (1147-1148)
4. Bernardo de Tramalay (1148-1153)
5. Bertrán de Blanquefort (1153-1158)
6. Felipe de Naplouze (1158-1171)
7. Eudes de Saint Amand (1171-1179)
8. Arnaldo de la Tour-Rouge (1179-1184)
9. Juan de Terric (1184-1188)
10. Gerardo de Ridefort (1188-1190)
11. Roberto de Sablet (1190-1196)
12. Gilberto Erail (1196-1201)

13. Felipe du Flessiez (1201-1209)
14. Guillermo de Chartres (1209-1219)
15. Pedro de Montaigu (1219-1233)
16. Armando de Perigord (1233-1247)
17. Guillermo de Sonnac (1247-1250)
18. Renaud de Vichyet (1250-1256)
19. Tomás Berault (1256-1273)
20. Guillermo de Beaujeu (1273-1291)
21. Thibaut Godin (1291- 1298)
22. Jacques de Molay (1298-1314)

Con el vigésimo segundo concluyó el destino “oficial” del Temple... *La sucesión iba a proseguir en las sombras...*

Aunque la mayor parte de los “Grandes Maestres” supieron estar a la altura de las circunstancias, llevaron una vida digna y ejemplar, e incluso dejaron sus vidas combatiendo, o cuando vieron que nos les era posible el cumplimiento de sus obligaciones, prefirieron dimitir y vivir como simples “Caballeros” o retirarse al misticismo, no faltaron —aún cuando fueron minoría— algunos, arribistas, escasamente preparados para tan elevada responsabilidad, inconscientes y poco aptos para el desempeño de sus elevadísimas funciones, lo que contribuyó —en mucho— a desviar la Orden de sus primitivos orígenes y a ponerla, prácticamente inerte, en manos de sus poderosos enemigos.



JERARQUÍAS Y RÉGIMEN INTERIOR

Como hemos visto, el grado más alto correspondía a los “Caballeros”, asistidos por los “Sargentos”, denominación que dio origen a esta graduación en los ejércitos modernos (y que actuaban como sus auxiliares o escuderos), cuyo hábito consistía en una túnica o manto corto, pardo o negro, con la típica cruz ochavada sobre el hombro izquierdo. Los sacerdote o “Capellanes” vestían de negro, hacían la misma vida que los “Caballeros”, y estaban sujetos a los mismos derechos y obligaciones, ya que ni siquiera se sustraían al severísimo régimen disciplinario. Finalmente, estaban los elementos auxiliares, que desempeñaban diversos oficios y artesanías; así como criados libremente contratados, que preferían sujetarse a la Orden que al feudal, para el servicio de sus casas: enfermeros-boticarios, panaderos, bodegueros, hortelanos, ganaderos, etcétera.

• • •

Dado el carácter austero de la Orden, no existían grandes diferencias —en principio— entre las jerarquías más altas y los simples “Caballeros” (todos ellos se denominaban “Hermanos”). El “Gran Maestre” disponía de cuatro caballos, y otro especial, “turcomano” (precedente de Turkmenistán, Uzbekistán, Irán o Afganistán), excelente animal, habituado a los terrenos y al clima de Tierra Santa, sólo para el combate. Su séquito se componía de dos “consejeros”, un “Capellán”, y un “Sargento”, un “Secretario sarraceno” (que haría las veces de intérprete), un herrero (para el cuidado de sus armas y caballos) y un cocinero. En campaña dispone, además, de una amplia tienda redonda, con algunas mínimas comodidades, y su presencia siempre aparece señalada por el famoso y temido estandarte templario, el “beausent” (“Beau Seant”), blanco y negro, con la típica cruz roja de la Orden. *Cuando el “Gran Maestre” participaba personalmente en los combates, lo hacía, rodeado de una docena de luchadores de élite... No obstante, varios perecieron en el campo de batalla...*

Dado que el “Senescal” es, al menos en teoría (y con frecuencia en la práctica) sustituto del “Gran Maestre”, ostenta en campaña las mismas insignias y disfruta de un estatus muy similar.

Respecto a los “Comendadores Generales”, el de Jerusalén, seguía teniendo a su cargo la que fuera primitiva misión del Temple: la protección de viajeros y peregrinos, socorrerlos, alimentarlos y proveerlos de cabalgaduras o bestias de carga, lo que no siempre era posible. Se le asignaba una guardia personal de diez de los mejores guerreros, y disponía de una fuerza

destinada a la custodia de las sagradas reliquias. Por su parte, los de Antioquía y Trípoli disfrutaban —sólo en su demarcación— de los mismos derechos que el “Gran Maestre”, salvo en su presencia. De idénticas consideraciones disfrutaban sus colegas de algunas de las Provincias de Occidente.

Por lo que respecta a los “Caballeros” comunes, sólo disponían de tres corceles y de los servicios de un “Sargento” o escudero.

“Los «Caballeros» y «Sargentos» eran en su mayoría analfabetos [opinión que nos produce numerosas reservas, sobre todo, respecto a los primeros] —afirma Eslava Galán—, como solía serlo gran parte de la población [esto ya nos parece más aceptable], incluida la clase noble. Aquellos que sabían contar solían ascender a cargos de responsabilidad, particularmente cuando la burocracia de la Orden fue requiriendo un número creciente de personas capacitadas.”

La Regla y su régimen disciplinario —sobre los que nos extenderemos— eran sumamente severos y rígidos, no tolerándose la menor desviación. Se trataba de una disciplina férrea, en el verdadero sentido de la expresión, mezcla del espíritu monástico y castrense. En cualquier caso, los miembros de la Orden, especialmente los “Caballeros” debían comportarse con dignidad y guardar compostura, por lo que la injurias, las disputas y las palabras malsonantes estaban prohibidas y se castigaban.

En cuanto al aspecto litúrgico y religioso, no vamos a detenernos apenas; no obstante, consignaremos que era abundante, como correspondía a cualquier orden monástica y cuyas reminiscencias persisten hoy en día en ciertos conventos, especialmente los de la Orden Benedictina.

Cada semana se reúnen, y los caballeros tienen que confesar públicamente sus faltas y pecados. La penitencia la fija el conjunto del capítulo sin la presencia del interesado. Se le impone, por ejemplo, un día de ayuno, la pérdida momentánea o definitiva de su hábito e incluso, en los casos extremos, la expulsión de la orden...

...Es una orden de estricta jerarquía. Los caballeros son nobles y saben manejar las armas como todos los nobles de esta época...

Les bûchers de l'Histoire, Chantal Alexakis
(citado por Carlos Fisas en *Historias de la Historia*, 5ª serie)

• • •

La regla de los caballeros templarios era un código de derecho muy detallado y estricto que había de ser aplicado severamente por el responsable de cada encomienda o convento. Esta regla era secreta, como suelen serlo las de las órdenes religiosas, pero nos ha llegado suficiente documentación como para reconstruirla fielmente e incluso seguir su evolución desde su versión más primitiva, dictada por el Concilio de Troyes (1121), hasta la más evolucionada que incluye consideraciones sobre delitos y faltas, hacia 1257. En los estatutos jerárquicos (fechados en 1230) se contiene todo lo referente a ceremonias. Sus artículos contemplan tanto el aspecto religioso de la orden como el militar. Se trataba de reprimir la indisciplina y la vanagloria del aspirante y de canalizar su espíritu

combativo de manera que sirviera solamente a los intereses de la Iglesia. Cualquier hombre libre podía aspirar al hábito templario si estaba limpio de lepra, epilepsia o enfermedad contagiosa y no había sido expulsado de otra orden monástica. Los candidatos renunciaban a su nombre familiar (aunque los altos dignatarios y maestros fueron conocidos a veces por sus apellidos seculares) y juraban los votos monásticos (pobreza, castidad y obediencia) después de someterse a un período de prueba. En la ceremonia de admisión, el caballero que recibía el hábito era advertido sobre la dureza e incomodidad de aquella nueva vida que libremente aceptaba...

Los Templarios y otros enigmas medievales,
Juan Eslava Galán

Por las diversas descripciones de las pruebas que debían superar los aspirantes al ingreso en la Orden, así como de las ceremonias de admisión, que describiremos en su momento, no resulta muy difícil darse perfectísima cuenta de la dureza de aquella Regla; no negamos que, en algunas ocasiones pudiera haberse relajado un tanto (no sería ni el primero ni el último caso en la historia de las Instituciones monásticas); pero, por lo general, y aunque el Temple llegó a poseer ingentes riquezas (al menos así lo afirmaban sus detractores), extremo que merece capítulo aparte, sus miembros vivían en la más extrema pobreza.

En la lectura de la documentación y testimonios conservados (historiadores, escritores o novelistas) se observan algunas diferencias en el ritual, interrogatorios a los aspirantes, admoniciones, la admisión o el rechazo de los mismos y otras formalidades, lo que muy bien puede explicarse por el nivel de conocimientos de los ceremoniales por parte del autor, o por su mayor o menor grado de simpatía hacia la Orden (así Walter Scott, en *Ivanhoe*, no evidencia gran simpatía hacia los Templarios, a diferencia de Gil y Carrasco, en su famosa *El Señor de Bembibre*). Por otra parte, cabe pensar que el ritual pudo y debió —con toda seguridad— experimentar algunos cambios a través del tiempo o por otras causas; por ejemplo, el lugar, o en tiempos de paz o de guerra (de la misma forma que la liturgia católica actual, presenta algunas diferencias, según circunstancias, países e incluso regiones, y que, en ocasiones se permite, aunque de forma bastante restringida, la celebración de ceremonias y rituales ya anticuados, como la “Misa de Pío V”, en latín, o la famosísima “Misa Mozárabe”, sólo en la catedral toledana).

A los candidatos, con independencia de su clase social, se les asignaban los trabajos domésticos menos gratos, como ayudar en la cocina, como pinches, la limpieza, incluso de las letrinas, trabajar en huertos o talleres, alimentar y cuidar de los animales, etc. Estas modestísimas labores debían hacerse, junto con los criados y auxiliares de la encomienda, siempre de buen grado.

Cuando concluía el largo período de prueba, el futuro Caballero Templario debía pasar por ciertas fases de purificación, tan severas como difíciles y cuya duración era de varias semanas (algunas veces, incluso de tres meses); si conseguía superarlas se procedía a una última (de índole espiritual), en la cual era confinado en una reducida y oscura pieza (a veces una mazmorra o cueva), durante toda una noche. Allí, se había instalado un pequeño altar con un crucifijo, y debía pasarse todo el tiempo, orando, de rodillas sobre el duro suelo, para identificarse con la Pasión de Cristo y pedir a Dios que le diese fuerzas para cumplir con sus votos, si era aceptado.

Sus costumbres y su regla están escritas. Y cualquiera que llegaba a ellos (los Templarios) para ser un hermano más debe superar una prueba que dura un año. Se le leen las reglas siete veces, y cada una de las veces se le dice: *“Mira, ¿quizá tienes alguna queja? ¿Quizá no puedes seguir cumpliendo estas reglas? Reza a Dios y vuelve a tu casa.”* Cuando termina el año, a aquel que acepta y promete llevar el yugo, se le recitan algunas plegarias y se le viste con el hábito. Después de esto, quien reniega de sus promesas, muere por la espada, sin misericordia ni piedad...

Chronique de Michel Le Syrien, recogida por Malcolm Barber

• • •

La ceremonia de recepción en la Orden, inspirada—tal vez— en los misterios antiguos de las religiones anteriores al Cristianismo, eran solemne y sobria, pero al mismo tiempo magnífica, y producía en el neófito una inolvidable sensación de elevación espiritual, que al fin y al cabo, era lo que se perseguía.

El aspirante a Templario debía renunciar al mundo. Una vez examinado y después que se le había leído la Regla, se procedía a la recepción: esta era una solemne ceremonia que exigía la reunión completa del Capítulo durante la noche en la iglesia de la Orden.

El aspirante, vistiendo una túnica blanca, sin capa ni espada, aguarda en la habitación próxima a la sala del Capítulo; el Maestre le envía dos caballeros—dos miembros de ese consejo de caballeros “de buen juicio” de que ya hemos hablado, y que solían elegirse entre los miembros más ancianos de la Orden—quienes le preguntaban al postulante su nombre y los propósitos que le animan, y si es cierto que pretende ingresar en la milicia, a pesar de los grande trabajos y luchas y la dureza de la vida que le aguarda. Si contesta afirmativamente, los dos caballeros regresan al Capítulo y dicen:

—Señor, hemos hablado con ese hombre que está afuera y le hemos explicado las durezas de la Orden: dice que desea ser siervo y esclavo de la misma.

—¿Queréis que le hagamos venir, en el nombre de Dios? —pregunta el Maestre, y el Capítulo responde—: Que venga en el nombre de Dios.

El neófito es introducido en la sala del Capítulo [sala, por cierto octogonal], donde se arrodilla ante el Maestre y dice: —Señor, me presento ante Dios, ante vos y ante los hermanos y os ruego en el nombre de Dios y de Nuestra Señora que me admitáis en vuestra compañía y a los beneficios de la Orden para ser desde ahora en adelante su siervo y esclavo.

—Hermano —responde el Maestre— mucho es lo que pedís, puesto que, de la Orden, lo que veis es solamente la corteza, y la corteza es que vos veis que tenemos hermosos caballos y arneses y vestiduras, y que comemos y bebemos bien, y que pensáis que viviréis aquí cómodamente; pero no conocéis las duras exigencias que están debajo. SERÁ MUY DURO QUE VOS, QUE SOIS SEÑOR DE VOS MISMO, OS HAGÁIS ESCLAVO DE OTRO, PUES CASI NUNCA HARÉIS LO QUE DESEÁIS: cuando queráis estar del lado de aquí del mar, seréis enviado a la parte opuesta; cuando queráis estar en Acre, se os enviará a las tierras de Trípoli, o de Antioquía o de Armenia, o cualquiera de las muchas tierras donde tenemos casas o posesiones. Y cuando queráis dormir se os hará velar; y si alguna vez queréis velar, se os ordenará ir a reposar a vuestro lecho. Cuando estéis sentado a la mesa y deséis comer, se os mandará ir donde se tenga a bien, y jamás sabréis adónde. Tendréis que soportar a menudo palabras malsonantes. Considerad, gentil y dulce hermano, si estáis dispuesto a sufrir de buen grado todas estas durezas.

—Sí, las sufriré todas, si Dios quiere [era la respuesta del aspirante].

—Hermano [proseguía el Maestro], no debéis buscar la compañía de la Orden por el deseo de riquezas ni de señorío, ni movido por el deseo de los honores ni del bienestar del cuerpo, sino por tres cosas: una para eludir y dejar de lado los pecados de este mundo; otra para servir a Nuestro Señor y la tercera, para ser pobre y hacer penitencia en este siglo por la salvación del alma. Y sólo en esta intención debéis pedirla. ¿Queréis ser durante todos los días de vuestra vida, desde ahora en adelante, siervo y esclavo de la Orden? ¿Queréis renunciar a vuestra voluntad por todo el resto de los días de vuestra vida para hacer lo que vuestro comandante ordene?

—Sí, señor, si Dios quiere [volvía a responder el postulante].

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati.

Ahora bien, hemos observado a lo largo de esta magnífica, detallada y documentadas descripción, que los períodos de prueba, iniciación y purificación del posible futuro miembro del Temple, estaban dirigidos a “algo más” que la mera admisión de un nuevo componente de la Orden (de cualquier forma, nadie ingresa en Institución alguna, religiosa o seglar, sin cumplir ciertos requisitos y reunir determinadas aptitudes); tratemos de profundizar en tales propósitos.

...El que aspiraba a entrar en el Templo se ataviaba con todas las galas del siglo para dejarlas al pie de los altares. Condujeron, pues, a don Álvaro ambos caballeros [los “padrinos” o los “caballeros de buen juicio”] a la hermosa capilla del castillo, en cuya puerta se pararon un momento, llamando en seguida con golpes mesurados y acompasados.

—¿Quién llama a la puerta del templo? —preguntó desde dentro una voz hueca.

—El que viene poseído de celo hacia su gloria, de humildad y de desengaño —respondió Saldaña como primer padrino.

Entonces abrieron las puertas de par en par y se presentó a su vista la iglesia, tendida de negro, con un número muy escaso de blandones de cera amarilla y verde encendidos en el altar. En sus gradas estaba el Maestro, sentado en un especie de trono, rodeado de los comendadores de la Orden; y más abajo, en una especie de semicírculo, se extendían los caballeros profesos, únicos que a esta ceremonia se admitían, y que envueltos en sus mantos blancos parecían otros tantos fantasmas lúgubres y silenciosos. Don Álvaro, en cuya imaginación ardiente y exaltada hacía gran impresión este aparato, atravesó por medio de ellos, acompañado de sus dos ancianos padrinos, y fue a arrodillarse ante las gradas del trono del Maestro. Extendió éste su cetro hacia él y le preguntó sus deseos. Don Álvaro respondió:

—Considerando que el Salvador dijo: «El que quieras ser de mi grey, tome su cruz y sígame», yo, aunque indigno y pecador, he aspirado a tomar la del Templo de Salomón para seguirle.

—Grave es la carga para vuestros hombros jóvenes —respondió el Maestro con voz reposada y sonora.

—El Señor me dará fuerzas para llevarla, como me ha dado resolución y valor para pedirla a pesar de mis culpas —respondió el neófito.

—¿Habéis pensado —repuso el Maestro— que el mundo acaba en estos umbrales silenciosos y austeros?

—Yo me he despojado a la puerta del hombre viejo para revestirme del hombre nuevo...

El Señor de Bembibre, Enrique Gil y Carrasco

El fragmento de la famosa novela, considerada obra maestra del género histórico de la literatura española, y que puede parangonarse, sin desventaja con las mejores producciones similares de la época, sitúa la acción en los últimos años del Temple, cuando ya han comenzado las persecuciones contra la Orden en Francia, y amenazan con extenderse a otros reinos de la Cristiandad; por otra parte, aunque la reconstrucción histórica sea buena, dada la época en que se escribió la novela, predominaban los elementos imaginativos sobre los reales. Aparte de eso, ya hemos indicado que los rituales no dejaron de experimentar algunos cambios. *De cualquier manera, la calidad documental y narrativa del escritor berciano, son verdaderamente dignas del puesto que ocupan.*

...En este punto, el Maestre ordena salir al neófito y, dirigiéndose al Capítulo, prosigue:

—Si alguno de vosotros supiera alguna razón por la cual este hombre no tuviera derecho a ser un Hermano, que la declare, porque mejor será decirla ahora y no cuando él esté en nuestra presencia... ¿Queréis que los hagamos venir en nombre de Dios?...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

En caso afirmativo, los mismos Caballeros, regresaban con el aspirante, quien —rodillas en tierra—, recitaba nuevamente su solicitud de admisión en la Orden.

Acto seguido el Maestre le sometía a un amplio interrogatorio, acerca de su vida anterior: si estaba o había estado casado, si tenía prometida o amante; si había pertenecido a alguna otra Orden; si era o había sido clérigo; si gozaba de buena salud; si estaba excomulgado; si tenía deudas que no podía pagar por él mismo o con la ayuda de amigos o parientes; si había sobornado a algún miembro de la Orden para facilitar su admisión en la misma, etc. El cuestionario era largo y muy completo y, no comenzaba sin advertir al interesado de las consecuencias de cometer perjurio. Si el Maestre encontraba satisfactorias las respuestas, procedía a pedir al neófito que formulase los solemnes votos.

—Hermanos, escuchad bien lo que os diremos: ¿Prometéis a Dios y a Nuestra Señora que desde ahora en adelante y durante todos los días de vuestra vida obedeceréis al Maestre del Temple y a los comandantes que sean vuestros superiores? ¿Prometéis a Dios y a la Señora Santa María que desde ahora en adelante y durante todos los días de vuestra vida viviréis castamente? ¿Que viviréis sin nada propio? ¿Que respetaréis los buenos usos y costumbres de nuestra casa? ¿Que ayudaréis a conquistar, según la fuerza y el poder que Dios os haya dado, la Tierra Santa de Jerusalén? ¿Que no dejaréis jamás esta Orden ni por fuerte, ni por débil, ni por peor ni por mejor?

Y una vez pronunciados los votos con la afirmación ritual: “Sí Señor, si Dios quiere”, el nuevo Templario era admitido con la promesa “del pan y el agua y la pobre vestidura de la casa, y bastantes penurias y trabajos”.

Inmediatamente se le investía con el manto de la Orden, la cruz y la espada, y el Maestre le abrazaba, dándole el ósculo de fraternidad, como también el “Capellán”. La oración del “Capellán”, y el himno de recepción de las órdenes religiosas —el Salmo 133: “Mirad cuán bueno y cuán

delicioso es habitar los hermanos igualmente en uno” —concluían la ceremonia de recepción ante el Capítulo.

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

—¡Pero si Dios te deja de su mano para permitir que faltes a tus juramentos, tu vida se apagará al punto como estas candelas, y unas tinieblas todavía más densas cercarán tu alma por toda una eternidad!

Al decir esto, todos los caballeros mataron sus luces por un movimiento unánime, y en el mismo instante bajaron los negros y tupidos velos de los altares, dejando la iglesia en una oscuridad pavorosa. Los Caballeros entonces murmuraron en voz baja algunos versículos de Job sobre la brevedad de la vida y la vanidad de las alegrías del crimen; y a la luz de los blandones fúnebres que todavía ardían en el altar mayor, fueron dirigiéndose a la puerta en lenta y solemne procesión...”

El Señor de Bembibre, Enrique Gil y Carrasco

• • •

...Se les impuso una regla de vida de tipo monástico: no podían tener mujeres, ni bañarse nunca [¿...nunca?], no podían poseer absolutamente nada propio, sino que tenían que ponerlo todo en común. Y por todas partes estas costumbres comunes comenzaron a diferenciarse...

...Las costumbres son las siguientes: a nadie se le permite poseer ninguna propiedad ni casa ni dinero, ni propiedades de ninguna clase [¿...de ninguna clase?]; ni puede ausentarse sin el permiso de su superior; ni dormir en ningún otro sitio que no sea en su casa; ni comer pan a la mesa del vulgo; ni cuando se le ordena ir a alguna región a morir allí, puede decir: “No quiero ir”. Sino que debe, como ha prometido, trabajar con fe en su ministerio hasta la muerte.

Cuando alguien muere, celebran 40 misas por él; alimentan a los pobres, por él, durante 40 días y a 40 personas cada día; y lo recuerdan en la oblación del sacrificio de sus iglesias a perpetuidad; a aquellos que mueren en batalla los consideran mártires. Si descubren a alguien que ha escondido algo en la comunidad, o si se descubre, después de su muerte, que poseía algo que no había dado a la comunidad, no lo juzgaban digno de sepultura.

Su vestimenta es una túnica blanca muy simple, y aparte de esto no pueden llevar otra cosa. Cuando duermen no tienen permiso para quitarse la ropa, ni para quitarse los correajes...

Chronique de Michel Le Syrien, recogida por Malcolm Barber

Una vez admitidos en la Orden, sus miembros nada poseían, nada podían hacer, sin permiso de la superioridad; cualquier acto, cualquier detalle de su nueva vida, por nimio que fuese, estaba severamente regulado. El Temple, fiel al espíritu del Císter, rechazaba todo lo que consideraba superfluo o mundano. Los “Caballeros” y sus servidores, no poseían más que su ajuar personal (que ya describiremos), tres caballos y un escudero o criado. Les estaban prohibidos, por sus votos, adornos o frivolidades cualesquiera en su indumentaria; motivo por el que no podían lucir pectorales, estribos, frenos y, por lo general, objetos de plata u oro, salvo si los habían recibido como limosna. Sus celdas permanecían siempre iluminadas, debiendo tener las armas a su alcance, ya que, según la Regla, “cada cual debe vestirse y desvestirse, calzarse y descalzarse rápidamente”.

Tampoco se les permitía tener cerrados sus cofres o arcones, donde guardaban su ajuar y sus efectos personales, ni escribir cartas o recibir las, sin el oportuno permiso; de igual modo, no les permitía viajar, ni aún desplazarse, sin permiso, por el propio lugar de residencia, ni siquiera para asistir a oficios religiosos. Los que residían en Jerusalén, disfrutaban —al respecto— de una cierta tolerancia, tanto en cuanto se tratase de visitar los Santos Lugares.

En sus primeros años la Orden dio ejemplo de humildad y pobreza, ya que según ciertas versiones —avaladas por abundante iconografía y documentación—, cada pareja de “Caballeros” montaban un único caballo, símbolo —por cierto— conocido por todos, y que aparece frecuentemente en documentos, sellos y en monumentos religiosos o militares del Temple, cuando escoltaban a los peregrinos desde los puertos de Jaffa o Tolemada, por los poco seguros caminos que conducían a Jerusalén.

La rigurosidad de los Estatutos era tal que ni el propio “Gran Maestre” tenía en su poder las llaves de las arcas templarias, y sólo (y esto, con bastante limitaciones y cortapisas) podía disponer de pequeñas cantidades, contando, *sine qua non*, con la aprobación de un “Consejo de Hombres de buen juicio”. Excepcionalmente, le estaba permitido hacer algunos regalos, un caballo, alguna prenda o un tapiz de piel, a veces platos o copas de oro o plata, y, excepcionalmente, un armadura, por ejemplo; pero jamás podía regalar armas ofensivas, una espada, por ejemplo.

Su sede principal estuvo en Jerusalén, mientras permaneció en manos cristianas, posteriormente, y tras diversas vicisitudes, a las que pasaremos revista, pasó a París, donde se construyeron diversos edificios que perduraron, algunos con su propio nombre hasta el siglo XIX. En la actualidad, existe una “calle del Temple” y un pequeño barrio que lleva tal nombre. Y es que hacia 1140 este lugar quedaba fuera de las murallas y del caserío, y allí levantaron una gran fortaleza, símbolo de su poder, y a la que se dio el nombre de “Temple”, nombre, que por extensión, se aplicaba a determinadas edificaciones templarias, cualquiera que fuese el lugar donde se hubieran levantado... Durante la Revolución Francesa (¡curiosísima coincidencia!) este antiguo edificio —lo que quedaba de un gran conjunto—, fue habilitado para prisión, y en una de sus torres estuvo Luis XVI, al que los revolucionarios despectivamente denominaban “el Ciudadano Capeto” (¡otra curiosísima coincidencia!)... Los “Borbones”, aunque rama del mismo árbol, tenían muy poco que ver con los “Capetos”, dinastía que se inició en Francia, en el 987, con Hugo Capeto —tras la muerte del último soberano carolingio—, uno de cuyos miembros (Felipe “el Hermoso”) acabó... ¿acabó? con la Orden, siendo su último representante directo Carlos IV (muerto en 1328). Posteriormente, reinaron las ramas “Valois” (1328-1498); “Valois-Orléans” (1498-1515); “Valois-Angoulême” (1519-1589); “Borbones” (1589-1792 y 1814-1848)... Pero esto, haciendo nuestra la frase de Kipling, es... “otra historia”...

El Temple comenzó su lenta decadencia cuando ya no pudo prometerse más éxitos militares, ni aspirar a mayor poderío... Llegaron... —su reputación se extendió por todos

los países hasta el punto que algunos príncipes reales, reyes, los grandes y los humildes (escribe Michel le Syrien), vinieron y se unieron a ellos en esta hermandad espiritual; y todo los que se convertían en hermanos entregaban a la comunidad todo lo que poseían: aldeas, ciudades o cualquier otra cosa. Multiplicaron, desarrollaron y acabaron poseyendo tierras no sólo en Palestina, sino especialmente en los países unidos a Italia y Roma...”— a poseer no sólo grandes riquezas, sino muchas casas y conventos fortificados, viéndose colmados de bienes, privilegios y honores, en general, lo que no podía —por menos— dejar de atraer muchas envidias, tanto por parte de los poderosos, como de otras órdenes, de las más altas instancias del clero, y, en especial de la realeza.

• • •

Cuando un nuevo miembro era admitido en la Orden, su intendencia le suministraba un ajuar y algunos efectos personales, que debía cuidar celosamente, ya que “de modo alguno eran suyos”, y tenían que durar el tiempo establecido para cada prenda u objeto. El equipo militar era muy similar al de los caballeros de la época: loriga, calzas de hierro, yelmo, casco dotado de protector nasal, espada, puñal y lanza (con el típico gallardete blanco), el característico escudo largo y triangular, sobrevesta blanca, silla y gualdrapas para el caballo. La cruz paté del Temple figuraba en el gallardete, así como en el extremo superior izquierdo del escudo y en la sobrevesta. El vestuario propiamente dicho consistía en: dos camisas, dos pares de calzones (de tosco tejido), dos pares de calzas, un sayo largo, una pelliza (forrada de piel de oveja o de cordero, en ningún caso de cualquier otra más lujosa), la típica espada —con el emblema de la Orden—, un manto de verano y otro de invierno, la túnica —que constituyó su primer hábito—, un cinturón (de robusta factura), un bonete de algodón y otro de fieltro; una toalla, una navaja de afeitar, un par de mantas (una fina y otra gruesa, con rayas en blanco y negro, como la famosa bandera de la Orden), una sábana, un jergón, una servilleta, dos toscos vasos, una cuchara (de madera o cuerno) y un cuchillo de mesa. En campaña y desplazamientos, era de precepto: un caldero, un hacha para cortar leña, un cuenco para la cebada, tres pares de alforjas, un rayador y algunos frascos y escudillas.

En circunstancias normales, la vida diaria de los Templarios, ya transcurriera en sus fortalezas de Tierra Santa o en sus encomiendas de Europa, se regía por severísimas normas. Estaban prohibidas las conversaciones fútiles, las risas, las bromas y, especialmente, las “novatadas”. Tanto, entre ellos, como entre los extraños, debían conducirse —en cualquier ocasión— con humildad y cortesía, observar un comportamiento digno y delicado, sin caer jamás en descortesía o engreimiento. Terminada su jornada habitual, se acostaban pronto y dormían algunas horas (entre tres o cuatro), hasta la hora de “maitines” —sobre las dos de la madrugada en verano o de las cuatro en invierno—, en que una campana les despertaba y, someramente vestidos, debían dirigirse a la capilla u oratorio, para rezar los 13 padrenuestros de rúbrica. Terminados éstos,

debían inspeccionar las cuadras y alimentar a sus caballos, tras lo cual regresaban a sus celdas a descansar un rato. La campana de prima (que coincidía con la salida del sol), los levantaba nuevamente, para vestirse, esta vez totalmente, y oír misa, tras lo cual debían rezar treinta padrenuestros, por los Hermanos vivos y difuntos; luego, cada cual se dirigía a sus obligaciones respectivas, sólo interrumpidas cada hora para los rezos reglamentarios.

Su comida se regula de la siguiente manera: domingos, martes y jueves comen carne, y los otros días, leche, huevos y queso. Sólo los sacerdotes que ofician en sus iglesias beben vino todos los días, con el pan, lo mismo que los soldados, es decir, los caballeros durante las ejercitaciones y los soldados de a pie en combate. Los trabajadores trabajan cada uno en su *métier* (oficio), e incluso los labradores; en cada ciudad o aldea en la que poseen casa, hay un jefe y un administrador, y, bajo sus órdenes, todo aquel que se encuentra allí debe trabajar cada uno en su ocupación.

Chronique de Michel le Syrien, citada por Malcolm Barber

No obstante lo expuesto, los enfermos podían seguir el régimen alimenticio considerado más adecuado a sus circunstancias, incluida la carne (excepto los viernes). Esta dieta, en la que no debían faltar otros alimentos como pescados, frutas o verduras —pese a su simpleza—, era la adecuada para la buena salud de los miembros de la Orden y servía para mantenerlos robustos para el ejercicio de las armas o el desempeño de cualquier función, por dura que fuese. Cuando la campana llamaba a comer, todos debían abandonar sus obligaciones y dirigirse al refectorio. El capellán bendecía la mesa, y luego tomaban asiento y comían sentados de dos en dos en pequeñas mesas, mientras se leían las Sagradas Escrituras. Por tal motivo, debían comer en silencio, aunque se toleraba el que pudieran comunicarse por señas. En ocasiones, dos hermanos utilizaban la misma escudilla (¿con el mismo significado que el hecho de compartir el mismo caballo...?). Estaba prohibido abandonar la mesa, salvo casos justificadísimos, como una repentina indisposición, por ejemplo.

Los Templarios observaban rigurosamente tres cuaresmas y comulgaban y socorrían a los pobres tres veces por semana: "...De todo lo que entra después de las cosechas en grano, vino, etc., se distribuye en décimo entre los pobres; cada vez que se hace pan en las casas templarias —narra en su *Crónica*, Michel le Syrien—, una hogaza de cada diez se reserva para los pobres. Los días en que se pone la mesa donde los Hermanos comen pan, todo lo que sobra se da a los pobres. Dos veces por semana se distribuye pan y vino a los pobres..."

Debido a su voto de pobreza, si caían prisioneros —pese a las riquezas de la Orden—, no podían ser rescatados ni por dinero ni por cualquier otro bien, lo que motivó que normalmente fueran ejecutados. Cuando morían se les envolvía en su capa y se les sepultaba —sobre una tabla— boca abajo, en una fosa común, sin nombre ni señal algunos... En cualquier circunstancia, por desfavorable que fuera, se suponía que debían hacer honor a la divisa del Temple: *Non nobis, domine, non nobis sed nomini tuo da gloriam* (Nada para nosotros, Señor, sino para dar gloria a tu nombre)...



En todos los edificios de la Orden (militares, religiosos o simplemente civiles) se observaba una disciplina rigurosísima. Sus miembros celebraban “Capítulos” cada cierto tiempo, y a los que nos hemos referido. Por supuesto, tales sesiones eran secretas, muy de acuerdo con el espíritu hermético de la misma. Los Hermanos debían acudir en silencio y con la cabeza descubierta; sin embargo, en este punto, se tenía cierta tolerancia con calvos o resfriados, en lo más crudo del invierno. Comenzaba la sesión con el rezo del padrenuestro y otras preces, dirigidas por el Presidente del “Capítulo”, que solía ser la más alta autoridad del lugar. Acto seguido, se dirigía a todos los presentes, para exhortarles a perseverar en el camino de la virtud y a esforzarse en el cumplimiento de sus obligaciones respectivas.

Todos y cada uno de los reunidos debían hacer, por orden de antigüedad, pública y detallada confesión de las faltas cometidas por cada uno desde el anterior “Capítulo” (la confesión pública era normal entre los primeros cristianos). Formaba parte de la Regla, y por ello carecía de significado censurable —más bien, todo lo contrario—, el hecho de que cuando un Hermano viese a otro incurrir en alguna falta, le amonestase privadamente, “con severidad no exenta de dulzura”; generalmente la deficiencia quedaba así corregida. Pero si éste reincidía, debía denunciar los hechos ante todos, delación, que, como decimos, nada tenía ni de reprochable ni de peyorativa, ya que —ante todo—, y no olvidemos, el último pretendido era la salvación del alma del transgresor.

Eran consideradas “faltas graves”: la simonía, la violación de secretos, el asesinato de un cristiano (se tenía en cuanta la “legítima defensa”), el motín, la sodomía, el sacrilegio, la cobardía ante el enemigo, la herejía, la traición y el hurto; “menos graves” eran consideradas la imprudencia o la temeridad. Como era lógico, las sanciones eran proporcionadas a la magnitud de los delitos. Si las faltas, confesadas o enunciadas, requerían la deliberación de la Asamblea, el interesado era invitado a abandonar la reunión, mientras que los demás decidían y votaban el castigo merecido. Las sentencias eran sumarísimas e inapelables. Podían ir desde la pena de muerte o de cadena perpetua a la expulsión de la Orden, pasando por la pérdida temporal o definitiva del hábito o penitencia, acompañada de castigo corporal público (consistente en ser azotado). Aquellos que, privados del hábito, permanecían en el Templo, debían trabajar en oficios serviles; cuando esta sanción era temporal, y concluía, el Hermano recuperaba sus perdidos derechos. De cualquier forma, no parece que se aplicasen mucho las penas máximas.

Los “Capítulos” concluían con una absolución general, impartida por el capellán del lugar y, acto seguido, se rendía culto de veneración a determinadas reliquias, a las que profesaban gran estima, especialmente una espina que, se decía, había pertenecido a la corona de Cristo, y que se mostraba todos los Viernes Santos. *Por otra parte, la Orden sentía una especialísima devoción a la Virgen María, a San Jorge y a San Juan.*

Cada Semana Santa, el limosnero de cada Encomienda o castillo escogía a 13 pobres para que los Hermanos les lavaran los pies, y luego, tras entregarles a cada uno dos panes, dos monedas de oro y un par de zapatos, se les despedía. Los Viernes Santos eran dedicados a la adoración de la Cruz, y todos los Hermanos —salvo los ancianos y enfermos— debían andar descalzos y ayunar a pan y agua. Días de ayuno, con excepción del día de Navidad, eran todos los viernes, desde la Fiesta de Todos los Santos hasta Pascua.

• • •

La Regla primitiva parece haber recomendado el reclutamiento en las filas de la Orden de caballeros excomulgados, previa absolución por el Obispo. *Allí donde sabéis que están reunidos caballeros excomulgados, os ordeno que vayáis y, si hubiese algunos que quisiesen agregarse a la orden de caballería en Ultramar, no debéis preocuparos tanto por el provecho temporal como por la salvación eterna de su alma.*

En cambio, la Regla latina, veinte años posterior, dice: *Allí donde sabéis que están reunidos los caballeros “no excomulgados”, decimos que conviene ir, sin tener tan en cuenta el provecho temporal como la salvación eterna de su alma.*

La historiadora Régine Pernoud analiza con precisión la contradicción entre ambas reglas. Dice:

“El mismo artículo, que se refiere en suma a la propaganda y el reclutamiento de la Orden, se dirige, en el texto primitivo a los caballeros excomulgados, y en la Regla latina, a los no excomulgados. La divergencia es evidentemente grave.

El artículo continúa sin modificaciones: se prescribe a quienes quieren formar parte de la caballería del Temple, presentarse ante el obispo, quien en el texto latino escucha la demanda del que desea ser recibido por el templario reclutador, en tanto que en el texto original «escucha y absuelve» (el término no existe en el texto latino) al caballero excomulgado, permitiéndole así ingresar a la caballería del Temple.”

Existe, asimismo un ejemplo muy concreto del particular tratamiento que el Temple acuerda a los excomulgados: es sabido que la Orden posee, por especial concesión del Papa Eugenio III, sus propios cementerios, eximidos de las obligaciones habituales con respecto a las excomuniones o interdicciones. Y así una persona que muere excomulgada, y a la que en consecuencia se le niega sepultura en todas partes, puede ser inhumada en tierra consagrada en un cementerio templario. Y eso ocurrió en el caso de Godofredo de Mandeville, conde de Essex, en Inglaterra en el año 1143.

En todo caso, y por encima de las motivaciones de las diferentes versiones que dan las distintas reglas de este asunto, conviene recordar unas líneas de San Barnardo en *De laude novae militiae*. El santo no tiene mayores pelos en la lengua acerca de la conveniencia de reclutar excomulgados: “Entre ellos los hay malvados, impíos, raptos, sacrílegos, homicidas, perjuros, adúlteros; en ello hay una doble ventaja. La partida de esas gentes será una liberación para el país, y Oriente se alegrará de su llegada a causa de los servicios que allí podrán realizar...”

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

LA EXPANSIÓN DEL TEMPLE

Aunque en un principio se instituyeron para escoltar por los caminos a los peregrinos que venían a rezar, luego, además, vinieron con los reyes para ir a la guerra contra los turcos. Se multiplicaron hasta el punto de ser 100.000. Poseían fortalezas y ellos mismos fortificaron plazas fuertes en todos los países dominados por los cristianos. También se multiplicaron sus riquezas en oro y en todo tipo de cosas, en armas de todas las clases, en rebaños de ovejas, en bueyes, camellos, caballos, más que los de los reyes. *Y, pese a esto, todos ellos eran pobres y despegados de todas las cosas.* Son acogedores y caritativos con todos aquellos que adoran la Cruz. En todos los países, y especialmente en Jerusalén, han fundado hospitales, en los que cualquier extraño que enferme puede encontrar sitio; los hermanos le sirven y lo cuidan hasta que se restablece, y luego le administran el sacramento y puede irse en paz, o bien, si muere, se encargan de sus funerales...

Chronique de Michel le Syrien, recogida por Malcolm Barber

Desde el momento de su fundación, esta nueva Orden de “monjes-soldados” concitó las simpatías de príncipes y magnates, que no tardaron en advertirse en forma de limosna y toda suerte de donaciones, en beneficio de los todavía escasísimos monasterios regionales de la Europa Occidental, encargados del reclutamiento de nuevos “Hermanos” y de las provisiones de fondos.

“Aparentemente, el Temple era en Oriente una organización guerrera —recuerda Eslava y Galán— y en Occidente una organización casi exclusivamente monacal (exceptuando la Península Ibérica, donde también se combatía contra el Islam).

La célula base de la organización templaria era la encomienda, posesión territorial de diversa índole, finca, castillo o villa, por lo general procedente de la donación de algún rico señor. Las encomiendas o prioratos se agrupaban en bailías, que a su vez se reunían en casas regionales y éstas en provincias.”

• • •

A mediados del siglo XII, la Orden ya se había extendido tanto por el Próximo Oriente como por Occidente, donde poseía fortalezas y numerosas “encomiendas”. La organización se hizo más compleja, y fue preciso dividir los territorios en que se habían establecido en Provincias: las “Orientales” de Jerusalén, Trípoli, Antioquía, Chipre, y Rumanía; las “Occidentales” de Sicilia-Apulia, Lombardía, Castilla-Portugal, Aragón-Cataluña, Ale-

mania Superior, Alemania Inferior, Bohemia-Austria, Inglaterra-Escocia, Irlanda, Francia, Normandía, Aquitania y Provenza.

Para su mejor administración, las posesiones del Temple fueron divididas en “Prioratos”, “Bailías” y “Encomiendas” (como ya se ha indicado). Regía en ellas un “Maestre”, pero el poder era elegido y detentado por el “Capítulo General”, ya descrito. Por su parte, debido a su voto de castidad, entregaban a la misma todos sus bienes.

Los “Maestres” provinciales estaban sometidos estatutariamente al “Gran Maestre” de Jerusalén. Inicialmente había una especie de supervisor, encargado de ejercer su cargo sobre todas las provincias Occidentales pero, con el tiempo, fueron precisos dos de estos inspectores, que recibían el nombre de “Visitadores”; por debajo de éstos, y para asistirles en sus funciones, existían toda una serie de “Preceptores Regionales”. No faltan testimonios documentales que indican que, al menos, en sus últimos años, se produjeron notables variaciones en la importancia de las jerarquías en la estructura de la Orden.

Sus efectivos humanos fueron creciendo rápidamente y determinaron una jerarquización de categorías y una especialización en los cargos y oficios, asombrosamente moderna para la época. *En realidad, los “Caballeros” profesos constituían una selecta minoría.* El resto de los mismos estaba compuesto por capellanes, hermanos de oficio, sargentos de armas, artesanos, funcionarios, visitadores e incluso “asociados” temporales. A la cabeza, como ya se ha expuesto repetidamente, estaba la autoridad superior del “Gran Maestre”, *que únicamente se sometía al Papa*, asistido por un sinnúmero de secretarios y burócratas, que acabaron convirtiendo a la Orden en una especie de “multinacional” de nuestros días. La Institución, protegida desde un principio por la Santa Sede (bulas “Omne Datum Optimum” [1139], que la ponía bajo la protección papal; “Milites Templi” [1143] que concedía abundantes indulgencias a sus benefactores, y “Militia Dei” [1145], que permitía a ésta la posesión de capillas y cementerios propios) y favorecida por los monarcas —caso del reino de Aragón—, con múltiples beneficios territoriales y económicos, escapaban a las jurisdicciones civil y eclesiástica ordinarias... “Acabó —afirmaba Eslava Galán— convirtiéndose, en cierto sentido, en un Estado dentro del Estado y una Iglesia dentro de la Iglesia...”

Teóricamente la red de “Encomiendas” europeas no tenía otra función que la de acumular y canalizar los excedentes precisos para hacer frente a los cuantiosos gastos de la Orden en Tierra Santa: construcción y mantenimiento de fortalezas (algunas de aspecto impresionante), residencias y hospitales, y el pago de sus soldadas a las tropas auxiliares o mercenarias, ya que la escasez de efectivos cristianos hacía necesario suplirlos con el alistamiento de guerreros turcos profesionales.

Sería interesante, aunque sólo fuera de manera sucinta, detenerse en las actividades de la Orden en los principales países Occidentales, y, aunque tal cosa se sale un poco de nuestros propósitos, por su extensión y alejamiento del contenido del presente libro, lo haremos en otros capítulo... Por el momento, nos limitaremos a las primeras actividades templarias en la Península Ibérica.

A falta de una fecha concreta para situar la introducción del Temple en la Península, los historiadores han convenido en localizarla tras la celebración del concilio de Troyes. Así Zurita la fija en 1132, mientras que el padre Mariana prefiere dejarla en un plano de nebulosa inconcreción cuando escribe:

“...A persuasión de San Bernardo, principal fundador del Císter, se entregó por el rey de Aragón don Alfonso, que se llamó emperador de España, a los Caballeros Templarios la nueva ciudad de Monreal con un convento que en ella se fundó, habiéndoseles señalado, además, las rentas y la quinta parte de los despojos que en la guerra de los moros se cogiesen.”

Lo cierto es que había habido varios destacados caballeros peninsulares ya desde los primeros momentos de la creación de la Orden en Tierra Santa. Ahora, vueltos a sus lugares de origen, podían cumplir de la forma más adecuada su juramento de luchar contra el infiel. La empresa de la Reconquista recibiría a partir de estos momentos muy destacados impulsos, que acabarían por decidir el definitivo vuelco en la situación de las fuerzas enfrentadas.

Al igual que en el resto de la Europa cristiana, los Templarios hispanos conocieron un rápido proceso de aceptación y enriquecimiento, tanto en influencia política como en bienes materiales, procedente del favor de los monarcas...

Selección de textos de Malcolm Barber

Debe tenerse muy en cuenta que los Templarios sólo pudieron combatir contra el Islam en Tierra Santa y en España y en Portugal; en cierto modo, desde cualquier punto de vista, la situación en los reinos peninsulares era similar a la de una “Cruzada”, e incluso no faltaron precedentes, que años después habrían de inspirar a la Santa Sede a convocar tan famosas expediciones; tal fue el caso de una pequeña fuerza internacional que en 1064 partió de la ciudad de Toulouse (Departamento del Alto Garona, Francia) para emprender la conquista de Barcelona. Sin embargo, en los reinos peninsulares, tales contingentes eran mirados —no sin motivos— con bastante desconfianza, ya que unas veces acababan por desertar, otras se entregaban al saqueo (de moros, judíos o cristianos, por lo que no podían ser acusados de racistas), y en ocasiones, su presencia se hacía ingrata, por su vida disoluta y su escasisísimo o nulo valor como combatientes. Nada de particular tenía, pues, que los monarcas prefirieran proteger a las Órdenes Militares, tanto españolas como foráneas.

Cuando los Templarios llegan a España, la guerra de incursiones aisladas ha dado paso a una guerra de conquista formal, y Alfonso I de Aragón y Navarra ha logrado ya arrebatar a los sarracenos gran parte del valle central de Ebro, así como la ciudad de Zaragoza.

En apariencia, lo que se esperaba de los Templarios en Aragón, en Cataluña, en Portugal,

era la inmediata ayuda militar contra los moros. Un hecho concreto reafirma esta hipótesis: cuando el Conde de Barcelona [Ramón Berenguer III] otorga al Temple el castillo de Grañena [Lérida], situado sobre la frontera misma de las tierras recuperadas, el acta de cesión específica que esto se hace “para la defensa de la Cristiandad y de acuerdo con el propósito para el que ha sido fundada la Orden”.

Esta es exactamente la misma fórmula que volvemos a encontrar cuando Armengol IV, conde de Urgel, entrega a los Templarios Roberto de Senescal y Hugo Rigaud el castillo fronterizo de Barberá [Tarragona], “porque han venido y se han mantenido con la fuerza de las armas en Grayana o Grañena, para la defensa de los cristianos”...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

Alfonso I “el Batallador”, rey de Aragón y de Navarra (1104-1134), es al que, como se ha mencionado, realiza el salto de la Montaña al Valle en el pequeño reino aragonés, que adquiere su grandeza con la conquista y repoblación del Valle del Ebro (Zaragoza, Tudela, Tarazona, Calatayud, Daroca, etc.), además de avanzar por los ríos Jalón-Jiloca y zonas de Teruel-Maestrazgo. Su audacia y poderío militar se manifiestan, especialmente, en una temeraria expedición a al-Andalus (la zona entonces musulmana), atravesando con reducidas fuerzas las tierras enemigas de Valencia, Murcia, Granada y Málaga, logrando regresar con varios miles de “mozárabes”, que prefirieron vivir entre los cristianos, tras 15 meses de batallas, triunfos, algaras y razias (y habiendo causado una seria derrota a los ejércitos musulmanes en Arnisol, cerca de Lucena, Córdoba, el 9 de marzo de 1126)... Curiosamente, señala el historiador Arranz Velarde, cuando “el Batallador” fallecía el 7 de setiembre de 1134, agotado y herido, tras una derrota... “El pueblo no creyó en su muerte; los aragoneses afirmaban que su batallador monarca, no hallando en España musulmanes suficientes con quien pelear, los había ido a buscar a Tierra Santa”... Cabe, entonces, preguntarse sobre la influencia y nombradía que habían ya adquirido los recién llegados Templarios...

• • •

No hay duda de que este rey fue el más importante de su tiempo en la Península Ibérica, incluso bastante superior a Alfonso VII de Castilla. Fue llamado a este reino para imponer allí el orden y casó con Urraca, la hija mayor de Alfonso VI (viuda de Raimundo de Borgoña y madre del futuro Alfonso VII), en fallido precedente de la unidad nacional; tal vez no estaban maduros los tiempos, y el matrimonio —en evitación de males mayores— fue disuelto por la Santa Sede. Como no tuvieron hijos, a su muerte, se presentaban dos opciones:

1. Que le sucediera —como así ocurrió— su hermano Ramiro II “el Monje”, que había sido benedictino y abad, y, a la sazón obispo electo de Roda-Barbastro.

2. Que cumpliera su testamento (otorgado en octubre de 1131) por el que instituía como heredero de sus reinos a las Órdenes Militares del Santo Sepulcro, San Juan de Jerusalén (Hospitalarios) y los Caballeros Templarios, por partes iguales (testamento que puede ser consultado en el Tomo I del *Liber Feudorum Maior*, editado por Francisco Miquel Rossell, Barcelona, 1945). Ante tan extraño testamento, sólo caben plantearse una serie de conjeturas, que se reducirían al estado eclesiástico de Ramiro y a la fe ardiente y el espíritu de cruzado de “el Batallador”, que, en ocasiones, había soñado con llegar a Jerusalén por mar, al frente de una gran Cruzada; proyecto que, tras su muerte, sólo podían realizar las Órdenes Militares.

“Lógicamente —comenta Eslava Galán— esta disparatada voluntad real no se cumplió, probablemente porque ni siquiera a sus sorprendidos herederos les interesaba hacerse cargo de estos reinos...” Por su parte, y esto no tenía nada de sorprendente, los magnates aragoneses reunidos en Jaca, eligieron rey a Ramiro II “el Monje”. Evidentemente y pese a lo arraigado del concepto de “monarquía patrimonial” se hizo caso omiso de tan poco común testamento, lo que no resultaba ilógico, dadas las circunstancias históricas del momento: Navarra aprovecha para separarse de Aragón; Alfonso VII de Castilla (todavía imbuido de la idea imperial), pretende hacer valer sus derechos y recurre a las armas, apoderándose de algunas plazas y entrando en Zaragoza, y los musulmanes, por aquello de “a río revuelto...”, recuperan algunas poblaciones recientemente perdidas, entre ellas Mequinenza (Zaragoza). No cabía, por tanto, la posibilidad de cumplir el testamento e instituir una triarquía, entre otras razones *porque las mencionadas Órdenes, si bien participaban en la reconquista y eran poderosas, eran aún ajenas a las formas de vida aragonesa, al menos, parcialmente.*

Ramiro II no pudo o no supo estar a la altura de las circunstancias, tal vez por su carácter o educación. Cuando Alfonso VII, se apoderó de Zaragoza (1134), la cedió “en vasallaje” a García Ramírez, rey de Navarra, quien al poco tiempo la devolvió a su legítimo dueño... No hubo oposición por parte del Castellano, vencía a sus adversarios, y se conformaba (tal vez por su origen borgoñón) con el hecho de que reyes cristianos y reyezuelos “taifas” le rindieran un vasallaje, teórico, que le obligaba a muy poco; así Alfonso Henriques, primer rey de Portugal y pariente de Alfonso VII, rompía con astucia y facilidad (contando con la ayuda de la Santa Sede) los lazos que todavía le unían a Castilla.

Tras obtener una dispensa de Roma, el aragonés casaba con Inés de Poitiers, de la que tuvo (1136) una hija llamada Petronila. Harto de soportar contrariedades y tener que vérselas con los levantiscos nobles (de ahí la leyenda de “La campana de Huesca”), siguiendo los consejos del Senescal de Cataluña, Guillén Ramón, concertó (11 de agosto de 1137) el matrimonio de su hija con el conde de Barcelona, Berenguer Ramón IV, al que al poco entregó el gobierno de sus Estados, conformándose solamente con los honores reales. “De esta manera —escribe el Marqués de Lozoya—, al unirse en manos de un gran

príncipe el condado mediterráneo, tan rico y tan dinámico, con el reino aragonés, en que se contenían tan poderosas energías, se formó una confederación, cuyo poderío creciente hacía imposible todo intento de superioridad castellana.”

Finalmente, Ramiro II terminó abdicando y retirándose (1140) al monasterio de San Pedro el Viejo (de Huesca), donde falleció en 1157... Aquel mismo año moría Alfonso VII, rey de Castilla y León (llamado “el Emperador”).

No le resultó difícil a Ramón Berenguer IV (cuyas relaciones con el Temple eran buenas, remitimos a las Cortes de Gerona, del año 1143), llegar a una serie de acuerdos —previas compensaciones económicas y territoriales— con estas Órdenes. Así, los Templarios solicitaron y obtuvieron villas y castillos como Monzón (Huesca), Mongay (Lérida), Chalamera (Huesca), Barberá (Tarragona), Belchite (Zaragoza), Remolinos (Zaragoza) y Corbins (Lérida), un décimo de las rentas del reino y el quinto de las tierras que en lo sucesivo ayudasen a recuperar de los musulmanes (resultado del acuerdo entre Ramón Berenguer y el “Gran Maestre”, Roberto de Craon)... Resulta sumamente curioso, sin embargo, que la Iglesia, en su documentación de la época, pretendiera ignorar el reinado (no muy brillante, si se quiere, pero reinado, al fin y al cabo) de Ramiro II, tal vez por su condición de eclesiástico: *para la Santa Sede “si que existió” la transmisión del reino de Aragón por “el Batallador” a las mencionadas Órdenes, y de éstas —a su vez— a Ramón Berenguer IV, “conde de Barcelona y príncipe de Aragón.”*

“En el transfondo, la consecuencia más importante del testamento de Alfonso I «el Batallador» —comenta Miguel Gual Camarena— fue el nacimiento de la Corona de Aragón. Pero como futurible de la historia cabe plantearse dos preguntas: ¿qué hubiera pasado si los aragoneses aceptan el testamento del “Batallador”...? ¿Y si Ramiro II en vez de una hija hubiera tenido un hijo varón...?”

• • •

A partir de entonces, las actividades de la Orden (no sólo las militares) se intensifican. Alfonso II “el Casto” se hace acompañar por Templarios en sus campañas de conquista del Bajo Ebro. Y así, colaboran eficazmente en el ataque a Tortosa (Tarragona), en 1148; en el asedio a Lérida, en 1149, y en el de Miravet (Tarragona), en 1152, recibiendo después de la reconquista de las ciudades mencionadas su quinto de tierras o impuestos, así como un buena parte de las tierras situadas entre Mequinenza y Benifallet (Tarragona), y en 1168 se les concede la tercera parte de la ciudad de Tortosa...son muchas las riquezas, que suscitan los primeros recelos...

Paralelamente a las actividades bélicas, la Orden desarrolló otras de signo financiero y comercial, llegando a monopolizar en Aragón el importantísimo comercio de la sal, mientras aumentaba su prestigio.

Alfonso II experimenta una cierta suspicacia ante el creciente poder del Temple y, para contrarrestarlo, prefiere proteger a las Órdenes Militares españolas, especialmente a la de Montjoy (fundada por “el Batallador” e inspirada en ésta); sin embargo, su rápido deterioro y su incapacidad de conservar sus posesiones hicieron que fuera absorbida por los Templarios, junto con sus posesiones del sur de Aragón.

Pedro II “el Católico”, su primogénito y sucesor, amante del lujo y del belicismo, tiene que volver sus ojos al Temple, que en 1198 actúa como mediador entre este soberano y su madre Sancha (hermana de Alfonso VIII de Castilla), por la posesión de la localidad fronteriza de Ariza (Zaragoza), y tomaron parte en las campañas que este monarca emprendió, sólo o conjuntamente con castellanos y navarros contra los musulmanes.

Su sucesor, Jaime I “el Conquistador” (1208-1276) tuvo una minoría agitada, ya que tras la muerte de su padre (1213) en la batalla de Muret, luchando contra Simón de Montfort (personaje al que la Santa Sede había conferido poderes especiales para la lucha contra los herejes albigenses), se planteó la cuestión de la regencia, que fue concedida por las Cortes a Sancho, hijo de Ramón Berenguer IV, lo que no acabó con los disturbios, hasta 1227, en que finalizaron las rebeliones de la nobleza. A partir de 1210, Guillén de Monredón, “Maestre” de Aragón, se encarga de la custodia y educación del futuro rey en el imponente castillo que posee el Temple en Monzón (Huesca); y, posteriormente, efectivos de la Orden le asistirían en la conquista de Valencia y Mallorca.

En los documentos de la época aparecen las primeras referencias alusivas a los efectivos movilizados por el Temple: cuando se decide la expedición a Mallorca (primavera de 1229), se establece que las tierras de la isla, una vez conquistadas, se repartirán entre la Corona, la nobleza y el clero, proporcionalmente a la magnitud de los contingentes aportados. Y se sabe que la parte correspondiente a los Templarios, no excedía —aparte de una fortaleza, donada por el monarca, junto los muros de Palma— un vigésimo quinto de la isla (cuya superficie aproximada es de 3.640 km²). Esto significa poco, pero ya es algo; es decir, no es posible determinar cuántos hombres movilizó la Orden, pero sí que sus efectivos eran poco numerosos en relación con las fuerzas destinadas a tal empresa, difícil, por cierto. Por lo que se sabe, se reunieron en el puerto de Salou (Tarragona) unas 155 naves de todo género, capaces de contener a 15.000 infantes y 1.500 jinetes, aparte de un número indeterminado, pero corto, de auxiliares genoveses y provenzales, y de todo el equipo, armamento ligero y pesado, y víveres preciosos para hombres y bestias.

Aún con estos datos, seguimos sin saber cuántos combatientes alineó el Temple; pero, ciertamente, eran muy pocos, comparándolos con el total de las fuerzas que entraron en acción. La *Crónica de Jaime I* da a entender que éstos eran más importantes por su excelente preparación militar que por su número. Como fuerza de élite era digna de tenerse en cuenta su magnífica organización y su capacidad de rápida movilización, en una época en la que los ejércitos permanentes, tal y como hoy los concebimos, no existían. En caso de emergencia,

sus fuerzas, unidas a las de la Casa Real, permitan constituir un núcleo de ejército, donde fuese necesario, listo para la defensa o el ataque antes de que las tropas de los nobles—algunas veces un tanto remisos a cumplir sus compromisos— pudieran entrar en acción.

• • •

De establecimiento algo más tardío que en los Estados catalanoaragoneses, los Templarios seguían en Castilla similar evolución, instalándose, al principio, en diversas “Encomiendas” situadas al Norte del Tajo, donde no faltaban las posibilidades mercantiles (como en el caso de la Puebla de Montalbán, cerca de Torrijos, Toledo). Se trataba de lugares de fácil defensa y prudentemente alejados de la frontera musulmana. Es posible que la Orden, en un principio, escasa de efectivos humanos, no estuviera en condiciones de emprender acciones bélicas (téngase en cuenta, en todo caso, que “valor” no es sinónimo de “temeridad”, considerada falta reprobable y digna de severo castigo por la Regla del Temple).

Alfonso VII (1105-1157) les hace varias concesiones, entre ellas la de Calatrava (Ciudad Real), comarca —castillo incluido— que ocupa el sector de La Mancha comprendido entre los montes de Toledo y la sierra de Alcudía, como punto de defensa en la móvil frontera del Sur, y que fortifican, dada su situación estratégica de avanzada en el camino de Andalucía. Sin embargo, en 1158 los “freires” (como aquí se denomina a Templarios y miembros de las demás Órdenes Militares) se declaran incapaces de defender aquel territorio contra el avance de los “almohades” (miembros de un movimiento religioso beréber, que tras conquistar el Norte de África, pasaron el Estrecho de Gibraltar en 1147, derrotando a los “almorávides”). Por otra parte, la demencia cesárea del monarca castellano, agravada con los años, había culminado con el reparto de sus Estados (Castilla y León) entre sus hijos Sancho III y Fernando II, con lo que no sólo debilitó las causas de la Cristiandad, sino que resucitó viejas rivalidades entre ambos reinos, con las consecuencias de todos conocidas.

Si para los Templarios la temeridad constituía una falta grave, mucho más lo era la cobardía; de hecho, les estaba prácticamente prohibida la retirada o la huida... Entonces cabe preguntarse sobre los motivos que tenían para no intentar siquiera la defensa del famoso castillo-convento...¿falta de medios...? Nos cuesta creerlo; tal vez existieron otros motivos más ocultos y profundos. Entonces, un grupo de monjes cistercienses (recuérdese la estrecha relación del Temple con el Císter) se comprometió a defender esta posición. Este fue el origen de la Orden Militar de Calatrava (la más antigua de las españolas, que todavía subsiste, aunque en nuestro días sea sólo una corporación meramente honorífica), fundada por el abad del monasterio de Santa María de Fitero (Navarra), San Raimundo, en 1158 y aprobada por S.S. Alejandro III, en 1164.

Pese a este contratiempo, nadie censuró a los Templarios, no disminuyó su influencia, ni perdieron un ápice de su bien ganado prestigio en los reinos de Castilla y León, como lo demuestra el hecho de que a imitación suya se constituyera (hacia 1170) la Orden de Santiago, cuyo fin era no sólo defender las fronteras de los reinos cristianos de las incursiones musulmanas, sino auxiliar a los peregrinos que acudían a postrarse ante el sepulcro del Apóstol. También subsiste en la actualidad con carácter honorífico. En 1176 (bajo el reinado de Alfonso VIII) colaboraron con su inestimable y siempre bien pagada ayuda en la conquista de Cuenca, siendo destacadísima su actuación, en el verano de 1212, en la batalla de las Navas de Tolosa (cerca de La Carolina, Jaén), que se saldó con una completa derrota del soberano “almohade” Muhammad al-Nasir, y en la que pereció el “Maestre” provincial, Gómez Ramírez, al que se atribuye —no sabemos hasta que punto sea cierto— la inspiración de la estrategia castellana en aquella jornada.

Por estas fechas, las propiedades de la Orden en Castilla y León eran ya considerables e incluían lugares de la importancia de Coria (Cáceres), Benavente (Zamora), Limia (Orense) y Ponferrada (León); las Salinas de Lampreana (Zamora) y la villa de Alcañices (Zamora), estratégica posición en el camino de Braganza (Portugal) a Zamora.

A partir de 1216, y reinando el jovencísimo y fugaz Enrique I, la Orden intensificó sus acciones bélicas en el Sur, apoyando a los leoneses. Por tal motivo, el “Maestre” Pedro Alviti, contrajo deudas que le resultaron difíciles de pagar (no sería la primera vez que el temple pasase por apuros económicos, pese a sus riquezas), siendo defendido por el Papa Honorio III, cuando le requirió el “Gran Maestre”, Guillermo de Chartres, para responder de las misma... “Seguramente —tal es el agudo comentario de Eslava Galán— circulaban ya rumores sobre las riquezas que desmedidamente acumulaban los Templarios, Honorio III pidió a los prelados que no prestaran oídos a tales calumnias y justificó las riquezas de la Orden por los cuantiosos gastos que le causaba el mantenimiento de caballeros y pobres... Los Templarios eran además los recaudadores del impuesto de la Cruzada. Quizás esta circunstancia explique su impopularidad entre los contribuyentes hispánicos, siempre recelosos de Hacienda.”

Ya entradas las décadas centrales del siglo XIII, los Caballeros del Temple harán gala de sus extraordinarias capacidades militares y organizativas, en la que se considera como la empresa definitiva de la Reconquista: la ocupación de las tierras del valle del Guadalquivir. En las campañas de Fernando III “el Santo” no faltaron contingentes de la Orden. Y, tras la toma de Sevilla (22 de diciembre de 1248), éste les otorgó la villa de Fregenal de la Sierra (Badajoz), junto a otras no menos substanciosas retribuciones. *En aquellos años llegaron a poseer, solamente en Castilla, no menos de 30 “Encomiendas”.*

Sus sucesores, Alfonso X “el Sabio” (1221-1284) y Sancho IV “el Bravo” (1258-1295), les encargaron el desempeño de funciones tan importantes como delicadas, actitud real que también se había manifestado en el reino de Navarra, a partir del año 1157, cuando San-

cho VI “el Sabio” (tal vez por la circunstancia de ser suegro de Ricardo I de Inglaterra, llamado “Corazón de León”) les otorgó extensos y ricos territorios.

En Portugal, tras su instalación por los “años treinta” del siglo XII, y bajo la protección directa de la realeza, no tardaron en alcanzar grandes riquezas y poderío, siendo su centro la fortaleza de Thomar (o Tomar, en el distrito de Santarém), sobre el Tajo, cuyas obras se iniciaron hacia 1160 y que será posteriormente la Sede del Temple portugués. Entre otras donaciones, recibieron el castillo de Soure (a orillas del Mondego, Distrito de Beira) y el cercano bosque de Cera.

Aparte de colaborar, como en los reinos españoles, en la lucha contra el Islam, la Orden se preocupaba intensamente por el desarrollo racional de sus posesiones en el país, adquiriendo cuantos molinos podía. Si embargo, en el siglo siguiente —y no fue acontecimiento exclusivo de los reinos peninsulares—, la Orden sólo modera sus gastos, sino que, ocasionalmente, pasa por ciertas dificultades en el pago de sus deudas, extremo sobre el que no vamos a detenernos, por ahora, ya que el estudio de la economía del Temple se sale de los fines del presente capítulo.



LA CAÍDA DE JERUSALÉN

Balduino de Le Bourg, con el nombre de Balduino II, pudo, no sin esfuerzos, mantener —durante 13 años— su reino contra los ataques de los musulmanes y consiguió que el principado latino de Antioquía dependiera de Jerusalén. Casó a su hija, Melisenda con Fulco de Anjou, que le sucedería (1131) tras su muerte... Algo estaba cambiando, y no para bien: mientras sus predecesores se habían enfrentado con adversarios políticamente divididos, ahora, éstos se disponían, a realizar su unidad bajo el enérgico impulso de Zangi, príncipe de Mosul (Irak) y Alepo (Siria), y de su hijo Nür al-Din. Por otra parte, el emperador de Bizancio pretendía hacer valer sus ya discutibles derechos sobre los territorios arrancados a los turco.

Ante este estado de cosas, Fulco de Anjou no pudo o no supo hacer nada mejor que tratar de salir del paso, contemporizando con unos y otros, a fin de ganar tiempo y recibir ayuda occidental; pero a su muerte, tras la caída de su caballo, dejó dos hijos menores, y la regencia fue confiada a Melisenda, circunstancia que aprovechó el astuto Zangi para apoderarse de Edesa, y si la ciudad fue reconquistada por los francos, tras su muerte, su hijo Nür al-Din (Sultán de Siria), la ocupó definitivamente. Animado por tan relativamente fácil éxito, se volvió contra el principado de Antioquía (políticamente dependiente de Jerusalén), derrotando a su jefe Raimundo de Poitiers, quien —por cierto— se había negado a socorrer al conde de Edesa, Joscelino II, y le arrebató el estratégico puerto de Artesia o Tortosa (actual Tartús, Siria)... *De los cuatro Estados francos, no subsistieron más que tres... Fue el primer retroceso del Oriente latino...*

• • •

Un entusiasmo muy similar al que había electrizado a las masas en 1095 se elevó entonces en Occidente... ¡Los Santos Lugares peligraban! La desafortunada empresa de la II Cruzada, convocada por el Papa Eugenio III y predicada con gran ardor por Bernardo de Claraval (Vézelay, Borgoña, 1146), volvió a encender el fervor de los cristianos, ya que pretendía, además de la salvaguardia de la Tierra Santa, ser una respuesta a la contraofensiva seljúcida. En esta ocasión, a diferencia de la anterior, los mismos reyes (Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania) condujeron a sus pueblos a la lucha contra el Islam; pero todo ello, sin

la menor sincronización. Cada cual obró como mejor le pareció, sin consultarse mutuamente, y sin el menor apoyo de Bizancio, donde reinaba Manuel I Comneno, ni de los demás príncipes cristianos. Ambos monarcas se encontraron en Jerusalén —con sus efectivos ya muy mermados—, y acudieron juntos al asedio de Damasco. El resultado fue todo lo desastroso que podía esperarse: enfrentamientos entre los barones de la Siria franca, el abandono de la empresa (1148) y el retorno de ambos monarcas a Europa (1149). La Cruzada debilitó profundamente el reino de Jerusalén, mostrando al adversario sus debilidades y divisiones internas: el condado de Edesa se perdió para siempre, y el principado de Antioquía resultó bastante mermado con la pérdida de los territorios situados en la margen derecha del río Orontes, quedando reducido a una estrecha franja.

• • •

Mientras tanto, el jovencísimo Balduino III había subido al trono (1144), causando la admiración de unos y otros por sus cualidades de jefe y su bravura en el combate, a las que unía una cultura muy por encima de la habitual en su época. Obtuvo algunos éxitos en su lucha contra los musulmanes, apoderándose de Ascalón, última plaza fuerte del litoral de su reino, que permanecía en manos egipcias. No pudo, sin embargo hacer gran cosa por ayudar a los armenios, ni impedir que Nür al-Din, al anexionarse Damasco, consumarse la unidad de la Siria islámica, Casó con una princesa bizantina, nieta del “basileus”, Teodora; lo que agradó a griegos y latinos, por su inequívoco gesto de conciliación, aunque no pudo impedir que uno de sus más notables caballeros, el advenedizo Reinaldo de Châtillon, arrebatara a los griegos la isla de Chipre, donde se comportó como un déspota.

Su prematura muerte (1162) fue lamentada por todos, incluso por sus propios adversarios, que respetaban su valor y caballerosidad. Le sucedió su hermano Amalrico I que, en lugar de conservar y fortalecer los territorios que le quedaban, cayó en el crasísimo error de llevar la guerra a territorio egipcio, aprovechando la decadencia de la dinastía de los fatimíes, que era precisamente lo que el astuto Nür al-Din esperaba pacientemente. Amalrico, pretendiendo “proteger” al Gobierno de El Cairo, envió un ejército compuesto, en su mayor parte, por Caballeros Hospitalarios, dejando desguarnecidas algunas fortalezas fronterizas. Sarracenos y francos se enfrentaron, aunque el resultado fue bastante indeciso. Si hubiera obrado con prudencia, Amalrico no habría comenzado semejante empresa, o habría aprovechado que la partida había quedado en tablas para retirarse. Lo que se caía por su peso y por absurdo, era el intento de apoderarse con tan exiguas y diezmadas fuerzas de un país tan grande. Efectivamente, no sólo no lo consiguió, sino que sus errores e impacencias propiciaron que sirios y egipcios, olvidando sus diferencia religiosas y políticas, se unieran bajo el mandato del joven sultán Salah al-Din (más conocido como Saladino), de origen kurdo, sobrino del general Shirkuh, y educado por

los “atabeg” (gobernadores) de Alepo y Damasco, que llegó a convertirse en un señor de Egipto —dando origen a una nueva dinastía— y de Siria, adversario implacable, pero leal de los cristianos. Amalrico, casado —como su hermano— con una princesa griega, María Comneno, falleció en Constantinopla (1174) cuando trataba de concertar con el emperador Manuel I una acción conjunta contra el enemigo común.

Balduino IV, hijo de Amalrico, subió al trono a los 14 años, ya muy enfermo y debilitado por el terrible mal que no tardaría en llevarle a la tumba: la lepra. Su reinado fue una constante y tenaz lucha en dos frentes: contra los turcos y contra su enfermedad, que iba ganando terreno; pero él rehusó abandonar el trono “porque, aunque era débil de cuerpo, tenía un alma grande y una voluntad sobrehumana.” A los 17 años, consiguió derrotar a Salah al-Din en Montgírad (Ramla, actual capital del Distrito Centro de Israel), concertando una tregua muy útil para los extenuados cristianos, tregua que se encargó de romper Reinaldo de Châtillon, recientemente liberado por los turcos tras varios años de cautiverio, y que volvió a poner de relieve su mala fe y salvaje personalidad, penetrando —en el verano de 1181—, con sus huestes, que tenían más de salteadores que de guerreros cruzados, en Arabia, robando o dando muerte a pacíficos mercaderes o a los devotos musulmanes que no hacían otro daño que el cumplir con el precepto religioso (“hay”) de ir en peregrinación a La Meca, al menos una vez en su vida, sirviendo de muy poco las exhortaciones reales para que depusiera su actitud. Enfurecido, el sultán movilizó a su ejército y Balduino —casi ciego y paralizado— acudió en socorro de su desleal vasallo; y era tal su prestigio, que ante su presencia los musulmanes se replegaron sin combatir. El desaventurado rey falleció en 1185, en medio del respeto general de griegos, francos y sarracenos.

• • •

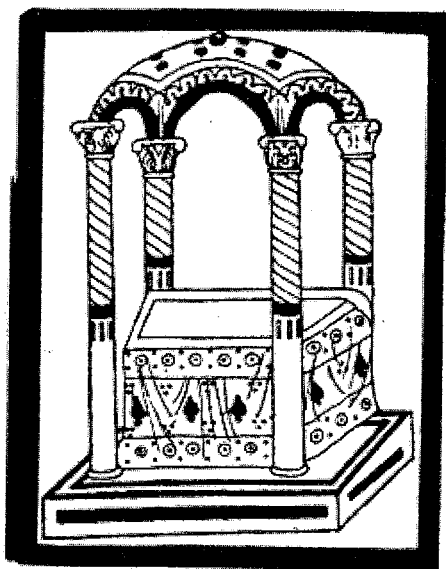
Sibila, hermana del monarca, se había casado con el joven Guido de Lusignan personaje honesto y bienintencionado, pero carente de energía e incapaz de oponerse a los barones, ocupados en estériles luchas. Fruto de este matrimonio era un niño, que hubiera reinado (murió a los 6 años) con el nombre de Balduino V. La madre cedió pues la corona y asoció al trono a su gentil e incompetente esposo que, desoyendo las perspicaces advertencias de consejeros y barones, de atenerse a una táctica meramente defensiva, creyó las falacias del aventurero Reinaldo, incitándole al ataque (Salah al-Din disponía de los inmensos recursos humanos y materiales de Siria y Egipto, y se proponía invadir el reino de Galilea), e inició las hostilidades... Cuando el sultán supo que Lusignan con exigua y desunida hueste venía sobre él, comentó gozoso: *¡Allah nos los entrega!...*

La tarde del 3 de julio de 1187, cristianos y sarracenos se avistaron en Cornes de Hattin (cerca de Tiberiades, junto al lago de Genezareth, Galilea); y, al amanecer, los primeros, cercados, fatigados y casi muertos de sed, fueron presa fácil para los hábiles arqueros y la

caballería ligera de los musulmanes. La batalla —errores tácticos aparte— estaba de antemano decidida y muy pocos lograron escapar. No faltaron actitudes dignísimas de muchos que prefirieron vender caras sus vidas a la huida o la capitulación. *Fuentes musulmanas, ponderadas y muy dignas de crédito, indican que las pérdidas de los cristianos debieron ser numerosísimas, especialmente entre las Órdenes Militares, cuyos miembros solían ocupar los puntos más expuestos en combates y columnas, estándoles prácticamente vedada la retirada.*

• • •

Guido de Lusignan y reinaldo de Châtillon, prisioneros, fueron llevados ante Salah al-Din, quien, justamente ofendido por el insolente comportamiento del segundo, le hizo decapitar “ipso facto”, mientras que se mostró clemente con el derrotado monarca, tratándole con deferencia y dejándole —poco tiempo después— en libertad. Este decisivo desastre permitió al sultán apoderarse, fácilmente y en muy poco tiempo, de ciudades tan importantes como San Juan de Acre, Jaffa, Beirut y Ascalón, y que el 20 de setiembre su ejército iniciase el asedio de la Ciudad Santa, cuyos habitantes resistieron como pudieron; finalmente, al no recibir socorros, siguiendo los consejos de Patriarca Heraclio, decidieron negociar la capitulación con el propio Salah al-Din, quien entró en la ciudad el 3 de octubre. Es preciso dejar muy claro —haciendo honor a la verdad— que éste trató, sin



mucho éxito, de mitigar la suerte de los vencidos, evitando así se reprodujeran, a la inversa, los reprobables excesos cometidos por los francos en la I Cruzada. Así, muchos pudieron retirarse, mediante el pago de un rescate, en la mayor parte de los casos desproporcionado a sus medios, por lo que unas 16.000 personas fueron reducidas a la esclavitud. Cuando fue derribada la gran cruz erigida sobre la mezquita de Omar, “todos los asistentes, tanto francos como musulmanes, se pusieron a gritar. Los musulmanes gritaban: «¡Allah es grande!». Los francos lanzaban gritos de dolor. El clamor fue tal —según una crónica de la época—, que la tierra pareció conmoverse”... Sin embargo, por orden suya, sus generales hicieron respetar los Santos Lugares... Jerusalén jamás volvería a ser reconquistada, por la fuerza de las armas, a pesar de convocarse la III y la IV Cruzadas... En cuanto a Guido de Lusignan, totalmente desacreditado, marchó a Chipre, donde “reinó” desde 1192 a 1194, año de su muerte.

POR EL HIERRO Y POR EL FUEGO

La caída de Jerusalén no sólo causó gran conmoción en toda la Cristiandad (Occidental y Oriental), sino que —por otra parte— los significativos triunfos musulmanes determinaron la pérdida definitiva por parte de los emperadores bizantinos de las últimas esperanzas de reconquistar Anatolia.

La Siria franca había quedado reducida a los límites (muy precarios) de Tiro, Trípoli y Antioquía. Por otra parte, existía un tremendo vacío de poder, ya que Guido de Lusignan —tras su derrota—, aunque liberado por Salah al-Din, había perdido la autoridad que le quedaba, si la tuvo alguna vez... Entre tanto, un recién llegado, el marqués piamontés Conrado de Monferrato, iba a devolver el ánimo a los caballeros, salvando “in extremis” la ciudad de Tiro, tomando posesión de la misma, y conformándose con el título de “Señor” (por cierto, bastante ambiguo) que le reconocería el monarca inglés Ricardo I Plantagenet (mucho más conocido como “Ricardo Corazón de León”), cuyas fortificaciones y magnífico puerto servirían de punto de partida para un intento de reconquista franca. Posteriormente, en 1189, se unió a Lusignan en su intento de apoderarse de San Juan de Acre. No es posible saber si el piamontés hubiera conseguido sus propósitos (seguramente no habría pasado de buenas intenciones), ya que la muerte le sorprendió en Tiro, tres años más tarde.

Mientras tanto, S.S. Clemente III, hacía un llamamiento convocando una nueva Cruzada y creaba los pertinentes impuestos para financiarla. A la cabeza de la misma se colocaron los tres monarcas más poderosos de Occidente: el emperador alemán Federico I Hohenstaufen (más conocido como “Federico Barbarroja”); el rey Felipe II Augusto de Francia, y su antiguo adversario Enrique II de Inglaterra, con quien hubo de firmar antes una especie de tregua y que, tras su fallecimiento en 1189, fue sustituido por su hijo, el famoso y muy controvertido Ricardo I (lo que no fue obstáculo para que años después, el monarca francés combatiese contra éste y contra su hermano y sucesor Juan “Sin Tierra”, al que derrotó en Bouvines, 1214)... *Está visto que aquellas gentes del Medievo hubieran podido ser excelentes políticos en la actualidad...*

• • •

El emperador alemán, pese a sus 67 años, fue el primero en partir, llevando a cabo una arrolladora marcha (una especie de “Blitzkrieg” de la época) a través de Anatolia y tomando, por asalto, la capital del sultanato “seljúcida” de Konya; su avance parecía incontenible, cuando —consecuencia de una imprudencia— murió ahogado bañándose en el río Salef (Cilicia, actual provincia turca de Seyhan), el 10 de junio de 1190. Sus tropas, salvo algunos contingentes que se unieron a franceses e ingleses en Acre, acabaron por dispersarse y regresar a su patria. Por otra parte, Felipe Augusto y Ricardo I, que hicieron el viaje por mar, llegaron tarde, no tardaron en entrar en conflicto entre sí y, habiendo tomado, tras un durísimo asalto, San Juan de Acre, el francés regresó a su país, donde no le faltaron problemas, alegando que ya había cumplido sus compromisos, mientras que el inglés concluía un acuerdo de paz con Salah al-Din (1 de setiembre de 1192), tras haber conseguido sólo y sin máquinas de guerra —tras algunas victorias— llegar a escasos 20 kilómetros de Jerusalén, ciudad que no pudo asaltar, y de la cual consiguió tan efímeras como insignificantes ventajas. Por otra parte, se hizo preciso que “Corazón de León” regresara a Inglaterra, para lo cual contó, en lo posible, con ayuda del Temple, al saber que su hermano Juan, sostenido pérfidamente por Felipe Augusto, conspiraba contra él. Antes de partir, concertó con el sultán una tregua de... ¡tres años, tres meses y tres días!... ¿*Había valido la pena?* Los francos pudieron conservar la costa de Palestina, y los sarracenos el interior de estas tierras, incluida la Ciudad Santa, aunque los cristianos tenían el derecho de peregrinar libremente... Así, la puerta quedaba abierta a una especie de “solución amistosa”, que hubiera podido tener larga duración. Sin embargo, Salah al-Din falleció al año siguiente en Damasco, dejando a sus hijos, además de un Imperio, la suma de ... ¡47 dinares! (en realidad, era un hombre que vivía pobremente, en medio del poder y de la riqueza, siendo su carácter parco y austero).

• • •

Si bien esta III Cruzada “falló en su principal objetivo —señala Eslava Galán— pero logró otros secundarios como la conquista de Chipre...” (en 1191). “Y, en el curso del siguiente año, los Templarios dieron los primeros pasos en las negociaciones encaminadas a adquirir la isla. En efecto —señala Malcolm Barber—, Ricardo los favorecía escasamente;¹ además, había conseguido que Roberto de Sablet, uno de sus más importantes vasallos angevinos, fuese elegido «Gran Maestre». Por un breve período pareció como si la Orden

1 Al ser herido de muerte, durante un combate —en 1199— en tierras francesas, y al requerirle un fraile a Ricardo I que renunciase a la ambición, la avaricia y la lujuria, el agonizante respondió: “¿Habeis oído lo que me acaba de decir este hipócrita...?. Pues bien, voy a hacerle caso. Dejo mi ambición a los Templarios, la avaricia a los monjes y la lujuria a los prelados”.

se convirtiera en gobernante de un Estado independiente en el Levante. Pero en 1192 el estallido de una revuelta contra los onerosos tributos impuestos por los templarios, les convenció de que su intento había sido demasiado ambicioso. Por tanto, se retiraron, dejando finalmente la isla a Guido de Lusignan, el anterior rey de Jerusalén.

”Sin embargo —prosigue Barber—, a lo largo del siglo XIII, la Orden se instaló en las fortalezas de Gastria, Jirokitia, Yermasola y Limasol, y obtuvieron cuarteles propios en Famagusta y Limasol. Después de 1291 la isla se convirtió en su cuartel general, desde el cual Jacques de Molay, el último «Gran Maestro», lanzó una serie de ataques contra las costas egipcia y siria, y se esforzó además por organizar nuevos avituallamientos procedentes de occidente, con el fin de reanudar la cruzada...”

• • •

Después de tantas luchas, tumultos y situaciones dramáticas, llegó una especie de apaciguamiento. El reino franco, que tenía a San Juan de Acre por capital, sobrevivió todavía un siglo, pero la mentalidad de sus gentes ya era muy diferente de los primeros tiempos. Si Occidente aportó entonces ayudas permanentes a sus hermanos de Oriente, lo hizo por preocupaciones que muy poco o nada tenían de religiosas. Los puertos de Siria se abrieron a todo el comercio con Levante. Las naves italianas llegaban a Jaffa repletas de guerreros y regresaban cargadas de especias, tejidos y diferentes artículos exóticos o de lujo. Por otra parte, los poderosos y ricos mercaderes genoveses, venecianos y pisanos, fueron suplantando paulatinamente al elemento nobiliario francés. *Si la Siria franca fue creada en 1198 por la fe, debió su supervivencia al comercio. Para comerciantes, armadores y banqueros, la “Guerra Santa” se convirtió en una fuente de pingües negocios... El espíritu de la “Cruzada” estaba agonizando...*

• • •

Si mal terminaba el siglo XII, el siguiente fue una casi ininterrumpida sucesión de desastres. El nuevo siglo significarían también el declive de ciertas Órdenes Militares, que se vieron obligadas a contribuir aportando, aproximadamente, la mitad de los combatientes al esfuerzo cristiano en Tierra Santa. *De los desvelos del Temple para evitar lo ineludible, nos hablan muy elocuentemente sus bajas. Cinco del total de sus “Grandes Maestres” cayeron en combate, y tan sólo se mantuvieron (relativamente) al margen de la IV Cruzada, predicada por Inocencio III, hacia el 1200, y dirigida —en principio— contra Egipto, aunque los hechos transcurrieron de forma muy diferente, ya que “una vez puestos en movimiento, aquellos cruzados movilizados para conseguir la liberación de Palestina —escribe H. Laming— se sintieron más poseídos por intereses personales que por*

auténtica fe; emprendieron batallas no previstas y desaprobadas por el Papa, llevándole incluso a lamentar tanto empeño en favor de tan caótica expedición.”

• • •

Habían encargado su predicación a Fulques, párroco de Neuilly (en la actualidad, un barrio industrial de París), digno émulo de Pedro “el Ermitaño” y de Bernardo de Claraval, ya que sus prédicas habían impulsado a muchos a empuñar las armas en pro de la Cristiandad. Al frente de los nuevos cruzados se pusieron bastantes personajes nobles pero de “segunda fila” y ávidos de riquezas: franceses de Teobaldo IV, conde de Champagne (relacionado con la casa real de Navarra); Luis, conde de Chartres y de Blois; Godofredo de Villehardouin (que además fue el historiador de la empresa); flamencos como Balduino IX, conde de Flandes, y su hermano, Enrique de Hainaut; o italianos, como el lombardo Bonifacio II, marqués de Monferrato, a quien se confió el mando de la fuerza.

• • •

Los cruzados, que debían ser trasladados por navíos venecianos, determinaron partir hacia Egipto (1202). Pero mientras se efectuaban los preparativos, Felipe de Suabia —emperador de Alemania, cuyas relaciones con el Pontífice dejaban que desear—, el propio Bonifacio de Monferrato, los emisarios del depuesto “basileus”, Isaac II Ángel —ansioso de recuperar el trono—, y los del “dogo” veneciano, Enrique Dandolo, establecieron una serie de pactos secretos (“Acuerdo de Hagenau”, ciudad francesa del Departamento del Bajo Rin, de 1201) para desviar la Cruzada hacia Constantinopla, convirtiéndose —desde aquel momento— los venecianos en árbitros de la expedición. En el otoño del siguiente año, como los cruzados, concentrados —en su mayor parte— en Venecia, no disponían de suficientes naves, ni podían pagar la astronómica suma exigida por el alquiler de barcos venecianos, el astuto Dandolo manifestó que se consideraba satisfecho si éstos conquistaban, en su nombre, la ciudad de Zara (puerto de Adriático) a la sazón posesión del rey portugués del rey de Hungría pero rival comercial de Venecia.

Desoyendo, una vez más, las recomendaciones del Pontífice, los “milites Christi” se apoderaron de esta ciudad (que en manera alguna estaba en poder de los infieles, ni representaba peligro para la expedición). Y cuando se disponían a emprender el viaje a Egipto, Alejo Ángel (el futuro y efímero Alejo IV), hijo del emperador destronado, hizo acto de presencia, solicitando —a cambio de dinero, privilegios y el retorno de la Iglesia griega a la obediencia de Roma— auxilios para restablecer a su padre en el trono. Inocencio III se opuso enérgicamente (no podía hacer otra cosa), pero los cruzados partieron hacia Constantinopla, que expugnaron (verano de 1203) tras breve asedio. Tal como se había

pactado, el ciego Isaac II, habiendo asociado a su hijo al trono, recuperó la Corona. No tardaron en producirse fricciones entre unos y otros, agravadas por la arrogancia de los cruzados, que culminó en una insurrección popular que determinó que ambos soberanos fueran depuestos (1204) y sustituidos por el “usurpador” Alejo V Ducas Murzuflo. Padre e hijo fueron encarcelados y no tardaron en morir de un manera “muy bizantina”. El nuevo emperador era intransigente en materia religiosa y notorio antilatino; entonces, los cruzados reaccionaron rápidamente, apoderándose nuevamente de Constantinopla, el 12 de abril de 1204. El saqueo que siguió a continuación fue uno de los actos de bandidaje más abominables de la historia, por el cúmulo de atropellos, rapiñas y salvajadas que se cometieron, y el 9 de mayo, Balduino IX de Flandes ciñó la corona imperial (ya no volvió a hablarse ni de conquistar Egipto ni de liberar el Santo Sepulcro), iniciando el denominado “Imperio Latino de Constantinopla”, que duraría hasta 1261, cuando el dominio bizantino quedó restablecido.

• • •

Tras una primera reacción, hija de la indignación, Inocencio III excomulgó a Enrique Dandolo y a Balduino de Flandes (ahora Balduino I) por haberse atrevido a proclamarse “Caballero de la Santa Sede”, simulando que sus actos tenían el refrendo del Papa, lo que no sólo era falso, sino que además, desacreditó la Cruzada y causó profunda indignación en muchas partes del mundo cristiano, así como a otros responsables de los hechos. Pero el Papa acabó por resignarse y atenerse a las circunstancias, con la esperanza de sacar el mayor partido posible de las mismas (no obstante, los principales soberanos de la Cristiandad, repudiaron tales actos y le manifestaron su adhesión)... Pudo o prefirió creer, en efecto, que poseyendo la cabeza de puente de Constantinopla, los cruzados lanzarían con mayor facilidad su ofensiva contra Siria; pero no fue así, y la latinidad se encontró muy debilitada, ya que la inmigración occidental, al dispersarse entre Constantinopla y Jaffa, Atenas y Antioquía, acabó por hacerse insuficiente y, antes de final de siglo, los cruzados fueron expulsados de Grecia y Siria... “Chipre, réplica del malogrado reino de Jerusalén, sería el único territorio que se mantendría en manos de los cruzados —comenta Eslava Galán— en 1291, cuando la pérdida de San Juan de Acre liquidase las últimas posesiones cristianas en Tierra Santa.”

LA CRUZADA DE FEDERICO II

Amalrico II de Lusignan, hermano de Guido de Lusignan, heredó de éste la isla de Chipre (1194) y llegó a ser teórico rey de Jerusalén (1197) por su matrimonio con Isabella, hija de Amalrico I (falleció en 1205). Así logró recuperar Ramla y otras ciudades, y su sucesor, Juan de Brienne, retoma el plan templario de llevar la guerra a Egipto para romper el cerco que la unificación de árabes y turcos había tendido a las fuerzas cristianas desde la época de Salah al-Din. Tras la pérdida de Acre (III Cruzada), los musulmanes alzaron una poderosa fortaleza en el monte Tabor (Galilea) que amenazaba las comunicaciones entre esta ciudad y Cesárea (junto al Mediterráneo, al sur y no lejos de la actual Haifa). En 1217, Templarios y Caballeros Teutónicos construyeron el no menos monumental Castillo de los Peregrinos, no muy lejos de Acre, en un promontorio rocoso sobre el mar, edificio o conjunto de edificios, de grandes dimensiones, cuyas ruinas, con sus altas torres de piedra, pueden admirarse en la actualidad.

Años antes (1210), en Siria, la joven reina María de Jerusalén Monferrato se había casado con el mencionado Juan de Brienne, un barón de la Champagne de casi 60 años, cumplido caballero que unía a las dotes guerreras de los primeros Cruzados, una notable sagacidad política. Y precisamente, fueron sus victorias —entre otras causas— las que decidieron al Papa Honorio III a invocar la necesidad de una paz entre los príncipes cristianos (a punto de enfrentarse entre sí) para el inicio de una nueva Cruzada (1216) que borrara, en lo posible, el pésimo recuerdo de la anterior, y en cuya encomiable labor de pacificación su enérgico predecesor había agotado su vida.

En 1217, el monarca húngaro Andrés II y el duque de Austria, Leopoldo VI, con un buen séquito de franceses, holandeses e italianos, desembarcaban en San Juan de Acre. Sin embargo, los desacuerdos no tardaron en debilitarlos frente a la unidad y fortaleza de los ayyubíes (dinastía fundada por Salah al-Din), por lo que fracasaron en su intento de apoderarse del castillo de Monte Tabor. Desencantados, los húngaros —que habían acudido a Tierra Santa en pos de fáciles victorias— regresaron a su país. Y la Cruzada hubiera concluido con este inicial contratiempo, de no haberse puesto al frente de la misma el emprendedor Juan de Brienne, que decidió atacar a los infieles en Egipto, a fin de quebrantarlos en su centro vital. La ciudad de Damietta (actualmente, capital de la

provincia homónima, en el Bajo Egipto), estratégico puerto en el Delta del Nilo, entre Alejandría y Port Said, fue asediada (según el plan de los Templarios) por un fuerte ejército. Sin embargo, el sultán Malik al-Kamil —hermano y sucesor de Salah al-Din—, que conocía las intenciones de los cruzados, había guarnecido bien la ciudad, cerrando el acceso al Nilo con enormes cadenas. Una salida sorpresiva de la guarnición (agosto de 1219) estuvo a punto de convertirse en un auténtico desastre. Sin embargo, el emprendedor rey de Jerusalén no se retiró; precisó de tres meses para romper las cadenas, mientras que las máquinas de guerra del Temple derribaban una de las 28 formidables torres de las murallas que defendían la ciudad, y por donde se precipitaron los cruzados, pese a la desesperada oposición de sus defensores, muriendo en combate el “Gran Maestre” Guillermo de Chartres; pero esta ciudad, considerada como las “Llaves de Egipto”, cayó en sus manos.

Alarmado el ayyubita, ofreció a Juan de Brienne la devolución de Jerusalén a cambio de la evacuación de Damietta, con lo que el fin exitoso de la empresa parecía haberse alcanzado... Pero el legado del Pontífice, un tal Pelagio, que tenía más que merecida fama de orgulloso y fanático, se opuso a esta transacción, ya que confiaba (vanamente, como el tiempo se encargó de demostrarlo) en recibir refuerzos de Federico II de Suabia (de la casa Hohenstaufen, hijo de Enrique VI y de Constanza de Altavilla), rey de Nápoles y de Sicilia (1208), de Alemania (1215) y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (desde 1220); además opinaba (y tal vez con cierto fundamento) que si el sultán ofrecía tanto, debía deberse a que El Cairo estaría casi indefenso. En vano Juan de Brienne le advirtió de la próxima crecida del río, pero el representante de Honorio III llegó a acusarle casi de connivencia con el enemigo: “Me uniré, pues, a vuestra marcha —replicó de Brienne—, pero que Dios nos juzgue”... Los musulmanes no tuvieron que realizar mayor esfuerzo bélico que el de abrir los diques y el agua y el fango hicieron el resto (1221)... *Los supervivientes, muy pocos, hubieron de considerarse muy afortunados al permitirles Ma'lik al-Kamil retirarse, renunciando a Damietta...*

No resulta muy difícil imaginarse el pataleo del bueno del legado Pelagio, al saber que los musulmanes tenían sus razones para plantearse el abandono de Tierra Santa, ya que las noticias que llegaban de sus fronteras orientales hablaban del arrollador empuje de las hordas de Gengis Khan, y en tan delicados momentos no deseaban ni podían permitirse dividir sus fuerzas.

• • •

Federico II de Suabia había nacido en Palermo (Sicilia) en 1194. Creció y se educó en medio de los refinamientos de una civilización híbrida (bizantina, musulmana y latino-

normanda, a la vez); su espíritu positivo, en aquellos tiempos de fe, dio el insólito espectáculo de la incredulidad.

Viudo de su primera esposa —Constanza de Aragón—, casó con Yolanda de Brienne, adquiriendo así el derecho a la corona jerosolimitana (1225). Varias veces se había comprometido con la Santa Sede a participar en la Cruzada, pero siempre había sabido arreglárselas para escapar de esta obligación. Pero en 1227 el anciano Gregorio IX (Ugolino de Segni), bastante menos paciente que sus predecesores, ya sentado en la cátedra de San Pedro, conminó al emperador a que partiese a la Cruzada inmediatamente (y de paso olvidara, al menos, por algún tiempo su propósito de apoderarse de toda Italia, territorios pontificios incluidos). No pudiendo aplazar por más tiempo aquella decisión, se dispuso a embarcar en Brindisi (Apulia), puerto en el Adriático, con 40.000 cruzados; pero quiso la mala suerte que Federico II cayera seriamente enfermo durante el viaje, viéndose obligado a regresar a Italia y solicitar una moratoria. Creyéndose burlado, el fogoso Vicario de Cristo le fulminó con la expulsión del seno de la Iglesia, decisión tan precipitada como desafortunada y que empeoraría las relaciones entre el Imperio y el Papado... Sin embargo, tan pronto se hubo repuesto Federico, reemprendió la Cruzada.

• • •

Llegado a San Juan de Acre, solicitó entrevistarse con al-Kamil, quien pasmado ante un cristiano que conversaba, con toda soltura, en árabe sobre ciencia, poesía y filosofía islámica, y viendo que éste, en realidad, no deseaba la guerra, no tuvo inconveniente en firmar un tratado bastante satisfactorio para ambas partes, basado en la tolerancia mutua. Una tregua de diez años, diez meses y diez días, pondría fin a las hostilidades y los cristianos recuperarían Jaffa, Sidón, Nazareth y Belén. La Ciudad Santa (por serlo para musulmanes y cristianos), según se acordó en 1229, sería repartida entre ambos bandos, a cambio del apoyo del emperador contra un hermano del sultán ayyubí, un inquieto y ambicioso personaje, que reinaba en Damasco... “De esta forma, el emperador ateo, sin recurrir a la guerra, triunfó donde la Cristiandad fracasaba desde hacía tantos años.”

La Cruzada de Federico II fue, por encima de cualquier consideración, una gestión diplomática ante el sultán egipcio. Desde el primer momento, los Templarios no se recataron en demostrarle su animosidad, y cuando desembarcó (septiembre de 1228) en Acre se negaron a marchar bajo sus órdenes y sólo le acompañaron hasta Jaffa como un cuerpo de Ejército separado. Se les acusó de haber facilitado a al-Kamil información confidencial sobre sus movimientos en Tierra Santa; pero aparte de que tal “indiscreción” hubiera podido volverse contra ellos, era de todo punto innecesaria, *tanto en cuanto el*

emperador estaba más dispuesto al diálogo que a la guerra. Podría buscarse la “razón oficial” de tal inquina en la circunstancia que el emperador estuviera excomulgado, aunque —como se ha indicado— tan terrible pena canónica no constituía un problema insuperable para el Temple.

Aquel mismo año, Federico hizo su entrada en Jerusalén; sin embargo, la excomunión del Papa le persiguió, obligándolo a coronarse por sí mismo en el Santo Sepulcro, pues el nuevo Pontífice, Gregorio IX, había prohibido al clero honrar a un expulsado del seno de la Iglesia. Aquel hecho no pudo por menos que suscitar el escándalo entre los barones, indisponerle con su suegro y las Órdenes Militares, no sólo el Temple, que, instigados por el Vaticano, le negaron la obediencia...

Entonces... ¿qué motivos podía esgrimir el Temple para oponerse tan abiertamente a Federico Hohenstaufen, aparte de la obediencia debida al Vicario de Cristo...? Trataremos de exponerlos: ya hemos visto como desde el principio la Orden no había visto con buenos ojos el Tratado de Jaffa, ya que si bien se producía una recuperación parcial de Jerusalén (sólo por 10 años, lo que era un resultado positivo, si se quiere, pero también, bastante precario), los Santos Lugares seguían en manos musulmanas, de tal modo que el “Templum Domini” era la Mezquita de Omar, y el “Templum Salomonis” (el primitivo asiento de la Orden), la mezquita de El Aqsa, y con otra limitación más dadas las “especiales” circunstancias de la tregua, no podían ni reconstruir ni reforzar las fortificaciones. En la práctica, los únicos “partidarios” con que podía contar Federico II eran el propio sultán egipcio —que así disponía de tiempo para fortalecerse— y por supuesto, los Caballeros Teutónicos, ya que asumían la defensa de los intereses de la política germánica.

Pocos días después llegaba a Jerusalén, donde los ánimos estaban exacerbados, legado de la Santa Sede, que tras reiterar la excomunión del emperador, puso la ciudad en “entredicho” —lo que eximía a sus súbditos de obedecerle—, y la revuelta se extendió por todas partes, haciendo que las querellas entre “güelfos” y “gibelinos” (los primeros partidarios del papado, por oposición a los segundos), que envenenaban a Occidente, se reflejasen en Tierra Santa. Ante el mal cariz que tomaban los acontecimientos, Federico de Suabia abandonó la ciudad, tras insultar públicamente al “Gran Maestre” del Temple luego, sin deponer su indignación, exigió la rendición de sus fortalezas e incluso trató de poner sitio al castillo de los Peregrinos. Lleno de despecho, finalmente (mayo de 1229) abandonó San Juan de Acre y, ya en Apulia (región del Sureste de Italia), dispuso severísimas medidas contra los miembros y propiedades de la Orden en este amplio territorio. *Era la primera vez en la historia de la misma, en que un soberano, emprendía una acción, aunque fuera limitadísima, contra el Temple.*

En cualquier caso, la actitud de Federico II de Suabia agravó las rivalidades que, por otra parte, nada tenían de nuevo, entre las Órdenes y desató una etapa de anarquía ne

imputable del todo a su gestión. Las relaciones entre Templarios y Hospitalarios (éstos más próximos a los Caballeros Teutónicos), que dejaban que desear, se deterioraron gravísimamente.



EL CANTO DEL CISNE

Sin embargo la suerte de los principados cristianos en Oriente ya estaba echada...

Tras la Partida de Federico II, los Señores de Tierra Santa y su nuevo jefe, Juan de Ibelin, la emprendieron contra los representantes imperiales. Esta fue una época desafortunadísima para la causa de las Cruzadas, y en la que los francos desplegaron unos contra otros las energías que deberían haber reservado en su lucha contra el Islam. En muy poco tiempo los representantes imperiales fueron expulsados de Tierra Santa y de Chipre, no pasando la autoridad de Federico II y de su hijo Conrado IV de ser meramente teórica; los verdaderos soberanos eran los miembros de la familia Ibelin.

• • •

En 1239 llegaba a Tierra Santa Teobaldo I de Navarra, gran señor, generoso y todo un caballero, culto y además poeta, quien se lanzó contra los ayyubíes pese a la tregua de diez años, aprovechando la sorpresa del ataque y la desunión de los sucesores de Salah al-Din, cuyo imperio estaba escindido entre los sultanatos de Egipto y de Damasco. Se produjo una corta guerra, con reveses y victorias, y cuando en 1240 abandona el país concluyó una nueva tregua con el sultán egipcio al-Malik al-Salih. Finalmente, según lo pactado, los Templarios recuperan sus posesiones de Jerusalén y se ponen de inmediato a la tarea de reconstruir torres y murallas... En 1244, el "Gran Maestre" Armando de Périgord podía comunicar —un tanto precipitadamente— a los príncipes cristianos: "...después de un silencio de cincuenta y seis años, los divinos misterios volverán a celebrarse en la Ciudad Santa..." ...Optimismo y alegría, demasiado prematuros, una especie de cuento de hadas del que no querían despertar... *Era como el canto del cisne...*

• • •

Atemorizado ante el avance de los cristianos, y contrariado por la ruptura de los pactos, el sultán pidió ayuda —o, al menos, desvió en aquella dirección— a las bárbaras hordas de los turcos kuarizmíes, provenientes del Norte y, desplazados a su vez de sus tierras nativas, por el avance de los mongoles.

Los kuarizmíes no constituían un ejército propiamente hablando: eran un pueblo entero de combatientes que arrasaba —como en las invasiones que acabaron con el Imperio romano— todo cuanto se interponía ante ellos... Y como un mar embravecido cayeron sobre Jerusalén, desbordando las defensas, y entregando al saqueo los Santos Lugares (agosto de 1244).

El 18 de octubre los ejércitos cristianos —muy inferiores en número— presentaron una desesperada batalla en las proximidades de Gaza (ciudad egipcia, junto a la costa Mediterránea) y casi fueron aniquilados. De los 600 caballeros que participaron en la batalla, casi todos supieron morir matando. La misma suerte corrieron 312 de los 348 Templarios, y 186 de los 200 Caballeros Hospitalarios. Armando de Périgord pagó su exagerado optimismo con la vida. El de los Hospitalarios fue tomado prisionero... Pese a tanto inútil derroche de valor hubo una nota discordante que corrió a cargo del “Gran Maestre” de los Caballeros Teutónicos, Gerardo de Mahlberg, que huyó cobardemente (reprobable acción que, en modo alguno, empaña el historial de esta Orden), siendo depuesto poco después.

La cristiandad ha perdido Jerusalén definitivamente, lo que queda del reino latino [reducido a una estrecha franja del litoral] nunca se recuperará del golpe y, aunque los kuarizmíes se dispersaron en el curso de los tres años siguientes, las defensas cristianas quedarían tan maltrecha y exhaustas que las posiciones ganadas por Ricardo de Cornwall [hijo del monarca inglés Juan “Sin Tierra”] y Teobaldo de Navarra retornarían fácilmente a manos del sultán.

Por si todo fuera poco, en 1245 el sultán egipcio ocupa Damasco, con lo cual desaparece toda posibilidad de aprovechar las disidencias políticas entre ambos sultanes, aliándose con uno o con otros: Aiyub [se refiere al ayyubí al-Malik al-Sālih] vuelve a unir el Islam y rechaza burlescamente las ofertas de tregua del Papa [Inocencio IV] y las tentativas de negociación de los Templarios alegando su alianza con Federico II...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati



EL ÚLTIMO CRUZADO

En aquellas fechas reinaba en Francia Luis IX, llamado “el Santo” (1215-1270), primo de Fernando III, rey de Castilla y León (que también subió a los altares). Educado por su madre, Blanca de Castilla, su devoción se hizo proverbial y fue modelo de las más edificantes virtudes, tanto en su vida pública como privada. Habiendo caído gravemente enfermo en 1224, hizo solemne voto de participar en la Cruzada si se restablecía.

La nueva Cruzada respondía a las inquietudes expuestas por S.S. Inocencio IV en el Concilio de Lyon (1245), justificadas por la pérdida de Jerusalén (1244), posteriormente seguida por las de Ascalón y Tiberíades (1247), y por la amenaza de los mongoles sobre el principado de Antioquía. “...Occidente toma conciencia de este cuadro tremendo y envía a la Séptima Cruzada, nuevamente a las órdenes de un Rey. Esta vez es Luis IX de Francia. Además, el Papa depone a Federico II, con lo que convalida la revuelta de los francos en Siria y la oposición de los Templarios. Federico II —escribe Vignati— se dedica a sabotear la expedición del Rey de Francia informando a Aiyub de los preparativos...”

Luis IX, no obstante, atacó Egipto y conquistó Damietta (1249) sin aceptar del sultán ayyubí, al-Malik al-Sālih, la oferta de cambiar las “Llaves del Nilo” por la Ciudad Santa. Demasiado confiado en sus esfuerzos, emprendió el avance hasta El Cairo, pero sufrió una tremenda derrota en la ciudad de El-Mansūra (capital de la actual provincia de Daqahliya), en 1250, siendo tomado prisionero y corriendo verdadero peligro de ser asesinado en el curso de los disturbios que se produjeron en El Cairo cuando el nuevo sultán —que por cierto le retenía, pero con toda clase de deferencias— al-Malik al Mu’azzam Tūrānshāh, fue derrotado por los miembros de la guardia personal, los famosos “mamelucos» (milicia de origen servil, formada por griegos, circasianos y, sobre todo, turcos). Obtuvo la libertad mediante el pago de un cuantioso rescate, que sólo pudo reunir con la ayuda inestimable de los Templarios. Pasó a Siria, donde estuvo cuatro años (1250-1254), que invirtió en asegurar las ciudades francas de la costa y en buscar alianzas contra sus nuevos adversarios, los “mamelucos”, ya fuera entre los musulmanes disidentes (especialmente los “asesinos”, de los que más tarde nos ocuparemos) y los mongoles, entre los que abundan los cristianos “nestorianos” (seguidores de la doctrina de Nestorio, que hacia el año 428 fuera Patriarca de Constantinopla, y tres

años después, reprobado en el Concilio de Efeso), iniciando así una perdurable tradición de relaciones entre Francia y el Extremo Oriente.

• • •

En los últimos 20 años había imperado la anarquía en la colonias francas, por lo que Luis IX quiso restablecer en ellas la noción del Estado. Su sentido del deber, su lealtad absoluta y su cortés entereza lograron que sus medidas, pese a su autoritarismo, fueran aceptadas de buen grado por los barones de San Juan de Acre y Tiro (tampoco tenían mucho donde elegir). El devotísimo rey de Francia, por anacrónico que pudiera parecer en su afecto a la vieja idea de la liberación de los Santos Lugares, se mostró notablemente audaz en cuestiones diplomáticas. Así, cuando toda Europa temblaba ante el imparable avance de los mongoles, Luis enviaba a la Corte del Gran Khan Mangu al franciscano Guillermo de Rubruquis... Esperaba, y la idea era magnífica, hacer coincidir su ataque contra los nuevos dueños de Egipto con la invasión que los mongoles preparaban contra este país; pero algunas diferencias y, sobre todo, la lentitud de los intercambios no permitieron una eficaz sincronización de las operaciones. Por otra parte, como hemos señalado, yendo contra el Islam “oficial”, no dudó en concluir una alianza con un personaje conocido como el “Viejo de la Montaña”, jefe de los temibles “asesinos”, secta disidente creada en el siglo XI, cuyos adeptos se daban “oficialmente” el nombre de “ismaelitas”. En la mencionada palabra, hoy tan corriente en los idiomas occidentales, puede advertirse una clarísima deformación del término «ashaschins» o “ashas”, que se habían adueñado de la inexpugnable fortaleza de Alamuth (Massiaf, Siria) y constituido allí una especie de Orden, entre religiosa y militar.

Los seguidores del fundador, Hassan ibd Sabah y sus sucesores, incitaban a sus adeptos al consumo de “hashisch”, presentándoles las satisfacciones que tal práctica les producía como un anticipo de los goces que les aguardaban en el Paraíso. De esta forma, en poco tiempo, les hacían adeptos a las drogas y por ella eran capaces de arriesgar sus vidas en las misiones que se les encomendaban, con la que se les permitía embriagarse antes de cometer sus fechorías, generalmente de índole terrorista. Esperando intimidar a Luis IX, llegaron a amenazarle con asesinarle. Sin embargo, viendo que éste no se arredraba, y lo difícil —por no decir imposible— de cumplir tal propósito, su jefe le envió (como “prueba de amistad”) su camisa y su anillo, además de valiosísimos regalos, entre ellos un elefante de cristal, un soberbio juego de ajedrez y maravillosos perfumes. El soberano francés, respondió a tales “amabilidades” con el obsequio de “joyas, tela color escarlata, copas y frenos de plata para los caballos”.

Cuando el monarca es llamado a Francia, tras la muerte de su madre, la regente Blanca de Castilla, y abandona Tierra Santa, ya había introducido en la Siria franca muy notables

mejoras, tanto en lo concerniente a la organización interna, como a las relaciones diplomáticas.

• • •

Sin embargo, la unidad que San Luis había dado a Tierra Santa no debería sobrevivir mucho a su marcha, un tanto precipitada (incluso había llegado a firmar una tregua de diez años con los musulmanes, una de tantas, y ya hemos visto lo poco que éstas se respetaban). El Estado entero no tardó en dividirse, alentadas, esta vez, las discordias por los mercaderes genoveses, por una parte, y, por otra, por los de Pisa y Venecia, que tenían poquísimos interés en una dominación franca fuerte, por amenazar sus intereses. Además, Luis IX había hecho restablecer las fortificaciones de Cesárea, Jaffa y Sidón, por ser puertos de estratégica situación, y sujetado férreamente a las Órdenes Militares, que sin poderlo evitar, se vieron implicadas en estas rivalidades comerciales.

Por si todo esto fuera poco, desde ahora el paulatino avance de los mongoles redobla la violencia sarracena (antes la había frenado). El Khan Ulagú, nieto de Gengis Khan, consiguió apoderarse de Bagdad, y poco después de Alepo y Damasco... Cuando los barones francos comprenden que todo está perdido a corto plazo, malvenden sus posesiones a Templarios y Hospitalarios y comienzan a marcharse, para siempre, de Palestina...

“...Ya sólo quedan en Tierra Santa —recuerda Alejandro Vignati— las Órdenes Militares para cubrir la lenta retirada de los caballeros.

”EL FIN DE LAS CRUZADAS ES UNA HISTORIA DE TRAICIONES Y DE ARDIDES...”



EL ÚLTIMO BALUARTE

Truculento, totalmente falto de escrúpulos, implacable y valeroso en el combate, Baibars (1223-1277), un “mameluco” de origen mongol, se convertía en el sultán más célebre de la nueva dinastía, llegando a convertirse en una figura legendaria para los cristianos (que le temían) y para los musulmanes (que le consideraban enviado por la Providencia); no en vano había hecho grabar en la hoja de su espada un versículo de El Corán: *Dios le bastará a quien deposite su confianza en Él. Dios ha asignado un nombre para cada cosa.*

Nacido en Bursa (capital de la provincia del mismo nombre, Turquía), muy pronto quedó huérfano, entrando al servicio de un comerciante cairota, siendo —más tarde— adoptado por una viuda muy rica que le dio el nombre de Baibars (“príncipe-tigre”). Ingresó en la milicia, no tardando en sobresalir por su valor e inteligencia muy poco comunes. Mediante intrigas y asesinatos accedió al trono de Egipto, revelándose como uno de los primeros estadistas de su tiempo; sanguinario y desleal, pero administrador incomparable, potenció el ejército, creó una flota de guerra y rechazó a mongoles y cruzados, convirtiéndose en adversario sin igual. Comenzó arrebatando Siria a los lugartenientes de Ulagú (nieto de Gengis Khan), luego arremetió contra los Cruzados, comenzando por asaltar Cesárea y Arsuf. No deseando exponer sus tropas a la feroz resistencia de los defensores, éstas se acercaron portando estandartes del Temple y del Hospital; afortunadamente, la treta fue descubierta y la ciudad siguió, aunque por poco tiempo, en manos cristianas.

El mismo año (1267), tras un asedio y varios asaltos, se apoderó de la recién construida fortaleza templaria de Safed (Safeto, Galilea): los pocos supervivientes de sus 600 defensores iniciales, prefirieron ser ejecutados antes que apostatar. Y seguirán, al año siguiente idéntica suerte las ciudades de Jaffa, Bagras, Beaufort y Antioquía, junto con otras ciudades y fortalezas menores. “Por cierto —recuerda Eslava Galán—, este Beaufort de tan evocador nombre volvió a vivir un episodio bélico en nuestro días. Debido a su situación, en una estratégica región del sur del Líbano, había sido fortificado por los palestinos, pero fue conquistada por comandos israelíes en junio de 1982...”

En Francia, el piadoso rey Luis decidió volver a partir, pese al consejo de quienes le pedían que renunciase a tan inútil como anacrónica empresa. El inicio de la VIII Cruzada dio alguna esperanza a los cristianos de Tierra Santa; pero, tal vez, cediendo a las peticiones de su hermano Carlos I de Anjou —que como rey de Nápoles y de Sicilia, estaba interesado en el control de la costa africana— realizó un desafortunado desembarco en Túnez. Su ejército, escaso de recursos y agobiado por el aplastante calor estival, estableció su campamento en las inmediaciones del emplazamiento de la antigua Cartago. No tardó en aparecer el cólera, y el propio rey acabó enfermando, muriendo al cabo de unas semanas (25 de agosto de 1270).

Mientras tanto, la historia del reino franco de Oriente, reducido a su más mínima expresión, no era más que una dolorosísima agonía, y aunque las Órdenes Militares (dando de lado sus rivalidades), partieron de San Juan de Acre, en 1271, el Temple perdía el Chastel-Blanc o Castelblanc (cerca de Massiaf, entre Siria y Líbano) y el Hospital, el famosísimo “Krak des Chevaliers”, el más formidable de los castillos de Tierra Santa.¹ El propio Baibars estuvo a punto de levantar el cerco, pero no deseando aceptar el fracaso o procurar la rendición de los defensores por falta de recursos, lo que le habría llevado más tiempo de lo que podía permitirse, envió —mediante una paloma mensajera— un mensaje hábilmente falsificado a los monjes-guerreros que lo defendían, y que decía proceder de su máxima autoridad, ordenándoles la rendición ante la imposibilidad de enviarles socorro alguno. La guarnición capituló, y Baibars trató a los Hospitalarios con deferencias, permitiéndoles retirarse a sus bases. Luego, realizó en el castillo algunas reparaciones y lo convirtió en su plaza fuerte más importante.

Se firma, en desventajosísimas condiciones, una nueva tregua de diez años (aunque ambas partes saben que no será respetada). *Demasiado débiles los Templarios para luchar con los adversarios de afuera, combaten con los de adentro* (pese a que no debían ni podían hacer tal cosa). En 1277 se ponen de parte del obispo de Trípoli —antiguo miembro de la Orden— contra su sobrino Bohemundo, príncipe de Antioquía y Trípoli. Expulsan de Acre a Hugo III, rey de Chipre y Jerusalén, que se refugia en la ciudad portuaria de Tiro. Y cuando María de Antioquía acaba por vender sus derechos a Carlos de Anjou (hermano del fallecido Luis IX), éste se limita a enviar un representante para que, por su calidad de “rey de Jerusalén”, tome posesión de su “reino” en San Juan de Acre, siendo aceptado por todas las partes y recibido con solemnidad.

• • •

¹ Tenido por inexpugnable y situado a una altura de 600 m, dominaba la llanura de la Bekaa y controlaba el valle de Orontes.

Las luchas internas continuaron dividiendo a los francos, mientras que los “mamelucos” no sólo se hacían más fuertes, sino que sabían aprovechar las discordias entre los príncipes de Chipre, Sicilia y Antioquía... Y cuando éstos se apoderaron de Trípoli; venecianos y genoveses —cuya presencia en aquellos lugares se debía al afán de lucro—, abandonaron a los francos a su suerte y embarcaron subrepticamente con todas sus riquezas... La ciudad se perdió definitivamente el 20 de abril de 1289 y la matanza de la población fue casi total y tan atroz, que predispuso a los cristianos a vender caras sus vidas...

Pese a la debacle que afectaba a las posesiones cristianas en Tierra Santa, aún sabiendo que todo estaba perdido, la disciplina templaria conservó toda su rigidez hasta los últimos instantes. En 1273 había muerto su “Gran Maestre” Tomás Berard, siendo sustituido por Guillermo de Beaujeu, muy respetado por todos, incluso por sus adversarios, que le tenían por hombre justo. Sin embargo, ante el avance enemigo y la negativa de recibir ayudas por parte de los reinos de Occidentales, que ya no estaban dispuestos a consumir hombres y dinero en trasnochadas empresas, y habiendo sido cercada la última ciudad (Acre) que permanecía en manos cristianas, de lo que había sido, el relativamente extenso reino de Jerusalén, no pudo hacer otra cosa, salvo morir dignamente defendiéndola...

En efecto, en 1291 el sultán al-Ashraf decide dar el golpe de gracia, y pone sitio a San Juan de Acre...

...Allí están Guillermo de Beaujeu, Maestre del Temple y Juan de Villiers, Maestre del Hospital, y el nuevo rey de Chipre y de Jerusalén. Las fuerzas cristianas alcanzan a unos cincuenta mil hombres; los sitiadores son doscientos veinte mil.

Con todo, la resistencia se prolonga durante dos meses. Guillermo de Beaujeu trata de salir para destruir las máquinas de guerra sarracenas, pero el éxito no lo acompaña.

El sultán se niega a parlamentar y lanza un ataque final el 28 de mayo. Los dos Maestres se dirigieron juntos a defender las torres por donde las masas musulmanas se lanzaban al ataque. En la llamada Torre Maldita, Guillermo de Beaujeu fue herido de muerte por una flecha. Se cuenta que se retiraba cuando un cruzado le dijo: *“Por Dios, señor, no os vayáis, o la plaza está perdida”*.

“No me voy, es que estoy muerto”, respondió el Maestre mostrando la flecha clavada en su costado. También fue gravemente herido, aunque pudo ser salvado, Juan de Villiers. En el puerto reinaba una actividad febril: los heridos y los combatientes que podían ser salvados eran embarcados hacia Chipre.

Sólo un reducto quedó en la fortaleza: la torre del convento de los Templarios, donde tomaron posesiones el Mariscal del Temple, Pedro de Sevry, y el comandante Thibaut Godin.

Al-Ashraf ofreció a este último puñado de defensores la vida si se rendían: ellos abrieron las puertas de la ciudad, penetró una fuerza de unos cien «mamelucos» que bruscamente echaron mano a sus cimitarras y se lanzaron al ataque. Los Templarios consiguieron vencerlos tras rudo combate y cerrar nuevamente las puertas, después de matarlos a todos.

Poco después al-Ashraf formuló un nuevo ofrecimiento. Había decidido negociar, pero sólo si era en su propia tienda y si Pedro de Sevry iba a verle en persona. El Mariscal sabía que la traición lo acechaba, pero igual acudió, y murió decapitado con su pequeño séquito.

Entonces, la guarnición templaria de la torre siguió haciendo lo que había decidido en un principio: luchar hasta el último hombre.

Al-Ashraf ordenó a sus hombres socavar la base de la torre, lo que hicieron construyendo un profundo túnel, y encendiendo un gran fuego en su interior.

Al mismo tiempo, los "mamelucos" atacaron y la torre se derrumbó en pleno ataque: *"El Temple de Jerusalén —dice Renato Grosset— fue acompañado a su funeral por dos mil cadáveres turcos."*

Las restantes plazas fuertes del litoral de Tierra Santa fueron abandonadas sin presentar combate. Eran Tiro, Sidón y Tortosa...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

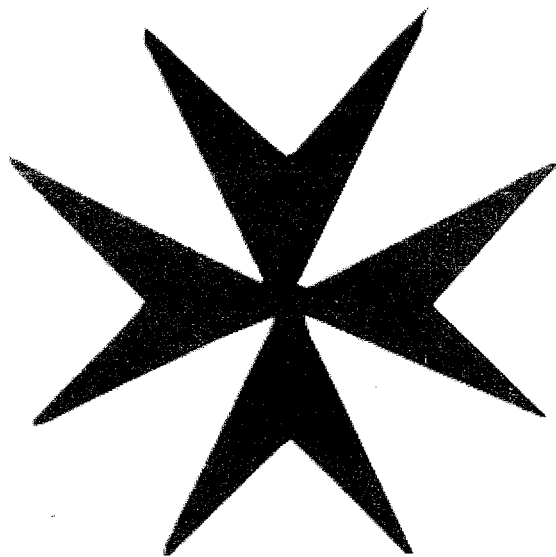
...Aquel año nada quedaba de la Siria franca... En cuanto a los Templarios, los supervivientes designaron "Gran Maestre" a Thibaut Godin, herido y enfermo, y se replegaron a Chipre con los tesoros que lograron poner a salvo. *Tras el fallecimiento de éste (1298), resultaría elegido para tan alta responsabilidad Jacques de Molay...*

• • •

Después de 1291 la isla de Chipre se convirtió en temporal cuartel general del Temple, desde el cual de Molay, el último "Gran Maestre"...¿el último...?, lanzaría algunos ataques contra las costas egipcia y siria, esforzándose además por organizar los avituallamientos procedentes de Occidente, con la idea de resucitar la Cruzada... Un estéril ataque a Alejandría, y el frustrado esfuerzo de conseguir una fortaleza en una pequeña isla situada frente a Tartús o Tortosa (actual ciudad portuaria de Siria), entre 1300 y 1302, fueron las últimas acciones de la Orden en Tierra Santa... *Los tiempos ya no eran propicios...*

El Santo Sepulcro permaneció en manos de los infieles... Paradójicamente los Cruzados, con la intención de rescatar un único Sepulcro, habían abierto muchos millares de ellos... Quedan como testigos de la presencia latina Chipre, bajo la soberanía de los Lusignan, y Rodas, en manos de los Hospitalarios. Chipre fue independiente hasta que los venecianos intervinieron en la isla (1489), apoderándose de ella; sin embargo, en 1571 hubieron de cederla a los turcos, que la conservaron hasta que, según los acuerdos del Congreso de Berlín (1878), pasó a manos de Gran Bretaña. En 1308 la Orden del Hospital arrebató Rodas al debilitado Imperio bizantino, y, allí se ocupó, aparte de sus primitivas actividades benéficas, de la vigilancia de los mares de Levante contra la piratería turca o berberisca, rechazando varios ataques musulmanes. Finalmente, en 1522 el Sultán otomano Solimán "el Magnífico", tras cinco meses de asedio,

consiguió su rendición. Admirado ante la heroica resistencia del “Maestre” Villiers de l’Isle-Adam, le permitió a él y a los suyos abandonar la isla con honores militares. Carlos I de España les cedió —a título de compensación— la isla de Malta, donde permanecieron, como los últimos supervivientes de la epopeya de las Cruzadas, hasta 1798, casi a las puertas del siglo XIX.



LOS MONJES SOLDADOS

Ocuparnos del armamento y de las tácticas de cada uno de los diferentes ejércitos que se enfrentaron en Tierra Santa, se sale —por extenso— de nuestro objetivo. Por otra parte, existen magníficos tratados al respecto, realizados por competentes historiadores y cualificados especialistas, por lo que muy poco, o nada, podríamos aportar. En todo caso, los métodos de los bizantinos, sarracenos o cruzados, pese a sus, aparentemente, diferentes concepciones de la guerra, no andaban tan distanciados... Así, algunos autores han venido haciendo hincapié acerca de la manera “artera y cobarde” de combatir de los musulmanes; sin embargo, en esto no les iban a la zaga los bizantinos que, a buen seguro fueron sus “maestros”, ni los propios “cruzados”... Siempre es mejor sobornar, traicionar, valerse de espías, negociar (aunque una o ambas partes obraran de mala fe), y conseguir una victoria o una retirada a precio de oro que a precio de sangre, sobre todo si ésta debe ser escatimada al máximo...

No obstante lo dicho, expondremos, aunque sea superficialmente, el poder militar del Temple en Tierra Santa.

• • •

El ardor bélico de los Templarios quedó demostrado en infinidad de combates, y no sólo en Oriente, contra el Islam. Junto con sus rivales, los Hospitalarios y los Teutónicos eran los únicos capaces de mantener una lucha constante y cohesionada contra el Infiel, muy superior en número y medios... No otorgaban cuartel ni lo solicitaban: “Cuando están dispuestos a entrar en guerra, se fortalecen por dentro con la fe y por fuera con las armas de acero, y no doradas, para infundir, armados de esta suerte, sin preciosos ornamentos, terror a los enemigos, en vez de excitar su codicia. Cuidan mucho de tener buenos caballos, fuertes y ligeros... Además no marchan jamás en confusión y con impetuosidad, ni se precipitan a la ligera en peligros, sino que guardan siempre su puesto con toda la precaución y prudencia imaginables (escribe Bernardo de Claraval, en su *De laudibus novae militiae*). Se ponen en batalla con el más bello orden... Se echan como leones sobre sus contrarios, mirando a las tropas enemigas como unos rebaños de ovejas, y aunque son muy cortos en número, no temen, en manera alguna, la multitud de sus soldados ni su crueldad enteramente bárbara. Igualmente están enseñados a no presumir nada de sus propias fuerzas... porque la victoria de la guerra no viene de gran número de soldados, sino del favor del cielo...” Podríamos

mencionar numerosos ejemplos: así en la desdichada batalla de Cornes de Hattin (1187), de los 230 “Caballeros” (sin contar “Sargentos” y fuerzas auxiliares) que el “Gran Maestre”, Gerardo de Ridefort, hombre esforzado, aunque no muy brillante y poco idóneo para tan alto cargo, alineó junto con las tropas de Guido de Lusignan, sólo quedaron unos veinte con vida, y algunos de éstos bastante maltrechos... Y es como dice cierta copla española: *Vinieron los sarracenos/ y nos molieron a palos,/ que Dios ayuda a los malos/ cuando son más que los buenos...* Curiosamente, Ridefort cayó en manos de Salah al-Din (o Saladino), quien —se ha venido especulando con los motivos— le perdonó la vida (merced que no podían esperar los Templarios), y le puso en libertad. Poco tiempo después —sin embargo—, Ridefort tuvo una muerte tan caballeresca como digna, frente a las murallas de Acre.

Las vivas descripciones de los observadores e historiadores extranjeros y de los historiadores musulmanes —no siempre rigurosa—, vienen a confirmar la importancia de la Orden en los Estados de los “Cruzados”. Así, Juan Kinnamos (secretario del “basileus” Juan II Comneno), estaba más que persuadido de que el “Gran Maestre” era, nada menos, que *el hombre que mandaba los caballeros en Palestina*, y los cronistas sarracenos exultaban tras los descalabros sufridos por las Órdenes Militares. Ibn al-Atir, entre otros, consideraba a Templarios y Hospitalarios como *la espina dorsal de los ejércitos cristianos*, e Imad al-Din (secretario y canciller de Saladino), comentando la derrota de estos en Hattin, no ocultaba su satisfacción por el hecho de que *el rostro de los infernales Templarios se hubiese hundido en el polvo*; el mismo ayyubí nunca ocultó el gran respeto que tan formidables adversarios le merecían. Y, a fines de la siguiente centuria, Ibn Wasil, llegaba a calificar a los “mamelucos” como los “Templarios del Islam”.

• • •

Defender el reino de Jerusalén, un estrecho corredor paralelo a las costas del Líbano e Israel, no iba a resultar fácil. Los musulmanes se encontraban en su propia tierra y contaban con recursos humanos aparentemente inagotables. Por el contrario, los cristianos se habían desmembrado en un inestimable conglomerado de Estados feudales, unidos tan sólo por tenuous relaciones de vasallaje y separados por ambiciones personales, rencillas étnicas y contrapuestos intereses de grupo. Nunca dejaron de ser fuerzas expedicionarias ocupantes de territorio hostil. Desde el primer momento se reveló que la capacidad militar del rey de Jerusalén y sus barones resultaba insuficiente para la defensa de los Santos Lugares. Por otra parte, los pulanos [o “pollos”], cristianos nacidos en Tierra Santa [por lo general, al escasear las mujeres occidentales, eran producto de matrimonios entre “Cruzados” y nativas, griegas, sirias o armenias], lejos de mantener el ímpetu combativo de sus antepasados prefirieron acomodarse a las relajadas costumbres de Oriente. En estas circunstancias, las Órdenes Militares [Hospitalarios y Templarios], se hicieron imprescindibles para el mantenimiento de la supremacía latina en Tierra Santa...

Los Templarios y otros enigmas medievales,
Juan Eslava Galán

Si se leyese con un mínimo de atención los artículos de la Regla Templaria, especialmente, los relacionados con las actividades bélicas, a primera vista, y con la mentalidad actual, parecen más propias de la “Legión Extranjera” o fuerza militar similar, que de una institución monástica. Hombres de todos los lugares de Occidente, siempre que reuniesen ciertos requisitos, *sino qua non* y superasen los períodos de prueba, eran admitidos en ella. Y, habiendo formulado los correspondientes votos, todos ellos, juntos o por separado, debían estar preparados para luchar hasta la muerte, bien en Tierra Santa, bien en la Península Ibérica, aún debiendo prescindir, y lo hacía de buen grado, a la serena paz del claustro.

• • •

Lamentablemente, y no podía suceder de otra forma, el componente guerrero de las Órdenes Militares se fue profesionalizando, en detrimento del religioso. Por si fuera poco, y esto no había manera de evitarlo, los príncipes de los Estados cristianos de Tierra Santa padecían una angustiosa y crónica escasez de tropas, y aún así, los efectivos que lograban reunir eran dados a la indisciplina, por lo que, paulatinamente, debían delegar en éstas la defensa de sus muy poco seguras fronteras...

Como se verá, en tiempos de la II Cruzada se inicia en el Temple una clara separación entre la actividad financiera y la militar, teniendo ya bastante superada la etapa inicial de proteger y socorrer a los caminantes: defendían las columnas en marcha, se encargaban del transporte de pertrechos y vituallas, recogían y atendían a los heridos, y daban digna sepultura a lo caídos en combate... Además, ofrecían a los dirigentes de las Cruzadas (reyes y nobles) su ayuda, ya fuera económica, o bien estratégica o logística; así como la construcción o reparación de castillos y murallas, en general. Está clarísimo y los hechos lo corroboran, que esta Cruzada —a cuyo frente se pusieron Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia— sólo se libró de la desintegración y la derrota gracias a los templarios, que se hicieron cargo de ejército francés, reorganizándolo, aprovisionándolo, incluso proporcionando caballos y prestando dinero para la buena marcha de la empresa. Además de caballos, y se necesitaban muchos, también se requerían abundantes camellos, mulos y asnos para proveer a las necesidades de guerreros, mercaderes y peregrinos.

...A lo largo de todo el siglo XIII los Hospitalarios y los Templarios acrecentaron sin cesar sus fuerzas y se involucraron progresivamente en la defensa del reino latino. Las dos Órdenes llegaron a constituir pequeños ejércitos de élite. El Temple mantenía unos seiscientos “Caballeros” y doble número de “Sargentos”. Además, existían Cruzados forzados, muchos de ellos, condenados a muerte, que expiaban su pena guerreando contra los sarracenos. A éstos habría que sumar algunos miles de mercenarios turcos, distribuidos en unidades de infantería y de caballería ligera. Pero este esfuerzo era insuficiente para contener la presión constante de los ejércitos musulmanes. Hubo que recurrir a la guerra defensiva [lo que veremos en el siguiente capítulo], ya ensayada por los bizantinos

con algún éxito, es decir, a la construcción de fortalezas que aseguraban la defensa del territorio con el menor esfuerzo humano posible. A poco las regiones fronterizas, respunteadas por plazas fuertes y castillos, fueron íntegramente dominadas por las Órdenes. Los Templarios poseían dieciocho plazas fuertes, cada una de ellas rodeada y protegida por sus correspondientes castillos. El mantenimiento de esta línea comportaba un considerable esfuerzo económico y humano.

Los Templarios y otros enigmas medievales, Juan Eslava Galán

Era, pues, importante en Ultramar el dotar de guarniciones a los castillos, ya que la estrategia de los príncipes francos —como se ha dicho— se basaba más en la conservación de sus Estados que en acrecentarlos, y con tan reducidas fuerzas, cuya calidad frecuentemente dejaba que desear, resultaba casi imposible evitar las correrías de bandoleros, y menos aún, la penetración de poderosas columnas enemigas. Así, en la I Cruzada, si bien el número de expediciones debió ser relativamente elevado (se habla de unos 7.000 caballeros y alrededor de 60.000 infantes), el valor de una buena parte de estos efectivos —como quedó posteriormente demostrado—, dividido en varias “cruzadas particulares”, ya que no se respetaron las directrices del Pontífice, quedó muy disminuido y en ocasiones casi nulo. San Luis de Francia llevó a Egipto unos 15.000 hombres, de los que al menos 2.500 eran caballeros; se trataba, evidentemente de un material humano mucho mejor, cuya preparación militar y disciplina había mejorado bastante... pero muy poca cosa contra los numerosos y aguerridos ejércitos del Islam.

• • •

La disciplina del ejército Templario en Tierra Santa se refleja minuciosamente en su Regla; sus artes bélicas estaban orientadas a cubrir con pasmosa flexibilidad las muy diversas facetas de la guerra: desde la tensa espera, tras los muros de los castillos o plazas fuerte, hasta la extrema movilidad de la lucha de partidas, *razzias*, desplazamientos y guerrillas en campo llano o en zonas abruptas, todo ello, de cualquier manera, en un inmenso territorio hostil y en ocasiones distanciado de sus bases (sólo en la Península Ibérica era posible hallar algo similar), si bien, tras la caída de Jerusalén, se fue adoptando —ya lo veremos— una táctica defensiva. *En todo caso, tanto Cruzados como miembros de las Órdenes Militares hubieron de modificar profundamente, las tácticas de combate al uso en Europa, para adaptarse a la de sus enemigos...*

...Los arqueros musulmanes, provistos de un arco potente y de rapidísimo ritmo de tiro, podían desencadenar, literalmente, una lluvia de flechas sobre los cristianos. Además, eran capaces de disparar desde el caballo a galope. Su terrible eficacia era el resultado de la combinación de armamento ligero y movilidad. Desprovistos de cotas de mallas y montados en caballos veloces, podían hurtarse fácilmente de las temibles cargas de la pesada caballería cristiana. La capacidad de maniobra que implicaban sus tácticas les permitía también hostigar eficazmente al enemigo en marcha. Por otra parte, la suma de estas cualidades permitía presentar

batalla lejos del campo elegido por los cristianos, sobre terreno quebrado y desigual, a fin de atomizar la lucha en un número de enfrentamientos desconcertados que restaban eficacia a la línea cristiana y la hacían vulnerable a las masas de peones y arqueros musulmanes.

Estas tácticas exasperaban a los caballeros cristianos, acostumbrados al enfrentamiento expeditivo y directo, y minaban su moral. No obstante, después de las primeras derrotas, los cristianos replantearon sus tácticas y adoptaron las contramedidas oportunas. El ejército debía contar con una protección natural que cubriese su retaguardia y sus flancos, preferentemente vías de agua o montañas. Además, lo más selecto de la tropa se destacaba como cuerpo de reserva destinado a estorbar las maniobras envolventes del enemigo. En cada línea de la caballería cristiana se formaban los escuadrones en perfecto orden, como de costumbre, pero contando con la protección de infantería y arqueros capaces de devolver el fuego a las tropas ligeras enemigas evitando que éstas hostigasen directamente a la caballería pesada. Este era el principal cometido de los mercenarios turcópolos contratados masivamente por los Templarios...

Los Templarios y otros enigmas medievales, Juan Eslava Galán

• • •

En el Medievo, normalmente, el campesino se trasladaba a pie (la mayor parte de ellos apenas se alejaban unas pocas leguas del lugar que les vio nacer), el clérigo en asno y el mercader acomodado en mulo... Pero aquellos que se desplazaban a caballo y que combatían a caballo, sólo por tal circunstancia, se situaban por encima de los demás. Así en el *Cantar de Mio Cid*, se dice: "Mandó repartir el Cid todo aquel botín, sin falta, / y ordenó a sus «quiñoneros» [repartidores del botín de guerra] que a todos diesen la carta (su parte). / Sus caballeros comienzan a cobrar ya soldada, / y a cada uno de ellos tocan cien marcos de plata / y a los peones les toca de ello la mitad exacta [en realidad, la diferencia sería bastante mayor]..." La caballería —y así parecían demostrarlo los hechos— era el cuerpo de élite de los ejércitos, debiendo estar siempre en forma y dispuesta para combatir. Los caballeros, siempre acompañados por uno o varios escuderos, que cuidaban de su costosísimo equipo y de sus caballos, se consideraban tan importantes en la batalla (no cabe duda de que su aspecto debía parecer impresionante), que se estimaba que un centenar de éstos valía más que mil infantes... *No obstante, a partir de finales del siglo XIII, los progresos armamentísticos y la evolución de las tácticas, se encargarían de invalidar esta aseveración.*

Para el caballero, la valentía personal era la principal virtud, por encima de la disciplina, que no solía tomar muy en serio; esto hacía que las batallas se desarrollasen en medio de una gran confusión y que aumentase el número de bajas. "Mantener la formación compacta y la disciplina de un ejército feudal —escribe Eslava Galán— compuesto por docenas de combatientes deseosos de destacar individualmente, era una empresa realmente difícil. Pero cuando estos mismos caballeros eran hermanos de las Órdenes Militares, el conjunto funcionaba con precisión asombrosa."

Junto con su equipo ofensivo y defensivo, de por sí bastante pesado, por el número material

y tamaño de las diferentes piezas, elemento indispensable del equipamiento del caballero era el caballo, un animal robusto —bien cuidado y alimentado— capaz de soportar el peso del jinete y adiestrado para la lucha; normalmente, protegido a su vez por una “gualdrapa” de cuero y una “testera” metálica. Sólidamente apoyado en los estribos, el caballero cargaba, lanza en ristre, contra el adversario para destrozarle o atravesar su cota de malla o su armadura. El cine histórico abunda en ejemplos e imágenes espectaculares, algunos magníficamente conseguidos: “Embrazan ya los escudos delante del corazón/ bajan las lanzas en ristre envueltas con el pendón,/ inclinan todos las caras por encima del arzón/ y arrancan a combatir con ardido corazón/ ... Trescientas lanzas serían, todas llevaban pendón;/ cada jinete cristiano a otro moro derribó,/ y a la vuelta [se refiere a la “carga de tornada”, consiste en traspasar las filas enemigas en una dirección, repitiendo el asalto con idéntico resultado, en sentido contrario], otros trescientos muertos en el campo son...” Así describe el anónimo autor del *Mío Cid* una de estas demoledoras ofensivas: “...Vierais allí tantas lanzas todas subir y bajar,/ vierais tantas adargas horadar y traspasar;/ tantas lorigas romperse y sus mallas quebrantar/ y tantos pendones blancos y rojos de sangre quedar,/ y tantos buenos caballos sin sus jinetes marchar...”

• • •

Tras la derrota cristiana de Cornes de Hattin, Imad ad-Din comentaba la forma de combatir de los francos, descubriendo sus puntos débiles, lección que los caballeros cristianos, tal vez por obstinación o por diferencias de criterio, no supieron o no pudieron aprovechar: “Entre los aspectos sorprendentes de esta batalla está la circunstancia notable de que el caballero franco, mientras su caballo esté a salvo y sano, no puede ser derribado. Protegido de la cabeza a los pies por una cota de malla que lo hace semejante a un bloque de hierro, no se ve afectado por los repetidos golpes; pero en cuanto se mata al caballo, el caballero es derribado y capturado...” Por tal motivo eran necesarios muchos y buenos caballos... “Si hubieran mantenido —añade Malcolm Barber— las asignaciones dadas en la versión francesa de la Regla... los Templarios habrían necesitado mantener al menos 4.000 caballos en el Próximo Oriente...”

• • •

En el campo de batalla, o durante las agotadoras marchas, los Templarios se agrupaban por “escuadrones” al mando de sus respectivos comandantes o “comendadores”, siempre detrás de su gonfalon, el célebre “baucent”, una gran bandera de dos franjas verticales, blanca y negra, con la roja cruz del Temple, que indicaba el punto de concentración en el combate. El estandarte era casi un “objeto santo, depositario del honor de la Orden”, y cuya pérdida —tenida por una gran calamidad— debía ser evitada mediante toda clase de precauciones. Acompañaba siempre al “Mariscal”, quien designaba una decena de los más aguerridos

“caballeros” para su custodia y del gonfalonero, quien llevaba otro idéntico de repuesto, por si caía en poder del enemigo. Aparte de valor puramente moral o sentimental que poseía esta bandera, se la debía defender a ultranza, por ser signo de concentración y punto de procedencia de las órdenes: los combatientes se desplazaban con él y se detenían si lo hacía éste. “En medio de la espesa polvareda —describe Eslava Galán— de las cargas, del griterío y del estruendo de la batalla, el estandarte actuaba como un poderoso imán capaz de mantener al empuje de las filas templarias. Mientras el “beaucent” flameara, el combate no debía detenerse; si desaparecía, el Templario debía obedecer a la bandera de los Hospitalarios, sus colegas y rivales, y en caso de que ésta sucumbiera, a la de cualquier príncipe cristiano...” Para los Templarios, era su estandarte algo tan preciado que lo defendían, incluso con sus vidas y, la suerte que éste pudiera correr influía en el curso de la batalla...

Volvamos a la epopeya del Mío Cid: “... Los pelotones moros su avance comienza ya/ para llegar frente al Cid y a los suyos atacar./ «Quietas mesnadas, les dice el Cid en este lugar,/ no se separe ninguno hasta oírmelo mandar.»/ Aquel buen Pero Bermúdez ya no se puede aguantar;/ la enseña lleva en la mano y comienza a espolear:/ «¡Qué Dios creador nos valga, Cid campeador leal!/ En medio del enemigo voy vuestra enseña a clavar;/ los que ella están obligados ya me la defenderán.»/ Díjole el Campeador: «¡No lo hagáis por caridad!;/ Repuso Pero Bermúdez: «Dejar de ser no podrá!/ Espoleó su caballo y a los moros fue a buscar./ Ya los moros le esperaban para la enseña ganar;/ y aunque le dan grandes golpes no le pueden derribar./ Y así dijo Mío Cid: «¡Valedle, por caridad!»...”

• • •

En los Retratos, o Estatutos, que debieron ser escritos durante el quinto o sexto “maestrazgo”, se determinaron hasta los más mínimos detalles —algunos asombrosamente “modernos” para aquella época—, las normas que debían seguir en el campamento, la marcha o el combate. Las órdenes, propiamente dichas, proceden bien del “Mariscal”, o bien de su representante autorizado, en el campo de batalla o durante la marcha, y de la gran tienda redonda de éste en el campamento... Todo o casi todo, pequeños detalles incluidos, está previsto y determinado. Al ponerse el sol, los aposentadores buscaban un lugar fortificado, o fácilmente defendible al menos, donde se alzaban las tiendas, según el orden establecido; se procedía a la recolección del forraje y la leña, y se ocupaban de las cabalgaduras y bestias de carga. Al anochecer, los “Caballeros” debían acudir a recoger los víveres que los comandantes, según las normas, debían repartir equitativamente, cuidando de que “no caigan juntos dos jamones o dos paletillas”. Terminada la cena, se llamaba a silencio y cada cual se retiraba a vigilar o a descansar. Cuando la tropa se hallaba formada, nadie debía alejarse más allá del alcance de la voz de los centinelas; mientras que en castillos o lugares fortificados, el límite se ampliaba a una legua.

Cuando se desplazaban, ya en campo abierto en terrenos abruptos, se servían de exploradores para reconocer el terreno y prevenir cualquier ataque sorpresivo. En todo caso, sus fuerzas, encuadradas en escuadrones, marchaban de tal manera que, en caso de peligro, pudieran adoptar rápidamente su habitual formación de combate. Tal era el cuidado que ponían durante las largas marchas que, cuando recibían a algún emisario o enlace, y éste llegaba en sentido inverso a la columna, debía cabalgar en dirección opuesta a la del viento, para que la polvareda levantada por el caballo o caballos no cayera sobre la misma. Estaba prohibido rigurosamente adelantarse a las órdenes, ni apartarse —durante la marcha— de los mandos a tal distancia que sus órdenes no pudieran oírse claramente. Si el avance era nocturno y sorpresivo, se evitaban las órdenes del mando y los “Caballeros” debían estar pendientes de los movimientos del estandarte. No hay el menor resquicio para el individualismo, salvo permisos especiales; incluso se ha previsto la forma (gestos o señales establecidos) empleada por éstos para comunicarse entre sí.

• • •

No podían rehuir el combate, aun cuando el adversario les triplicase o cuadruplicase en número —circunstancia que los “Cruzados” no consideraban indigna—; debían ser los primeros en entrar en combate y los últimos en retirarse. Teóricamente, no podían caer prisioneros, ya que si esto sucedía su porvenir no era muy halagüeño, al no estar permitido su rescate ni por dinero ni por otros bienes: *Ni una moneda, ni un tapiz* —señalaban los Estatutos—, *ni una pulgada de tierra*; por lo cual, y pese al respeto que infundían a los sarracenos, éstos procedían a decapitarlos, ahorrándoles una muerte más vil, aunque no faltaron ocasiones (contadas) en que se ensañasen con ellos, sometiéndoles a atroces torturas.

El hecho de que eran enemigos formidables, queda más que demostrado —como ya lo expusimos— en los testimonios de los autores musulmanes que han llegado hasta nosotros, lamentando sus victorias y celebrando y magnificando sus descalabros, y a ellos nos referimos —someramente— al comienzo del capítulo. Cuando Salah al-Din accedió al poder (1174), y habiéndose percatado de que la supervivencia de los pequeños Estados cristianos en Tierra Santa dependían del esfuerzo de Templarios y Hospitalarios, sobre todo, se convirtió —pese al respeto que siempre le inspiraron, y que supo demostrar— en su más acérrimo enemigo. Se dice que afirmó públicamente: *Purificaré la tierra de esas órdenes inmundas*, lo que venía a demostrar, una vez más, la importancia que sus estrategias habían ido adquiriendo con acrisolada y larga experiencia de muchos años de lucha contra el Islam...

“En un momento particularmente peligroso —recuerda Malcolm Barber—, en 1219, en tiempos de la V Cruzada, la de Egipto, cuando el enemigo hubo roto las defensas cristianas, fue rechazado porque —en palabras de Oliverio, director de la escuela catedralicia de Colonia y testigo presencial— el espíritu de Gedeón animó a los Templarios.”

LOS ÚLTIMOS DE TIERRA SANTA

Igualmente importante era en Ultramar el dotar de guarniciones a los castillos y otra fortificaciones, pues, como hemos indicado, la estrategia militar de los príncipes cristianos se basaba más en la conservación de sus Estados, que en la imposible idea de emprender nuevas conquistas. Debe tenerse en cuenta que éstos estaban habitados por una población cristiana (oriental y occidental) bastante reducida, de tal manera que la protección de viajeros, y la defensa de aquellas tierras, se convirtió —desde un principio— en problema esencial, ya que con tan reducidas fuerzas resultaba prácticamente imposible garantizar su seguridad. Fue preciso emprender la reparación o el reforzamiento de las ya existentes y la construcción de otras nuevas, algunas de imponente aspecto, utilizando técnicas nuevas y originales, que permitieron a sus no muy numerosas guarniciones, resistir largos asedios, y el peso de su conservación y defensa recayó, finalmente, en las Órdenes Militares.

Casi desde sus orígenes, Los Templarios demostraron —aún con gran limitación de medios— su capacidad en las tareas de construcción, como ya se ha visto. Se les cedieron algunos castillos en los montes de Amanus (Cilicia), a fines del primer tercio del siglo XII, siéndoles otorgada (entre 1149-1152) la guarnición de Gaza, al sur del reino de Jerusalén. Entre estos años y la batalla de Hattin, Templarios y Hospitalarios intensificaron la ocupación, reedificación o construcción de castillos, algunos tan imponentes —sus características arquitectónicas fueron copiadas en Occidente— que sus ruinas todavía causan asombro, mientras que establecían “cuarteles” (casas, conventos o encomiendas) en las ciudades más importantes. El caso más representativo, tras la caída de Jerusalén (1187), lo constituyó la nueva capital del disminuido reino, San Juan de Acre, uno de los más importantes puertos de la costa levantina. En esta plaza fuerte existían dos sectores bien definidos: la ciudad, protegida por un fuerte castillo, y un burgo amurallado, en el que se ubicaban los barrios de los comerciantes italianos, así como los edificios de las Órdenes Militares, naturalmente, fortificados. El puerto, situado en un amplia rada y protegido por un rompeolas, se cerraba todas las noches —para evitar ataques por sorpresa— tendiendo una gruesa cadena en su bocana... Sin embargo, la ciudad no sólo fue objeto de luchas entre cristianos y musulimes, sino también de las disputas entre las facciones rivales de los primeros, debidas —mayoritariamente— a intereses comerciales.

Luis IX, por el momento, consiguió calmar los ánimos; pero, en las postrimerías del siglo XIII, Acre habían entrado en irreversible decadencia.

• • •

Los Templarios, por su propia iniciativa y en contra de los términos de la tregua con Saladino, levantaron el efímero “castro” en el vulnerable cruce del Vado de Jacob (Chastelet) cuya guarnición estaba compuesta por 80 “Caballeros” y 750 sirvientes y auxiliares. En el importante cruce de caminos de La Fève (en el Valle de Jezrael, recorrido por el río Qishom, al sur de Galilea), construyeron unos grandes depósitos, con abundante ganado y gran cantidad de provisiones.

Sin embargo, nunca olvidaron su primitiva finalidad, ya que levantaron varios fuertes, específicamente destinados a la protección de los viajeros, como el de Casal des Plains (cerca de Jaffa), y el de Maldoim, sobre la transitada, pero peligrosa, ruta que iba de la Ciudad Santa al río Jordán. En el reino de Jerusalén, tan sólo en el período anterior a la derrota de Hattin, el Temple disponía de 13 fortalezas, sin contar sus posesiones en las ciudades y otros centros estratégicos, además de sus intereses puramente agrícolas, como los molinos del río Na’amám, afluente por la derecha del Jordán, no lejos de Acre.

...Los dos castillos mayores de los Templarios se debieron a proyectos de construcción del siglo XIII. Atlit—el Castillo de los Peregrinos— surgió en un espolón que penetraba en el mar, al Sur de Acre, en 1217-1218. Los Templarios lo conservaron hasta la caída de Acre en 1291, tras lo cual fue abandonado. Oliverio de Colonia (autor mencionado en el anterior capítulo) estuvo muy informado respecto se este castillo, al que describe como dos enormes torres de piedra labrada, de 100 pies de altura y 74 de anchura. Los hombres armados podían cabalgar en el interior, a lo largo de las murallas que unían tales torres. Eran una parte de una triple línea de defensa, pues detrás había una muralla con tres torres, y, en tierra firme, las murallas de una pequeña ciudad. Si se hacía necesario, el foso situado entre la muralla exterior y la ciudad podía ser inundado con agua de mar...

...Otra gran ventaja en una costa con pocos abrigos naturales era que disponía de un buen puerto. La existencia de este castillo alejó a los musulmanes de las proximidades de Acre, y permitió a los cristianos explotar los recursos naturales de la región, que incluían pescado, sal, viñas, frutales, madera, pastos y prados.

Sáfad, en Galilea, era el segundo de estos grandes proyectos. Lo había vendido a los Templarios el Rey Amalrico I en 1168, pero, tras larga lucha, había caído en manos de Saladino veinte años más tarde. En 1240, según los términos del tratado negociado por Ricardo de Cornualles, los Templarios recuperaron lo que entonces no era más que una ruina, y se impusieron la tarea de reconstruirlo. Las obras terminaron entre 1241 y 1244, lo que dio a la Orden el más grande castillo del reino de Jerusalén, cuyas dimensiones eran de 400 metros por 95, con forma de elipse.

Según un documento anónimo de las décadas de los sesenta del siglo XIII, cuyo autor fue casi seguramente un Templario, el castillo requería una guarnición de 1700 hombres en tiempo de paz y de 2.200 en tiempos de guerra [ya hemos visto que nunca dispuso ni, con mucho, de la mitad de tales efectivos], aunque sólo una pequeña parte de éstos eran realmente Templarios][“...Otros muchos lugares religiosos, como Nazaret, el monte Tabor, Canaán de Galilea y muchos otros pueden visitarse libremente y sin peligro gracias a la existencia del castillo de Sáfad. Y debido a esto puede saberse cuánto la construcción y establecimiento de Sáfad reduce y mina la acción de los sarracenos y cuánto aumenta y beneficia a los cristianos...”. *De construcciones castrí Saphet*, Autor anónimo.

Aunque tanto Atlit como Sáfad eran obras asombrosas, los Templarios eran relativamente más poderosos en los Estados septentrionales de Trípoli y de Antioquía. En Trípoli poseían un notable enclave alrededor de Tartús, donde se habían establecido en 1152, y controlaban las vías de acceso desde tierra al puerto, especialmente por medio de Castelblanc, en el sureste. Es de destacar que cuando intentaron recuperar una plaza en el interior sirio, en 1301-1302, después de que los cristianos fuesen expulsados por los mamelucos en 1291, concentraron sus esfuerzos, en la isla de Ruad, precisamente frente a Tartús...

...Al norte de Antioquía los Templarios eran virtualmente señores de la frontera, dominando la región desde su gran castillo de Bagras. Saladino consiguió conquistar este castillo, pero luego no pudo conservarlo, pues en 1191 dismanteló las fortificaciones y las abandonó, seguramente porque creía no disponer de suficientes tropas para su defensa. Esto fue el preludio de un prolongado y destructor conflicto que el Temple hubo de padecer, pues León de Armenia aprovechó la retirada de Saladino para instalarse en la fortaleza.

Sólo en 1216 pudieron los Templarios reconquistar lo que evidentemente consideraban su principal castillo en las tierras cruzadas del norte. Su continuo interés por la región queda demostrado por la posesión de un muelle en Ayas, en Cilicia, en los años 70 y 80 del siglo XIII, que les permitía relacionarse con las rutas comerciales septentrionales que pasaban por tierras mongolas...¹

Selección de textos de Malcolm Barber

• • •

Si los Templarios abandonaban una posesión —ya hemos visto que sólo podían hacerlo en muy determinadas ocasiones, y como último recurso— eran, por lo general, severísimamente castigados. Tal fue el caso de la fortaleza de Ganstein (no lejos de Acre), en la que sólo quedaban unos pocos “Caballeros” defendiéndola del asedio de los mamelucos de Baibars, y que, al no poder sostenerse, optaron por replegarse a San Juan de Acre... Se tuvieron en cuenta las circunstancias atenuantes del caso... “Y si ocurriese que la Cristiandad, que Dios no lo quiera, se viese malparada, ningún Hermano deberá moverse del campo para resguardarse, mientras el gonfalon “Baucent” esté erguido, por-

¹ La aclaración entre corchetes es nuestra y el fragmento intercalado en el texto de Barber procede del documento anónimo citado por éste, por lo que hemos juzgado interesante colocarlo, tras su mención.

que si así lo hiciere, será expulsado para siempre de nuestra Casa. Y si viese que no queda ningún recurso, deberá unirse al primer estandarte del Hospital o de cualesquiera cristianos. Y si aquel o éstos cayesen, *sólo entonces podrá el Hermano ponerse en seguridad donde Dios se lo aconseje*"; por lo que les fue impuesta una sanción bastante leve: la pérdida del hábito durante un año.



ORDEN RICA, HERMANO POBRE

En los últimos años del siglo XIII, se inician una serie de cambios, que no pueden —por menos— dejar, aunque sea someramente, de mencionarse: cambios culturales, sociales, en el comercio y las comunicaciones, en el arte, y se acentúa el proceso de expansión económica y demográfica, como prólogo a la gran transformación que sacudirá a toda Europa Occidental en la siguiente centuria..., cambios de “una intensidad creativa —indica Alejandro Vignati— que probablemente no será superada en los siglos siguientes. Los rezagados cruzados que regresen de Tierra Santa a partir de los últimos años del siglo XIII se encontrarán con un mundo rigurosamente nuevo...”.

• • •

Los Templarios fueron, durante más de un siglo, uno de los grupos más ricos e influyentes de la política europea. Si atendemos solamente a su historia en Oriente, apenas podremos comprender una parte de su poder, que no se apoya por entero en la actividad militar, sino en la actividad económica que sostiene ese esfuerzo militar.

Los Templarios eran capellanes de reyes, participaban en los grandes Concilios de la Iglesia, como el Concilio Laterano de 1215 y el Consejo de Lyon de 1274. Una de las principales causas de la excomunión de Federico II el Grande fue su enconada persecución de los Templarios, a quienes desposeyó de sus bienes al regresar de la Cruzada, para restituirselos por intermedio de su última voluntad.

Las propiedades de los Templarios estaban distribuidas por toda Europa, no sólo en los países del centro, sino también en Dinamarca, en Irlanda, en España, en Chipre.

A mediados del siglo XIII Alberico de Trois Fontaines estima sus encomiendas en la cifra de 7.050; pero Mateo de París afirma que llegan a 9.000.

¿Qué eran estas encomiendas? Según los casos. Allí donde todavía subsistían necesidades militares, como en algunos puntos de España y Portugal, y desde luego, en Chipre, castillos y fortalezas: pero en su inmensa mayoría, sencillamente granjas, explotaciones agrícola-ganaderas, donde se cultiva trigo, mijo, centeno, avena, cebada, donde se crían ganados vacunos, ovinos, porcinos y desde luego caballos, donde hay hornos de pan y se producen quesos, jamones y embutidos, y donde las tareas son realizadas por los Hermanos de la Orden, pero por lo general están a cargo de los mismos habitantes del lugar, bajo la administración y supervisión de un grupo de Templarios.

Estas tierras les han sido cedidas generalmente por donaciones, a veces pequeñas, a veces importantísimas. No es difícil deducir el motivo de esas donaciones si tenemos en cuenta el desarrollo de las Cruzadas y la participación del Temple en ese desarrollo...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

• • •

En pocos años, el Temple amasó una gran fortuna, lo que “no era óbice —señala Fernández Urresti— su voto de pobreza para ello, pues el dinero no se disfrutaba a título individual, sino comunitario y siempre en favor de la grandeza de Dios”, gracias a donaciones de particulares —en Tierra Santa se les entregaron algunas ciudades, dada la incapacidad de los príncipes cristianos para defenderlas— y al convertirse en una especie de entidad bancaria para los peregrinos.

En Palestina se posesionaron de amplios territorios y su poderío militar les llevó —no siempre por su iniciativa— a participar en las disputas internas entre los príncipes cristianos o las rivalidades comerciales, lo que hizo que fueran acusados de ser “demasiado indulgentes con los musulmanes” (de ser así, sus motivos tendrían, y, en todo caso, tal aserto no pasaba de ser una “verdad a medias”), al relegar a un segundo plano la guerra contra éstos. También fueron acusados de poseer demasiados bienes que defender, olvidando el motivo original de su existencia, que no era otro que el de proteger a los peregrinos de bandidos y sarracenos...

...El hecho es que las donaciones afluyen a la Orden en gran cantidad. El Cartulario General de la Orden del Temple recopilado por el Marqués de Albon, que contiene solamente los documentos templarios de los primeros treinta años de la Orden, consta sobre todo de actas de donación. Seiscientas en total, mitad de Francia, mitad de Inglaterra, España o Portugal. Los historiadores coinciden en que esta corriente de donaciones no se detiene jamás.

Y son los sencillos y generosos dones de la tierra —las aves, los ganados, las mieses— sabiamente administrados por los Templarios, el núcleo central de las grandes riquezas de la Orden que es en gran medida quien, aparte de autoabastecerse, financia y administra las Cruzadas...

...Se conserva un detallado informe sobre el inventario y la gestión de un año del agente real que se encarga de la encomienda de Payns, en Troyes, y que perteneciera originalmente a fundador de la Orden del Temple. Tenemos motivos para suponer que esa finca ocupa un lugar bastante modesto entre las posesiones de la Orden. Trabajaban en Payns 27 peones y domésticos: 14 boyeros, 6 pastores, 3 carreteros, 1 cocinero, 1 herrero; se producen 745 celemines de trigo (unas 3,5 toneladas métricas); hay en los prados unos cincuenta vacunos y más de 800 ovinos; y, en apariencia, la finca se especializa en la producción de queso. La explotación de un año produce 250 libras; los gastos alcanzan a 189. La ganancia es de 61 libras.

¡Y la Orden tiene 9.000 casas!

Además, había otros ingresos. Las bulas papales les permitían, por ejemplo, hacer una colecta en todas las iglesias de la cristiandad. Esta considerable acumulación de fondos lleva a la orden al desarrollo creciente de las actividades de banca. No olvidemos que en esta época es habitual que las personas confíen sus bienes a las iglesias y abadías, amparadas por la Paz de Dios, es decir fuera del alcance de los señores feudales. De modo que los Templarios en sus comienzos se limitan a continuar con este tradicional servicio de depósito.

Pero, al par que crecen las donaciones y se suceden las cosechas, se desarrolla con las Cruzadas una corriente de comunicación con el Oriente. Y pronto, ya no es solamente depositar dinero

en manos seguras y sagradas lo que hacen personas privadas, o príncipes y reyes: también se realizan operaciones bancarias internacionales. Los Templarios pueden obtener, por ejemplo, dinero o especies en Tierra Santa contra el testimonio de un pago realizado por los tesoreros templarios en cualquier ciudad europea. Y cuando se trate de transportar moneda o mercancía, o guardarlas con seguridad en Tierra Santa, o en Chipre, ¿quién podría ofrecer más garantías que una Orden Militar, que en sí constituye un ejército, y posee barcos y fortalezas?

Durante dos siglos, estas actividades se incrementan constantemente. Después de la caída de San Juan de Acre, en 1291, cuando ya solamente Chipre queda en manos de los Templarios. “La actividad bancaria será la principal actividad de la Orden...”

...Depósito, prenda, crédito, reembolso, cheque, letra de cambio... Todos estos tipos de operación empiezan a desarrollarse en las casas de la Orden, acercándose cada vez más a las formas actuales. El Temple de París llega a ser el centro del mercado mundial de moneda. Los Papas y los monarcas depositan allí sus tesoros; y estas vastas cantidades no son meramente depositadas, sino movilizadas, con la debida garantía, en forma de créditos. Es fácil ver que el carácter militar de los Templarios, y la cadena de fortalezas que se extienden entre Irlanda y Armenia tanto como su demostrada probidad de sacerdotes, hace de ellos los banqueros ideales.

Los Templarios de París poseen además los patrones de pesas y medidas y, en otras palabras, el control de la moneda y el cambio. Son así, primero los predecesores, y luego los rivales de las grandes compañías italianas de banca...

...Nunca tuvo la Orden tanto poder ni tantas riquezas como inmediatamente antes de su ruina. Cuando el último Maestre, Jacques de Molay, llega a Francia en 1306, trae consigo y con sus hombres 150.000 florines de oro y diez caballos cargados de plata.

¡Inusitado destino el de los Pobres Compañeros de Cristo, que montaban a dados en un solo caballo!

¡Inusitados banqueros que sólo podían comer carne tres días por semana y que al morir eran enterrados cara al suelo, con sus vestiduras clavadas a una tabla y sin ataúd! ¡Inusitados financieros, por cuyas manos pasan todos los tesoros del mundo, sometidos al más riguroso voto de pobreza!

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

• • •

“Con independencia de los mitos que después pudieran crearse a propósito de sus riquezas, lo cierto es que se puede afirmar que no hubo Orden caballeresca alguna —afirma Fernández Urresti— que se le pudiera comparar en posesiones y en oro, por lo cual no ha faltado quien les haya relacionado directamente con el secreto alquímico, lo que hubiera permitido la fabricación del oro a granel. ¡Han sido tantas las historias escritas sobre los Templarios...!”

Una cuestión muy discutida, que ha derramado raudales de tinta, lo constituye las riquezas, reales o imaginarias, amasadas por la Orden; riquezas que existieron en la mayor parte de los casos, y que fueron —está demostrado— exageradas convenientemente por sus enemigos. “Sea como fuere —prosigue el estudioso Fernández Urresti—, el tesoro templario cobró tanta fama como sus propios secretos. Sus mantos blancos sobre los cuales se podía ver el resplandor de la cruz roja entregada en su día por el Papa Inocencio II escondía no sólo el cuerpo del monje-caballero, sino también una presunta bolsa cuajada de riquezas...”

Está fuera de duda —y ya lo hemos comprobado— que la Institución se enriqueció rápidamente gracias a la protección dispensada por el Papado y la realeza y por las cuantiosas donaciones procedentes tanto de magnates como de humildes. “Existía incluso —hace notar Eslava Galán— el acto de donarse al Temple, similar al moderno «leasing» que practican ciertas entidades financieras. El donado disfrutaba en vida de una serie de beneficios fiscales y espirituales así como de la protección de la Orden. A cambio, la Orden heredaba sus propiedades cuando fallecía.”

Eficacísimos administradores, supieron medrar con inteligentes actividades mercantiles. Cada una de sus “encomiendas” (tan sólo, en el siglo XIII, poseían en Francia alrededor de mil), constituía —como ya se ha mencionado— una “unidad de gestión”, tendiente a la autosuficiencia y, que, casi siempre, generaba excedentes, que iban a parar a sus respectivas casas provinciales, que a su vez las reexpedía a la central en Tierra Santa para sufragar los cuantiosos gastos de la Orden: construcción y mantenimiento de castillos, residencias, hospitales y las soldadas de los mercenarios, ya que —ante la crónica escasez de efectivos cristianos— fue preciso recurrir al cada vez más frecuente alistamiento de profesionales de cualquier nacionalidad, turcos incluidos...

• • •

La influencia del Temple en la Cristiandad llegó a ser sumamente importante. Acabaron convirtiéndose —y ahí radica una de las causas de su ruina— en elemento decisivo en el juego de los factores económicos de su tiempo. Fueron depositarios de las recaudaciones destinadas a las Cruzadas o a la Santa Sede, adelantaban a los soberanos el dinero que precisaban... reteniendo como garantía la cobranza de los impuestos reales, recibiendo (ya lo hemos visto) depósitos de particulares y desempeñando una auténtica función de banqueros entre Oriente y Occidente, entre el Islam y la Cristiandad, ya que cuando sobrevinieron los primeros desastres militares en Tierra Santa, algunas entidades bancarias italianas comenzaron a quebrar, mientras que las arcas templarias permanecieron sólidas o se resintieron muy poco, y los reyes —especialmente los franceses— hubieron de recurrir a ellos...

Ciertamente, la percepción de intereses no era muy del agrado de la Santa Madre Iglesia (en el Concilio de Nicea de 787 se condenaba la usura y el préstamo con interés, posteriormente reafirmada por otros, como el de Letrán, en 1179, y el de Vienne, de 1311). Pero... “quien hace la ley hace la trampa”... Los deudores, al cancelar su débito, tenían la “costumbre” de hacer una “donación”... como inequívoca señal de “agradecimiento”, y “nadie impedía —recuerda Eslava Galán— que el acreedor hipotecario le pagara al deudor hipotecario una renta nominal, cuya diferencia con la renta real importaba a todas luces un interés. Y esta era una práctica corriente...” De esta manera, cuando en 1250 San Luis es hecho prisionero en Egipto, el Tesoro Real no puede hacer frente, como veremos, al importe del rescate, por lo que se ve obligado a

recurrir a los Templarios. Por otra parte, al estar éstos instalados, tanto en Oriente como en Occidente, tal circunstancia les permitía realizar operaciones en gran escala.

Como iremos analizando a lo largo de este capítulo, su poderío creció tanto, que —a la vez— comenzaron a granjearse envidias y animadversiones (a las que nos referiremos); tanto en el seno de la Iglesia, ya que no faltaban Órdenes que criticaban su “carácter militar y mundano” (olvidando la existencia de Instituciones muy semejantes), por sus riquezas —ciertas o pretendidas—, como entre las monarquías occidentales, sus más endeudados clientes...

Dotados de jurisdicción casi autónoma, a nadie —salvo al Vicario de Cristo— debían rendir cuenta de sus actos... *Demasiado para que durara mucho tiempo...*

• • •

En enero de 1148 y tras sufrir una serie de contrariedades, ya enumeradas en su correspondiente capítulo, Luis VII no tuvo más remedio que pedir ayuda a los Templarios, por lo que nos limitaremos añadir que el propio “Gran Maestre” (mayo del mismo año) proporcionó al monarca —no sin grandes dificultades— el dinero que precisaba, parte procedente del tesoro de la Orden y parte obtenido mediante la garantía de ésta, mientras que el propio rey ordena, por escrito, a sus regentes en Francia que procedieran a la restitución del elevadísimo préstamo. He aquí, pues, un detalle doblemente significativo: en “aquel momento” los Templarios no disponían de aquella suma, pero, en cambio, tenían la solvencia suficiente para, a su vez, obtener créditos. Una idea de la cuantía de la deuda la proporciona el hecho —pese a la enorme dificultad de calcular los ingresos y gastos reales de la época—, de que el total de ésta, por lo que se sabe, debía sobrepasar, en mucho más de la mitad, a las rentas de la Corona, estimadas (hacia 1170) en 60.000 “libras parisinas” anuales (unidad monetaria de valor imaginario y convencional, que oscilaba según épocas y países). No está muy claro como se las compuso el monarca para restituir tan elevado préstamo; sin duda debió recurrir a impuestos y exacciones extraordinarios. Sirva de referencia el detalle de que los “ingresos por propiedades” de Enrique II de Inglaterra (coronado en 1154) no excedían de 25.000 “libras esterlinas”, alrededor de 50.000 “parisinas”.

• • •

Al igual que en nuestros días, en el Medievo no faltaban períodos de crisis, y las causas, se mire por donde se mire, no eran tan distintas; de cualquier forma, el poder financiero del Temple le permitía subvenir a sus necesidades e incluso reclutar mercenarios. Para ello se valían de sus propios recursos, ya citados, así como de los fondos que recibían procedentes del impuesto para la Cruzada; por lo que en el peor de sus momentos, y aún padeciendo escasez de tesorería, la Orden no tenía dificultad para obtener fondos. “Incluso

—añade Malcolm Barber— durante las campañas militares, los Templarios conservaban grandes sumas de dinero. En Egipto en 1250, durante la Cruzada de San Luis, 30.000 «libras» del rescate del rey provenían del dinero que se guardaba a bordo de la galera principal de la Orden, aunque —según Juan de Joinville, biógrafo real— en esta ocasión el dinero no fue entregado del todo voluntariamente”.

• • •

El Tesorero del Temple llegó a convertirse en consejero financiero de los reyes de Francia y miembro de la comisión de cuentas que controlaba la no muy boyante Hacienda real... No obstante, debe tenerse en cuenta que, debiendo la Corona francesa tan exorbitantes cantidades a la Orden, no creemos se nos pueda acusar de parcialidad si opinamos que algún derecho de fiscalización la asistía.

La casa del Temple en París, convertida en “Casa Madre” tras la caída de Tierra Santa y más aún, desde el abandono de Chipre, era el lugar donde se controlaban las operaciones de la Orden en Francia y se mantenían estrechas relaciones con las otras provincias. “Su imponente aspecto exterior —comenta Eslava Galán— le confería esa sensación de solidez y seguridad que procuran imprimir hoy los bancos al diseño de sus edificios. Estaba enclavado en el centro de una verdadera ciudad templaria, el llamado «recinto del Temple», un barrio amurallado en el corazón de París en cuyo castillo radicaba el banco de reserva de la Orden. En esa casa estaban depositados no sólo el tesoro real de Francia, sino las piezas de oro y plata de los grandes magnates. Como vemos, las cajas de seguridad de los bancos actuales no son invento reciente...”.

La propiedad del Temple no se debió solamente a las actividades bancarias. Los frailes eran excelentes administradores de sus encomiendas y competentes agricultores y ganaderos que mejoraban sus explotaciones recurriendo a técnicas modernas. Cuando era necesario drenaban el terreno o construían pantanos. Finalmente, supieron aprovechar su privilegiada situación en Tierra Santa para comerciar con los productos de Oriente. Actuando con el criterio de una multinacional, crearon industrias y servicios para diversificar sus actividades y evitar ajenas dependencias. Por ejemplo, no vacilaron en construir y armar su propia flota ya que los barcos les eran imprescindibles para sostener su activo comercio en Tierra Santa y servían también ocasionalmente para el transporte de tropas y pasajeros. Puertos templarios muy activos fueron La Rochelle, en el Atlántico, y Colliure y Marsella en el Mediterráneo...

Los Templarios y otros enigmas medievales, Juan Eslava Galán

Durante el siglo XIII, los Templarios construyeron su propia flota, cuyos barcos zarpaban de los puertos del reino de Aragón, de Provenza y de Apulia, en particular. Además solían alquilar embarcaciones para completar su capacidad de transporte.

• • •

De las cuentas de las encomiendas templarias se deduce que los freires fueron excelentes gestores. Cuando les era posible explotaban directamente sus recursos, pero no vacilaban en arrendarlos si les resultaba más ventajoso. Consiguieron dominar los secretos de la banca tan profesionalmente como los banqueros genoveses, pisanos y lombardos; con la diferencia de que su red de establecimientos, donde una letra de cambio podía canjearse por su valor en cualquier moneda europea, era mucho más extensa y fiable que la de aquéllos. Además, debido a su condición de religiosos, inspiraban más confianza que los banqueros seglares... Sobre esta sólida base los Templarios amasaron un poder económico que muchos creían sin parangón en toda la Cristiandad...”

Los Templarios y otros enigmas medievales, Juan Eslava Galán

No sólo en París, sino en Londres, por no citar otras importantes ciudades europeas, la Orden disponía también de grandes complejos, centros de actividades económico-financieras que no sólo afectaban a ésta, sino a todo el reino en general. Contenían espaciosas iglesias, edificadas con arreglo a pautas determinadas y cuya estructura poligonal recordaba bien al Santo Sepulcro, bien a la Cúpula de la Roca y que jugaron importante papel en la vida religiosa y ceremonial de tales ciudades...

En cuanto a la Península Ibérica, como es sabido, prosiguieron su expansión, tal vez menos vigorosa, porque los desfavorables acontecimiento de ultramar no podían, por menos, que reflejarse en los demás reinos; aún así, disfrutaron de gran poder y riqueza. “Los libros de Historia de España recogen —recuerda Fernández Urresti—, cómo en 1243 el Maestre de la Orden de Alcántara disputaba en Castilla al Maestre de los Templarios la posesión legal de 42.000 ovejas. Esos mismos Grandes Maestres estarían presentes una vez constituido el Honrado Concejo de la Mesta en 1273, obra de Alfonso X «el Sabio»...”

• • •

A principios del siglo XIV, los nueve Caballeros que fundaran la Orden pasaban, en mucho, de 30.000 (prescindimos de cifras exageradas de autores de la época), sin contar un gran número de sirvientes y auxiliares; y de una mísera residencia, no apta ni para aquellos que voluntariamente habían elegido vivir en la pobreza, hasta las rentas anuales astronómicas y las casi 9.000 casas, fortalezas y encomiendas, repartidas por toda la Cristiandad. Los “Pobres Caballeros de Cristo” siguen viviendo en la pobreza; sin embargo, la Orden posee innumerables bienes muebles, inmuebles y semovientes; sus miembros administran las haciendas reales y se han convertido en reputados banqueros e indispensables intermediarios en el comercio internacional...

Con el paso del tiempo, y merced a sus contactos con sabios judíos, griegos y musulmanes, con místicos y cabalistas heterodoxos de todos los credos, con la adquisición y copia de

antiguos libros, han ido pasando de personas toscas e iletradas, sólo aptas para la guerra y sus rutinarias devociones (en la época en que muchos sacerdotes y frailes eran semianalfabetos; a refinados intelectuales... *Y todo esto fue conseguido a costa de tiempo y de grandes esfuerzos...*

• • •

Algún misterio debía haber. No puede ser casual que un Papa como Inocencio II, el día 29 de marzo de 1139, se decidiera a dictar una Bula («Omne datum optimum») en la que se daba una extraordinaria «manga ancha» a estos Caballeros, puesto que a excepción de la autoridad de propio Pontífice, quedaban al margen de cualquier otro poder eclesiástico.

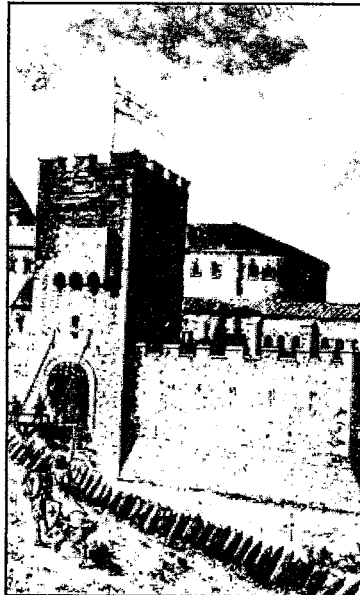
Esa libertad y la autonomía que se dio al «Gran Maestro» de la Orden para dirimir las cuestiones internas, fueran éstas temporales o espirituales, iba a ser otro de los motivos de numerosas envidias que llevarían a la muerte a los Templarios.

La Bula no se detenía sólo en lo ya indicado, que es importante. Iba más allá al dejar exento de pago por sus bienes a estos Caballeros y permitiéndoles construir tranquilamente capillas e iglesias, sin ningún fiscal que no fuera el propio Papa. *Demasiado para que durara mucho tiempo...*

Selección de textos de Fernández Urrest

• • •

Sin embargo, fueron demasiado lejos, sin pretenderlo —tal vez— se adentraron en terrenos resbaladizos, al no saber o no poder sustraerse a las luchas políticas de su tiempo



NUBES OSCURAS

“La caballería del templo de Salomón había nacido en el mayor fervor de las cruzadas, y los sacrificios y austeridades que les imponía su regla, dictada por el entusiasmo y celo ardiente de San Bernardo, les había granjeado el respeto y aplauso universal. Los Templarios, con efecto, eran el símbolo vivo y eterno de aquella generosa idea que convertía hacia el sepulcro de Cristo los ojos y el corazón de toda la Cristiandad. En su guerra con los infieles, nunca daban ni admitían tregua, ni les era lícito volver las espaldas aun delante de un número de enemigos conocidamente superior; así es que eran infinitos los Caballeros que morían en los campos de batalla. Al desembarcar en el Asia, los peregrinos y guerreros bisoños encontraban la bandera del Temple, a cuya sombra llegaban a Jerusalén sin experimentar ninguna de las zozobras de aquel peligroso viaje. El descanso del monje y la gloria y pompa mundana del soldado les estaban igualmente vedados, y su vida entera era un tejido de fatigas y de abnegación. Europa se había apresurado, como era natural, a galardonar una Orden que contaba en su principio tantos héroes como soldados, y las honras, privilegios y riquezas que sobre ellos comenzaron a llover, la hicieron en poco tiempo temible y poderosa, en términos de poseer, como decía don Rodrigo, nueve mil casas y los correspondientes soldados y hombres de armas.

Comoquiera, el tiempo, que todo lo mina; la riqueza, que ensoberbece aun a los humildes; la fragilidad de la naturaleza humana, que al cabo se cansa de los esfuerzos sobrenaturales, y sobre todo la exasperación causada en los Templarios por los desastres de la Tierra Santa y las rencillas y desavenencias con los Hospitalarios de San Juan, llegaron a manchar las páginas de la historia del Temple, limpias y resplandecientes al principio. Desde la altura a que los habían encumbrado sus hazañas y virtudes, su caída fue grande y lastimosa. Por fin perdieron a San Juan de Acre, y apagado ya el fuego de las cruzadas, a cuyo calor habían crecido y prosperado, su estrella comenzó a amortiguarse, y la memoria de sus faltas, la envidia que ocasionaban sus riquezas, y los recelos que inspiraban su poder, fueron lo único que trajeron de la Palestina, su patria de adopción y de gloria, a la antigua Europa, verdadero campo de soledad y destierro de unos espíritus acostumbrados al estruendo de la guerra y la incesante actividad de los campamentos.

A decir verdad, los temores de los monarcas no dejaban de tener su fundamento, porque los caballeros teutónicos acababan de arrojarse sobre la Prusia con fuerzas menores y más escasas de poder que los Templarios, fundando un Estado cuyo esplendor y fuerza han ido aumentándose hasta nuestros días [este texto fue escrito hacia 1840]. Su número era indudablemente reducido, pero su espíritu altivo y resuelto, su organización fuerte y compacta, su experiencia en las armas y su temible caballería, contrabalanceaban ventajosamente las fuerzas inertes y pesadas que podían oponerles en aquella época una Europa feudal.

Para conjurar todos aquellos riesgos, imaginó Felipe el Hermoso, rey de Francia, la medida, política, sin duda, de aspirar al maestrazgo general de la Orden, que todavía llevaba el nombre

ultramarino; pero el desaire que recibió, junto con la codicia que le inspiró la vista del tesoro del Temple en los días que le dieron amparo contra una conmoción popular, acabó de determinar su alma vengativa a aquella atroz persecución que tiznaré eternamente su memoria. El Papa, que como único juez de una corporación eclesiástica debía oponerse a las ilegales invasiones de un poder temporal, no se atrevía a contrariar al rey de Francia, temeroso de ver sujeta a la residencia de un concilio general la vida y memoria de su antecesor Bonifacio, como Felipe con toda vehemencia pretendía. De ahí resultaba que muchas gentes, y en especial los eclesiásticos, que veían la tibieza con que defendía la cabeza de la Iglesia la causa de los Templarios, se inclinaban a lo peor, como vulgarmente sucede, y de este modo las viles y monstruosas calumnias de Felipe cada día adquirían más popularidad y consistencia entre una plebe supersticiosa y feroz.

Aunque entre los Templarios españoles la continua guerra con los sarracenos conservaba costumbres más puras y acendradas y daba a su existencia un noble y glorioso objeto de que estaban privados en Francia, también es cierto que los vicios consiguientes a la constitución de la Orden no dejaban de notarse en nuestra patria. Por otra parte, el Temple, en último resultado, era una Orden extranjera, cuya cabeza residía en lejanos climas, al paso de que a su lado crecían en nombre y reputación las de Calatrava, Alcántara y Santiago, plantas indígenas y espontáneas en el suelo de la caballería espontánea y capaces de llenar el vacío que dejaran sus hermanos en los escuadrones cristianos. Toda comparación, pues, entre unas Ordenes y las otras debía perjudicar a la larga a los caballeros del Temple, y por otra parte, conociendo los estrechos vínculos de su hermandad, difícil era separarlos de la responsabilidad de las acusaciones de la Corte de Francia. De manera que los Templarios españoles, algo más respetados y un poco menos aborrecidos que los de otros países, no por eso dejaban de ser objeto de la envidia y codicia para los grandes y de aversión para los pequeños, perdiendo sus fuerzas y prestigio en medio de la especie de pestilencia moral que consumía sus entrañas...

El Señor de Bembibre, Enrique Gil y Carrasco

Rogamos al lector, nos perdone la reproducción de tan largo fragmento de la que posiblemente sea la mejor novela histórica española del siglo XIX. La visión de las causas de la decadencia del Temple, son —por supuesto literarias—; pero, en lo fundamental, históricamente válidas. Y vamos a analizarlas brevemente...

• • •

¿Qué no faltaron páginas negras en la historia del Temple y que abundantes miembros de la Orden, “Maestres” incluidos, fueron poco dignos de lucir tan prestigiosos hábito o de desempeñar tan elevadas funciones...?; eso lo damos por cierto, y lo hemos reconocido anteriormente y lo reiteramos: Gilberto Erail, Pedro de Montaignu o el propio Jacques de Molay son elocuentes ejemplos...

“Se dice que el historiador francés Robert Fawtier —recuerda Malcolm Barber— constató que los Templarios eran «hombres sucios», y desde que el clérigo anglicano Thomas Fuller, en el siglo XVII, habló de «cómo estos desagradecidos Templarios arrancaron las plumas de esas alas que los habían incubado y empollado». Los historiadores

tienden en general a exagerar sus defectos, por lo que han sido acusados de ser imprudentes en el combate y pendencieros en sus relaciones con los demás cristianos, y se ha convertido en un lugar común el asociarlos con esos dos feos vicios, hermanos en el mundo medieval: el orgullo y la avaricia.”

Sus dirigentes, como ya hemos indicado, no supieron o no pudieron quedar al margen de la política de su tiempo. Por otra parte, sus vastas propiedades y riquezas (aunque alguna vez sufrieron agobios económicos) y sus inmunidades jurídicas levantaron —tanto en Oriente como en Occidente— críticas y querellas. Remitimos al caso español, citado por Fernández Urresti, del litigio acerca de la propiedad de un número considerable de ovinos; lo cierto es que por causas no siempre fáciles de analizar, se vieron envueltos en disputas con los reyes de Jerusalén, los príncipes de Trípoli y Antioquía, y con Federico II y Luis IX, cuando éstos visitaron los Santos Lugares (estaban en su derecho, además); con el clero secular, por el manido “asunto de competencias”, y con otras Órdenes Militares, tanto en Palestina como en la Península Ibérica.

También es bueno no olvidar que, inevitablemente, el peso de su estructura militar implicaba una considerable influencia en las decisiones estratégicas o diplomáticas. Sin embargo, conviene recordarlo, los cruzados sufrieron tremendas derrotas y que más de una (como la de Cornes de Hattin), caben atribuirse al mal planteamiento táctico de los “Grandes Maestres”.

A los pocos años de la fundación de la Orden, ésta ya comenzó a ser objeto de críticas, comparaciones (siempre odiosas) y reticencias, no siempre carentes de fundamento; aunque no es menos cierto que muchas acusaciones o bien partían de “rumores”, de “medias verdades” o incluso de hechos que, si bien pudieron ser ciertos, nunca llegaron a probarse.

...Resultado de esto es que hay signos, desde los primeros momentos, de que no todo el mundo consideraba a los Templarios de una manera tan favorable como Luis VII. Juan de Würzburg, sacerdote alemán que visitó Jerusalén en los años 60 del siglo XII, recogió rumores que le llevaron a ver a los Templarios de un modo menos benévolo que a los Hospitalarios. “El Temple —decía— posee muchas propiedades e incontables ingresos en ese país y en otros. Da una gran cantidad de limosnas para los pobres de Cristo, pero no llega ni a la décima parte de lo que dan los Hospitalarios” [nos tomamos la libertad de recordar al lector que en aquellos años, las riquezas templarias no debían ser tan «incontables» y que los orígenes de ambas Órdenes eran bastante diferentes, los unos «custodiaban», los otros «albergaban y socorrían»].

Continúa diciendo que la casa tiene numerosos caballeros [no debían ser tantos] para la defensa del país, “pero tienen la desgracia, aunque no sé si es verdad o no, de que su bello nombre se vea mancillado por el reproche del engaño, que sí pudo probarse en el famoso asunto de Damasco, en tiempos del Rey Conrado”. Por eso se había hablado de que los Templarios eran responsables de la retirada cristiana del asedio de Damasco en 1149, retirada que significó el vergonzoso final de la Segunda Cruzada.

Aunque no parece que haya nada de verdad en el rumor, esto sugiere con todo, que ya en la segunda mitad de ese siglo, existía una hostilidad subterránea...”

Selección de textos de Malcolm Barbe.

• • •

La lista de acciones u omisiones negativas, atribuidas al Temple —en este caso, e propio Würzburg no está muy seguro de alguna de sus acusaciones—, podría ser larga y saldría, por tanto, del propósito de este libro. Algunos años más tarde, el cronista y arzobispo Guillermo de Tiro no sólo se muestra inclinado a ver la mala fe en las acciones de Temple, sino que reflejaba, en sus escritos, la animosidad suscitada entre la Orden y el clero secular, cada vez en aumento, tanto en cuanto éste estimaba que sus derechos y deberes resultaban perjudicados, como quedaría muy claro en el III Concilio de Letrán (1179 —convocado por Alejandro III—, y al que acudió este prelado. En su Canon IX se decía “...nuestros hermanos y colegas en el obispado nos han llevado a comprender, por su vehementes quejas, que los hermanos del Temple y los Hospitalarios [la censura no sólo era para los primeros], sobrepasando los privilegios que les fueron concedidos por la Santa Sede, han infringido con frecuencia la autoridad episcopal [tanto unos como otros] llevando el escándalo entre la gente de Dios y poniendo en grave peligro a las almas...”

...Entre las quejas está la de que las Órdenes recibían iglesias de manos de laicos, lo que era contrario a una serie de decretos papales emitidos desde finales del siglo XI. Admitían, además, a excomulgados de los sacramentos y de los enterramientos eclesiásticos; nombraban y cesaban curas en sus iglesias sin el consentimiento del obispo, y celebraban los oficios divinos en zonas situadas bajo interdicto.

El Papa sugirió que algunos de estos problemas podrían haber surgido a causa del excesivo celo mostrado por parte de ciertos hermanos, sin el conocimiento de sus superiores. Pero, con todo, condenó la usurpación de los derechos de los obispos y permitió que se llevase a cabo la supervisión diocesana de algunas de las actividades de la Orden. “Si infringían las reglas —dijo el Papa— las iglesias en las que ha sucedido esto pueden ser puestas bajo interdicto y sus actos anulados”.

No obstante todo esto, los caballeros continuaron derramando su sangre por la causa, por lo que las voces críticas tuvieron menos efectos de lo que se había esperado... Pero parece que hubo algunos lentos cambios de orientación a fines de la tercera década del siglo XIII.

Algunos observadores occidentales de los fracasos de las sucesivas Cruzadas comenzaron a convencerse a sí mismos de que la causa cristiana se estaba debilitando por las disputas y querrelas de las Órdenes Militares...

Además, cada vez se necesitaban mayores sumas de dinero para proseguir la guerra contra el Islam, pero, aun así, los latinos continuaron perdiendo terreno. Era inevitable pues que alguien comenzase a echar cuentas de lo que las Cruzadas habían supuesto. El cronista de Saint Alban Matthew Paris, llegó a sugerir que las Órdenes Militares llevaban a cabo extorsiones creand

situaciones bélicas con el fin de sacar dinero a los peregrinos que, naturalmente, necesitaban protección. Pero aunque no debemos tomar esto demasiado en serio, sí puede indicar la existencia de un clima de opinión. Con la pérdida de Acre en 1291 y la consiguiente evacuación del territorio de Palestina, se intensificó inevitablemente la valoración de las Órdenes Militares, de sus costes y de su validez, fomentando la aparición de toda una serie de planes para su reforma o fusión...

Selección de textos de Malcolm Barber

Nota: Advierta el lector que las críticas no sólo iban dirigidas a los Templarios; los Hospitalarios no salían mejor librados.

• • •

...Por lo demás los Templarios si eran monjes eran también soldados; el número de Caballeros era, realmente, bastante pequeño, unos quince mil, en comparación con los Hermanos Siervos, ayer, todavía en la esclavitud, sin saber leer ni escribir, ciertamente llenos de una fe cristiana, pero también de bajas supersticiones y de costumbres brutales. Una disciplina de hierro mantenía a los hombres dentro de la obediencia necesaria; ¿quién no admitiría en un grupo como ése a guerreros, a viciosos, renegados, tontos y perversos? ¿Cuál es la comunidad religiosa, la institución monástica que carece de ovejas negras? ¿Quién se atrevería a afirmar que estos soldados, ligados por irrevocables votos de celibato, que vivían dentro del mundo, pero como fuera de él, fueron capaces de soportar el contacto prolongado con la licenciosa voluptuosidad de las cortes musulmanas, sin que algunos de ellos se sintiesen infectados! No niego que hubo escándalos, y que algunos de ellos fueron graves, pero, ¿cuál es la Orden religiosa que estuvo exenta de ellos? Por lo demás, la riqueza de la Orden y su poder consumaron su perdición, eso es un hecho histórico; la suntuosidad orgullosa y humillante de algunos miembros del Temple provocó la envidia de los pequeños burgueses, de los prelados y de los oscuros legistas que les rodeaban. *El rencor y la calumnia incitaron el abatimiento y la destrucción de la gloriosa aureola de los blancos caballeros, cuyas hazañas en Palestina, así como la vida fastuosa de las Cruzadas, rodeaban de un prestigio impar...*¹

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

Y si aquel cúmulo de patrañas y difamaciones —procuradas, en su mayor parte—, era creído... es un decir por los más cultos, imaginémosnos, con espanto, de lo que la mayor parte de la población, iletrada, embrutecida y pobre debía pensar sobre aquellos misteriosos Templarios, aún cuando no tuviesen idea exacta de los fines de la Orden, ni mucho menos motivos de animadversión contra ella, de la que —con seguridad— habrían recibido más beneficio que perjuicio... *Calumnia que algo queda...*, dice una sentencia popular...

1 La cursiva es nuestra

... Pero mientras que allí llegamos, quiero que me digas qué rumores han corrido por la feria acerca de los caballeros Templarios.

—¡Extraños por vida mía, señor! —le replicó el escudero—. Dicen que hacen cosas terribles y ceremonias de gentiles, y que el Papa los ha escomulgado, allá en Francia, y que los tienen presos y piensan castigarles; y en verdad que si es cierto lo que cuentan sería muy bien hecho, porque más son proezas de judíos y gentiles que de caballeros cristianos.

—¿Pero qué cosas y qué proezas son ésas?

—Dicen que adoran a un gato y le rinden culto como a Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que por pacto que tienen con el diablo hacen oro, con lo que están muy ricos; pero todo esto lo dicen mirando a los lados y muy calladito, porque todos tienen más miedo al Temple que al enemigo malo.

Tras esto, el buen escudero comenzó a ensartar todas las groseras calumnias que en aquella época de credulidad y de ignorancia se inventaban para minar el poder del Temple, y que ya habían comenzado a producir en Francia tan tremendos y atroces resultados...

El Señor de Bembibre, Enrique Gil y Carrasco

El escudero del desdichado Señor de Bembibre debía de ser, era, un hombre algo más ilustrado que la mayoría de las gentes que le rodeaban, aunque sólo fuese por su oficio y por andar entre caballeros y clérigos, y sin embargo daba cierto crédito a toda aquella sarta de embustes y deformadas exageraciones.

Y no fue el magnífico escritor berciano —en modo alguno adversario del Temple, Orden que estuvo muy arraigada en aquella comarca, aunque eso sí, imbuido de las ideas de su época—, sino el también difícilmente imitable Walter Scott, quien en su novela *Ivanhoe* (tal vez una de sus más famosas y mejores obras), hace un retrato poco favorable al Temple, no como Institución, ni como colectivo, lo que queda muy claro, sino acerca del comportamiento de alguno de sus miembros: el “Caballero” Brian de Bois-Guilbert, quien, desde luego, no es “un cualquiera” dentro de la Orden. El personaje no tiene desperdicio; es un compendio de ambición, soberbia, lujuria, avaricia e intolerancia, y el autor deja claro que no representa al Temple (una parte no puede ser el todo); pero el Temple, aunque conoce sus actos, tampoco le rechaza... Sin embargo, no olvidemos que se trata de una novela —genial, si se quiere—, pero sólo eso, una novela histórica, con una elevada dosis de fantasía.

En 1307, el oficialmente último “Gran Maestro”, de Molay, al recordar los servicios prestados por las Órdenes Militares a los ejércitos cruzados, compuestos —con mucha frecuencia— por gentes poco aguerridas y sin experiencia, no dejaba de admitir la presencia, al menos de forma implícita, de elementos indeseables en las mismas, y añadía que “cubrieron y envolvieron a los extraños que estaban entre ellos como una madre con su hijo”... ¿Y por qué no...? ¿Sería un caso único?

De cualquier forma, nadie lo niega, hubo bastantes excesos y pésimos ejemplos en el seno de la Orden (y de las demás); pero, aparte de limitados, debieron estar bastante localizados, y los Estatutos del Temple eran temibles por su severidad con los transgresores.

Pero sus miembros no eran seres superiores, simplemente hombres, con sus virtudes y defectos... ¿Y quién puede, pues, arrojar la primera piedra...?

La propia Iglesia de Roma, con todos nuestros respetos y consideraciones, posee abundantísima lista de episodios negros en sus casi dos mil años de existencia...

• • •

...Vicios del clero secular eran la “simonía” o tráfico con objetos, dignidades y atributos sagrados y el “nicolaísmo” o barraganía tan frecuente en Cataluña que se consigna sin escrúpulo documentalmente (“Ego Rodulfus sacerdos et uxor mea Giullia et filli nostri”).

Quizá el presentimiento del fin del mundo, pronosticado para el año 1000, por los Padres de la Iglesia, tuviese alguna influencia en el sensualismo desenfrenado que se apoderó de las gentes...: las siervas de Dios que regía en León la abadesa Pronifila, se conducían como meretrices de encrucijada hasta que el pueblo indignado asaltó el convento y las hizo pedazos...

Historia externa e interna de España, Fernando Arranz Velarde

De momento, los Templarios no iniciaron las Cruzadas, aunque tomasen parte muy activa en ellas, y dado que “cualquier lucha armada para proteger o propagar la fe católica, ya fuera a instancias del Papa o de algún soberano, recibía el nombre de Cruzada. Sus participantes se beneficiaban de las mismas ventajas concedidas a los cruzados-peregrinos de Tierra Santa”..., se daba el motivo que hacía factible —caso de la toma de Constantinopla— la comisión de toda clase de excesos, que muy poco en común tenían con el celo religioso...

La herejía “albigense” (derivación de la “cátara”, que consideraba que el Bien y el Mal son los dos principios fundamentales, por otra parte nada nuevo), se extendió por amplias zonas de Francia, pese a los sermones del clero católico y las hogueras encendidas en Orleans y Tours; especialmente por el sureste del país y con mayor implantación en las tierras del conde Raimundo de Tolouse, tanto en las ciudades como en el campo... Se imponía un “escarmiento”, las doctrinas de estos herejes socavaban los cimientos de la Iglesia y de la sociedad feudal. Un desafortunado incidente, el atentado perpetrado por algunos señores adictos a la doctrina “albigense” contra Pedro de Castelnau, legado pontificio, propició que Inocencio III (Juan Lotario, conde de Segni) convocase una “Cruzada” contra éstos en términos muy poco conciliadores: “Que los obispos declaren eximidos de obligaciones feudales a los vasallos del conde de Tolouse. Que todo católico quede facultado de persona y de arrebatarle y de apropiarse de sus tierras y posesiones. De este modo se purgará la herejía del territorio que hasta hoy ha sido dañado y mancillado por la maldad del conde... ¡Adelante soldados de Cristo! ¡Esforzaos en pacificar esas poblaciones en nombre del Dios de paz y amor! ¡Aplicaos a destruir la herejía por todos los medios que Dios os inspire!”

En junio de 1209 más de 20.000 aguerridos jinetes y doble número de infantes, iniciaron la nueva Cruzada con inusitado fervor —tal vez por ahorrarse las fatigas del viaje a Palestina y las incomodidades de tener que combatir contra feroces guerreros, superiores en número y que, además, se mueven en su propio terreno—, fervor que va más allá de lo religioso, para convertirse en expedición de conquista y pillaje, pese a que el propio Raimundo tratara de reconciliarse con el Vaticano. El 22 de julio los “Cruzados”, al mando de uno de los más conspicuos barones del norte del país, Simón de Monfort, se disponen al asalto de la ciudad de Béziers (Departamento de Hérault, Languedoc), escasamente defendida, obstinada en perecer antes que entregar a los herejes que allí habitan...

La noche anterior al día señalado, uno de los jefes militares de la “Cruzada” consulta al legado del Pontífice: “Cuando entremos en la ciudad ¿cómo haremos para distinguir a los buenos cristianos de los herejes...?”, obteniendo esta respuesta: “*Tuez - les tous, Dieu reconnaitra les siens!*” (“¡Matadlos a todos, que Dios reconocerá a los suyos!”), frase que si bien no evidencia un estado de ánimo muy compasivo, demuestra —por lo menos— una gran dosis de fe ciega... Pero, ya se sabe, que la perfección no es cosa de este mundo...

• • •

Y como “lo cortés no quita lo valiente”, S. S. Clemente II (Suidger de Morsleben), decretó, en 1047, el mismo año de su muerte, que las prostitutas quedaban obligadas a legar, a su muerte, la mitad de sus bienes a la Santa Madre Iglesia...

Durante siglos, la institución matrimonial sirvió para llevar a cabo un sinnúmero de cambalaches políticos, los famosos “matrimonios de Estado”, en los que con harta frecuencia las más altas instancias de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana ejercían el antiguo papel de “celestinos” con aplicación digna de mejor causa... Nada tenía, pues, de particular que un buen número de tales “matrimonios” (afinidades consanguíneas aparte) fueran meras fachadas, tras las cuales, los reales cónyuges “vivían su vida”, como se dice en nuestros días.

Los Papas Alejandro VI (Rodrigo Borgia), 1492-1503; Julio II (Julio della Rovere), 1503-1513, y León X (Juan de Médicis), 1513-1521, padecieron enfermedades venéreas. Y el primero de los citados —remitimos al Tomo III de la *Encyclopedia Britannica*) fue un gran entusiasta de las orgías. En cierta ocasión utilizó como camareras en uno de sus banquetes a 50 “cortesanas”, que servían desnudas las mesas, llegando a ofrecer una elevado premio en metálico al invitado —clérigo o seglar— que fuera capaz de copular más veces... Ya lo hemos dicho que la perfección no es cosa de este mundo...

En cuanto a Luis IX de Francia, con independencia de su bien merecida santidad y no menos digno del título de patrón de la “Fille Aimée de l’Eglise”, organizador de las dos últimas Cruzadas, fue —sin pretenderlo— el regulador de la prostitución en su país...

Convencido de que tal actividad era una lacra terrible y que más valía no tratar de extirpar, por temor a males mayores, ordenó reunir a las míseras descarriadas en determinados barrios de las ciudades, para evitar —en lo posible— pocos edificantes ejemplos y la propagación de “enfermedades vergonzosas”... y que, de paso, pagaran sus impuestos como cada quisque..., que “lo cortés no quita lo valiente”.

• • •

Cuando, en 1209, Francisco de Asís fundó la Orden de los Frailes Menores, dado que éstos propugnaban la austeridad y la vuelta a la pobreza, poco faltó para que se hicieran sospechosos... y eso que los franciscanos sólo reclamaban la pobreza para ellos mismos...

El obispo más joven de todos los tiempos fue el duque de York y Albany (segundo hijo de Jorge III de Inglaterra). Gracias a los méritos... de su padre, que —además— era Elector de Hannover, el 27 de febrero de 1764 es designado obispo de Osnabrück (Baja Sajonia), a la edad, un poco prematura, tal vez, de... ¡196 días! Ciertamente es que acabó dimitiendo algunos decenios después, que “más vale tarde que nunca”. Por su parte, Luis Antonio de Borbón (nacido el 25 de julio de 1727) accedió al capelo cardenalicio... un 19 de diciembre de 1735 (a los 8 años y 147 días)... Y es que —ya lo venimos diciendo—, la perfección no es cosa de este mundo...

• • •

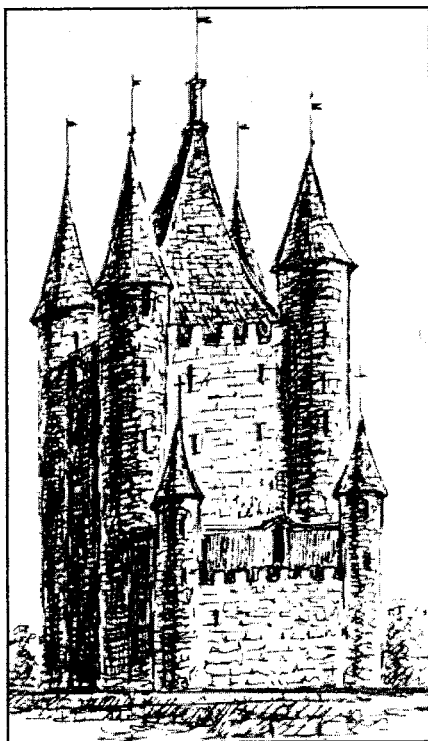
Un 22 de junio de 1633, el anciano Galileo Galilei hubo de arrodillarse ante los Evangelios, en la romana Iglesia de la Minerva, admitir su culpabilidad y firmar el acta de abjuración, que le libraría del tormento y de la hoguera... Su herejía era tremenda: había pretendido que Yavé no pudo detener el sol, por mucho que se lo implorara Josué, para poder mejor derrotar a sus enemigos, por lo que el Astro Rey no se movió ni un milímetro, y sí, en cambio la Tierra... ¡Terrible disparate...!, ya que según aquellos sesudos varones: “La opinión de que el Sol se halla en el centro del mundo y permanece inmóvil es absurda, falsa en filosofía y formalmente herética, *porque es expresamente contraria a la Sagrada Escritura*”. Sin embargo, muy recientemente, S.S. Juan Pablo II (ante quien nos inclinamos respetuosamente) anuló tal sentencia y rehabilitó públicamente al astrónomo, matemático, físico y filósofo nacido en Pisa (1564)... ¡*Eppur, si muove!*...

...Por cierto, al parecer, la Biblioteca del Vaticano contendría más de 25.000 obras de índole erótico y pornográfico escritas en varios idiomas (sin duda para ponerlas fuera del alcance de los menos capacitados para su lectura, o para censurarlas y refutarlas, en los pertinentes libros), lo que, de ser cierto, la convertiría, con toda posibilidad, en la primera del mundo en ambos géneros.

• • •

Dentro de la Iglesia Católica, sabemos que unas Órdenes se enfrentaron y se enfrentan, en nuestros días, con otras, según sea su talante más o menos progresista, y que incluso dentro del seno de cada una surgen disidentes o reformadores, que a su vez son objeto de presiones... La noche del 2 de diciembre de 1577, un grupo de Carmelitas Calzados irrumpía en la sencilla casita que habitaba Juan de Yepes, a la sazón Juan de la Cruz, junto al convento de la Encarnación, y después de apalearle concienzudamente, sus beatíficos y conservadores hermanos lo recluyeron —en la práctica fue un secuestro— en un convento de Toledo, sometiéndole a todo género de vejaciones, hasta el mes de agosto del año siguiente... En la actualidad nadie se acuerda, ni desea hacerlo, de aquellos que se oponían a sus reformas. Sus nombres suenan a muerto y el tiempo los ha borrado de la historia... Y tan lamentable caso de intransigencia no fue ni el primero ni el último...

Juan de la Cruz, el “Medio Fraile”, como le apodaba Teresa de Jesús; insigne reformadora, que también sufrió su calvario, sobrevivió a todo aquello; otros no tuvieron su suerte o su fe, y hubieron, fatalmente, de sucumbir...



NUBES NEGRAS

Cuando la exaltación religiosa ganaba desde caballeros a reyes, pasando por campesinos y artesanos, cada vez que era predicada una Cruzada, todos acudían en gran número; pero, considerada cumplida su misión, se apresuraban bien a establecerse en los Santos Lugares, bien a regresar, santificados y enriquecidos —a menudo— a sus posesiones... No obstante, conscientes de la debilidad de las fuerzas cristianas, raras veces los musulmanes cejaban en la lucha. Se imponía, pues, crear una fuerza permanente para sostener (o al menos intentarlo) las posiciones conquistadas, tarea —como ya hemos visto— que recayó sobre las Órdenes Militares, monjes-soldados, especialmente Templarios y Hospitalarios. Las donaciones afluyeron hacia éstas, ya que la santidad de su causa justificaba tal generosidad... pero ricos y poderosos, los Templarios, acabaron por independizarse de hecho, y dado que en ocasiones incurrieron en errores y rehusaron colaborar con otros caballeros, fueron acusados de tener gran parte de responsabilidad en la pérdida de los Santos Lugares...

A medida que los Templarios ganaban poder, fama y riquezas, se enriquecían aún en mayor medida en enemigos. Si bien la Orden nunca aceptó el poder soberano (como pudo tenerlo en Aragón, y como lo tuvieron de hecho los Caballeros Teutónicos en Prusia o los Hospitalarios en Rodas y luego en Malta), sus privilegios la convertían en una iglesia dentro de la Iglesia y, al menos en Francia, en un estado dentro del Estado.

En verdad, la historia de los enemigos de los Templarios es una historia que se remonta a los comienzos de la Orden, cuando los Papas debían emitir una bula tras otra para protegerla de la violencia y la expoliación, así como de las diatribas de los obispos. Por otra parte, las quejas del clero secular llegaron a tales extremos, en particular con el Concilio Laterano, que el Papa Alejandro III se vio obligado a tomar disposiciones directas contra el abuso de sus privilegios por parte de la Orden. Con todo, mientras la atención de la Cristiandad se centraba en la defensa de los Santos Lugares, la posición del Temple era inexpugnable aun para el odio y la calumnia: la Orden no defendía ninguna política particular en Europa y jamás militarmente en Occidente, ni siquiera en defensa propia; toda su organización estaba visiblemente al servicio logístico de la guerra santa en cuanto a combatientes y dinero. La suerte de la Orden —más cruzada que las Cruzadas— quedaba, por esa misma razón, indisolublemente ligada al éxito o al fracaso de la Cristiandad en Oriente...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

Cuando en 1291 los musulmanes se apoderaron de los últimos reductos cristianos de Tierra Santa, todo Occidente se conmovió, no podía por menos ante tan triste noticia; pero

esta vez nadie levantó una mano para iniciar una nueva Cruzada... Los tiempos ya no eran propicios para exaltaciones místicas. Además, la creciente complejidad del comercio internacional había hallado fórmulas que permitieron el acceso a los más lejanos mercados sin precisar controlarlos militarmente. *Del Dios lo quiere, se había pasado al Dios y mi beneficio...*

La definitiva pérdida de los Santos Lugares acarreó notable deslustre para las Órdenes Militares, particularmente la del Temple. Si su primordial función consistía en protegerlos, *una vez perdidos... ¿qué necesidad había de seguir manteniendo tan poderosas y ricas organizaciones?*

A partir de la caída de San Juan de Acre, la Orden está en peligro. *Sus riquezas, lejos de defenderla, serán el principal incentivo de sus enemigos.*

Hugo de Payns había partido a Oriente desde la Europa feudal; Jacques de Molay, el último Maestre del Temple, regresa a la Europa de las monarquías absolutas. *Durante el feudalismo, el Temple había sido una necesidad: para las monarquías del siglo XIV, era un riesgo inaceptable y una presa incitante...*

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

De todas formas, los Hospitalarios quedan en menos incómoda situación que sus colegas y rivales. Se habían establecido firmemente en Rodas, y casi todos los peregrinos que seguían la ruta marítima hacían escala en su isla, muy frecuentemente, en penosísimas condiciones, por las insalubres circunstancias de tan prolongado viaje; las embarcaciones de la época eran pequeñas, lentas, cargadas hasta los topes de víveres y mercancías, que a menudo se deterioraban, con gran riesgo para la salud, y abarrotadas de pasajeros y marinería, sin contar con ciertos indeseados polizones, propagadores de terribles epidemias... Por otra parte, la misión primitiva de los Hospitalarios había consistido en albergar, socorrer y prestar asistencia médica a los viajeros, y aún cuando se hubiese perdido Tierra Santa, tal función asistencial podría volver a ocupar lugar preferente en sus labores.

Además “la potencia naval de éstos cubría con creces los requerimientos de los peregrinos que escogieran la vía marítima. La terrestre había sido virtualmente abandonada —recuerda Eslava Galán—. Los Templarios tuvieron que aceptar la realidad: no tenían nada que hacer en Oriente, por lo tanto se replegaron a Occidente”.

Y, desaparecidos los Estados Latinos de Oriente, los Templarios se refugiaron en los reinos de la Europa Occidental, donde el gran edificio de la Orden parecía sólido, pese a que el celo y la disciplina de sus miembros se hubiera relajado un tanto en los últimos años, por las razones ya expuestas. Allí ejercieron, entre otras, la lucrativa función de banqueros, especialmente en Francia. *Su poderío inquietaba al monarca; sus riquezas, que parecían carecer de justificación, por ninguna acción presente, concitaba todas las inquinas y codicias, especialmente de éste, y el misterio del que parecían rodearse, tras los muros de su fortaleza en París, daba pie a toda clase de insinuaciones...*

EL ATENTADO DE AGNANI

Felipe IV “el Hermoso” (Fountainbleau, actual Departamento del Sena, y Marne, 1268-1314), hijo de Felipe III “el Atrevido” y de Isabel de Aragón. Accedió al trono tras la muerte de su padre (1285), consecuencia de su fracaso al tratar de invadir Aragón. Casó con Juana de Navarra (dando lugar a la primera alianza franco-navarra). Su padre había sido sino un hombre débil, al menos poco enérgico, y por ello cayó bajo el dominio de su favorito La Broce, y él mismo, aunque bastante más fuerte de carácter, no logró sustraerse a la influencia del poco escrupuloso legista Guillermo de Nogaret, y pretendió, sin reparar en medios, alcanzar el poder absoluto y convertir la monarquía en un Estado centralizado. Durante sus reinado incrementó sus territorios con Champagne, Lyon y el Franco-Condado.

Durante su reinado se dieron dos acontecimientos de los que nos ocuparemos cumplidamente, especialmente de uno de ellos: se indispuso con el Papa Bonifacio VIII por ciertas cuestiones jurisdiccionales y fue excomulgado. Al subir al solio pontificio el francés Bertrán de Got, con el nombre de Clemente V, se reconcilió con la Iglesia, logrando el traslado de su sede a Avignon, donde los pontífices permanecieron (1309-1377) bajo la directísima influencia de la Corona francesa. Finalmente, logró del Papa la supresión de la Orden del Temple...

...Felipe “el Hermoso”, merced a una campaña difamatoria y calumniosa, sepultó en el deshonor a los miembros de aquella ilustre y benemérita Orden (el Temple); lo hizo procesar, usando ampliamente de la tortura, y finalmente indujo al Pontífice a declarar disuelta la misma Orden. *Las miras egoístas y mezquinas de esta infame operación fueron la confiscación de los numerosos bienes que pertenecían a la Orden...*

Historia de la Iglesia, capítulo 37

• • •

Si negras nubes se cernían sobre el Temple, no eran mucho mejores los augurios de consternación que amenazaban al Papado, que había brillado esplendoroso en la persona de Inocencio III... En 1292 murió el Papa Nicolás IV (Girolamo Masci), y tras permanecer un año reunido el Cónclave de cardenales, teniendo que soportar, mal que

bien, las presiones de las cancellerías, y advirtiendo la creciente impaciencia de la Cristiandad, acaban por elegir a un viejo ermitaño de 72 años, Pedro de Morrone, que adoptaría el nombre de Celestino V, y que acabó, por cierto, aceptando tamaña responsabilidad, que estimaba muy superior a sus fuerzas, de muy pésima gana. Se mantuvo muy poco tiempo (sólo 5 meses) en el trono de San Pedro, tratando vanamente que la Iglesia regresara a su primitivo estado de pobreza... Finalmente, optó por la dimisión; aunque dados los escasísimos precedentes de semejante decisión fue menester convocar una asamblea de juristas, presidida por Benito Caetani (el futuro Bonifacio VIII), que admitió la renuncia del valetudinario Morrone, quien pretendió regresar a la cueva en que vivía, retirado del mundo, como si nada hubiera sucedido. Reunido nuevamente el Cónclave en Castel Nuovo (cerca de Nápoles), resultó elegido el cardenal Caetano (1294-1303).

Temiendo que se produjera un cisma, el nuevo Pontífice hizo recluir —con toda clase de consideraciones— a Pedro de Morrone en un castillo de Campania, donde falleció poco después. *Es preciso admitir que si el hecho de impedirle volver a su vida de eremita había sido una "medida útil", también resultó bastante "impopular"*. Su muerte repentina, podía sugerir y sugirió, la idea de un asesinato, y se podía llegar a pensar y se pensó, que Bonifacio había forzado a su antecesor a la abdicación. Los muchos enemigos que se creó este Pontífice, a causa de su fuerte carácter, llegaron —además— a acusarle de haber sido elegido mediante simonía. Estos eran los legistas, personajes hábiles y sin escrúpulos —como el citado Nogaret— que conscientes de los puntos débiles de su posición, no dudaron en aprovecharlos.

• • •

Al comienzo de su reinado, Felipe IV y el Pontificado mantenían sino excelentes relaciones, al menos eran correctas. Sin embargo, surgieron algunos conflictos que poco a poco desembocaron en abierto enfrentamiento. En sus guerras, especialmente con Flandes, se le planteó la necesidad de obtener más dinero, y la preocupación que sentía por engrandecer su reino no le permitía detenerse ante escrúpulos financieros, llegó, incluso, a emitir moneda sin la proporción precisa de oro, considerada poco menos que falsa, sin contar expolios y vejaciones, en perjuicio de ciertas minorías, siempre en pos de dinero. Sintiendo que quebrantada la Santa Sede por las emisiones de moneda devaluada (entre 1294-1296), se negó a admitir que el rey francés violase las inmunidades eclesiásticas imponiendo tributos a los clérigos del país. En 1296 Bonifacio VIII, por medio de una bula, excomulgó a los eclesiásticos que hubieran aceptado o cedido ante las pretensiones reales, pese a que éstos trataron de justificarse alegando haber sido coaccionados.

La reacción enérgica y amenazadora del rey, que prohibió —bajo el pretexto de la guerra con Flandes— la salida de dinero del reino, con gran perjuicio para la economía de la Santa Sede, obligó al Papa a revocar prácticamente el contenido de la bula... Se llegó a una aparente concordia: *la Iglesia pagaría contribuciones "voluntarias", y el Pontífice, llevaría a cabo la canonización del Santo abuelo del monarca... No obstante, la mutua desconfianza persistía...*

Bonifacio cometió el craso error de designar como su embajador ante Felipe "el Hermoso" a Bernard Saisset, obispo de Pamiers (actual Departamento de Ariège), cuyas relaciones con el monarca distaban mucho de ser cordiales; de hecho, ambos se detestaban. Imbuido el obispo de la idea de la superioridad de la Iglesia sobre el Estado, se permitió hablarle con insolencia; los agentes reales, enseguida, convirtieron en grave ofensa lo que no pasaba de incontinencia verbal, y Saisset fue arrestado y sometido a juicio. El Vaticano protestó, ya que su embajador tenía doble inmunidad, diplomática y eclesiástica, por lo que Felipe IV hubo de conformarse con expulsarle del reino.

Mientras, en Italia, Bonifacio debía enfrentarse con la poderosa familia de los Colonna —encabezada por los cardenales Pedro y Santiago—, acérrimos adversarios suyos. En 1297, Esteban Colonna atacó de imprevisto al Papa, apoderándose de los tesoros de éste, episodio que desencadenó una corta guerra, que concluyó con el triunfo del Papa y la destrucción, por orden suya, de la fortaleza de Palestrina (en el Lacio, no lejos de Roma), nervio y reducto de los Colonna.

• • •

El episodio protagonizado por la ligereza del obispo de Pamiers, le vino muy bien al solapado Felipe IV para vengarse del Pontífice, quien había reunido un sínodo para juzgar la actitud de éste, y al que, mediante una bula, requirió para comparecer ante él. Sin embargo, el guardasellos real, un tal Flotte, la destruyó y la hizo sustituir por una habilísima falsificación, en la que se hacía afirmar a Bonifacio que "los soberanos estaban supeditados al poder papal, *aun en el terreno de los asuntos civiles*", como era este "incidente diplomático". No le resultó difícil al rey francés apelar a la nación, obteniendo una solemne sanción del principio (enteramente inédito, hasta el momento) de que "sólo Dios era superior al rey de Francia". La respuesta del Papa, que no se hizo esperar, era la bula "Unam sanctum" (1302), compendio de las más rigurosas proposiciones teocráticas anunciadas por sus predecesores, seguida de la excomunión, la deposición (un monarca excluido del seno de la Iglesia, no sólo no podía seguir en el trono, sino que sus súbditos estaban liberados de sus juramentos de fidelidad al mismo) y el ofrecimiento de la Corona francesa al rey de Alemania, Alberto de Habsburgo. En este punto, los acontecimientos se precipitan: la excomunión y el interdicto ya no eran ni tan fulminantes, ni sus consecuen-

cias tan terribles como en épocas anteriores (recuérdese el caso de Federico II); pero, mientras se desarrollaban tan violentas polémicas doctrinales, el alto clero francés, no queriendo —por una parte— indisponerse con el Papa, ni perder sus sedes y prebendas —por la otra—, caso de verse enfrentado al rey, solamente hacía tímidas tentativas de conciliación.

• • •

Pronto se traza un programa de lucha “contra Bonifacio VIII, que dice ser Papa”, y el tristemente célebre consejero y jurista real Guillermo de Nogaret (nacido y muerto en Languedoc, 1260/1270 - 1313), al servicio real desde 1296, es enviado a Italia, al frente de una escolta armada (en realidad, un pequeño ejército), con la misión de capturar al Papa y llevarle a Lyon, para juzgarle en un conciliábulo, como usurpador de la dignidad pontificia en perjuicio de Celestino V y acto seguido destronarlo allí mismo. Una vez en Italia, la tropa se dirige hacia Agnani (Toscana), donde residían el Papa y algunos de sus familiares. Sin embargo, la empresa no era tan fácil... Dos banqueros florentinos, Guidi y Musciatto, disponen los medios, y con la ayuda de Sciarra Colonna, previo soborno del gobernador local, se apoderan de Benedicto, al que retienen en su propia residencia, haciéndole objeto de tales vejaciones, soportadas con entereza y dignidad tales, que el propio Nogaret ha de interceder por él ante los Colonna, que pretendían asesinarle, ya que se había negado a abdicar, diciendo: “He aquí mi cabeza, he aquí mi cuello; al menos moriré Papa”. Por fin, el pueblo de Agnani reacciona, se amotina contra franceses y partidarios de los Colonna, y al tercer día libera al Pontífice por la fuerza, quien emprende —por si acaso— precipitado viaje a Roma dispuesto sin duda a hacer pagar cara a Felipe “el Hermoso” la violencia de sus enviados.

Las ofensas sufridas por el Vicario de Cristo suscitaron estupor y general indignación, incluso entre personajes como Dante, uno de sus más declarados adversarios; pero no provocó ninguna reacción concreta. Semanas después, fallecía el Papa (11 de octubre de 1303). Su sucesor, uno de los pocos cardenales que no le habían abandonado en Agnani, Benedicto XI (Nicolás Boccasini, nacido en 1240, y general de la Orden de los Dominicos), no pudo o no quiso hacer otra cosa que perdonar al Capeto, al fin y al cabo, era nieto de Luis IX; pero no absolvió a Nogaret ni a los demás ejecutores materiales del “Atentado de Agnani”; tampoco le fue posible, en su corto pontificado, permanecer en Roma, feudo de los Colonna, debiendo establecerse en Perugia (Umbria). Nogaret se libró de ser fulminado por la excomunión debido a la repentina muerte de Benedicto, horas después de haber comido unos higos... Se habló de asesinato... En todo caso juzgue el lector acerca del viejo dicho “escolástico”... *Quid bono fuerit.*

• • •

Tras permanecer durante once meses la sede de San Pedro vacante —en aquellos tiempos, normalmente, los Cónclaves transcurrían con desesperante lentitud— fue elegido Bertrán de Got, arzobispo de Burdeos, con el nombre de Clemente V, personaje ni muy brillante ni muy enérgico; pero, eso sí, muy fiel a Felipe IV, que —sin duda—, había influido decisivamente en su coronación... Por cierto, que el día de su coronación (14 de noviembre de 1305) se produjo un trágico accidente. Habíanse congregado multitud de curiosos a presenciar la ceremonia, y como no se habían adoptado las debidas precauciones, nadie pudo evitar que éstos se congregasen junto a un viejo muro de piedra, que acabó cediendo y derrumbándose a pocos metros del nuevo Vicario de Cristo. Hubo bastantes muertos y heridos, unos aplastados por los grandes sillares y, otros, los más, por los que trataban de ponerse a salvo. Clemente perdió su tiara, que fue recogida acto seguido; sin embargo, los más próximos observaron que se había desprendido de la misma una de las más notables joyas... La buscaron repetidamente, pero todo fue en vano; no llegó a ser encontrada. Pese a que se procuró no difundir el hecho, éste se divulgó y fue tenido como un funesto presagio... *La Historia se encargaría de dar la razón a los pesimistas...*

Aunque el nuevo Pontífice había sido un hombre relativamente pobre, no sentía especial interés por los fastos de la Corte romana, pese a que en la Ciudad Eterna dominaban los Colonna... Después de errar por Lyon (donde ocurrieron los mencionados extraños sucesos), Cluny, Burdeos y Nimes, acabó, por “consejo” del rey “Capeto”, estableciendo su Sede en Avignon (1309), territorio provenzal sujeto a la influencia francesa... Curiosamente, sus seis sucesores también fueron franceses, dando inicio al período denominado “El cautiverio de Avignon” (que duro hasta 1377). *Su misma posición le colocaba bajo el influjo del rey de Francia, y tanto más directo, cuando se trataba de Felipe “el Hermoso”, ansioso de utilizar a la Iglesia para sus fines políticos.*

Del débil Clemente V obtuvo no sólo la rehabilitación de los Colonna, sino la total absolución de los que participaron en los sucesos de Agnani; y, aún más, consiguió la supresión de los Templarios, lo que constituyó un doloroso episodio... *Entretanto, el Estado pontificio, privado de su Jefe, se encaminaba a la decadencia, como el tiempo se encargaría de demostrarlo, sumergiéndose en el desorden y la ruina...*

¡JAQUE AL TEMPLE!

Los Templarios fueron hombres, medio monjes, medio guerreros, que persistieron en la reconquista y custodia de los Santos Lugares, especialmente de Jerusalén y la posesión del Santo Sepulcro, por encima, incluso, de su seguridad e intereses... Especie de Quijotes de Cristo por lo desmesurado de sus sueños... Monjes pero soldados... héroes pero burócratas... mártires pero no colonizadores...

La Orden del Temple ha estado envuelta siempre en un halo de misterio y aún en nuestros días —ocho siglos después— constituye, falseada por los intereses políticos y económicos de su tiempo, uno de los más grandes enigmas históricos del Medievo.

Las razones de la animadversión suscitada contra ellos, basada en su poder y riquezas ya han sido expuestas, por lo que nos centraremos en sus últimos años y en los hechos y motivos que originaron su trágico destino.

• • •

De todos modos, exactamente hasta los mismos umbrales de su fin, las críticas iban dirigidas contra los Templarios y los Hospitalarios, y no contra los primeros solamente. Esto queda demostrado por los escritos de un hombre en particular, Pierre Dubois, el contundente hombre de leyes normando que albergaba una fuerte hostilidad hacia los religiosos. En 1306-1307, propugnó que los miembros de las Órdenes Militares que juzgasen «inconveniente» —como decía él— cruzar el mar para alcanzar las zonas de guerra, deberían ser obligados a entrar en las casas del Císter, en las que deberían cumplir penitencia por sus faltas. Y los cistercienses, por su parte, deberían aceptar menos novicios con el fin de apoyar esta medida. Los restantes Templarios y Hospitalarios deberían fusionarse en una única Orden, y vivir solamente de sus propiedades orientales, de modo que las que poseyesen en Occidente pudiesen ser empleadas directamente para la causa de la Cruzada...

Selección de textos de Malcolm Barber

La idea de fusionar las Órdenes Militares, aunque pudiera parecer extraña de por sí, no estaba reñida con la ortodoxia; y por tanto, podría ser “admisibile”... Pero, si tenemos en cuenta que a estas Órdenes se las despojaría de sus posesiones occidentales (habiéndose perdido Tierra Santa), tanto Templarios como Hospitalarios, especialmente los primeros, quedaban bastante malparados al perder gran parte de sus bienes... destinados a financiar

la “causa de la Cruzada”... ¿Qué Cruzada... la IX... la X...? Era evidente que ya había desaparecido el espíritu que las animaba, *y que las soluciones defendidas por el legista normando sólo servían a los intereses del nieto del último rey Cruzado...*

...De repente sin embargo, en el verano de 1307, parecen centrarse (las críticas) únicamente en los Templarios, y añade una breve «coda» en la que argumenta que una vez cumplidos estos requisitos, lo apropiado sería abolir la orden.

No hay duda de que un examen general de la función y fines de las Cruzadas y de la guerra Santa, junto con los aspectos relacionados estrechamente con éstos, tal como se produjo después de 1291, crearon circunstancias que facilitaron al gobierno de Felipe IV de Francia llevar a cabo la detención y juicio de los Templarios en octubre de 1307. Es cierto que aquellos pudieron haber ayudado a fijar la idea en la mente del rey o de sus consejeros en un primer momento, pero, con todo, no hay razón para considerar a éste un hecho de causa y efecto directo. *En otros momentos otras Órdenes habían sufrido ataques mucho más violentos, en particular los cistercienses y los franciscanos, pero nunca se había llegado a llevarlos a juicio...!*

Selección de textos de Malcolm Barber

• • •

En 1298 fue elegido “Gran Maestre” Jacques de Molay, hombre sin grandes cualidades —ya lo hemos dicho—, honrado a carta cabal, pero carente de inteligencia e imaginación. Cometió el error de regresar a su país de origen, en lugar de asentar la Orden en Chipre. Bastante limitado intelectualmente, de Molay era un guerrero, si se quiere, un buen guerrero... Armado caballero en tiempos de Luis IX, había pasado la mayor parte de su vida combatiendo en Tierra Santa. Al perderse ésta, pensó que lo mejor para él y la Orden era el regreso a Francia. Pero no consiguió asimilar que la Francia del Santo rey Luis, era muy diferente de la de su codicioso y poco escrupuloso nieto, y que la idea que animaba a los cruzados ya era historia y poco más... Las gentes no comprendían las cosas del Temple, y su “Gran Maestre” no llegó a entender cómo tras las gestas mantenidas por sus monjes-soldados en pro de la Cristiandad, se les perdía el respeto, se susurraba contra ellos y se les culpaba incluso de la pérdida de los Santos Lugares... Pero lo que menos entendía era que, acabada la época de las Cruzadas y sin posesiones que defender en Palestina, el porqué las gentes cuestionaban la existencia del tal Orden Militar...

Jamás comprendió de Molay, a su regreso, que el Temple era mero anacronismo para el poder real (sobre todo), el nobiliario y el eclesiástico, en una Francia en plena transición entre el feudalismo y la monarquía absolutista...

• • •

Felipe IV “el Hermoso”, el “Rey de Hierro”, inteligente, astuto, maquiavélico y despiadado, no tenía dinero; había recibido un reino relativamente próspero, que no tardó en arruinar con su no siempre acertada política y sus acciones guerreras. Verdad es que —hasta cierto punto— se había salido con la suya... Había sometido a flamencos y nobles levantiscos y al Vicario de Cristo... *Sin embargo, no conseguía sanear su economía; antes bien, cada vez se endeudaba más y más...*

Dados los bienes acumulados —ya lo hemos señalado—, el Temple se convirtió en una especie de banco que facilitaba préstamos a reyes y grandes señores, y uno de sus más endeudados clientes era, precisamente el rey Felipe, quien tenía además, depositadas las riquezas de la Corona (a modo de garantía) en la fortaleza templaria de París. Era tal el volumen de sus deudas que resultaban imposibles de saldar... Lo había intentado todo: devaluación fraudulenta de la moneda, aumentar las cargas fiscales, limitar y gravar los beneficios de la Iglesia, expoliar a los banqueros lombardos y, en especial, a los judíos (esto último no estaba mal visto por el pueblo). “La unidad del reino —escribía sobre él André Maurois— es su más caro cuidado, los procesos, su método favorito. El más gastador de nuestros reyes no tiene más principio financiero que éste: procurarse dinero a toda costa”. Ejemplo de monarca absoluto, pretendía el más férreo control de sus Estados y de sus súbditos; cualquier oposición era reprimida con inusitada severidad. “Sólo escapaba a su dominio —recuerda Eslava Galán—, y lo limitaba, la soberana Orden del Temple, rica, poderosa e independiente.”

• • •

El “Capeto” había comprendido claramente que se encontraba a merced del Temple, ya que no tenía posibilidad de devolver sus préstamos a corto ni a medio plazo. No resulta imposible, ya lo hemos indicado, que éste llegara a temer, ya fuera por convencimiento propio o bien por sus consejeros áulicos, especialmente Nogaret, que la Orden —para cobrarse sus deudas— quisiera formar una especie de república caballeresca en el país (nada más lejos de la realidad), del mismo modo que los Caballeros Teutónicos habían formado un Estado propio en el Báltico... Sin embargo, el Temple nunca tuvo tales ambiciones y no existen indicios de que se hubiera planteado tal cosa... Por si todo esto fuese poco, Felipe IV había vuelto a contraer nuevas deudas con el Temple, al precisar de elevadas sumas para la boda y dote de su hija Isabel (casada el 25 de enero de 1308) con Eduardo II de Inglaterra. Aparte del infundado temor que éste le inspiraba, de los malos consejeros que le rodeaban y adulaban, de su más que desastrosa situación económica, y de la cuantía de sus débitos, Felipe “el Hermoso” tenía motivos bien definidos para aborrecerles...

En particular para Felipe IV “el Hermoso”, rey de Francia. Su primera idea fue lograr el control del Temple apoyando la antigua cuestión de fundir la Orden con la de San Juan de

Jerusalén, es decir, los Hospitalarios. Este proyecto había sido considerado varias veces por distintos papas y propuesto formalmente en el Concilio de Lyon de 1274. Lo que quería Felipe “el Hermoso” era que se formara una Orden única —los “Caballeros de Jerusalén”—, dependiente de la Corona francesa y cuyo “Maestre” fuera siempre un príncipe de la casa real de Francia, pero el proyecto fue rechazado por la oposición tanto de los Templarios como de los Hospitalarios, y el Papa Nicolás IV dio por terminado el asunto, echando por tierra las ambiciones de Felipe.

Poco después el rey dictó varias disposiciones tendentes a disminuir el poder del Temple. En 1287 ordenó el secuestro de todas las propiedades adquiridas después de la confirmación de los privilegios templarios de Luis IX en 1258; en 1289 acusa a la Orden de interferir en la jurisdicción real. Pero no puede lanzarse a una ataque frontal porque no contaría con el apoyo del Papa Nicolás—ni menos con el de su sucesor, Bonifacio VIII—, y además porque, permanentemente acorralado por problemas de dinero, necesita la ayuda inmediata del Temple.

De manera que, paradójicamente, en 1293 restituye a la Orden sus privilegios en París, y en 1297 le pide un préstamo de 2.500 libras de Tournai. Este tira y afloja dura varios años, pero el rey no cesa en su proyecto básico: someter a la Orden con la complicidad del Papa, y apoderarse de sus riquezas.

A partir de los primeros años del siglo XIV la situación económica del reino se deteriora, desangrado por la guerra con los flamencos... Y ahora Felipe consigue hacer designar el Papa que desea... Es un Papa francés, y le debe la tiara a Felipe IV, que logra, por añadidura, trasladar a Francia la Santa Sede. Clemente V será el primer Papa de Avignon.

El panorama se va aclarando para Felipe IV, pero nuevos desastres en Flandes le obligan a una tregua con el Temple, a quien vuelve a recurrir económicamente... Felipe IV devalúa la moneda, y la violencia de la respuesta popular lo obliga a refugiarse nada menos que en el Temple de París. Está a punto de perder Flandes; Normandía le desobedece y se niega a pagar un nuevo impuesto; el pueblo está tan desesperado y amotinado que ha habido que prohibir toda reunión que exceda de cinco personas...

El Enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

• • •

Sin embargo, para acabar con los disturbios habría bastado una mínima intervención del Temple, que prefirió permanecer neutral, tal vez por evitar tener que luchar contra otros cristianos, o para hacer sentir mejor su poderío, su independencia, y al mismo tiempo el valor de su apoyo. Y cuando vio que se le iba de las manos el poder dirigir el Temple (y no por no haberlo intentado), trató desde la citada fusión de éste con el Hospital, hasta introducir en la Orden a uno de sus hijos, con la vana esperanza de que fuera elegido “Gran Maestre”. Lleno de despecho, ya que no podía dominar el Temple, decidió destruirlo, aprovechando el bache de popularidad y la crisis interna del mismo, dando a tan injusta empresa matices de venganza y crueldad hasta en él inusitados, como si mediante ejemplares castigos quisiera desanimar futuros intentos desestabilizadores contra una institución, que se encaminaba apresuradamente hacia el absolutismo más intransigente.

Guillermo de Nogaret, una vez más, fue encargado del asunto; al igual que el “Capeto” estaba bastante resentido por el fracaso de Agnani, y emprenderla con una Orden tan poderosa y defendida por el Papado no era empresa fácil. Introdujo, como pudo, alrededor de una docena de espías en ella y comenzó (alrededor de 1305) a recoger cuantos relatos, sin preocuparse gran cosa de su veracidad, circulaban sobre la misma, especialmente los relacionados con herejías y hábitos depravados. “El propio rey —indica Malcolm Barber—, que cada vez se inclinaba más a una melancólica religiosidad, desde la muerte de su mujer en 1305, pudo ser persuadido de que los Templarios estaban podridos por la herejía y la corrupción, y que por lo tanto constituían una amenaza para la salud espiritual del pueblo francés...”

• • •

Y así estaban las cosas, cuando aquel mismo año, un tal Esquieu de Floryano, natural de Béziers (casualmente languedociano como Nogaret), antiguo miembro del Temple, en el que había llegado a desempeñar la prioría de Montfaucon (sur de Lyon), resentido al haber sido expulsado de la Orden por incurrir en ciertas negligencias, lanzó una serie de acusaciones graves contra la misma, *a cambio de que le fueran remuneradas*. Acudió primero a Lérida, donde se entrevistó con Jaime II de Aragón, pero a éste le parecieron tan tremendas que no le prestó la menor atención, pese a que no le hubiera disgustado hacerse con buena parte de las riquezas templarias. Y no era para menos: entre el cúmulo de embustes y medias verdades, el aragonés tuvo que escuchar tonterías tales como que —según la Regla del Temple—, cuando fallecía algún Hermano se debía rezar por él durante siete días, insistiendo, acto seguido, en el carácter mágico y cabalístico de tal número... “Sin embargo olvidaban —comenta Fernández Urresti— que hubo siete días para la Creación, que fueron siete las vueltas alrededor de las murallas de Jericó... que eran siete los ángeles del Señor o que siete eran los sellos del Apocalipsis... y todo ello perfectamente “cristiano”; y a los que podríamos añadir bastantes ejemplos más, todos ellos dentro de la más estricta ortodoxia.

De Floryano repitió —tras hacérselas pagar bastante bien— las acusaciones (por no darles otro nombre) ante Nogaret y los demás juristas del Consejo Real. Para Felipe y su calculador Canciller todo aquello debió de sonarles a música celestial... Era la ocasión propicia para acabar con el Temple, por lo que dispusieron la iniciación de una serie de “investigaciones”... Personajes carentes de escrúpulos ambos, decidieron llevar a cabo sus designios en el más absoluto secreto. Algunos historiadores hablan de otro informante o confidente (sin contar los agentes que ya operaban dentro de la Orden), un tal Noffo Deghi, florentino, sujeto de dudosísima reputación, y del que posteriores investigaciones evidencian que su única vinculación al Temple obedecía a vulgares razones comerciales.

Tampoco parece que hubiera alguna relación entre ambos—salvo el rencor y viles motivos mercenarios—, y que lo más probable es que no llegasen a conocerse.

• • •

Lo primero que hizo el canciller fue arrestar, con su habitual sigilo, a ciertos antiguos Templarios, para recabar de ellos la mayor información posible, bien fuera por dinero, bien por argumentos, bien explotando sus resquemores, o incluso mediante la amenaza del uso de la tortura, para que estuvieran dispuestos a jurar los testimonios que se pretendía que dijeran. Por su parte, Felipe “el Hermoso” tampoco perdía el tiempo, escribiendo al Papa, para sumarlo a la conjura. “Bien que debiéndole su designación al rey, y a pesar de su débil carácter y de sus constantes enfermedades—añade Vignati—, no se muestra tan dispuesto como el rey esperaba y, en una carta enviada a Felipe «el Hermoso» el 24 de agosto de 1307 expresa sus dudas sobre los cargos acumulados contra la Orden y, aunque promete realizar una investigación, hace todo lo posible para postergarla.”

El rey, que ya contaba con la ambigua e indecisa respuesta del Pontífice, se lo toma con calma, hasta el extremo de pedir al propio Jacques de Molay se digne apadrinar a uno de sus hijos, al mismo tiempo que encuentra la forma de colocar a Clemente entre la espada y la pared, y esto no es difícil... La Inquisición francesa está facultada jurídicamente para obrar sin necesidad de consultar al Papa; y el Gran Inquisidor General de Francia, Guillermo de Paris, confesor del monarca, es hombre adicto en cuerpo y alma a la causa de éste. Mientras tanto, Nogaret ha conseguido que antiguos Templarios (casi todos ellos expulsados de la Orden) se hallen dispuestos, por dinero, temor o ánimo de venganza, a declarar lo que se les pida...

El método es “perfectamente legal”, sin fisuras... El resentido Esquieu de Floryano, respaldado por el torvo Canciller y el abogado Guillermo de Plaisans (que actúa de forma parecida a la de un fiscal), formula una larga serie de cargos ante el Inquisidor General, quien—como es norma habitual en las acusaciones de herejía, entre otras— pide al “brazo secular” la detención de los acusados... Pero éstos no son gentes normales, muy bien organizados y poderosos, están en condiciones de defenderse con ciertas probabilidades de éxito o, al menos, de vender muy caras sus vidas; todo debe hacerse, y se hizo, en medio de la mayor cautela (el resultado fue sorprendente para la época y no sería igualado hasta siglos después).

El 14 de septiembre de 1307 Nogaret envía una orden, cerrada, lacrada y sellada, a las autoridades competentes, para “detener a todos los Hermanos de la Iglesia y apoderarse de sus bienes muebles e inmuebles”. Los pliegos no deben abrirse hasta determinada fecha, y en ellos se expone detalladamente cómo y quién debe cumplir el mandato, a fin de obtener el mejor resultado con la menor oposición... *Por primera vez en la Historia puede hablarse de una gran operación, perfectamente sincronizada, para un “día D” y una “hora H”...*

He aquí algunos fragmentos de la famosa orden de detención, y que renunciamos a comentar:

Gracias al informe de varias personas dignas de fe hemos sabido una cosa amarga, una cosa deplorable, una cosa que seguramente horroriza pensar y aterroriza escuchar, un crimen detestable, una execrable fechoría, un acto abominable, una espantosa infamia, una cosa completamente inhumana o más bien ajena a toda humanidad, ha golpeado nuestros oídos conmoviéndonos con gran estupor y haciéndonos temblar con violento horror; y, al sopesar la gravedad, un inmenso dolor va creciendo en nosotros, más cruel todavía desde el momento en que no cabe duda que la enormidad del crimen desborda hasta convertirse en una ofensa para la majestad divina, una vergüenza para la humanidad, un pernicioso ejemplo del mal y un escándalo universal... Hemos sabido recientemente, gracias al informe que nos han facilitado personas dignas de fe, que los Hermanos de la Orden de la Milicia del Temple, ocultando al lobo bajo la apariencia del cordero, y bajo el hábito de la Orden, insultando miserablemente a la religión de nuestra fe, crucificando una vez más en nuestros días a Nuestro Señor Jesucristo, ya crucificado para la redención del género humano, y colmándolo de injurias más graves que las que sufrió en la cruz, cuando ingresan en la Orden y profesan, se les presenta su imagen y, horrible crueldad, le escupen tres veces al rostro: a continuación de lo cual, despojados de los vestidos que llevaban en la vida seglar, desnudos, son conducidos a presencia del que los recibe o de su sustituto y son besados por él conforme al odioso rito de su Orden, primero en la parte más baja del espinazo, segundo en el ombligo y tercero en la boca, para vergüenza de la dignidad humana. Y después de haber ofendido a la ley divina por caminos tan abominables y actos tan detestables, se obliga por el voto profesado y sin temor a ofender la ley humana a entregarse el uno al otro sin negarse, desde el momento en que sean requeridos para ello, por efecto del vicio de un horrible y espantoso concubinato.

Por eso la cólera de Dios se abate sobre estos hijos de la infidelidad. Esta gente inmunda ha renunciado a la fuente del agua viva, reemplazando su gloria por la estatua del becerro de oro e inmolando a los ídolos... Aquel a quien se recibe pide —en primer lugar— el pan y el agua de la Orden, luego el Comendador o el Maestre encargado de su recepción lo conduce secretamente detrás del altar, a la sacristía o a otra parte y le muestra la cruz y la figura de Nuestro Señor Jesucristo y le hace renegar tres veces del profeta, es decir de la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, y escupir tres veces sobre la cruz; luego le hace despojarse de sus ropas y el receptor lo besa al final de la espina dorsal, debajo de la cintura, luego en el ombligo y luego en la boca, y le dice que si un Hermano de la orden quiere acostarse carnalmente con él, tendrá que sobrellevarlo porque debe y está obligado a consentirlo, según el Estatuto de la Orden, y que por eso, varios de ellos por afectación de sodomía se acuestan el uno con el otro carnalmente y cada uno ciñe un cordel en torno a su camisa que el Hermano debe llevar siempre sobre sí todo el tiempo que viva; y se dice que estos cordeles se colocan y se disponen en torno al cuello de un ídolo que tiene la forma de una cabeza de hombre con una gran barba y que esta cabeza se besa y se adora en los Capítulos Provinciales, pero esto no lo saben los Hermanos, excepto el Gran Maestre y los ancianos.

Además, los sacerdotes de la Orden no consagran el cuerpo de Nuestro Señor. Después de ésta, se abrirá una investigación especial sobre los Sacerdotes de la orden...

Los Templarios y otros enigmas medievales,
Juan Eslava Galán

Ni que decir tiene que el castigo para tal suma de delitos, no podía ser otro que la confiscación de bienes y el fuego.

• • •

Llama poderosamente la atención que en la misma requisitoria de detención de los Templarios se establezcan y delimiten los delitos de los que son acusados. *Es un modo indirecto de orientar los interrogatorios de los oficiales del rey, para que ellos mismos sugieran estas confesiones a sus reos quebrantados por la tortura.* El cuestionario del inquisidor quedó, por tanto, establecido en los siguientes puntos:

- 1.—Que renegaban de Cristo y escupían sobre la cruz en la ceremonia de admisión en la Orden.
- 2.—Que en esta ceremonia se intercambiaban besos obscenos.
- 3.—Que los Sacerdotes de la Orden omitían las palabras de la consagración cuando decían misa.
- 4.—Que practicaban la sodomía.
- 5.—Que adoraban ídolos.
- 6.—Que se confesaban mutuamente y que el presidente del Capítulo perdonaba los pecados.

Los Templarios y otros enigmas medievales,

Juan Eslava Galán

Otras acusaciones, que eufemísticamente podríamos denominar “menores” eran:

- 7.—Que celebraban sus Capítulos y Recepciones durante la noche, o antes de la salida del sol, en todo caso.
- 8.—Que se comprometían a procurar la prosperidad de la Orden sin reparar en la bondad o malicia de los medios, incluso —si era preciso— apoderándose de los bienes ajenos. Con dicho fin, eran instados a formular una serie de juramentos especiales.
- 9.—Que en determinadas ocasiones se les entregaba una especie de cingulo, que había estado en contacto con alguno de los ídolos, que se decía, adoraban.

Estas fueron las principales acusaciones que perdieron a los Templarios en inicio proceso, y que en su momento, nos encargaremos de analizar, aunque sea de forma muy somera.

SOL NEGRO

Dado que el acabar con los aborrecidísimos “Diablos de la Capa Blanca” era cuestión de semanas, Felipe obró con cautela hasta el último momento. Así, el 12 de octubre de 1309 invita al “Gran Maestre” a acompañarlo a la iglesia parisina de los Jacobinos para asistir a las exequias de Catalina de Courtney, esposa de su hermano menor, Carlos, y como cabeza de su Orden —según el protocolo de la época— estuvo durante las mismas entre los príncipes, correspondiéndole, por decisión real, llevar uno de los cordones fúnebres del ataúd, al igual que las más distinguidas personalidades de Francia...

...Horas más tarde, al amanecer del viernes 13 de octubre de 1307 (¡curiosa fecha!) se realiza la detención masiva de todos los Templarios del país, con tales resultados que sorprendieron incluso a los propios organizadores y ejecutores del plan, calificado por Lévis-Mirepoix como “una de las operaciones policiales más extraordinarias de todos los tiempos”.

• • •

La sorpresa fue total, Jacques de Molay fue detenido en persona por Nogaret. “Se cuenta —comenta Fernández Urresti— que algunos caballeros se suicidaron arrojándose desde lo alto de sus castillos, y que otros, los menos, consiguieron huir. El rey ganaba la partida gracias a una traición y a la sorpresa.”

Fueron apresados y encadenados en todas partes, castillos, conventos y encomiendas y, en todas partes se dejaron prender sin oponer la más mínima resistencia, y en esta circunstancia reside una de las incógnitas del proceso. Como dice Eslava Galán: “Quizá tuvieron en cuenta que la Regla prohíbe esgrimir la espada contra otro cristiano o quizá la sorpresa fue tan completa que impidió toda reacción. Por otra parte, es difícil creer que la vasta operación policial fuese preparada tan en secreto que no llegase a oídos de la poderosa Orden. Quizá todo el asunto resultaba tan desmesurado que los dirigentes Templarios nunca creyeron que verdaderamente pudiera suceder...” De la lectura de la famosa novela de Gil y Carrasco se infiere que, al menos, los Templarios españoles confiaron hasta el último momento en la justicia del Pontífice, y considerándose inocentes, creían que nada debían temer y que, finalmente todo sería aclarado. Tampoco es aventurado atribuir la falta de resistencia a que los Templarios, por un lado, aturdidos, pensaron

que todo aquello sólo podía ser el desafortunado resultado de una equivocación o malentendido. Se confiaron, tal vez demasiado, ya que pensaban (al igual que sus colegas españoles) que sólo se debían a la justicia del Papado y que la realeza nada podía hacer contra ellos, y por otro lado, ya hemos mencionado la prohibición, so pena de expulsión, de blandir sus armas contra otros cristianos.

Sin embargo, detengámonos unos momentos a reflexionar lo que hubiera podido ocurrir si los miembros de la Orden en Francia, hubieran podido optar por la resistencia armada, o, al menos, hacerse fuertes en sus fortalezas consideradas más apropiadas para resistir cualquier asedio, y que el resto de sus Hermanos de la Cristiandad Occidental hubiera hecho causa común con ellos... Lo que hubiera podido ocurrir, preferimos dejarlo a la libre imaginación del lector.

• • •

Enseguida se extendieron toda clase de rumores por París; en realidad nadie entendía lo que estaba ocurriendo. Al día siguiente, de Molay y los más importantes miembros del Temple parisino fueron conducidos, encadenados y bien escoltados ante el profesorado y los rectores de la Sorbona, y ante los principales oficiales del reino, para proceder a la lectura de los cargos y facilitar las “pertinentes” aclaraciones. Igualmente, Nogaret convocó al pueblo al que en una arenga dio “cumplidas razones” de tales detenciones. El domingo, predicadores y funcionarios reales hicieron leer y leyeron en los templos un documento que resumía las iniquidades de la Orden, y cuya paternidad bastantes historiadores atribuyen al mismísimo Guillermo de Nogaret, falto de originalidad—lo que en él era habitual—y plagado de lugares comunes... “Esta ristra de acusaciones se repite, en forma de preguntas—recuerda Vignati—, en el cuestionario enviado a los policías y funcionarios encargados de instruir el proceso, como así también a los inquisidores que debían entender en segunda instancia...” El pueblo parisino parece ser que se dio por satisfecho con tales explicaciones (por no darles otro nombre), dada la facilidad de las gentes a creerse todo lo que le cuentan acerca de misterios y rituales secretos. No así algunos intelectuales y mucho menos los príncipes europeos, a los que Felipe IV escribió justificándose e invitándoles a que obraran como él en sus respectivos reinos.

Los “interrogatorios” (léase torturas) revistieron caracteres de crueldad difícilmente igualables... Se les pedía que confesasen los crímenes que figuraban en la lista (y no otros, caso de haberlos) que poseían los magistrados, que—por cierto—tenían orden de Nogaret de registrar sólo las “confesiones”, no así las protestas, justificaciones o explicaciones de los reos. Es preciso insistir en que los verdugos se ensañaron en los más ancianos, aquellos a los que flaqueaban las fuerzas, o en excombatientes en Tierra Santa, en cuyos cuerpos aún se advertían las heridas recibidas en el combate, no siempre bien curadas, o los síntomas de graves enfermedades contraídas en Oriente.

Por respeto al lector y por buen gusto, no deseamos extendernos sobre las sevicias y atrocidades cometidas en estos “interrogatorios”; así, al Hermano Bertrán de Vado —por ejemplo— le bastó una sola sesión para que le quedaran al aire los huesos de manos y pies. Le fueron quemando la carne en un brasero, y luego se la desprendieron golpeándole con una varilla de hierro. Si bien fueron bastantes los que murieron bajo los efectos de las torturas sin haber “confesado”, por la sencilla razón de que seguramente nada tenían que “confesar”, muchísimos más no pudieron soportar aquellas salvajadas y sus “confesiones” fueron las que sirvieron para demostrar públicamente el motivo de la persecución y el exterminio de la Orden. Sirva el detalle de que sometidos a tortura todos y cada uno de los 138 Caballeros que había en París (sólo tres murieron sin decir nada, bien por obstinación o por no poder soportar los tormentos), 123 acabaron autoinculpándose de cuantos crímenes pretendían los magistrados que lo hiciesen, por descabellados que estos fueran... *¡Y que “extrañamente similares” resultaban tales “confesiones”!*

• • •

Se ignora si acababan cediendo para evitar mayores estragos o la muerte, o si tales acusaciones —al menos, en parte— eran ciertas... Por lo que a nosotros respecta, nos resistimos a creerlas, y abundamos con Régine Pernoud cuando observa agudamente: “...los únicos que tenían motivos para temer a la justicia del rey (Felipe «el Hermoso») eran los inocentes. Los que confesaban, sin que fuera preciso recurrir a la tortura, y declaraban que pedían la absolución, eran considerados (por la Iglesia) pecadores «reconciliados». Por el contrario, aquellos que, después de confesar bajo tortura, se retractaban de sus confesiones, caían bajo el rigor de las normas de la Inquisición, que entregaba al «relapso» al brazo secular, condenado como pecador empedernido. Este era generalmente quemado.”

Finalmente, entre el 19 de octubre y el 24 de noviembre, *36 de los mencionados 138 Templarios de París habían perecido durante el proceso*, y no creemos que a causa de resfriados y otras zarandajas... El propio Jacques de Molay acabó “confesando”, aniquilado por tanta violencia, en medio de “promesas de enmienda” (¿“enmendarse de qué...?”), dirigiendo una carta abierta a todos los Templarios de Francia, el 25 de octubre (¡habían bastado unos pocos días!), en la que se reconocía culpable de determinados cargos, aún cuando rechazaba los demás, e instando a todos aquellos a seguir su ejemplo. En la misma carta solicitaba audiencia al Pontífice, dando a entender, *y esto es bastante significativo, que de cualquier modo sólo a él podría explicarle determinadas prácticas de la Orden.*

• • •

Lo que puede negarse era que todo el asunto había sido llevado a cabo con “limpieza y rapidez”... *Los intereses de la Santa Madre Iglesia habían sido bien defendidos*... Toda la documentación del caso le fue presentada al Papa como un “fait accompli”, lo que le ponía en un más que serio apuro, ya que no podía proclamar la inocencia de quienes habían “reconocido” sus culpas. Y principio jurídico admitido casi universalmente, hasta tiempos bastante recientes, era el de: *A confesión de parte, exclusión de pruebas*; todo lo más que podía hacer era criticar determinados vicios de forma, que eran graves: *la Orden dependía de la justicia eclesiástica, y el rey de Francia no tenía derecho a intervenir directamente en el asunto*. Además, ni creía (no podía creer) en la culpabilidad general de la Orden, todo lo más, en la de unos pocos de sus miembros, y protestó, en consecuencia, con un tono que recordaba al de Bonifacio VIII. Entre tanto, Felipe pedía a Jaime de Aragón, a Eduardo de Inglaterra y a Alberto de Alemania, que le imitaran. El Pontífice declaraba suspendidos los poderes de la Inquisición francesa, el 27 de octubre, *protestando —no por la tortura— sino por el escandaloso y desmesurado empleo de la misma*.

Mientras los citados soberanos, bastante confusos, procuraban no inmiscuirse en tan delicado tema, disponiendo se hicieran minuciosas investigaciones en sus Estados. Clemente V, en parte por temor al monarca francés y en parte por tratar de sustraer a los prisioneros de la jurisdicción real, promulgó el 22 de noviembre la bula “*Pastoralis proeminentiae*”, por la que si bien se disponía el arresto de los Templarios, se afirmaba que serían sometidos a un proceso eclesiástico. Si eran declarados inocentes, serían excarcelados y se les devolverían sus bienes. *El motivo probable de esta determinación parecía obedecer al deseo del Papa de no permitir que todo este asunto escapase de sus manos*. Por su parte, los demás príncipes no habían hecho gran cosa al respecto, posiblemente, por no seguir las indicaciones del “Capeto”, o más sencillamente, porque muy poca cosa tenían que averiguar...

• • •

Una vez más, el nieto de Luis IX recurre a sus legistas, que no refutan (no pueden) los argumentos del Pontífice, pero contraatacan a base de calumnias y las no menos temidas medias verdades: le acusan desde practicar el nepotismo, lo que es bastante cierto, hasta de laxitud con los herejes, cuya culpabilidad está más que probada, lo que no es cierto, y temiendo que la jugada se vuelva en su contra, hace convocar a los Estados Generales, invocando principios nacionalistas, adjudicándose el papel de guardián de la religión e iniciando contra Clemente una campaña de libelos y difamaciones muy similar a la que acabó con Bonifacio VIII.

El 26 de mayo [1309] Felipe “el Hermoso” va a Poitiers a entrevistarse con el Papa y los cardenales. La reunión fue tempestuosa, porque el rey seguía presionando para obtener la condenación más dura e inmediata posible con la amenaza de exigencias aún más graves...

Un mes después se llegó a un acuerdo: el rey entregaría a los comisionados papales las propiedades y las personas de los Templarios, y Clemente V dejaría sin efecto la suspensión del Gran Inquisidor, ordenaría una amplia investigación por parte de los obispos asistidos por asesores papales, examinaría personalmente al Maestre, y a las demás autoridades principales de la Orden, y el destino de ésta sería decidido por un concilio general.

Felipe “el Hermoso” se las ingenió para no cumplir sus condiciones. Retuvo los bienes, entregó a las personas que quiso [y que seleccionó cuidadosamente, excluyendo a los Hermanos de cierta jerarquía]... El Papa no pudo ver a los dignatarios de la Orden —Jacques de Molay, el visitador de Francia, Hugo de Pairaud, los Preceptores Rimbaldo de Caron, Godofredo de Charay y Godofredo de Gonneville— “porque estaban enfermos”.

Clemente V no insistió: envió a Chinon [a orillas del Loira], donde estaban estos prisioneros, a tres cardenales [dos de ellos parientes de Felipe “el Hermoso”], que entrevistaron a los jefes del Temple en presencia de Guillermo de Nogaret y del abogado Guillermo de Plaisans. ¿Es necesario decir que los Templarios confirmaron su anterior confesión?

El Papa convoca un concilio general en Vienne [Delfinado] para el 1 de octubre de 1311 por medio de la bula «*Regnans in coelo*». Mientras tanto, se aboca con los cardenales a organizar la nueva investigación y las comisiones integradas por los obispos locales que deberán realizarla. Una se ocupará de examinar las acusaciones contra la Orden misma, la otra de los cargos contra los Templarios individuales.

El 12 de agosto de 1309 la primera de estas comisiones cita a los Templarios *que por su propia voluntad* estén dispuestos a defender la Orden. El juicio público se inicia en abril de 1310.

Los prisioneros organizan su defensa: designan cuatro delegados, y el número de los que están dispuestos a declarar alcanza la cifra de quinientos setenta y tres. Son muchos los que se retractan de sus confesiones, pero su decepción será terrible... La comisión papal está presidida por el arzobispo de Narbona, antiguo guardasellos de Felipe “el Hermoso”.

El rey acaba de designar a otro de sus íntimos arzobispos... Se trata de Felipe de Marigny, hermano de su favorito Enguerrando, quien va a ocupar desde ahora un importante papel en el proceso. El flamante arzobispo de Sens [actual Departamento del Yonne] convoca inmediatamente un concilio provincial... los Templarios que se han retractado y residen dentro de su diócesis saben que están condenados si no logran hacerse oír por la comisión papal...

...Se reúne el concilio provincial de Sens bajo la presidencia de Marigny, y sentencia a cincuenta y cuatro Templarios que se habían retractado... Los cincuenta y cuatro fueron quemados vivos..., en París, en una hoguera situada en las inmediaciones de la Puerta de San Antonio.

Otros cuatro fueron quemados en Senlis [actual Departamento de Oise] días más tarde, y otros nueve en Reims [capital de la Champagne-Ardenne].

El 13 de mayo la comisión papal vuelve a reunirse. Régine Pernoud relata vigorosamente lo que ocurre: *El primer testigo, Aimery de Villiers le Duc se arroja sobre las rodillas de los comisionados. Ha asistido la víspera al suplicio de sus hermanos y ruega a la Comisión que no revele a los agentes del rey lo que va a decir. Se retracta de todas las confesiones que la tortura le ha arrancado, pero teme no poder ofrecer resistencia ante la amenaza de la hoguera; siente que “confesará todo lo que le pidan, y que hasta confesaría haber asesinado al Señor si se lo pidieran”.*

Otros cuarenta y seis Templarios renuncian a la defensa de la Orden...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

...Por ello, cuando los señores comisionados vieron como aquel testigo [se refiere al citado Villiers le Duc, de la diócesis de Langres, Champagne] parecía estar al borde de un precipicio y que él y otros estaban completamente aterrorizados por lo dicho con anterioridad, y que cierto testigo, recibido previamente por los mismos señores, aterrorizado por los acontecimientos del martes anterior [hace mención, sin duda, de los 54 Templarios declarados "relapsos" en Sens, y llevados en carretas a la hoguera], había vuelto ante ellos para suplicar que su declaración se mantuviese en secreto por el peligro que, temía, podría amenazar... y también por otras razones, decidían por el momento suspender el examen del testigo y también de otros, hasta que hubiesen llevado a cabo deliberaciones sobre lo anteriormente dicho. Y ordenaron [lamentamos no poder informar sobre el destino de Aimery de Villiers, pero no es aventurado imaginárselo] que todo esto quedase registrado en las actas por nosotros, los notarios...

Le dossier de l'affaire des Templiers, citado por Malcolm Barber

• • •

Después de incesantes sesiones de interrogatorios, las Comisiones decidieron cerrar sus pesquisas y transmitir sus informes al Papa. Curiosamente, y aunque no cabía esperar otra cosa, los Templarios aparecían como culpables de todos los cargos que se les imputaban... Sin embargo, comisiones similares, organizadas en Inglaterra, Chipre, Alemania, Italia y en los reinos de la Península Ibérica, enviaron las suyas en las que bien se les absolvía por falta de pruebas o se les declaraba inocentes... *¿Eran, acaso "diferentes" los Templarios de Francia...?* En todo caso, nosotros, no terminamos de creerlo; se nos hace bastante cuesta arriba.

LAS HOGUERAS DE NOGARET

Felipe “el Hermoso”, impaciente, pretendía la disolución de la Orden. Clemente V, indeciso, prefirió convocar un Concilio que se definiera al respecto; temía a su poderoso adversario, pero no deseaba que todo aquello cayese sobre su conciencia... Situación muy curiosa, una sanción “justa y merecida”, ¿cómo puede caer sobre la conciencia de quien la dicta? El 16 de octubre de 1311, tal y como estaba previsto, se reúne en Vienne (actual Departamento de Isère, Delfinado).

El soberano francés ha invitado a su yerno, Eduardo II de Inglaterra, a Jaime II de Aragón, a Fernando IV de Castilla y León, a Jaime II de Mallorca, a Dionís I de Portugal y a Luis Hutin de Navarra, hijo suyo. Ni concurren, ni envían representantes los monarcas de Castilla, Portugal y Mallorca. Además, están presentes los patriarcas de Alejandría y de Antioquía, 300 obispos y gran número de prelados, iniciándose las sesiones el mismo día, en la catedral de la ciudad.

Transcurren los días y las semanas discutiendo acerca de la validez de las pruebas; por otra parte, ni Felipe ni Clemente, tienen el menor interés en que, un reducidísimo grupo de Templarios (sólo nueve) en representación de la Orden, hablen en nombre de la misma para su defensa. El primero ni siquiera les permite comparecer, y el segundo (a comienzos de diciembre), tras haber ordenado su arresto, deja el asunto en manos de los altos dignatarios de la Iglesia para que dictaminen *si se debía acordar defensores a la Orden del Temple, o bien aceptar la defensa de los nueve Templarios que se habían presentado*.

Todos los obispos y cardenales, examinadas las pruebas, con la única excepción de cuatro (tres de ellos franceses) votaron a favor de que fueran oídos antes de ser acusados y condenados, ya que se les concedía (lo que era mucho conceder en aquellos tiempos y circunstancias) el derecho a la defensa. Pero temiendo el Papa la reacción de Felipe IV, interrumpió las sesiones con diversas excusas, a fin de ganar tiempo. Sin embargo, en febrero de 1312 fue preciso reabrir el Concilio, al tener noticias de que el rey acampaba con lo mejor de su ejército en las inmediaciones de la ciudad...

En febrero de 1312 llegaron a Vienne, Guillermo de Nogaret, Guillermo de Plaisans, Enguerrando de Marigny y algunos otros consejeros de Felipe “el Hermoso”, y tuvieron varias reuniones con los cardenales franceses. Volvieron junto al rey, y a partir de ese momento fue solamente Enguerrando de Marigny quien mantuvo una mediación constante entre el rey y el Concilio. Las conferencias duraban ya meses, sin que el juicio contra los Templarios avanzara, cuando el 20 de marzo el rey de Francia se presentó con gran séquito en la catedral de Vienne. Dos

días, en sesión consistorial secreta, Clemente V anuló, por la bula que comienza “Vox in excelso”, la Orden del Temple, fundando la decisión en *que los Templarios habían caído en la apostasía de Cristo, en las abominaciones de los idólatras y los sodomitas y en otros errores...*

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

• • •

Por la bula “Ad providem Christi” (2 de mayo de 1312), el Papa repartía los bienes del Temple en beneficio de los Caballeros de la Orden de San Juan (Hospitalarios), exceptuando los situados en los reinos de la Península Ibérica, y entre otras Órdenes de posterior creación que acogieron en su seno a los Templarios que así lo desearon. Inventariar los bienes del Temple resultó una operación muy larga y difícil; el poder real se contentó con cobrarse, bastante generosamente, por cierto, los enormes gastos derivados del proceso. Esta orden papal vino a echar por tierra los planes de Felipe IV de apoderarse de los bienes de los Templarios... No obstante, la disolución de la Orden tampoco le salió tan mal, ya que no sólo evitó el pago de su cuantiosa deuda, sino que, además, sus funcionarios tuvieron tiempo de saquear y vender bastantes posesiones templarias, por lo que sólo entregaron a los Hospitalarios algunas casas abandonadas y terrenos baldíos.

Está demostrado, en nuestros días, que la mayoría de los bienes de la extinta Orden sólo pasaron nominalmente a manos de los Hospitalarios, siendo retenidos por los soberanos o sus seguidores. Por ejemplo, Felipe “el Hermoso” retuvo 200.000 libras que, según afirmaba —con ingenio digno de mejor causa— ésta le adeudaba, y tuvo, además, la caradura de reclamar otras 60.000 en compensación por los gastos que había requerido la administración de las propiedades templarias durante el proceso, así como la custodia y tortura de los prisioneros (cabe, pues, pensar que la profesión de verdugo, no solamente no era denigrante —al menos en Francia—, sino una de las más estimadas y mejor remuneradas). *El historiador florentino Juan Villani, aparte de insistir en que el proceso había sido fraguado por el rey y el propio Clemente V, con el fin de apropiarse de los bienes de la Orden, afirma que los Hospitalarios no debieron recibir gran cosa, ya que éstos debieron soportar estrecheces económicas durante algunos años, refiriéndose —tal vez— a la crisis económica que hubo de soportar esta Orden a partir de 1310, especialmente en los lugares donde las necesidades de la Cruzada eran, obviamente, más acuciantes. Además, aparentando siempre defender la fe, su justicia y su fuerza, Felipe “el Hermoso” pudo vanagloriarse de haber acabado con un Estado dentro de su Estado...*

• • •

Pero aquí no se detuvieron los enemigos del Temple, para que su destrucción fuera completa el “Capeto” debía acabar con sus cabezas visibles... El débil Clemente V acabó cediendo, una vez más; pero eso sí, aparentando obrar con “independencia”, se reservó para sí la potestad de

juzgar a los cuatro máximos mandatarios de la Orden: Jacques de Molay, Hugo de Pairaud, Godofredo de Charnay y Godofredo de Gonneville. El 18 de marzo de 1314 fueron sacados de sus mazmorras y llevados a la explanada que se extendía frente al atrio de Notre-Dame (París). Allí les aguardaba un tribunal de obispos, entre los que se hallaba el de Sens, uno de los más acérrimos enemigos del Temple (Felipe de Marigny). Una gran muchedumbre se había congregado para ver como eran sentenciados aquellos sacrílegos... Las gentes del Medievo prácticamente carecían de distracciones... Sin embargo, cuando vieron aparecer cuatro ancianos decrepitos y maltrechos, confesando —como si de una lección aprendida se tratase— sus abominaciones, las cosas comenzaron a cambiar y los murmullos a correr... Aquello era o podía ser peligroso, Felipe IV conocía muy bien hasta donde era capaz de llegar la plebe engañada y enfurecida... Daba la impresión (y así era, realmente) que los jerarcas del Temple esperaban salir relativamente bien librados del trance con una humillante confesión pública. Pero cuando oyeron que su condena era la de “cadena perpetua”, de Molay comenzó a gritar afirmando que se tenía más que merecida la hoguera por haber mentido sobre la Orden, que ésta jamás había atentado contra la religión y que si había declarado toda aquella sarta de embustes y despropósitos, era para librarse de los tormentos que a él y a los suyos infringían los sicarios del rey y del Pontífice. Alejandro Dumas, dotado de gran imaginación, como lo demuestra su extensa producción literaria, aún cuando el rigor histórico de ciertas obras debe ser puesto en algo más que una razonable duda, pone este discurso en boca del “Gran Maestre”:

—Justo es que en estos últimos momentos de mi vida proclame la verdad. Declaro por lo tanto, ante Dios y ante los hombres, que, para mi eterno baldón, he cometido en efecto los mayores crímenes, pero fue solamente cuando reconocí y confesé aquellos que una malevolencia negrísima ha imputado a nuestra Orden: afirmo, como la verdad me obliga a verificarlo, que la Orden es inocente. Si una vez declaré lo contrario, lo hice solamente para suspender los crueles estragos del tormento, y para obtener la clemencia de mis atormentadores. Sé el castigo que me aguarda por las palabras que estoy diciendo; pero el espantoso espectáculo que se me ha presentado con la muerte de muchos de mis hermanos, no me inducirá otra vez a confirmar mi primera mentira con otra; la vida que se me ofrece con tan infame condición, la abandonaré sin sentimiento.

Los Caballeros Templarios, Alejandro Dumas

Los otros tres altos cargos, se pusieron de su parte, ratificando las palabras de Jacques de Molay y denunciando a Felipe y a Clemente. Las gentes allí congregadas se encolerizaron y se hubieran abalanzado sobre el estrado —en el que se hallaban obispos y cardenales— de no ser por la enérgica intervención de la Guardia Real.

• • •

En efecto, la suerte estaba echada. Acto seguido fueron declarados relapsos (reincidentes y contumaces) por el cardenal Albano, presidente del Tribunal, y entregados al brazo secular,

lo cual, en esta clase de procesos, significaba ser arrojados al fuego. *Se dice —extremo no confirmado por la Historia—, que al ser pronunciada la terrible sentencia, de Molay se dirigió a sus jueces gritando: “¡Los cuerpos son del rey de Francia, pero las almas son de Dios!”*

La soldadesca se apoderó de los jerarcas del Temple y, viendo como habían reaccionado los parisinos, el monarca decidió zanjar la cuestión de una vez por todas... Al anoecer, fueron conducidos a una pequeña isla del Sena llamada “Isla de Bouviern” o “Isla de los Judíos”, posteriormente unida a la ciudad, y actualmente denominada “Plaza del Verde Galante”, situada entre los jardines reales y la iglesia de los Hermanos Ermitaños de San Agustín, donde habían sido dispuestas las correspondientes piras. Gracias al testimonio de un testigo presencial, Godofredo de Paris, se conoce bastante bien lo ocurrido aquella terrible noche. El “Gran Maestre” y los demás, que parecían sentirse aliviados, se dejaron atar a los postes y pese que debían ser quemados “a fuego lento” soportaron tan espantoso martirio con entereza y dignidad, protestando hasta su último suspiro la inocencia de su Orden. La bárbara ejecución excitó en grado extraordinario la piedad y admiración del pueblo... *Al fin y al cabo, las masas siempre han sido y serán cambiantes... alzan y derriban ídolos, y vuelven a alzarlos o a derribarlos, según conveniencia o dictado...* Se viene afirmando también —extremos no confirmado—, que en el momento de encender las hogueras, de Molay volvió su rostro hacia el palacio real, gritando con voz clara y potente: *¡Clemente V, Papa, yo os emplazo ante el tribunal de Dios en cuarenta días, y a vos, rey Felipe antes de un año...* Según otras versiones, aparte del malestar que causaron estos acontecimientos, la única protesta vino de los Agustinos, un tanto molestos por haber situado tan próximas las hogueras a su iglesia, sin aviso previo...

• • •

En Inglaterra, los Templarios fueron arrestados a principios de 1308; desde luego recibieron mucho mejor trato, y los casos de tortura —si los hubo—, debieron constituir excepciones, y todo ello, pese a que en el país reinaba un yerno del monarca “Capeto”, personaje que no era, por cierto, un dechado de virtudes. Sometidos a duros interrogatorios, en su inmensa mayoría rechazaron enérgicamente las acusaciones, y sólo los Dominicos, y no tanto los Franciscanos —tradicionales adversarios del Temple en aquel reino—, declararon en su contra; de hecho, muchos conventos les abrieron sus puertas. De cualquier manera, la Orden fue disuelta y confiscados sus bienes, en beneficio de la Corona, de la Iglesia o de los Hospitalarios (que tanto se habían distinguido en las Cruzadas).

Sin embargo, observa agudamente Alejandro Vignati: “La Orden en sí no fue ni entonces ni nunca declarada culpable; y una tercera bula, «Considerantes dudum», precisaba que la abolición de la Orden se había hecho por vía de providencia apostólica, sin que ello importara una sentencia definitiva.” En cuanto a las personas, propiamente dichas, quedaron a disposición de las sentencias emanadas por los Concilios provinciales

para que éstos procedieran según la condición de cada individuo, y según aconsejase su criterio, pero... *templando el rigor de la justicia con gran piedad* (lo que de por sí, ya es bastante significativo), *procediendo sólo con rigor contra impenitentes y relapsos*. Los Concilios reunidos en Londres, Maguncia, Chipre, Treveris, Messina o Bolonia (entre otros), los exoneraron de las acusaciones o, al menos, los absolvieron por falta de pruebas.

• • •

Las crónicas de la época, no dicen gran cosa sobre la suerte corrida por tantos miles de miembros del Temple, presos o escondidos, ni sobre el proceso de su sentencia, y un gran silencio histórico, a modo de pesada losa, cae sobre el tema una vez decidido el destino de la Orden. Las comisiones episcopales siguieron sus procesos a los que habían sobrevivido a las persecuciones: unos fueron absueltos, y otros recibieron diversas sentencias, desde algunas muy benignas, hasta la de cadena perpetua... Los que quedaron libres tuvieron, al menos por algunos años, un porvenir muy poco halagüeño, ya que no poseían bienes por haberlos entregado a la Orden cuando ingresaron. Los que no fueron mantenidos por sus familiares, se vieron obligados a vagar por esos mundos, ganándose la vida como podían. *Algunos convivieron juntos, de manera clandestina y la imaginación popular ha venido sosteniendo que fueron transmitiendo a discípulos y continuadores, en la sombra, generación tras generación, sus conocimientos adquiridos en Oriente, guardados con hermetismo y que podrían haber llegado, y —tal vez— llegaron a nuestros días...*

• • •

En la Península Ibérica, donde más persecuciones sufrieron, confiscación total de bienes incluida, fue en Navarra (reino bastante vinculado a la política francesa). El rey Sancho I de Mallorca aceptó entregar a la Santa Sede los bienes de los Templarios a cambio de una sustanciosa cifra y de una moderada renta anual (en realidad, las riquezas del Temple en aquel reino no eran muy elevadas), con la condición de que los Hospitalarios se comprometiesen al cumplimiento de los deberes militares a que estaban sujetos los Templarios.

El aragonés Jaime II exigiría al monarca francés una detallada información de las acusaciones formuladas contra la Orden, y aunque ésta gozaba de gran poder y enorme prestigio en este reino (no creemos necesario recordar sus numerosas intervenciones bélicas en pro de la Reconquista), acabó por ceder a las presiones de aquél, disponiendo la prisión y confiscación de sus bienes (diciembre de 1307), posiblemente para poder disponer de sus riquezas antes de que la justicia eclesiástica se pronunciasse sobre su destino. Luego, prudentemente, encomendó a la Inquisición y a los obispos de Valencia y Zaragoza que iniciasen un proceso.

Ni que decir tiene que los Templarios españoles y portugueses, más curtidos en la lucha que sus hermanos franceses y conociendo lo sucedido en Francia, se dispusieron a ofrecer

algo más que una simbólica resistencia, pese a que el monarca aragonés preventivamente se había apoderado de algunas fortalezas, como la de Peñíscola (Castellón), y había hecho encarcelar a destacados miembros de la Orden como medida disuasoria, y se hicieron fuertes en algunos de sus castillos, donde buenamente pudieron guarecerse o creyeron más aptos para la defensa, y en los que se sostuvieron bastante tiempo; tanto en Aragón como en Castilla, rindiéndose sólo por falta de recursos o ante la consideración de la imposibilidad de proseguir la resistencia. En ocasiones sus fortalezas fueron tomadas por asalto y muertos todos sus defensores en injustificadas matanzas, como sucedió en Jerez de los Caballeros (Badajoz). *Cabe el honor a los escasísimos defensores del castillo de Alba de Aliste (Zamora), que resistió hasta 1310, de no caer ni capitular, salvo cuando conocieron que un Concilio reunido en Salamanca les había declarado inocentes.*

Sin embargo, la situación de los Templarios de los reinos peninsulares, con la excepción de Portugal —que junto con Castilla y León, formaban una sola provincia templaria—, en donde apenas tuvieron problemas, ya que para ellos, nada o casi nada cambió, siguió siendo comprometida. Se reunió un Tribunal de Información en Medina del Campo (Valladolid), sin perjuicio del citado Concilio salmantino, que les declaró inocentes, al no poder probar los cargos que se les imputaban. “Pero la furia antitemplaria —observa Malcolm Barber— desatada desde París tendría incluso dentro de este marco sus directos efectos.” En todo caso —por aquello de que “a nadie le amarga un dulce”—, en la Castilla de Fernando IV, que pasaría a la Historia con el mote de “el Emplazado”, sería la Corona la principal beneficiaria del expolio del Temple. El monarca se apoderó de todos sus bienes —dieciocho ciudades importantes y extensas propiedades—, cediendo una pequeña parte de éstos a las Órdenes Militares de Santiago y Calatrava.

El 4 de noviembre de 1312 se reunió el Concilio de Tarragona, que coincidió con el de Salamanca, por lo que emitió un veredicto de inocencia. Tras permanecer algún tiempo en la clandestinidad o en el cautiverio, se permitió a los miembros del Temple volver a la “vida normal” (en lo que cabía), aún cuando éste desapareció para siempre.

• • •

Es preciso reconocer que ni aún cuando se esgrimieron las armas y se derramó abundante sangre, los Templarios ibéricos no fueron perseguidos ni torturados; y aún encarcelados, su situación era relativamente soportable, y que nunca se encarnizó nadie con ellos como en Francia. Ciertamente es que no faltaron algunas matanzas, en Castilla y Aragón —tal vez exageradas por la leyenda o intencionadamente deformadas—. Pero no lo es menos que en determinados lugares, y desafiando ejemplares escarmientos, como en el caso de Castellote (Teruel), la gente del pueblo les ayudó, como pudo, a defender su castillo... Habían sido buenos amos, y aunque habían caído en desgracia se resistían a colaborar con los nuevos señores...

—En suma, santos padres —concluyó el montañés [personaje que había combatido a los Templarios con las armas]—, si las buenas obras cohechan, yo me doy por cohechado aquí y para delante de Dios, porque, a decir verdad, tan presa dejaron mi voluntad con ellas estos buenos caballeros, que cuando oí decir que al cabo los llevaban presos, acordándome de las mentiras del conde de Lemos y temiendo no les sucediese lo que en Francia, me fui corriendo a Ponferrada, y allí le dije al comendador que yo lo ocultaría en Cabrera y aun lo defendería de todo el mundo. Yo no sé si hice bien o mal, pero es seguro que volvería a hacerlo siempre, porque él me salvó la vida dos veces, y como decía mi padre, que de Dios goce, “el que no es agradecido no es bien nacido”.

—Señor de Bembibre —dijo entonces el inquisidor general volviéndose a don Álvaro—, aunque nuevo en esta tierra, no me es desconocida la fama de hidalguería y valor que en ella gozáis. Decid, pues, bajo vuestra fe y palabra si es verdadera la declaración de Andrade.

—Por mi honor juro que la verdad ha hablado por su boca —contó el joven poniendo la mano sobre el corazón—. Sólo una cosa se le ha olvidado al buen Cosme, y es que también se entendía conmigo, sin haberme conocido, la noble hospitalidad que ofreció al comendador Saldaña.

—Ya, ya —repuso el montañés casi avergonzado—; bueno sería que lo poco bueno que uno hace lo fuese a pregonar a son de trompeta, y luego, que cuando disteis aquel repelón a nuestro campo en Cornatel, ni siquiera hicisteis un rasguño a ninguno de los míos [efectivamente, los Caballeros Templarios, rodearon a los montañeses, que les asediaban, y fácilmente hubieran podido exterminarles, y en su derecho, además]; y después, a los que curaron de sus heridas los regalasteis con tanta largueza como si fuerais un emperador. Para acabar de una vez, padres santos —continuó dirigiéndose al concilio con tanto respeto como desembarazo—, si dudáis de cuanto llevo dicho, venga aquí la Cabrera entera, y ella lo confirmará...”

El Señor de Bembibre, Enrique Gil y Cartasco

En todo caso, “diseminados y perseguidos —insiste Malcolm Barber— por las autoridades, pero en ocasiones protegidos por la población, los antiguos Caballeros Templarios deberán esperar casi veinte años en la oscuridad. Solamente en 1331 el Papa Juan XXII les permitirá pasar a integrarse en las Órdenes recientemente creadas...”. Pudieron, si lo deseaban, ingresar en las ya existentes; así los Caballeros Teutónicos aceptaron sin reservas a todos los antiguos Templarios de origen alemán.

• • •

En todo caso, existió un móvil por encima del miedo a la prisión, a la tortura o a la muerte; el Templario estaba, desde su ingreso en la Orden, dispuesto a dar la vida por su causa y consideraba sumamente honroso dar la vida en combate. Los propios musulmanes no siempre perdían el tiempo ni se denigraban torturando a los que hacían prisioneros; salvo excepciones, se limitaban a degollarles —siguiendo una manera ritual, y lo menos dolorosa posible—, lo que en cierto modo significaba un inequívoco testimonio de respeto hacia estos Caballeros...

Los Templarios de la Península Ibérica prefirieron, a diferencia de sus Hermanos europeos, la resistencia a ultranza *para demostrar que eran hombres de honor y muy limpios*

de cualquier culpa... En cuanto a la pasiva y resignada actitud de los de Francia, no podemos dar mejor explicación que la de A. Dermurger: "...se puede ser un héroe en los muros tambaleantes de los últimos bastiones de Tierra Santa y no serlo sobre el potro de los verdugos de Nogaret. Sobre todo si, además, se tiene la vaga conciencia de que el ideal por el que se lucha se ha desmoronado."

• • •

Al igual que en Francia hubo algún Judas también entre los Templarios españoles... Se trataba de un tal Jaime Garrigans, comendador de una pequeña fortaleza situada al sur de la ciudad de Lérida, que en agosto de 1308 se apoderó de ciertos documentos muy confidenciales de la Orden, marchando a Valencia, donde se hallaba Jaime II de Aragón, para entregárselos y ofrecerse para ejercer de espía, todo ello a cambio del perdón del rey, pues daba por seguro que los Templarios de Aragón no tendrían mejor suerte que los de Francia. Sin embargo, cuando regresó a su castillo la traición había sido descubierta y sólo salvó la vida merced a los buenos oficios y autoridad moral del comendador de Masdeu (Rosellón), Ramón Saguardía, que se conformó con hacerlo expulsar de manera deshonrosa de la Orden.

• • •

Poco después de la desaparición del Temple, Jaime II solicitó de la Santa Sede la creación de una nueva Orden Militar que recogiese el espíritu de la que acababa de desaparecer... una Orden compuesta por corruptos y carente de finalidad... *Resulta un tanto "curioso"*... En 1317, mediante la bula "Ad fructus uberis" de Juan XXII, se fundaba la Orden de Santa María de Montesa para luchar contra los musulmanes en los territorios fronterizos del reino de Valencia. Le fueron asignados algunos bienes que habían poseído los Templarios, entre ellos la villa y castillo de Montesa (Valencia). La nueva Orden estuvo sujeta a la de Calatrava —que también recibió parte del patrimonio templario— y era inspeccionada por los visitadores de ésta y por los abades del Monasterio de Santes Creus o de Valldigna (Tarragona y Valencia respectivamente), mientras que los Pontífices se reservaban la elección del "Maestre". La Orden, que acogió a muchos antiguos Templarios, pasó por diversas vicisitudes hasta 1578, fecha en que el Maestrazgo fue incorporado por Felipe II a la Corona.

En Portugal, bajo el reinado de Dionís I, "el Liberal", sus miembros y bienes pasaron a la Orden de Cristo, fundada en 1319, y el castillo de Tomar siguió siendo la cabeza de la nueva Orden; en realidad, salvo el cambio de nombre y directa dependencia de la Corona, allí no hubo ni violencias ni traumas y la nueva Milicia jugaría un papel muy digno de mención en la futura historia del país.

SIN EMBARGO...

Antes de considerar si los Templarios fueron culpables o inocentes, hagamos nuestra la amarga reflexión de Alejandro Vignati: “Al abandonar Oriente, los Templarios que dejaron su verdadero suelo patrio, como Anteo, iban a sucumbir por haber abandonado el suelo original, fundamento de su fortaleza.”

La historia suele dividir la Edad Media en dos mitades: “la alta y la baja”. La primera es la más antigua. Quienes inventaron estos términos no sospechaban quizá qué significado profundo, casi de índole moral, podrían tener los dos. Con un poco de espíritu consecuente y simbólico podemos afirmar que en la “alta” Edad Media predomina la cruzada del ideal, el gótico y el Santo Sepulcro. En la “baja” predomina lo bajuno: escepticismo, escolástica que degenera en charlatanería sofisticada, más cultura y menos fe. La política se descompone; la Cruzada se atrofia. *Los Templarios, como botón de muestra, se han convertido de héroes en banqueros y terratenientes. El rey de Francia les debe quinientas mil libras...*

...En estos tiempos de terremoto espiritual en toda Europa la caída de los Templarios no es más que un episodio. Un edificio más que se derrumba. Pero su ruidoso proceso ha dado lugar a enconadas polémicas, de las que no salió bien parada la figura del Papa —un hombre personalmente débil— y menos la del rey —que tenía, con el debido respeto, pésimos antecedentes—. La cuestión es grave. *En estas líneas quisiéramos hacer estricta justicia, y para ello no debe olvidarse que si los Templarios no son inatacables, tampoco lo fue Felipe IV de Francia, “uno de los gobernantes más violentos, maquiavélicos y duros de la historia...”*

...Esta prisa en destruir a una Orden religiosa, esta prontitud agresiva, es un hecho histórico que demuestra que Felipe IV estaba personalmente interesado en la caída del Temple. Sin embargo, no debe ser tomada como una prueba en favor de la inocencia absoluta de los Templarios. Algo más sucedía: *la Orden necesitaba una reforma, hecha indispensable por sus desórdenes interiores, y en la que se pensaba ya desde los tiempos de San Luis, hacía casi un siglo. “Estas circunstancias facilitaron al rey los mortales golpes que se proponía dar...”*¹

Enigmas de la historia, Jeremy Taylor Woots

• • •

...Unos pocos autores modernos creen en la culpabilidad de la Orden, pero la mayoría sabe muy bien que la tortura y el encarcelamiento prolongado pueden forzar confesiones. Además, las acusaciones de corrupción generalizada, que se remontan a menos de mediados de siglo y quizá más allá, sobrepasan la credibilidad de la mayoría de los observadores. *Parece en efecto,*

1 Los textos en cursiva son nuestros

imposible que las prácticas heréticas hayan podido permanecer ocultas durante tanto tiempo, en especial en el siglo XIII, cuando se hicieron intentos concretos para desarraigar la herejía...¹

Selección de Textos de Malcolm Barber

“Cuanto más se examina la abundante cantidad de confesiones —recuerda el autor de *El enigma de los Templarios*—, más se reconoce que carecen de valor, impresión que queda confirmada por el hecho de que la acusación no puede obtener en modo alguno un testimonio abrumador sin recurrir a los métodos inquisitoriales”, tal como dice el historiador norteamericano Henry C. Lea. Y añade muy juiciosamente: “Si millares de hombres tuvieron que abjurar de su fe en contra de su voluntad, y, bajo el yugo del terror hubieron de guardar un horrible secreto, el arresto habría sido para ellos una liberación; todos se afanarían por descargar su conciencia y por solicitar su reconciliación con la Iglesia... *Lo que se impone en la conciencia del historiador no es un veredicto de duda, sino una sentencia de inculpabilidad.*”²

• • •

...Por otro lado, la dirección propugnada por los reformadores, es decir, la de la fusión de Hospitalarios y Templarios, no habría sido propuesta si hubiera existido la más mínima sugerencia de que los Templarios tenían algo que ver con herejías. No obstante, las declaraciones de algunos Templarios son muy gráficas, y esto replantea dudas de vez en cuando...

...La Orden del Temple fue suprimida en 1312, y su último “Gran Maestro”, ejecutado en 1314. *Sin embargo, el mito de la Orden sobrevivió... Algunas personas gustan de pensar que el Temple sobrevivió, después de 1314, como sociedad secreta, y que Molay habría entregado sus poderes y secretos a cierto caballero justo antes de morir.*

En el siglo XVIII se afirmaba que la francmasonería tuvo acceso a estos secretos, y que era la descendiente directa del Temple...³

Selección de Textos de Malcolm Barber

• • •

La realidad es —intentamos dejar las cosas en su justo medio— que ni los Templarios (seres humanos, al fin y al cabo, con virtudes y defectos) fueron el modelo de cualidades descrito por Bernardo de Claraval y otros apologistas de la Orden. Pero lo que jamás fueron, en modo alguno, los seres depravados y sacrílegos pintados por Felipe “el Hermoso”, sus legistas y sus jueces...

Independientemente de la culpabilidad o inocencia de los Templarios, ya fuera como individuos o colectividad, no podemos sustraernos de reproducir un sutil comentario del Profesor de Oxford, Taylor Woots: *Los Templarios habían sido ahorcados, ajusticiados, según muchos; pero lo fueron en un árbol al que por sus malos frutos se lo conoce.*

DIES IRAE

Lo cierto, lo curiosamente cierto, es que el 20 de abril de 1314, Clemente V moría en el castillo provenzal de Roquemaure, sobre el valle del Ródano, víctima de una nefritis contra la que nada pudieron los mejores médicos, mandados a buscar a toda prisa... *¡treinta y tres días después de la cruel ejecución de Jacques de Molay...!* Una estatua de este débil y poco brillante personaje fue instalada en el pórtico de la catedral de Burdeos (Aquitania)... *Poco después aparecía con la mano derecha cercenada, castigo reservado antiguamente al parricida...*

• • •

Felipe “el Hermoso” moría el 29 de noviembre de aquel año, tras quince días de terrible agonía y parálisis total, no habiendo sido posible —hasta el día de hoy— establecer cumplidamente las causas de su fallecimiento; para unos resultado de una caída del caballo al ser embestido por un enorme y enfurecido jabalí, y para otros, consecuencia de una apoplejía, y dados los turbulentos tiempos que corrían llegó a hablarse incluso de veneno... En España, ya le había precedido —en extrañísimas circunstancias—, el 7 de septiembre de 1312, el monarca Fernando IV de Castilla y León, que pasó a la historia como “el Emplazado” (al parecer, había dictado una sentencia injusta, y sus víctimas habrían apelado al Tribunal de Dios), y que en todo caso se benefició, en mucho, con el expolio de los bienes del Temple...

• • •

El intrigante y resentido Esquieu de Floryano (antiguo miembro de la Orden), que recorría los países de la Cristiandad contando a todo aquel que le arrojase un puñado de monedas las supuestas aberraciones del Temple... de las que, sin duda, él estaba limpio, acabó convirtiéndose en una especie de “genio malo” del rey Felipe, *y ya se sabe lo que antes o después ocurre con los “genios malos”*... Aquel mismo año de 1314 fue cosido a puñaladas en un altercado callejero (quien sabe si no fue todo simulado), la justicia no pareció esforzarse gran cosa en esclarecer los hechos; era un indeseable, movido por afán egoísta

y despreciado por todos... Ya lo dijo Calderón de la Barca en su inmortal obra *La vida es sueño*: "...el traidor no es menester, siendo la traición pasada..."

No tuvieron mejor final, ni el confidente florentino Deghi, ni los Templarios renegados, Bernardo Pelet y Gerardo de Laverna, que formularon gravísimas acusaciones contra sus Hermanos, ya que —en poco tiempo— los tres perecieron ahorcados; el primero, por la comisión de una estafa (no la única), y, los segundos, por incurrir en gravísimos delitos comunes...

• • •

Guillermo de Nogaret, el Canciller real, que había dirigido personalmente numerosas iniquidades en nombre de su egoísta y torvo soberano, cayó aquel año en su desgracia, y abandonado por todos, murió miserablemente en medio de la general repulsa... Enguerrando de Marigny, otros de los favoritos del rey Felipe, privado —por la muerte de su real amo— de la protección dispensada, que le había colocado en situación de medrar y desafiar la animosidad de sus rivales, vióse envuelto en una oscura conspiración, al frente de la cual figuraba incluso un tío del nuevo monarca, Luis X, el conde de Valois; dando con sus huesos en una prisión. Allí se le atormentó, con inusitado refinamiento, para obligarle a declarar el papel que había tenido en una conspiración en la que, al parecer, poco o nada había tenido que ver, por lo cual resultó imposible arrancarle la confesión exigida...

Finalmente fue acusado de hechicería... ¡ironías del destino...!, y el 30 de abril de 1315 quemado en Montfaucon, nombre de ingrato recuerdo para los Templarios... Su hermano, Felipe, obispo de Sens y pugnaz adversario del Temple, tuvo más suerte... sólo cayó en desgracia...

• • •

No tuvieron mejor fin otros de los que habían contribuido a la destrucción de la Orden, bien por el puesto que desempeñaban, bien por motivos mercenarios o por la más absurda intransigencia...

Jaime Garrigans, el traidor español —no fue el único—, no pareciéndole bastante haber logrado salvar la vida, y debiendo haberse ido lejos del teatro de los hechos y vivir con suma discreción, se instaló en Miravet (Tarragona). El 10 de octubre de 1308 dirigió una petición a Jaime II, atreviéndose a recordarle los "servicios prestados" y solicitándole sus "treinta monedas" en forma de pingüe pensión vitalicia...; pero temiendo se tratase de una trampa y que en realidad el renegado fuera un "agente doble", Jaime II ordenó su detención y encadenado, fue arrojado de por vida a una mazmorra, donde acabó de manera

miserable... Al parecer, tuvo muchos años para recordar aquella antigua frase de: *Roma no paga a traidores...*

• • •

A la muerte de Felipe IV, la monarquía francesa estaba (así lo parecía) sólidamente establecida. El poder del monarca era incontestable en el interior del reino. *Pero... bastarían quince años para arruinar los esfuerzos de un siglo...*

Ya en vida de Felipe “el Hermoso”, el escándalo había estallado en la corte francesa. Las tres nueras del soberano fueron acusadas y convictas de adulterio, y éste fue implacable: ejecutó, mediante atroces suplicios a sus cómplices y “celestinos”, e hizo rapar a las más culpables: Margarita y Juana de Borgoña, arrojándolas a un lóbrego calabozo por el resto de sus días, aunque con el tiempo sus esposos suavizarían tan terrible castigo... En cuanto a los tres hijos y sucesores del “Capeto”, Luis X, Felipe V y Carlos IV, ninguno dejó descendiente varón... Por primera vez desde Hugo Capeto (finales del siglo X), el cielo negaba su ayuda a esta monarquía, a esta dinastía triunfante: no había heredero, y los candidatos al trono de Francia acudieron en tropel... *Esta situación daría origen a la “guerra de los cien años”.*



AL LECTOR

“La Orden del Temple —escribe Jesús Ávila Granados— ha estado siempre envuelta en un misterio y todavía hoy —ocho siglos después— es uno de los grandes enigmas de la Edad Media.

”Da gloria, no para nosotros, Señor, no para nosotros sino para tu nombre...”, esta fue la divisa de los Caballeros Templarios. Unos hombres que persistieron en la conquista de Jerusalén y la posesión del Santo Sepulcro por encima de sus intereses y de su seguridad. Monjes pero soldados, héroes pero contables, mártires pero colonos, Quijotes de Cristo por la desmesura de sus sueños...”

• • •

La leyenda envuelve a los Templarios, una leyenda acuñada en hechos históricos trascendentes, en la asombrosa visión de un mundo nuevo que tuvieron los grandes guías de la Hermandad. Los Templarios fueron una Orden Militar anticipada en todo a su época. Militantes antes que los jesuitas de San Ignacio; navegantes antes que Colón; conquistadores antes que Cortés y Pizarro; negociantes antes que los Dux de Venecia; pacifistas, predicadores de la tolerancia religiosa antes que Enrique IV; políticos federalistas antes que Carlos V; financieros y banqueros antes que los Médici...”

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

¿Cuáles fueron los fines de aquella Orden...? Evidentemente fueron más allá de su papel de monjes-soldados, y lo hicieron precisamente porque no deseaban ventilar las diferencias de credo y concepciones filosóficas en los campos de batalla, aunque fueran excelentes guerreros. El contacto con otras culturas, tal vez más estrecho de lo que se cree generalmente, les hizo reparar en que existen más cosas que unen a los hombres que los separan... *Quijotes de Cristo por lo desmesurado de sus sueños*, persiguieron un imposible como fin último de sus actividades, la revitalización del concepto de Imperio: un Occidente y un Oriente Islámico, integrados por una federación de Estados autónomos, bajo la dirección de dos jefes supremos, uno para los asuntos políticos y otro para los espirituales (idea, por otra parte, nada nueva y con antiguos precedentes)... Esta federación habría de ser la consumación de un proceso voluntario, conseguido —si se quiere— a costa de grandes sacrificios, pero nunca con ánimo de poder y lucro, ni mucho

menos impuesto a la fuerza. El Temple defendió la reconciliación de las grandes religiones (¿tal vez buscaba alcanzar una especie de sincretismo...?), abogando por la creación de un doble Consejo de Estados y de Iglesias (más bien de las diversas confesiones)... Y ellos, serían los garantes del proceso, al menos en su fase de transición, oponiéndose a los abusos de los poderes políticos y económicos...

Aquella utopía, irrealizable aún en nuestros días, más que su poder, con ser mucho, más que sus riquezas, con ser grandes, más que sus saberes ocultos, que debieron ser considerables, constituyó el motivo que precipitara su infortunio... “Lo que el rey [Felipe IV de Francia] y un Papa [Clemente V] se esforzaron en enterrar bajo las cenizas de las hogueras —llega a afirmar el investigador y esoterista Saint Yves—, era la posibilidad de una revolución política y el plan, todavía en germen, de una reforma religiosa y social.”

• • •

En los países de Europa Occidental (salvo Francia, naturalmente), jamás pudo probarse el cúmulo de acusaciones formuladas contra la Orden; aún así, con la excepción de Portugal, sus bienes fueron confiscados, y todas las bibliotecas y documentos de las casas matrices y encomiendas incautados por los reyes o por la Iglesia, con su riquísimo contenido —que hoy hubiera revestido inapreciable valor—, borrando así dos siglos de la historia templaria, con sus logros y fracasos, sus triunfos y derrotas, lo pasivo y lo negativo, que de todo hay en tan larga andadura... “no hay camino, se hace camino al andar...”.

“La historia de una Orden, el Temple, que por intereses políticos y económicos —concluye Jesús Ávila Granados— de una época, se ha visto siempre falseada y sus componentes, los Templarios condenados al peor de los castigos: la falta de un auténtico conocimiento de su historia, de su creación, de su evolución y de sus logros...”

*Misterio
de los templarios*

*a Fernando Gómez Altable
y Matilde del Val Hernández*

AL LECTOR

“La orden del Temple —escribe Jesús Ávila Granados— ha estado siempre envuelta en misterios y todavía hoy —ocho siglos después— es uno de los grandes enigmas de la Edad Media.

“Da gloria, no para nosotros, señor, no para nosotros sino para tu nombre... esta fue la divisa de los Caballeros Templarios. Unos hombres que persistieron en la conquista de Jerusalén y la posesión del Santo Sepulcro por encima de sus intereses y de sus seguridad. Monjes pero soldados, héroes pero contables, mártires pero colonos, Quijotes de Cristo por la desmesura de sus sueños...”

La Orden del Temple (más bien la de los Pobres Compañeros de Cristo), fue modelo de caballeros para su época, en la que ya se advertían los primeros síntomas de crisis en esta Institución, y ajustada a un tipo de religiosidad heroica difícilmente concebible hoy día; en todo momento, siempre presidida por sus severas Reglas y su estricta disciplina interna, *que hacían del Temple un ejemplo de rectitud ajena a todo relajamiento...* Procuró, otra cosa es que no pudiese conseguirlo, mantenerse al margen de las rencillas entre europeos, que la mayor parte de las veces, no tenían otro origen que la ambición y el ansia de dominio. Siempre estuvo alejada de prácticas de licencioso o negativo esparcimiento, impropias de una caballería heroica o metafísica, que en absoluto fue acreedora de los reproches y persecuciones que padeció en las postrimerías de su historia.

“...Creación singular de las cruzadas, tenían por común tarea —resume Cesare Cantú—, acoger y amparar a los peregrinos, en los mismos lugares donde los demás monjes suspendían cilicios, lámparas e imágenes de santos, colgaban ellos armaduras y estandartes arrebatados al enemigo; sus monasterios se convirtieron en fortaleza, y los maitines eran la trompeta que los llevaba para ir a atacar a los infieles. *Valientes y generosos, eran a la vez una cruzada permanente y un dechado de virtudes caballerescas...* Era un consuelo para los peregrinos que temían a cada paso el ataque del árabe o del turco, descubrir el manto de los Templarios o de los Hospitalarios...”

“...Su fama era grande en toda Europa, no había ciudad ni castillo que no enviara dinero y víveres a estos piadosos guerreros, todo el que expiraba se creía en el deber de

legarles algo... Así afluyeron tantas riquezas en sus manos que en breve figuraron como los mayores propietarios de Europa..."

Los Templarios trataron y estuvieron próximos a conseguirlo, de buscar un "nuevo orden", y a ello se afanaron con todas sus fuerzas. Además es preciso y justo reconocer que fueron los mejores cruzados en Tierra Santa (sin menoscabo de otras Órdenes), desde los inicios hasta el final de aquel fenómeno tan entusiasta como sorprendente, y que aunque inicialmente muy pocos de ellos sabían leer o escribir —algo bastante normal entre la nobleza de la época—, con el tiempo accedieron a una sabiduría superior, gracias a sus contactos con las otras religiones monoteístas, lamentablemente, hoy perdida, en su mayor parte, y que supieron asimilar a su personalidad occidental y merced también a los flujos de la tradición indoeuropea, que de una u otra manera penetraban en la cuidada y respetada intimidad de la Orden y en todo el orbe cristiano-medieval. *Todo esto y más quedó en su historia, en sus documentos, aunque muchos fueron destruidos o desaparecieron, y en numerosos vestigios y obras arquitectónicas que los Templarios dejaron a su paso por el espacio y tiempo occidental.*

Quisieron alterar el orden establecido por la Iglesia y el Imperio en la Edad Media y perdieron la partida, aunque estuvieron a punto de conseguir sus propósitos. Se propusieron crear un "orden nuevo" para la sociedad de su tiempo y hasta pusieron en marcha los mecanismos que les habrían llevado al logro de su propósito. Y, lo que es más que curioso: parece ser que nadie en su tiempo llegó a darse cuenta cabal de aquellas intenciones, al menos en su totalidad. Y así fueron apresados, procesados, disueltos y condenados sin que en las actas procesales figure esa concreta y precisa acusación, aunque el hecho de que figurasen otras que eran absolutamente ajenas a la realidad templaria hacen pensar que, en realidad, se prefirió condenarles basándose en falsedades manifiestas antes de juzgarles por evidencias que podría haber sido peligrosas descubrir...

...Ni en su tiempo ni en tiempos posteriores se les juzgó con ese mínimo de objetividad con que deben tomarse los hechos y las personas. Y que el interés por la Orden traspasó ampliamente los umbrales del tiempo y que al contrario de lo que sucedió con otras tantas circunstancias y acontecimientos históricos y con otras muchas instituciones, siguió levantando polémicas que indican, significativamente, que algo muy especial en los Templarios despertaba pasiones como las que testimoniaba aquel grito que dicen que se escuchó junto a la guillotina cuando cayó en 1792 la cabeza de Luis XVI de Francia: *¡Ya estás vengado, Jacques de Molay!*

Los secretos Templarios, Juan García Atienz

Con el Orden del Temple desapareció —como si todo ello estuviera previsto— el "gran tesoro Templario" —que por fuerza, no estaría compuesto por oro, plata, piedras preciosas u otros bienes materiales—, y que podría tratarse de un compendio de sabiduría y conocimientos que hubiera podido iluminar al mundo.

Sabemos que, con el tiempo, los Templarios (más bien la Orden) llegaron a poseer una riqueza y un poder que jamás hubieran sospechado sus fundadores, que ni siquiera tenían casa; riqueza y poder que se extendía por todos los lugares de la Europa Occidental, incluso por los mares, pero que jamás supusieron un instrumento de desorientación en la persecución de su utopía... Pero que despertaron el recelo y la envidia del monarca francés Felipe IV "el Hermoso" y, en sus innobles afanes codiciosos, contaría con la valiosa ayuda de un Pontífice sin voluntad, Clemente V...

A los Templarios se les formularon numerosos y graves cargos, desde la hechicería, pasando por la idolatría; sin embargo, ninguna de tales acriminaciones pudo probarse verazmente.

TEMPLARIOS Y COMPAÑEROS

El origen de la “Orden del Temple” parece estar relacionado históricamente con la recuperación, del “Arca de la Alianza”, o al menos, tentativas de ello, ya que contenía determinadas reliquias “...Después de segundo velo, otra estancia del tabernáculo, que se llamaba el Santo de los Santos, en el que estaba el altar de oro de los perfumes y el «Arca de la Alianza», cubierta toda ella de oro, y en ella un vaso de oro que contenía el maná, la vara de Aarón, que había reverdecido, y las «Tablas de la Alianza» («Tablas de la Ley»)...” (Hebreos, 9 — 3/4). Este texto viene a coincidir con las descripciones de los libros atribuidos a Moisés (Exodo, Números y Deuteronomio), aunque presente cierta contradicción con el Libro I de los Reyes: “...No había en el Arca ninguna otra cosa más que las dos tablas de piedra que Moisés depositó en Horeb cuando Yavé hizo alianza con los hijos de Israel a su salida de Egipto...” (8-9).

Aparte de la mencionada “Arca de la Alianza”, que se creía —ignoramos con qué fundamento— se hallaba escondida en alguna cámara o pasadizo, situado en el subsuelo de las ruinas del Templo de Salomón (destruido y saqueado por Nabucodonosor, rey de Babilonia, hacia 587 a. C.), se suponía que la posesión de tal “Arca” (o lo que fuera) facilitaba el acceso a los secretos de la proporción, clave de la cábala numérica y geométrica que facilitaba las bases para la comprensión, el conocimientos y, finalmente, el dominio del mundo. Al respecto, el investigador Louis Charpentier afirma, partiendo del curiosísimo detalle que siendo tan escasos en número (nueve fueron los primeros Templarios) y tan pobres, que careciendo de una vivienda digna, el rey de Jerusalén, Balduino II, ha de concederles una parte en su palacio, junto las caballerizas... lo que no parece “gran cosa”... pero que está ubicada sobre el antiguo templo de Salomón... Esto parece que promete... Posteriormente, el monarca y sus sucesores trasladarían su palacio, dejando a los Templarios el usufructo del derruido Templo, que sería su casa matriz: “...Es evidente que no están allí para entrar en acción. Ocupan el emplazamiento del templo de Salomón. Terminaron siendo los únicos ocupantes. Se desescombran las cámaras subterráneas... ¡Cuánto respeto para caballeros tan pobres! Este misterio tiene una explicación: los nueve caballeros no han venido al templo de Salomón para proteger a los peregrinos solamente. Están allí para encontrar, proteger, sacar alguna cosa de especial importancia, sagrada, que se encuentra, precisamente, en el Templo de Salomón: El «Arca de la Alianza» y las «Tablas de la Ley»...”

La misión —desde luego— debía ser (y lo era) secreta, y no sería demasiado arriesgado pensar que obedecía a un plan elaborado meticulosamente desde algunos años antes del reconocimiento “oficial” de la nueva Orden por la Santa Sede y, por descontado, con las bendiciones de ésta. No se puede afirmar si se vio coronada por el éxito o por el fracaso (lo segundo parece más probable); pero existen tantas pruebas en pro como en contra... *No existen documentos al respecto, pero todo ello coincide con las primeras manifestaciones del arte gótico, especialmente, la cada vez más grandiosas catedrales, cuya construcción precisaba de unos extraordinarios conocimientos, no sólo acerca de la Tierra y de su naturaleza, sino sobre las reacciones más inconscientes del ser humano.*

Jerusalén era y es la ciudad sagrada, por excelencia, para judíos, cristianos y musulmanes, y en las ruinas del Templo de Salomón (punto de encuentro entre lo divino y lo humano), no era imposible que se pudiera encontrar alguno de los objetos más importantes que guardaba en sus más recónditas cámaras en sus tiempos de esplendor y a los que se atribuían grandes poderes. “Y si las «Tablas de la Ley» —afirma Charpentier— son como yo creo, una de las fórmulas del Universo, y que estas «Tablas» sacadas de Egipto, han estado en posesión de los constructores de catedrales, ya que no parece tan inexplicable que, al igual que las pirámides, son un «formulario de ciencia cósmica». Es así que se puede encontrar en la catedral de Chartres [junto al río Eure, capital del departamento de Eure et Loir], un conocimiento del globo terrestre que no corresponde en nada al que era común en aquella época...”

En el siglo XIII la belleza del color compensaba la ausencia relativa de la luz. Cuando se penetraba en la Catedral de Chartres en un día soleado, los haces de cambiantes colores realzan la estructura. Los pilares cruciformes (con cuatro columnitas que rodean el fuste central) se distribuyen sutilmente alternados. Cada vez que un pilar comprende una columna central octogonal y cuatro fustes cilíndricos, el siguiente invierte el motivo y posee una columna central cilíndrica y cuatro fustes octogonales. La mayor parte de los visitantes de Chartres no se percatan de esta alternancia, pero de modo inconsciente perciben ese ritmo binario.

Los arquitectos sacaron magnífico partido de las líneas ascendentes de los pilares para sugerir una asombrosa impresión de altura. Estos grandes espacios no responden a ninguna necesidad práctica y sólo tienen por objeto crear un clima espiritual, promoviendo al expansión del alma. Además, la polifonía del canto medieval repercutía en las bóvedas, llenando la iglesia de música y aportando extraordinaria intensidad a la atmósfera de recogimiento...

Historia del Arte (Tomo II),

E.M. Upjohn, P.S. Wingert y J.G. Mahler

Por nuestra parte no compartimos por entero las opiniones de Charpentier, sin pretender desautorizarlas, puesto que nos parecen un tanto aventuradas, ya que en lugar de adaptarse a la Historia, el investigador —cuya solvencia no ponemos en duda— prefiere

adaptar la Historia a sus hipótesis; por otra parte, aparte de recordar la presencia del típico octágono —del que ya nos ocuparemos—, nos resistimos a la idea de suscribir la observación del estudioso Fernández Urresti, generalmente bien documentado, de que “ninguna construcción del Temple tiene un emplazamiento dejado al azar. Astronómicamente calculado, como si de una pirámide egipcia se tratara, el edificio se asienta en unas coordenadas precisas”.

De la misma forma en que el “Santo Grial” (con la independencia de la materia con la que se hubiera confeccionado) ha venido siendo considerado desde tiempos remotos como la “copa del saber”, y por eso ha sido siempre muy buscado, el hallazgo de las “Tablas de la Ley”, era labor apropiada para aquellos nueve primeros Templarios.

No han faltado nunca leyendas relativas a lugares de enseñanza hermética. Las propias típicas iglesias templarias, con su característica forma octogonal (por ejemplo, Santa María de Eunate, Navarra o la Vera Cruz, Segovia) esconden en sus entrañas datos ocultos. Así el Monasterio de la Santa Espina (Valladolid), llamado así por conservarse en él una de las espinas, al parecer “auténtica” de la corona de Jesucristo, era una antigua abadía del Císter, y por tanto impulsada por Bernardo de Claraval, gran valedor de Temple. Llegados a este punto, conviene indicar que, en cuestiones de simbología, las espinas aparecen relacionadas con objetos o lugares en los que hay algo que guardar o proteger, seguramente algún antiguo secreto, que en este caso concreto podría estar todavía por descubrir.

Si aceptamos lo expuesto hasta el momento, resultaría más que evidente el hecho de que aquellos primeros Templarios dispusieron de tiempo, trabajadores y medios para el examen, a su conveniencia, de galerías y subterráneos contiguos al emplazamiento del derruido Templo... Toneladas de escombros de todas clases y otros residuos debieron ser removidos y retirados cuidadosamente (labor que con los medios actuales les hubiera sido ardua y costosísima). Se puede especular sobre si encontraron o no el “Arca de la Alianza” (o al menos las “Tablas de la Ley”). Sabemos, por los textos bíblicos que el “Arca” —ya lo hemos visto— fue parte del botín de los babilonios, al apoderarse de Jerusalén. Pero, sabemos también (Samuel, 5 y 6 completos), que antes había caído en manos de otros adversarios de Israel (en este caso, los filisteos), causando más perjuicio a éstos que a los propietarios de la misma, que la recuperaron con bastante facilidad... Y no resulta imposible pensar que Salomón —personaje bastante cauto—, en previsión de que el hecho pudiera repetirse (sin tanta suerte), dispusiera la construcción de una o varias réplicas, más o menos fieles, de tan preciado objeto. Si los Templarios encontraron la famosa “Arca”, cabría preguntarse si se trataba de la auténtica... estamos, pues, en un terreno bastante resbaladizo, y no deseamos caer... Nos limitamos, por tanto, a repetir que existen tantas pruebas a favor del hallazgo como en su contra...

Sin embargo, no existen razones para pensar que no hubieran podido conseguir algunos interesantísimos hallazgos, que, naturalmente, mantendrían en secreto. Aún en nuestros días, en aquellos lugares, arqueólogos e investigadores se ven compensados con tan espectaculares como sorprendentes hallazgos, y eso que Jerusalén, desde épocas remotas, pasó por guerras, revueltas y dominaciones diferentes; todo ello, sin contar los naturales derribos, reformas y construcciones de edificios, a menudo, unos sobre el emplazamiento de otros.

Descubierta la tumba de Caifás.— Obreros israelíes han encontrado casualmente en un parque de Jerusalén, lo que parece ser la tumba de Caifás, el gran sacerdote que, según el Nuevo Testamento, entregó a Jesús al gobernador romano Poncio Pilatos.

Los restos de Josef Bar Caiafas (Caifás), cuyo nombre está grabado en el osario con letras hebreas, estaban dentro de un panteón descubierto cerca del Monte del Mal Consejo de Jerusalén.

En los Evangelios, Caifás figura como el principal culpable de la crucifixión de Jesús, a quien interrogó en su palacio.

Prensa española, publicación sin determinar,
de fecha relativamente reciente

El influjo oriental lo aplicaron los Templarios en sus construcciones, en donde dejaron grabados sus criptogramas. El octágono es la representación más perfecta del enlace entre el cuadrado, símbolo de la Tierra en la antigüedad, con el círculo, representación del cielo. Por otra parte, el octágono es la unión de dos cuadrados superpuestos, lo que para los antiguos griegos venía a significar la yuxtaposición de los cuatro elementos naturales básicos (*agua, tierra, fuego y aire*) con sus cuatro estados (*frío, humedad, calor y sequedad*). Es cierto que esta simbología la recibieron por influjo árabe —procedente de los griegos—; pero no hay que ver en ella más allá de unos signos por los cuales estos monjes-soldados pretendieron la fusión de lo terrenal y humano con lo divino, valiéndose de ciertos conocimientos del pasado, que la religión oficial, por desconocimiento e inmovilismo (se verá en su momento) consideraba heréticos.

Casi todas las hipótesis formuladas sobre los Templarios se basan en la suposición de que la Orden poseía una sabiduría que había heredado o descubierto. Otros sostienen que los Templarios recibieron su sabiduría de los egipcios y griegos de la tradición céltica. En el Templo de Jerusalén, donde instalaron su primera casa, encontrarían el “Arca de la Alianza” y las “Tablas de la Ley”, donde se codificaban los conocimientos transmitidos por los egipcios a Moisés. Con este bagaje, los Templarios pudieron ser los artífices secretos del renacimiento cultural que se observa en la Cristiandad del siglo XIII, los impulsores de las catedrales góticas por toda Europa, y los precolombinos descubridores de América...

Los Templarios y otros enigmas medievales,
Juan Eslava Galán

Sin duda, los Templarios tuvieron mucho que ver con el surgimiento del arte gótico en Europa, una arquitectura esotérica. Este estilo aparece como consecuencia de las contradicciones (la fe o la angustia) del Occidente medieval. El hombre del gótico eleva sus catedrales hacia el infinito, espiritualizadas e ingravidas, en el trance de sus delirios místicos. Sus constructores dan la impresión de que ignoran la ley de la gravedad, por su anhelo de verticalidad, sólo frenada por las limitaciones arquitectónicas, y por su sentimiento ascensional impulsado por su fe, en oposición a las formas del románico.

La reforma de la orden benedictina, que a principios del siglo XII realizara Bernardo de Claraval, marca una profunda transformación del románico cluniacense, y que puede ser seguida mediante la observación de multitud de edificios, no sólo religiosos, de la época. A lo largo de todo este siglo la ascética renovadora del Císter contrastará fuertemente con la relajación espiritual que los monasterios de Cluny manifiestan en la ostentosa decoración de sus iglesias... Con el tiempo, le llegará su turno al gótico, en sus más tardías manifestaciones. La denominación de estilo gótico, tan difundida y aceptada, procede del pintor, arquitecto y escritor de arte italiano Giorgio Vasari (1511-1574), que los supuso —equivocadamente— invención de los pueblos germánicos y no como la última consecuencia de la evolución del estilo románico.

La nueva concepción arquitectónica propugnaba la austeridad y la sencillez empleando los elementos constructivos más indispensables, procurando, a su vez, dotar de mayor claridad al interior de los templos..., la amplitud de sus plantas y el empleo de las últimas innovaciones, como la bóveda de crucería y el arco ojival, caracterizan ya a las primeras edificaciones que desde los monasterios de Citeaux y Pontigny, en Borgoña, irradiarían su concepción por toda Europa...

Historia del arte. De la prehistoria a la Edad Media,
Miguel Ángel Oyarbide

Pese a que el principal elemento de la arquitectura gótica es el llamado “arco ojival”, no puede decirse, en rigor, que sea elemento “exclusivo” del mismo, en el más exacto sentido de la afirmación. El románico español y el provenzal ya lo empleaban, y también era conocido en territorios europeos sometidos a las influencias musulmanas: Sicilia y el sur de España.

Los arquitectos góticos emplean la “bóveda de crucería” (o de “nervios cruzados”) dividida en tramos, lo que les permite construir bóvedas menos pesadas y repartir mejor su peso. A esto también contribuyen las naves laterales y los arbotantes exteriores, apoyados sobre contrafuertes. Al disminuir sensiblemente el peso de las bóvedas, las columnas que las sustentan se hacen más esbeltas y los muros laterales se llenan de aberturas. Consecuentemente, la nave central es mucho más elevada así, la de Notre-Dame (París) alcanza los 35 metros; la de Chartres los 36,5; la de Reims más de 38; la de Maines llega a los 42; la

de Palma de Mallorca los 44 y la de Beauvais —la más elevada de todas—, alcanza los 48. Por otro lado, las aberturas de los muros laterales, cada vez más amplias, se cubren con vidrieras de colores cálidos y profundos en los que se evocan, de manera admirable, escenas religiosas, que en algunos templos llegan a niveles artísticos difícilmente igualables.

El dinero necesario —se requieren sumas astronómicas— para su construcción procede sobre todo de la Iglesia, pero también de reyes y nobles. Careciendo de dinero, los modestos feligreses ofrecen el único recurso de que disponen: su trabajo.

Finalmente, la arquitectura iniciática de la Orden, las famosas capillas octogonales que los Templarios al parecer construyeron por doquier a imitación de la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Desde que el arquitecto francés Viollet-le-Duc¹ creyó observar que las construcciones templarias estaban inspiradas por la magia de los números, muchos otros autores se han esforzado en descifrar los ocultos y trascendentes mensajes que se derivan de la proporción, número áureo y esquemas geométricos místicos empleados por el Temple en sus construcciones...

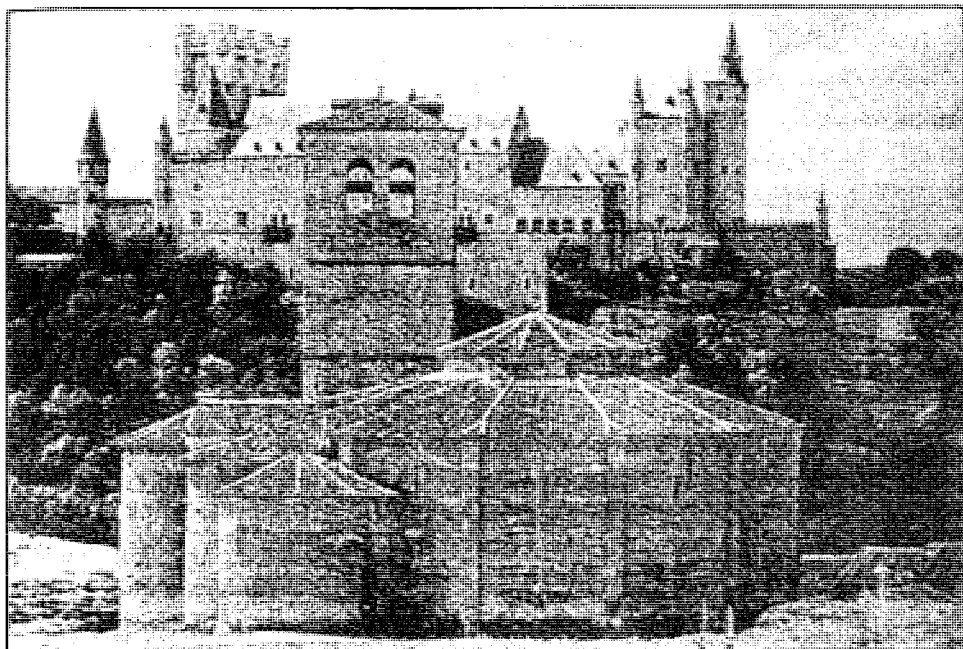
Los Templarios y otros enigmas medievales,
Juan Eslava Galán

“En París y Londres —nos recuerda el profesor de Reading— la Orden disponía de grandes complejos, que eran centros de vida administrativa y financiera que afectaba no sólo a las tierras del Temple, sino a los reinos en general. Contenían todos ellos bellas y espaciosas iglesias, cada una con su rotonda, que se suponía eran imitaciones del Santo Sepulcro más que de la Cúpula de la Roca. Estas Iglesias jugaron un papel importante en la vida religiosa y ceremonial de estas ciudades: *El día de la Ascensión de 1240, en Londres, por ejemplo, la nave rectangular que se había construido para ampliar la iglesia del Temple del siglo XII, fue consagrada con gran ceremonia y con festejos en presencia del rey Enrique III y de numerosos nobles.*”

Sin embargo, una gran parte de las iglesias templarias —que tenían proporciones mucho más modestas— han llegado hasta nuestros días en mal estado, o tan deformadas por obras posteriores, el abandono o la destrucción, intencionada, a veces, que hace muy difícil su estudio. La propia Península Ibérica está llena de ejemplos abundantes que, en algunos casos, debido a deformaciones históricas y leyendas, deben ser aceptados con bastante cautela.

En algunos sellos de la Orden —en realidad se utilizaban varios, según las circunstancias—, aparece representada, de forma muy esquematizada la estructura de un edificio, fácilmente identificable como el santuario de la Cúpula de la Roca (el cuarto de la

¹ Viollet-le-Duc (1814-1879), arquitecto e historiador del arte, que debe ser leído con bastantes reservas, como lo demuestran sus “restauraciones” de monumentos medievales.



Iglesia de la Vera Cruz (Segovia), pertenecía al Temple (rotonda octogonal, típica). Posteriormente pasó a la Orden de Malta (Caballeros Hospitalarios).

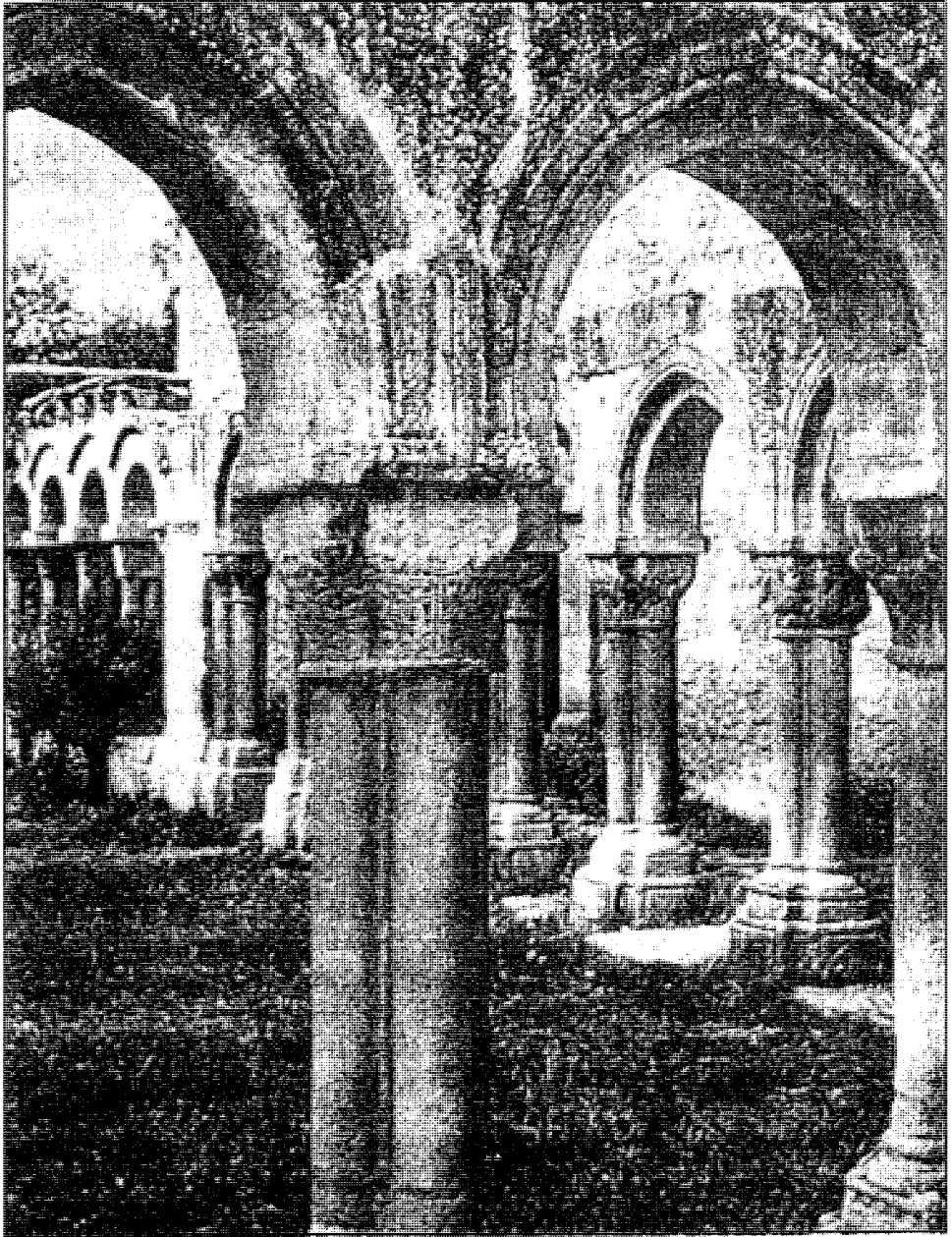
ilustración de la página 31), que fue el primer oratorio o capilla de que ésta dispuso en sus inicios; por tal motivo, nada tendría de particular que sus templos, tanto en Oriente como en Occidente, de alguna manera recordasen la planta octogonal del mismo, y así parece demostrarlo el clarísimo ejemplo de tantas iglesias u oratorios octogonales que construyó en sus dominios. No obstante, cabe plantearse la doble cuestión de si esta circunstancia obedecía a una lógica y entrañable nostalgia de sus modestos orígenes, o si deberían esgrimirse más profundas razones; ya se ha dicho que ningún edificio templario, especialmente si era destinado al culto, se erigía al azar, antes bien, su construcción y antes la ubicación del mismo, obedecían a ciertas normas y particularidades que debían formar (y formaban) parte de un saber tan antiguo que se había perdido en la noche de los tiempos... *Se buscaba la manera de influir positivamente en los edificios, librándolos a éstos y a sus moradores de ciertas "manifestaciones" o "fuerzas" negativas*, que viene a ser los que hoy se denomina con el nombre de "geobiología", que bien puede ser definida como: "Ciencia que estudia las relaciones entre la evolución cósmica y geológica de la Tierra con las condiciones de origen, la composición química y física y la evolución de la materia viva, así como los organismos que ésta constituye" (*Diccionario Enciclopédico Planeta-Agostini*),

y cuyos principios —ignoramos si de forma científica o empírica— eran conocidos desde la Prehistoria, como han llegado hasta la actualidad.

Creemos, por lo tanto, que la situación y disposición de tales templos no obedecía a una “mera casualidad”, ni siquiera al aprovechamiento de determinados accidentes geográficos, susceptibles, por otra parte, de cambios; se nos hace muy cuesta arriba la existencia de tan gran número de “meras casualidades”, que coinciden, también por “mera casualidad”, con lugares tenidos por especiales desde tiempos muy anteriores al cristianismo, y cuyas reminiscencias, más o menos deformadas, han perdurado hasta hoy. *Resulta, pues, evidente que en el Medievo existían “sociedades”, “grupos” o como queramos llamarlos, que conocían —aunque sólo fuera intuitivamente, o como residuos de saberes perdidos— estos principios y, que, por circunstancias obvias, debían sólo enseñarse a escasísimos elementos y de manera muy discreta.*

Desde la más remota antigüedad (cabría remontarse al Egipto faraónico), los diferentes profesionales (artistas, más bien artesanos) se agrupaban en “hermandades” o “gremios”, según la actividad de cada uno, a fin de defender sus intereses. Ya en la Edad Media, actuaron más o menos conjuntamente con el poder real o el eclesiástico, pero concordando con las nuevas corrientes arquitectónicas (la transición del románico al gótico) surgen fricciones entre constructores y autoridades, coincidiendo con la degradación creciente que se observa en el seno de sus estamentos, y la aparición de una nueva clase, cada vez más pujante. Para ponerse a salvo de los abusos de los señores feudales y de las intromisiones del clero, éstos fueron aproximándose a determinadas Órdenes religiosas o militares... *Así el Temple representaba una estructura social y económica capaz de permitirse los cuantiosos gastos precisos para la construcción de varias de estas catedrales, por lo cual su intervención en la eclosión de las nuevas corrientes arquitectónicas y artísticas fue decisiva, y respondía —al mismo tiempo— a las directrices de la Orden.*

Gracias a las nuevas técnicas, a la audacia de las líneas y a la luz difusa que penetra por las vidrieras, la catedral gótica permite que el sentimiento religioso se exprese mejor aún: *más que nunca las iglesias cristianas se han convertido en plegarias hechas piedra.* Por otra parte, y en contra del deseo de la Iglesia, que prefería reservarse la exclusividad del culto, reduciendo a los fieles a simples espectadores, el predominio urbano de la pujante burguesía venía exigiendo aquellas reformas estructurales de los templos, movido por el afán creciente de participación en los cultos y de aumento de su capacidad (en algunas de éstas cabían miles de personas). Además, la catedral gótica ya no es sólo lugar de culto o de meditación, a lo que predisponía la lobreguez y las bastantes más reducidas dimensiones del románico. *Centro de la vida social, acoge a ciudadanos de cualquier rango y a peregrinos venidos de lejanas tierras.*



Claustro monasterio San Juan de Duero (Soria) que fue encomienda Templaria; en su estilo se advierte una acertada mezcla de arquitectura cristiana y musulmana.

Si los templos románicos eran obra de comunidades campesinas, compuestas por monjes y aldeanos, las góticas lo son de las ciudades, que van saliendo de un letargo de siglos y de la hipertrofia, expandiéndose más allá de sus murallas... Todos los “gremios” o “corporaciones” colaboran en su construcción. Albañiles y herreros, escultores y vidrieros, carpinteros y canteros, *todos se sienten orgullosos de su contribución al prestigio de su ciudad...*

“Espectáculo maravilloso de ver, increíble de relatar —comenta un cronista de la época—, el de esas multitudes que, con tan gran celo y tan gran alegría, traen la piedra, la cal, la arena, las vigas para la obra emprendida, día y noche, en carretillas conducidas a sus expensas.” Agrupados en una cofradía —dirigida por un maestro de obras—, los artesanos se afanan durante años. La edificación de una catedral puede prolongarse durante generaciones: Notre-Dame de París (1163-1260); la catedral de Amiens (1220-1279); la de Reims (1211-1311); la de Chartres (1194-1220); la de Salisbury (1220-1258); la de Burgos (1221-1277), o la de Siena (1250-1325), por no alargar la lista de ejemplos. Los hombres que manejan las palancas y los tornos, proceden —por lo general— del campo, y han venido a la ciudad buscando lo malo, a cambio de dejar lo peor. Unos excavan los cimientos y otros transportan maderas o piedras desde las no siempre próximas canteras.

La catedral gótica es también el centro de la vida cultural: los fieles se conmueven con la elocuencia de los más eminentes predicadores, y en ella se guardan ricos manuscritos e infinidad de tesoros artísticos. Cuando se celebran ferias, mercados y determinados actos oficiales (algunos de infausto recuerdo); compradores y vendedores se aglomeran a su sombra, y en la explanada que, por lo general, hay frente a ellas, se ofrecen representaciones de teatro religioso, se celebran procesiones, rogativas y otras manifestaciones del culto, lo que también se hace —con alguna frecuencia y dado su tamaño— en el interior, y los cristianos, sin salirse de la ortodoxia, coincidían con sus hermanos musulmanes en hacer suyo el templo y en participar directa e íntimamente tanto en las más esplendorosas ceremonias, como en las plegarias más recoletas.

...Y volviendo a la las “meras casualidades”, resulta más que curiosa la observación de la disposición de las pirámides de Gizeh (cerca de El Cairo) y de su acompañante (la Esfinge), que se encuentra al oriente de aquéllas. Pues bien, lo mismo sucede con las iglesias católicas, cuyos campanarios, invariablemente, se yerguen en dirección al sol naciente... Por cierto, que los minaretes de las mezquitas también se levantan al este del edificio principal... y no deja de ser significativo el parecido que tienen las torres de algunos templos góticos con los minaretes de ciertas mezquitas... En España, donde de fundieron el arte musulmán y el cristiano, dando lugar al mozárabe y al mudéjar, abundan los ejemplos, algunos de extraordinaria sencillez y belleza.

Hablando de “saberes perdidos”, cabe plantearse si existe alguna relación entre los tres modos de construir... “¿No es curioso —pregunta un conocido investigador colombia-

no— que católicos y musulmanes hayan edificado a lo largo de los siglos sin caer en cuenta que estaban copiando el modelo faraónico?”

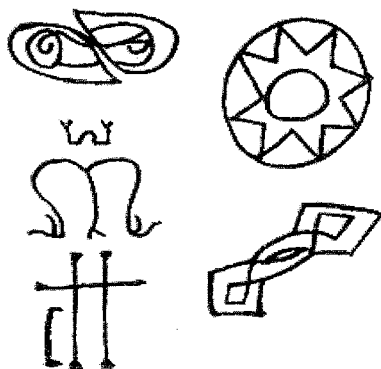
Todas las corporaciones de la ciudad, en la medida de sus posibilidades, ya lo hemos visto, participaban en la construcción. Los diversos “gremios” solían hacer alguna donación; por ejemplo, alguna vidriera (aún las más modestas eran muy caras), o bien, si podían permitírselo, costeaban la construcción de una capilla dedicada a su santo patrón. En Chartres, los ciudadanos de a pie llegaron a uncirse a las carretas que transportaban los materiales... Sin embargo, este nuevo fervor suscitó rivalidades entre ciudades, por poseer la mejor catedral, rivalidades que no siempre fueron pacíficas y, con frecuencia, patéticamente desproporcionadas a sus medios económicos.

Durante el Medioevo existieron distintas “fraternidades” de construcción, tanto románicos como góticos, y cada una de ellas utilizaba en sus monumentos, una especie de marca o sello de grupo, ocasionalmente acompañada por algún signo personalizador, que podía identificar al autor de la obra. Algunos estudiosos supusieron que cada trabajador se servía de éstas para poderse controlar su trabajo y cobrar conforme a la cantidad y calidad de la piezas por él talladas. De ser esto cierto, hubiera valido cualquier tipo de “firma” (incluso carbón o pinturas de colores), pero no unas señales tan elaboradas, que —sin duda— requerían bastante tiempo, lo que se traduce en menor trabajo y, por tanto, en menos dinero...

De cualquier forma, tales marcas (con idénticos o distinto significado) han sido registradas en lugares tan diferentes y distantes como España, Grecia, Egipto, América del Sur e, incluso... en la Isla de Pascua.

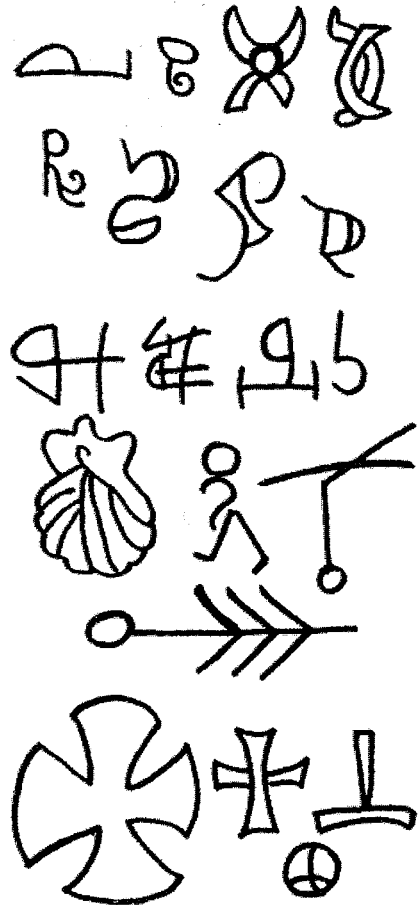
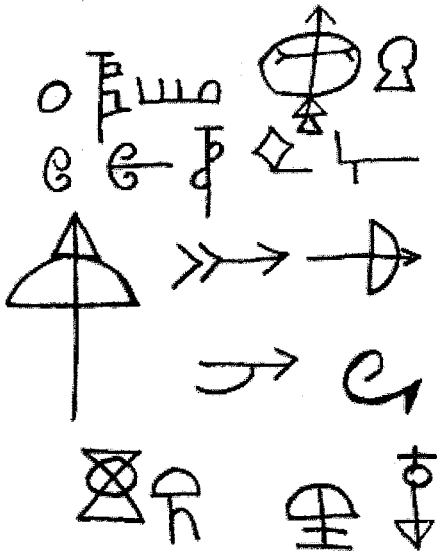
Entre las piedras de las edificaciones del Temple, en sus grabados, seguramente existen mensajes pendientes de descifrar que enmascaraban datos ocultos... Otros, los más, debieron ser destruidos o alterados —con habilidad digna de mejor causa— por los sicarios de aquellos que acabaron con el Temple... al menos con el “Temple oficial”...

SIENOS COMPA-
ÑERILES PROCE-
DENTES DE IGLESIAS
Y MONASTERIOS DE
ESPAÑA:



Los gremios medievales, reunidos en “logias”, regulaban su funcionamiento mediante estatutos reconocidos oficialmente por los poderes constituidos del momento. Sin embargo, el Concilio de Trento les dio un golpe definitivo, pese a que habían trabajado para la Iglesia durante siglos.

Se ingresaba en éstos, reuniendo determinados requisitos, como “aprendiz”, y tras un período más o menos largo de formación tanto profesional como intelectual, ascendiendo —previo examen— a la categoría de “oficial”. A partir de entonces, después de mucho tiempo de trabajo y perfeccionamiento, y tras haber demostrado ante las más altas instancias del gremio sus conocimientos, lo que no todos conseguían, recibía el anhelado diploma de “maestro”, lo que comportaba la consideración de “Compañero”. Algunos de



éstos iniciaban una peregrinación —que podía durar años, e incluso toda su vida— por diversos países o ciudades, en pos de nuevos conocimientos adquiridos mediante el estudio de las obras de anteriores “Compañeros” constructores... Debe tenerse en cuenta los años pasados estudiando la simbología arquitectónica del oficio, así como determinados conocimientos cabalísticos aplicados al mundo de la construcción... Ciertamente es que en todos los estilos no faltan influencias mutuas...

El reino de Navarra dependía por razones familiares dinásticas mucho más de Francia que de España y no es extraño que su monumento básico, la catedral de Pamplona, sea una iglesia casi totalmente francesa construida en español. Además de la influencia que se ejercía a través del monacato y del episcopado, durante el siglo XIII fueron muy frecuentes los matrimonios de monarcas de Castilla (ya unida con León) con mujeres francesas o alemanas...

... La catedral de León es el edificio de máxima francesa en España, hasta el punto de que de hispánico, sólo tiene su situación, ya que incluso su planta es la misma que la de Reims. Las paredes desaparecen para ceder su lugar a las fabulosas vidrieras de colores, grandes rosetones calados incrementan la iluminación; las portadas de triple arco se abren en pórticos y se pueblan de esculturas; las torres se proyectan valientemente hacia arriba...

... A veces surge la sorpresa, como en la catedral de Sevilla, que pese a su situación tan meridional ofrece un aspecto interior completamente nórdico, debido a que trabajaron en ella numerosos artistas de esta procedencia

Historia del Arte, Tomo III,
Everard M. Upjohn, Paul S. Wingert y Jane Gaston Mahler

Ser “Compañero” era mucho más que un “modus vivendi”; era toda una filosofía. Les importaba más la obra que debería quedar para la posteridad, que su nombre o su fama; por ello, no se sabe gran cosa ni de los nombres (la mayor parte de ellos permanecen anónimos, y acerca de otros, no se tiene la seguridad de que fueran verdaderos), y de sus biografías se ignora casi todo. Solían ser denominados “Maestros de Obras”, y la palabra “Arquitecto” aparece muy escasas veces en documentos de la época; además, estos diferían del moderno arquitecto en el hecho de que acumulaban no sólo las funciones de éste, sino las de “contratista” y “aparejador”... Parece, en todo caso, como si el artista medieval no hubiera buscado la fama más allá de su propio tiempo...

Se conocen bastantes detalles de varias de estas “fraternidades”, aunque, en sus comienzos, su organización debía presentar bastantes deficiencias y lagunas; así, la que realizó numerosas obras (abadías y monasterios) para la Orden de Cluny (que en el 910 constituiría la primera reforma de la Orden benedictina) dejó escasos vestigios, lo que podría explicarse en el hecho de que muchas de sus obras o se han perdido (como la famosa abadía de Cluny, fundada el mismo año por Guillermo el Piadoso, duque de Aquitania) en parte, o han sufrido tales reformas que justifican este hecho.

Más importancia revistió, por su estrechísima relación con el “Camino de Santiago”, y por tanto —de alguna manera con el Temple— la de los “hijos del Maestro Jacques”, cuyos miembros eran los sucesores directos de los antiqusísimos constructores pirenaicos... Sin embargo, la más importante y mejor conocida fue, sin duda, la de los “Hijos de Salomón”, formados en el seno del Císter y especialmente protegidos por la Orden del Temple, la única escritura económica y social del Medievo —ya se ha expuesto— *capaz de afrontar los enormes dispendios planteados por la construcción de más de 70 catedrales europeas en menos de 100 años*, aunque, de todos modos protegía a todos los gremiales en general.

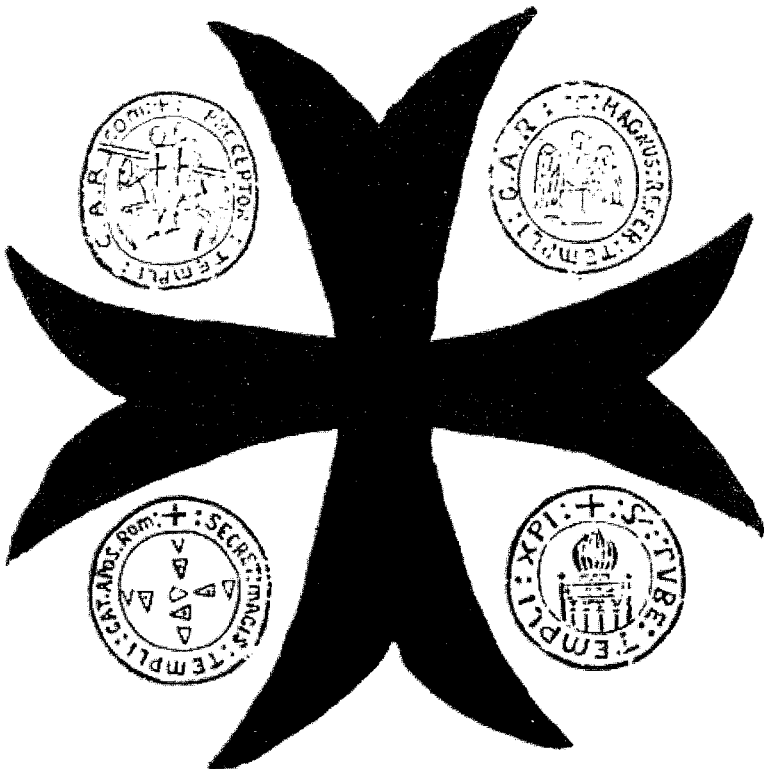
Cuando en 1314 Felipe IV, su canciller Nogaret y el Papa Clemente disolvieron la Orden a sangre y fuego, los “compañeros”, protegidos por ésta, se hicieron “ipso facto” sospechosos, ya que cualquier actitud o signo no bien interpretados, aún cuando no atentasen contra la ortodoxia, se consideraba pagano y herético, y, como siempre... conviene desconfiar de todo aquello que no se entiende, incluso negarlo y perseguirlo... *nunca se sabe...*

Lo cierto es que estos “Hijos de Salomón” tuvieron que sobrevivir durante siglos, bajo distintas denominaciones, unas veces en la clandestinidad y otras en discreción, pudiendo encontrarse en esta situación no sólo el origen de la francmasonería, sino, incluso, una forma arcaica de la misma. Ya en el siglo XIX pudieron mostrarse abiertamente, y tras las dos Guerras Mundiales fueron requeridos para participar en las tareas de reconstrucción y restauración de monumentos medievales dañados en éstas.

A este propósito sería interesante un exhaustivo estudio de los signos y marcas lapidarios, utilizados por los *Compañeros*, y que aparecen en las piedras de muchos monumentos medievales (no sólo religiosos), especialmente de los que tanto abundan en España a lo largo del Camino de Santiago (ruta iniciática y de peregrinación anterior al cristianismo), jalonada de abundantes monumentos megalíticos y petroglifos, algunos muy antiguos. Y no menos atractivo resultarían el estudio de tales signos —algunos muy simples y otros muy complicados— y que van desde letras del alfabeto, hasta inscripciones tan extrañas como difícilmente descifrables, pasando por dibujos geométricos y símbolos astronómicos, y entre los que abundan —ya lo hemos expuesto— algunos de inequívocas concomitancias templarias, y que, normalmente, se localizan en lugares relacionados con la Orden... “Y para que nadie permanezca ignorante al respecto —puntualiza Louis Charpentier—, el bastón de mando del “Gran Maestre” del Temple es el *abacus*, vara de medir, y, en cierto sentido, como su nombre indica, bastón de maestro de constructores”... Pero, lamentablemente, este estudio —por extensión y profundidad— escapa no sólo del propósito de esta obra, sino de nuestros limitados conocimientos. “La carencia de tratados arquitectónicos —admite el arquitecto e historiador Vicente Lampérez y Romea

(1861-1923), ilustre académico y restaurador de edificios civiles y religiosos medievales en Burgos y Cuenca— escritos por los maestros de la Edad Media, hace más difícil la investigación de los signos lapidarios, pues no se hallan en ninguna parte referencias documentales sobre el asunto. *La confusión y la oscuridad son mayores en lo que se refiere a los monumentos españoles.*”

Para aquellos que se interesan por la pirámides, pero que no pueden visitar Egipto, existe en Francia una pirámide construida exactamente con las mismas proporciones que la gran pirámide (la de Keops), aunque es treinta y dos veces más pequeña y mucho menos antigua. Se trata de la pirámide de Falicon, situada en la montaña, encima de Niza. Fue construida probablemente, en 1260, por los caballeros del Temple que regresaban de la Cruzada, aquella en que San Luis fue vencido y hecho prisionero por los infieles, en Damiette, viéndose obligado a abonar un rescate para poder volver a Francia. Su ejército, en desbandada, llegó, pasando todo género de penalidades a la Provenza, y se cree que algunos de sus soldados, gravemente heridos o enfermos de lepra, prefirieron instalarse en la montaña de Falicon antes que volver a sus hogares en el lamentable estado en que se encontraban. Han sido localizados el sello y la cruz de los Templarios, por otra parte, grabados en piedra de la pirámide. Algunos han creído ver, en la



orientación y las dimensiones de aquélla, una indicación cierta de la ciencia oculta de la Orden de los Templarios...

...Nunca se sabrá, seguramente, qué fue lo que indujo a los Templarios, que por lo que nosotros sabemos combatieron contra los infieles en Palestina y no en Egipto [con alguna reserva], a construir en Francia un modelo reducido, a escala exacta, de una pirámide que no habían visto nunca [¿nunca...?]. Existe, quizás una explicación para esto.

Según ciertas leyendas que podrían responder perfectamente a la verdad, la Orden de los Templarios no había sido creada para combatir contra los infieles y reconquistar los Santos Lugares, sino para asegurar la custodia de los mismos una vez rescatados. Ellos habían de ser los primeros en penetrar en el santuario subterráneo del templo de Salomón, que, al parecer, habría sobrevivido a la destrucción de las superestructuras del templo. Ahora bien, ¿qué podría haber en ese santuario? El Arca de la Alianza de Moisés, evidentemente. Pero Moisés había nacido en Egipto, como todo el mundo sabe, habiendo recibido, por su condición de protegido del faraón, una educación completa, la mejor que se podía recibir en aquella época, la de los sacerdotes egipcios...

...En consecuencia, Moisés debió de asimilar todo lo que se sabía acerca de las pirámides y su contenido... En estas condiciones, sería sorprendente que después de abandonar el país Moisés no se hubiese hecho de una documentación escrita personal, de una especie de "Enciclopedia Egipcia". Es, por tanto, posible que los Templarios encontrasen [con reservas] 2600 años más tarde esta enciclopedia en las ruinas del templo y que hubiesen tenido entonces la idea de construir la pirámide de Falicon...

Nuestros ascendientes llegados del Cosmos,
Maurice Chatelain

EL HERMETISMO TEMPLARIO

Mucha tinta se ha vertido sobre los enigmas Templarios, que tanto eco han encontrado en la mitología popular. Esta los fue desarrollando en su febril imaginación, durante siglos, tal vez por la excesiva facilidad con que se divulgaron entre el pueblo las infamias vertidas por Felipe IV y Nogaret en los juicios de París. En el hermetismo y la simbología del Temple no hay que ver más allá de lo que hay, realmente, al margen de las hipótesis que todo el mundo está muy en su derecho de desarrollar. *Lo que sí es cierto es que su hermetismo les sirvió para que sus poco escrupulosos enemigos les mandasen a la hoguera.*

A los Caballeros Templarios, por su vida enigmática, sus conocimientos ocultos, su organización—que armoniza lo caballeresco con lo ascético—, se les ha venido atribuyendo la paternidad más o menos probable de la “francmasonería” (acerca de lo que no deseamos pronunciarnos, por el momento)... *Quizá su verdadera riqueza, con ser muy considerable, no radicaba en los bienes materiales, sino en lo esotérico...*

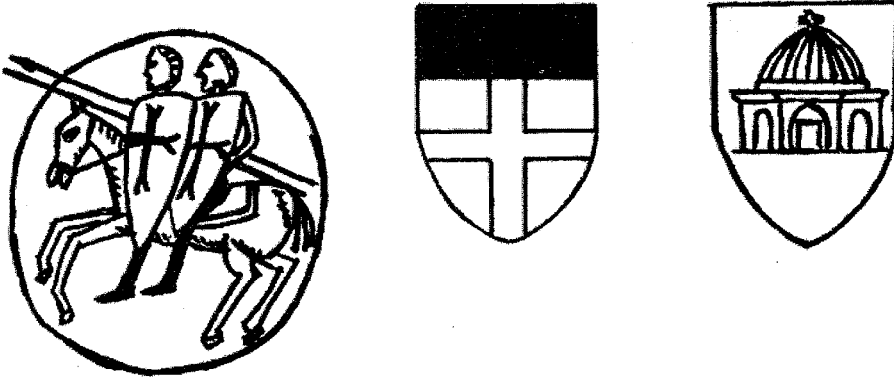
Un halo de misterio siempre envolvió a la Orden. Y no puede considerarse casual que un Papa como Inocencio III, el 29 de marzo de 1139 se decidiera a dictar la bula “Omne datam optimun” en la que se concedía, como expusimos en la primera parte, una extraordinaria “manga ancha” a la misma, ya que a excepción de la autoridad del pontífice, quedaban al margen de cualquier poder eclesiástico.

El hermetismo, circunstancia, que sería aprovechada posteriormente por sus detractores, para inventar todo género de calumnias, y acabar con su poderío militar y económico, se debía, en realidad, a severísimas reglas que imponían el secreto sobre la organización de la Orden (en modo alguno, caso único en la historia). Una excesiva y rígida disciplina obligaban a la abnegación y al anonimato más absolutos por parte del monje-soldado.

Se hace muy cuesta arriba imaginar, con el criterio consumista y utilitario de la actual sociedad occidental, como unos nobles y caballeros, que vivían bastante bien —para la época—, abandonaban sus privilegios y fortunas para integrarse en una Orden cuyo cometido era la oración y el combate, sin tregua ni descanso, para convertirse en “siervos y esclavos” de por vida de aquella; pero lo cierto es que su admisión significaba algo más que la entrada en el misterio de los templos octogonales. Prueba de ello es que el Temple intervino en infinidad de operaciones bélicas en Tierra Santa y en la Península Ibérica, y

de la misma manera que los cronistas se hicieron eco de las hazañas de muchos caballeros, jamás pasó a la historia ningún acto heroico (y debieron producirse bastantes en tantos años de luchas) protagonizado por algún Templario, cuyo único premio era “la promesa del pan, el agua, la pobre vestidura de la casa y bastantes penurias y trabajos...”. Tan sólo trascendieron los nombres de los Maestres y de algunos (muy pocos) miembros de la Orden.

La dualidad fue siempre una característica que definió al Temple, y que aparece reflejada gráficamente en el blanco y el negro, lo puro y lo impuro, de su estandarte, el *Beaucent* (nombre que invocaban al entrar en combate), y en otros símbolos, como emblemas y escudos. La dualidad se hacía patente en su razón de ser (orden monástica y militar), su función (orar y guerrear) y su imagen (la “externa” de monjes soldados que luchan por liberar Palestina, y la “interna”, de recaudadores y administradores de sus riquezas). La Orden ha quedado magníficamente simbolizada en los muros de sus construcciones, con los consabidos dos caballeros sobre un mismo corcel.



Todo un lenguaje críptico forma parte de su obra. El mismo lenguaje que ha mamado de la ciencia hermética desde el principio de los tiempos... No era raro —por tanto— que tuvieran buenas relaciones con los judíos cabalistas que sacaban bajo sus mantos de las aljamas el lenguaje numérico enseñado por Yavé a Moisés...

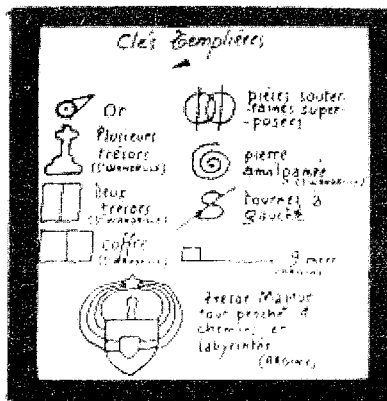
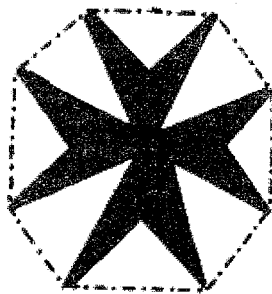
“El gran escritor norteamericano —comienza uno de sus siempre interesantes artículos Mariano Fontrodona— Edgar Allan Poe, en uno de sus breves ensayos, dice: «Puesto que apenas cabe imaginar un tiempo en que no existiera la necesidad, o al menos el deseo, de transmitir informaciones que escaparan a la comprensión general, bien podemos suponer que la práctica de la escritura cifrada se remonta a una alta antigüedad...».”

No pretendemos ofender al lector al recordarle la gran importancia que tuvo el Temple, tanto en la guerra, como en la paz precaria de las Cruzadas, y su infancia en la política y en la diplomacia; además, los Templarios desarrollaron numerosas actividades económico-administrativas (asuntos de tesorería, letras de cambio, o cartas órdenes de crédito, entre otras) bien conocidas y documentadas. Todo ello requería el mayor secreto posible; en aquella época se perdían o eran destruidos muchos documentos, y no era cosa de que ciertos escritos, más o menos confidenciales, fueran a parar a manos extrañas... Durante el maestrazgo de Roberto de Crayons fue adoptada la conocida "Cruz Templaria" (ochavada), y también denominada "Cruz de las Ocho Beatitudes"... ; *Otra vez el número "ocho" y el octógono, derivado de la unión de sus brazos...*!

Por supuesto, la Orden hubo de desarrollar una simbología y un alfabeto secretos, y así lo hizo; algunos de los símbolos grabados en las construcciones, ya hemos aludido a ellos en el capítulo anterior, tienen una relativamente fácil interpretación; otros, no tanto... Pero su alfabeto secreto debía acabar con la paciencia de los especialistas en criptografía de la época, que los había, y algunos notables, ya que no bastaba con descifrarlo, lo cual era —de por sí— difícilísimo; sino, además, saber colocar cada signo en su sitio e interpretarlo (el alfabeto, además, contaba con abundantes "signos auxiliares", de muy difícil comprensión.

Cada "Hermano" recibía una de estas cruces, que debía llevar consigo, y que le permitiría descifrar los signos, y a su vez, servirse de la misma para redactar otras cartas o mensajes.

Se conservan tres ejemplares de la Regla oficial del Temple en Roma, París y Dijón (capital del actual Departamento de Côte d'Or), en los que aparece bastante criptografía, que pudo ser descifrada por el profesor Probst Birabent. Sin embargo, pese a la aparente simplicidad del alfabeto secreto de la orden, la dificultad de interpretación es grande y prácticamente inaccesible para los legos en la materia —entre los que nos contamos—, ya que, aún disponiendo de la clave, no es



CRUZ TEMPLARIA Y SIGNOS ALQUÍ- MICOS.

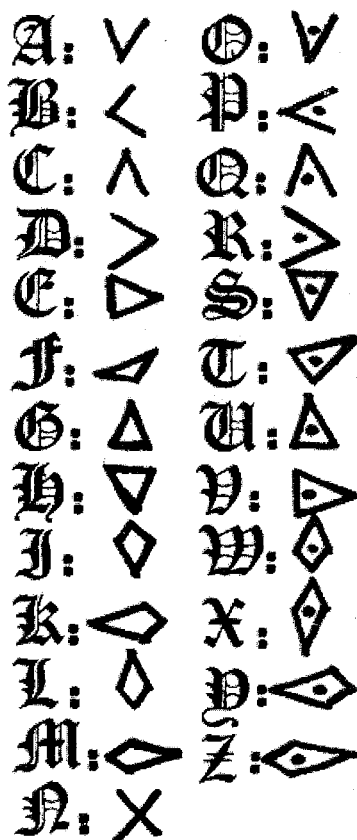
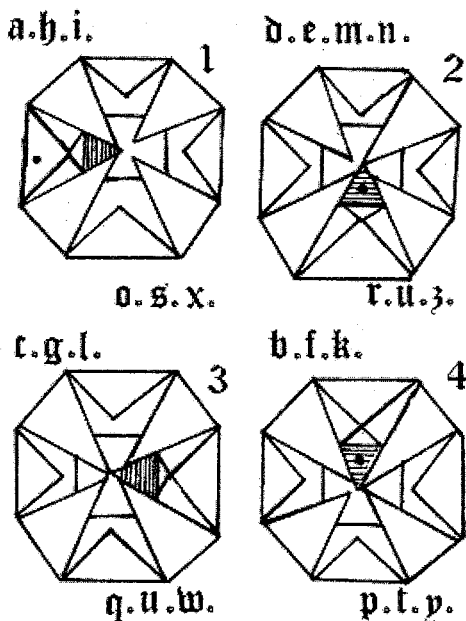
posible situar las letras en sus lugares adecuados, ni aún conociendo el idioma en el que se haya escrito el texto.

El alfabeto constaba de 25 signos y no se colocaban ni ordenaban de manera convencional, sino cruciforme o circular, según los movimientos que el poseedor de la “Cruz Ochavada” realizase con cada uno de sus brazos.

Veamos un típico ejemplo: el célebre *cuadrado mágico*: SATOR - AREPO - TENET - OPERA - ROTAS, “que aparece —nos recuerda Vignati— en las ruinas de Pompeya, en alguna Biblia latina del siglo VIII, en manuscritos griegos del siglo XII, en monedas austríacas del siglo XIV, en la Iglesia de Piave, cerca de Cremona, en la de Magdalena de Verona, en la de San Lorenzo de Roche-maute de Jarnach en Francia, en Santiago de Compostela y en innumera- bles edificios construidos por los Templarios...”, y que nadie ha conseguido descifrar jamás de un modo satisfactorio.

SATOR
AREPO
TENET
OPERA
ROTAS

Con la venia del lector, repro- ducimos el tercer sello de la ilus- tración de la pág. 33. Pues bien,



tratando de colocar estas letras de la forma más afín a como aparecen en el cuadrado mágico, se obtendría: ??A?? - ??S?? - ASMTH - ??T?? - ??H??; es decir, *nueve* letras o signos, que multiplicados por los *ocho* lados del octágono, da el resultado de 72.... el mismo número de artículos de la Regla del Temple; suponiendo —ignoramos si con fundamento—, que se tratase de una inscripción latina habría que encontrar las letras que faltan y colocarlas en un cierto orden, siempre dentro de la pauta del cuadrado mágico, y aún cuando pudiera tener aparentemente algún sentido, podría servir de nada o de muy poco...

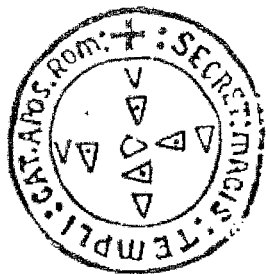
V: A

▽: S

▽: M

▽: T

▽: H

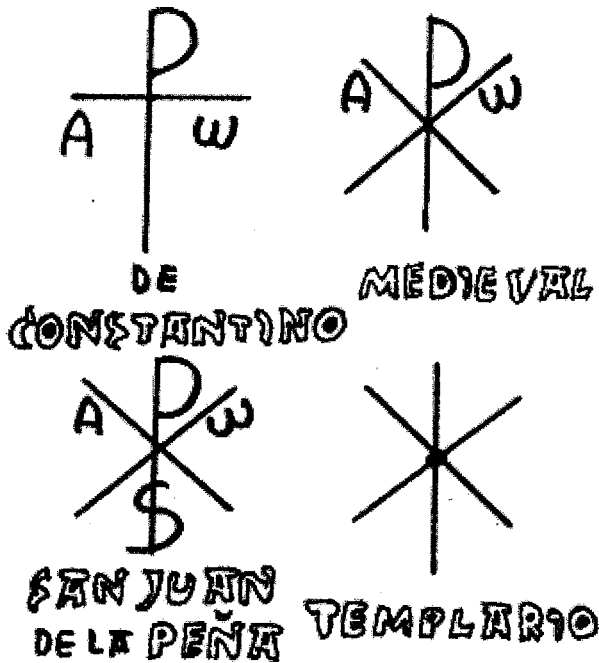


En diversos monumentos relacionados con el Temple (caso del monasterio de San Juan de la Peña, Huesca), aparece un “crismón” como el aquí representado, que simplificando, semejaría al eje y a los radios de una

rueda... o una estrella de seis puntas, signos muy frecuentes, y de forma más o menos similar, en varias iglesias del “Camino de Santiago” (relacionado con la Vía Láctea desde tiempos precristianos)... Por cierto, recordemos que *Compostela* viene de *Campus Stellae* o Campo de la Estrella...

Tratando de descifrar el *cuadrado mágico*, según la disposición de los radios de la rueda, se obtendrían unos signos, que no parecen llevar a ninguna parte. Además, aún creyendo haber encontrado el sentido o el significado de alguna palabra o frase, podría resultar una especie de chasco por el significado evidentemente cabalístico del escrito.

Veamos un ejemplo... Si alguien lee: *Juan es árbitro*, pensará —sin duda— en que Juan se dedica a cuidar de la exacta y eficaz aplicación del reglamento en determinadas competiciones deportivas; por ejemplo, el fútbol. Sin embargo, quien escribiera: *Juan es árbitro*, jamás de los jamases había pretendido decir tal cosa. Todos sabemos que con frecuencia son objeto de malos tratos de palabra y de obra por parte de algunos sectores del público, descontentos de su actuación, y para corroborar nuestra afirmación, remitimos a cualquier medio de comunicación... Cualquiera que asista a un encuentro de fútbol, en el que se haya producido alguna discrepancia, aunque sea mínima, con la actuación del árbitro, los descontentos proceden a obsequiarle con los peores insultos, ya sea contra su persona o contra sus más próximos familiares... Pues bien, el que escribió que *Juan es árbitro*, pretendió —en una sola palabra— compendiar toda una sarta de injurias soeces y de pésimo gusto... Naturalmente, la nueva acepción de la palabra *árbitro* sólo sería conocida por un reducido número de elementos, que no creía conveniente llamar a Juan todas aquellas cosas inherentes a su persona, bien por miedo, sigilo, o por no



estimarlo prudente... Para la inmensa mayoría de los ciudadanos de a pie... *Juan es árbitro* y sólo eso... *árbitro*.

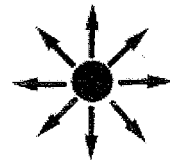
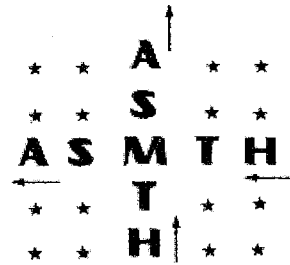
Tampoco conviene olvidar el lenguaje propio de cada profesión, en ocasiones, no bien comprendido por los profanos o la jerga utilizada por delincuentes o marginados.

Otras veces, resulta fácil descifrar algún texto, pero la pega radica en la dificultad o imposibilidad de descifrar su contenido... Tal vez convenga recordar al lector aquello de... "Allí donde la Historia calla, las piedras hablan", viejo proverbio muy citado por los arqueólogos, pero que no siempre se hace realidad, aunque sólo sea por aquello de que "las excepciones confirman las reglas generales"...

Hagamos ahora un brevísimo estudio sobre un lugar relacionado con el Temple y con la criptografía, como es la pequeña localidad de Rennesle-Château, situada en el valle del Aude, cerca de Carcassonne (capital del departamento del Aure, Languedoc), lugar de antiquísimos misterios y de supuestos tesoros —merecedores de obra aparte—; allí las piedras hablan, nadie lo niega, pero lo cierto es que nadie, hasta el momento, ha conseguido entenderlas, *al menos así lo dice la "historia oficial"...* que no siempre ha de coincidir con la "historia real"...

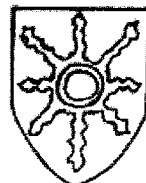
El quid del misterio, si lo hay, estaría relacionado con la repentina riqueza del sacerdote Bérenger Saunière, párroco del lugar, entre los últimos años del pasado siglo y los primeros del actual, quien de la pobreza más absoluta pasó en poco tiempo a la más envidiable riqueza, con gran asombro de todo el mundo, de una forma tan misteriosa que ha dado pábulo a numerosas especulaciones y motivos de preocupación a numerosos investigadores hasta nuestros días... Al parecer, el origen de todo estaría en unos antiquísimos pergaminos que fueron hallados accidentalmente bajo un altar, mientras se realizaban unas obras de reparación del templo, que estaba casi ruinoso, hacia 1891, gracias a un préstamo concedido por la municipalidad de Rennes... Al parecer, de alguna manera consiguió descifrar (o que le descifrasen) éstos, al menos parcialmente como para enterarse de su contenido. Lo cierto es que sus días de penuria concluyeron al poco tiempo, pero dieron lugar a los de incertidumbre, por lo que el sacerdote hubo de afanarse en ocultar, mediante mensajes cifrados, sus secretos y hacer desaparecer determinadas pistas e inscripciones de algunas lápidas del cementerio próximo a la iglesia, sin contar que afortunadamente ya habían sido copiadas por estudiosos de la arqueología. Cuando falleció en 1917, nadie, ni siquiera sus superiores, cuyas pesquisas había sabido eludir, habían averiguado nada... Se habló de grandes tesoros, romanos, godos, merovingios y... ¡como no!... Templarios.

Aquellos valientes y orgullosos monjes-soldados también anduvieron por aquella zona pirenaica. Cerca de allí, la Orden poseía dos encomiendas, cuyas ruinas aún subsisten. Sabemos que, cuando Felipe IV suprimió a los Templarios, buscaba apoderarse de sus riquezas, pero no lo logró plenamente, de ello sobran pruebas. Cabe, pues, pensar que el cura Saunière, hombre ambiciosos y tenaz, hu-

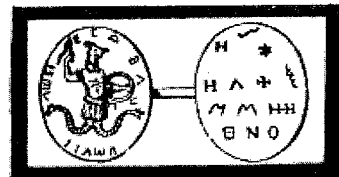


* S a T o R
a R E P o
T E N E T
o P E R a
R o T a S

EMBLEMA TEMPLARIO
DEL SOL EN LAS ESTRELLAS DEL



CAMINO DE SANTIAGO?



TEXTO CABALÍSTICO ALQUÍMICO.

biera hallado la solución al problema de lo que pudo haber sido de los tesoros nunca hallados. Por último, Rennes-le-Château se ubica en el epicentro de la herejía cátara o albigense, y sabemos que poco antes de la caída de su bastión de Montségur (no muy lejos de allí), se consiguió sacar del castillo un gran tesoro, al parecer nunca hallado, pero que, sin duda, fue escondido en alguna parte, con la vana esperanza de servirse de él en fecha no muy lejana o, al menos, evitar que cayese en poder el enemigo. Los textos que sobrevivieron, ya que a última hora el enigmático cura había destruido gran parte de ellos, y el estudio de ciertos detalles de la obras, que posteriormente y sin regatear dinero hizo en su iglesia, podrían dar una eficaz pista... Sin embargo, ni una organización tan especializada en materia criptográfica y cuyos éxitos son abundantes y bien probados, como el Servicio de Inteligencia Británico, ha realizado, al respecto, el menor avance... Tal vez lo tenga claro, tan delante de sus ojos que no lo hayan visto... tal vez sea porque no hay nada que investigar... En todo caso, si algún día se encuentra el tesoro, no se trataría de oro ni de piedras preciosas, sino de conocimientos antiguos... y en ocasiones, el conocimiento vale más que la riquezas materiales.

Ahora bien, el esoterismo de la orden del Temple se aparta bastante del dogmatismo católico. Su cristianismo es un cristianismo solar, gnóstico, con raíces indoeuropeas en vez de judías. Prueba de ello, es el Cristo renano del siglo XIV que se conserva en el que fue convento de Puente la Reina (Navarra) donde aparece crucificado sobre una horquilla de árbol en forma de Y griega. El mítico árbol del Mundo de los indoeuropeos y la runa Y (Man) se encuentran unidos en esta imagen crística que conecta con el arquetipo del Kristo solar que para los nórdicos era Wotan crucificado en el árbol Irminsul durante nueve días para poder descifrar el misterio y la magia de las runas. Y las runa aparecen en las construcciones templarias [las runas son signo del que posiblemente haya sido el primer alfabeto del mundo].

Revista de Soria, nº del 24 de agosto de 1985
(selección de textos de Ángel Almazán de Gracia)

ALQUIMIA Y PIEDRA FILOSOFAL

El origen de la palabra “Química” permanece aún en la duda. Para el historiador Edmund O. von Lippmann aparece por primera vez en el siglo III de la era actual —en Egipto—, con el sabio Zósimo de Panópolis y se deriva de la palabra “kame”, o de “negro”; más bien, “Tierra negra del país del Nilo”. Por su parte, el filósofo Herman Diels afirmó que tal voz procede de la palabra griega “ohymia”, o “fundición”, y que designaba la “técnica de la metarúrgia”.

El término alquimia, deriva bien de anteponer el prefijo árabe “al” a la palabra griega “ohymia”, o de la antigua denominación de Egipto “al-khem”, la cual la convierte en arte de Egipto o magia (también conocido como el arte real). Superficialmente, no obstante, la alquimia ha aparecido siempre más como una forma primitiva de la química que como una rama de las artes mágicas. Los alquimistas (no sólo los del Medievo) persiguieron empresas fabulosas, como la búsqueda de la piedra filosofal, que podía transformar los metales, especialmente el plomo en oro, y alcanzar con ella la sabiduría. Mediante la “panacea” o “remedio universal” para todos los males, pretendieron curar las enfermedades, prolongar la juventud, usando el “elixir de la vida”, y conseguir la inmortalidad.

Miles de años antes de Cristo, la filosofía china desarrolló una concepción armoniosa del orden de la Naturaleza. El universo se componía de dos elementos o principios relativos, el Yang y el Yin. El primero de éstos, representa lo positivo o lo masculino, y está representado por el calor, la actividad, la dureza, la claridad, la creación y la estabilidad. El segundo es lo negativo o lo femenino, representado por el frío, lo pasivo, lo blando, lo misterioso, lo confuso y lo variable. La unión de ambos originó el Cielo y la Tierra (en aquél predomina el Yang y en ésta el Yin), y mientras que el dualismo —en la demás filosofías— lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo, se hallan en conflicto perpetuo, en este caso concreto, permanece invariablemente en armonía; sin embargo, era necesario que ambos no alterasen la consonancia.

El fundamento filosófico de la alquimia derivaría de las influencias clásicas griegas y gnósticas. El psicólogo Carl Gustav Jung, entre otros, ha sugerido que los relatos oscuros y con frecuencia cifrados de experimentos alquímicos esconden, realmente, un sistema de profundo desarrollo espiritual, teoría que ha suscitado amplio interés.

En teoría alquímica la “piedra filosofal” era la sustancia originaria de la que se derivan todos los metales, y por tanto —como se ha apuntado— serviría para la transmutación del plomo u otros metales en plata e incluso en oro. Muchos alquimistas dedicaron gran parte de su vida a conseguir este fin, triturando los elementos pulverizados en sus rústicos laboratorios; pero al no poder obtener ningún espécimen físico y natural de tal sustancia, y al evidenciarse tal cosa como muy difícil, apareció la creencia de que se trataba, tal vez, de alguna esencia inmaterial e incluso espiritual, *sólo conocida por los iniciados*.

Muchos años después, desde el campo del ocultismo, se afirmó que en realidad lo que ansiaban los alquimistas era, mediante la “piedra filosofal”, conseguir ya no el oro ni la plata, sino cambiar (en el sentido de transmutar) la naturaleza humana por la divina o “Magnum Opus”, como lo demuestra el hecho de que tratasen de obtener una tintura o específico que debería prolongar hasta el infinito la vida humana.

Es posible que la alquimia antigua —la Edad Media había heredado bastantes conocimientos e hipótesis de la Antigüedad, especialmente la árabe (llamada “al-kimiya”), que constituyó una escuela muy avanzada de este “arte real” — descubriese, en efecto, la piedra inmaterial en forma de electricidad (existen indicios de que en la Antigüedad se conocía la galvanoplastia)... lo que podría explicar leyendas de cómo cierto alquimista logró convertir una pieza del más vil metal en su contrapartida de metal noble (oro y plata). *Al respecto, convendría recordar que el Museo Británico exhibe en la actualidad un medallón, supuestamente forjado, partiendo de oro obtenido por procedimientos alquímicos, por un polifacético personaje de la Inglaterra de Isabel I, John Dee.*

Con todo, aún no se ha extinguido del todo la pretensión de la alquimia, y su pretensión acabó adquiriendo realidad cuando la “ciencia oficial” descubrió el núcleo y su número atómico, escasamente diferente (tiene un protón más) al núcleo de este elemento químico, produciendo oro —en cantidades prácticamente insignificantes, a partir del mercurio mediante procedimientos nucleares—. También, aunque los escasísimos rendimientos de la operación, hoy por hoy, lo desaconsejan, es posible la obtención de microcantidades de las aguas del mar.

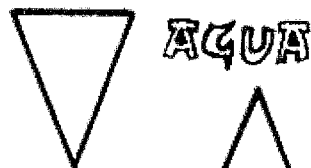
Su práctica y sus experimentos fracasaron oficialmente; unido todo ello al misterioso ambiente que crearon los alquimistas a su alrededor, los extraños nombres que daban a las sustancias que manejaban (“Luna bermeja”, “Aguiles de cobre”, “Asterita”, “Anagallis”, etcétera), lo extravagante de su vestimenta y modo de vida y los fraudes en que incurrieron algunos, acabaron por hacerlos caer en el descrédito y se expusieron a las maledicciones y a la hostilidad de las gentes. *Sin embargo, y a pesar de sus “conocimientos con el maligno”, sus extraños experimentos y su influencia se extendieron... hasta la actualidad...*

Digamos en su favor que sus innumerables experiencias, al margen de que pudieran o no haber logrado sus objetivos, permitieron el descubrimiento de ciertas sustancias; así, ciertos ácidos y el agua regia (mezcla de ácido nítrico y ácido clorhídrico, capaz de disolver el oro) fueron descubiertos por los árabes. Además, tales prácticas permitieron ensayar un conjunto de aparatos y de técnicas experimentales que algunos siglos más tarde se revelarían de gran valor para proseguir con las investigaciones químicas.

Curiosamente, se ha venido observando, en el estudio de determinados textos alquímicos, que su contenido es por lo general “moderno” en relación con la época en que fueron escritos, mientras que los tratados ocultistas aparecen “atrasados”, aún cuando esta y otras observaciones tampoco deban generalizarse. En nuestros días se conocen infinidad de libros o manuscritos de alquimia (sin contar que debió ser muy elevado el número de los desaparecidos), y en ellos se mencionan algunas realidades experimentadas, pero jamás científicamente exploradas... “El pensamiento dominante —comentan Pauwels y Bergier—, católico antaño, racionalista hoy, ha mantenido en torno de estos textos una conspiración de ignorancia y de desprecio.”

Para algunos, Fulcanelli (autor de *El misterio de las catedrales* y *Las moradas filosóficas*) entre ellos, la alquimia sería el lazo con civilizaciones desaparecidas hace milenios e ignoradas o incomprendidas por la arqueología. No estamos, pues, en condiciones de afirmar que los alquimistas hubieran realizado trascendentales descubrimientos... pero, tampoco de negarlo, en ocasiones, incluso, sin llegar a proponérselo o sin caer en ello (por ejemplo, la pólvora), o si comprendieron el alcance de éstos, cabe suponer que los abandonaran o destruyeron por miedo a que pudiesen caer en manos poco adecuadas para un buen uso, o se limitaron a consignarlos mediante

Símbolos Alquímicos



AGUA

FUEGO



AIRE

TIERRA



claves conocidas por un limitadísimo número de iniciados, en espera de mejores tiempos (Luis XVI, en vísperas de iniciarse la Revolución, rechazó la idea de fabricar una especie de ametralladora, mucho más eficaz que los intentos realizados hasta aquel momento, por parecerle terrible las consecuencias de su uso en el campo de batalla... De haberlo hecho, tal vez la historia de Francia se hubiera escrito de otra forma...).

Al respecto, remitimos al lector a la estupenda, pero corta, narración de Rudyard Kipling, "El ojo de Alá" (sobre lo incómodo que resulta la aparición de un antepasado del microscopio en tiempos de la Cruzada), y de la que transcribimos el párrafo final:

"...—Parecería —dijo— que la elección estriba entre dos pecados. Denegar al mundo una luz que tenemos debajo de la mano o ilustrarlo antes de que sea tiempo. Lo que habéis visto yo lo vi hace mucho entre los físicos de El Cairo. Y yo sé que doctrina extrajeron de ello. ¿Vos habéis soñado, Thomas? Yo también, con mayor conocimiento. Pero este nacimiento, hijos míos es prematuro. No será más que la madre de más muerte, más tortura, más división en esta era tenebrosa. Por consiguiente yo, que conozco tanto mi mundo como la Iglesia, hago esta elección en mi conciencia. ¡Idos! Asunto terminado.

Introdujo la madera de los compases muy hondo entre los leños de haya, y no tardó en consumirla el fuego."

Nada de particular tienen, pues, ciertos consejos —desgraciadamente de rabiosa actualidad— que aparecían frecuentemente en los antiguos textos, llamando a la cautela. Así el famoso "Papiro Harris" (reinado de Ramsés III, XX Dinastía), y eso que no pasa de ser un mero registro de donaciones de toda clase a los templos, aconsejaba ya: "*¡Cerrad las bocas! ¡Cerrad las bocas!*"

TABLA DE SÍMBOLOS PARA INTERPRETAR GRABADOS ALQUÍMICOS

ANGEL.- Sublimación. Ascensión de lo volátil.

AGUILA.- Volatilización.

ANIMALES.- Macho y hembra: azufre y mercurio. Animal terrestre: representa lo fijo. Animal aéreo: representa lo volátil. Los cuatro elementos eran representados por cuatro animales: tierra (león, toro, jabalí, oso); aire (águila); agua (ballena o cualquier tipo de pez); fuego (dragón, salamandra).

APOLO.- Sol.

ARBOL.- Si se halla bajo el signo de la Luna representa el pequeño magisterio u obtención de la planta alquímica. Si se halla bajo el signo solar representa el gran magisterio u obtención de oro.

BAÑO.- Purificación de los metales. Disolución.

CUADRADO.- Los cuatro elementos.

CAOS.- Símbolo de la unidad de la materia. Putrefacción.

CUERVO.- Color negro de la putrefacción.

CORONA.- Símbolo de la perfección metálica.

CISNE.- Símbolo de la "albedo" o estadio de la blancura.

DIANA.- Luna.

DRAGÓN.- Mordiéndose la cola: unidad de la materia.

Entre llamas: fuego. Combate entre dragones: putrefacción. Con alas: volátil. Sin alas: fijo.

ESPERA.- Unidad de la materia.

ESPADA.- Símbolo del fuego.

ESQUELETO.- Putrefacción. Nigredo o espada oscura de la obra.

FÉNIX.- Símbolo del estado de rojez o "rubedo", en el proceso alquímico.

HOZ.- Equivale a espada.

FLORES.- Significan las etapas que atraviesa la obra mostrando distintos colores, generalmente el negro, blanco y rojo. A veces se hace referencia al verde o a la cola del pavo real como procesos previos a la rojez final.

FUENTE.- Símbolo de la materia diferenciada en los tres reinos.

HERMAFRODITA.- El azufre y el mercurio después de la conjunción.

HUEVO.- Matraz especial en el que se encerraba la materia a transmutar.

JÚPITER.- Estaño.



LEÓN.- Símbolo del fijo. Azufre. Si lleva alas significa que se halla en relación con el mercurio. El león significó el metal con que se extraía el vitriolo. En relación con otros animales representa entonces el elemento "tierra".

LOBO.- Antimonio.

LUNA.- Principio volátil, femenino. Plata alquímica. A veces representa el mercurio filosófico.

LLUVIA.- Condensación. Albedo o estadio de la blancura.

MATRIMONIO.- Unión del azufre y el mercurio.

MONTAÑA.- Horno filosófico. Parte superior del huevo filosófico.

NIÑO.- Símbolo de la piedra filosofal.

PÁJAROS.- Si ascienden: volatilización, sublimación. Si descienden: precipitación, condensación. Si se conjugan los dos movimientos: destilación.

REYES.- El rey corresponde al azufre y la reina al mercurio. Si están desnudos significan el oro y la plata en estado de pureza. En boda: conjunción. En sepulcro: significan que se han colocado en el "huevo filosófico".

ROSA.- Según sea el color denotará en particular un determinado momento de la "obra".

SALAMANDRA.- Fuego.

SATURNO.- Plomo.

SEPULCRO.- Huevo Filosófico.

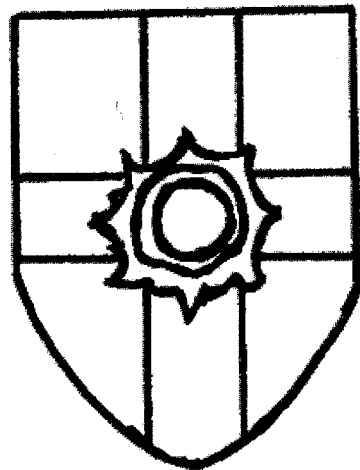
SERPIENTE.- Equivale al "dragón". Tres serpientes representan los tres principios. Las dos serpientes del caduceo simbolizan el azufre y el mercurio. Con alas, equivale al volátil; sin alas, al principio fijo. Serpiente crucificada equivale a fijación del volátil.

SOL.- Oro filosófico.

TRIÁNGULO.- Los tres principios: azufre, mercurio y sal.

VENUS.- Cobre.

VULCANO.- Fuego.



Si tienes la desgracia de introducirte cerca de los principios y de los reyes, no cesarán de preguntarte: “*Y bien, maestro, ¿cómo va la obra? ¿cuando veremos por fin “algo bueno”?*”. Y si no llegara a buen fin, sentirás todo el peso de su cólera. Si, por el contrario, tienes éxito, te guardarán con ellos en perpetuo cautiverio, con la intención de hacerte trabajar en su provecho...

De Alchimia, Alberto Magno

Y el 17 de enero de 1955, el físico Robert Oppenheimer —uno de los creadores de la bomba atómica— declaraba compungido en Hiroshima: “En un sentido profundo que ninguna ridiculez barata podría borrar, nosotros los sabios hemos conocido el pecado”. Y, alrededor de un milenio antes, un alquimista chino escribía: “Sería terrible pecado revelar a los soldados el secreto de tu arte. ¡Atención! ¡Que no haya siquiera un insecto en el cuarto en que trabajas!”

Lo cierto es que en Europa hasta el siglo XII circula poca moneda, muchas transacciones aún se hacen por medio del trueque; y, sin embargo, los Templarios parecían disponer de metales preciosos (oro y sobre todo plata) en abundancia, tal como veremos en siguientes capítulos. No obstante, y pese a la escasez de moneda, se realizaron grandes obras, como fueron la construcción de las catedrales góticas, entre los siglos XII y XIV.

Vamos a limitarnos a cuestionarnos si disponían de abundantes metales preciosos consecuencia directa de la administración de su patrimonio o si éstos procedían de “alguna parte”... ¿tal vez, alguna ignorada mina, más o menos lejana?... ¿habían dado con el secreto de la transmutación de los metales?... Recordemos, ya lo exponíamos en la primera parte de esta obra, que el Temple pasó por algún apuro económico, especialmente, escasez de tesorería, aunque no es menos cierto que los agobios no fueron graves y que la Orden pudo superarlos bien, ya fuera por medio del crédito o por reducción de gastos... Nada impide aceptar o rechazar tal hipótesis: personalmente no nos atrevemos a negarla, pero tampoco a afirmarla, aunque no nos resistimos a especular con ella...

“Con independencia de los mitos que después pudieran crearse a propósito de sus riquezas —añade Fernández Urresti—, lo cierto es que se puede afirmar que no hubo Orden Caballeresca alguna que se le pudiera comparar en posesiones y en oro, por lo cual no ha faltado quien les haya relacionado directamente con el secreto alquímico, lo que hubiera permitido la fabricación del oro a granel [con reservas]. ¡Han sido tantas las historias escritas sobre los Templarios...!”

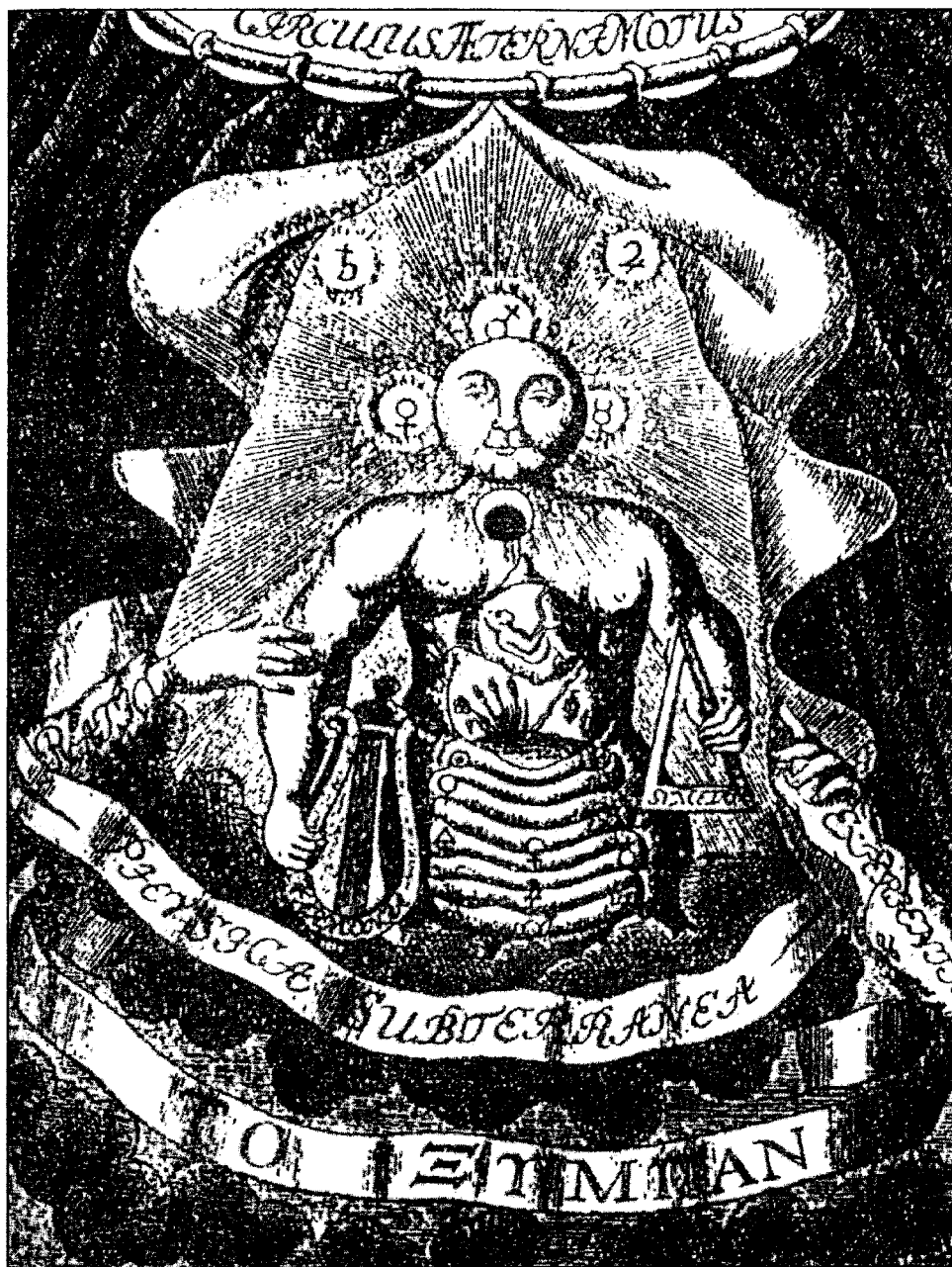
Conviene recordar, una vez más, que muchos documentos del pasado fueron destruidos a lo largo de la Historia, por culpa de las guerras, la inexistencia de la letra impresa, la negligencia, causas naturales, y, en especial, porque no eran comprendidos (lo que los hacía “peligrosos”), perdiéndose así valiosos testimonios de épocas pretéritas... Así, y sirva de ejemplo, una antiquísima estela encontrada en el primer tercio del siglo XIX, en la que se aludía a cierto personaje misterioso llamado Toth (divinidad sapientísima, a la que se atri-

buye —entre otras cosas— la escritura y el cálculo. Se le representa con la cabeza de ibis, el ave sagrada del Nilo, atributos lunares, y en ocasiones con recado de escribir. Lo sabe todo en medición del tiempo, es mago y protector de los escribas) y en los que se hacía mención a un antiguo libro —perdido— y a los prodigios realizados por éste, entre ellos el *poder mirar el sol cara a cara, sin temor a la ceguera*... Pero, ¿que decía o pretendía decir, en realidad el texto?... Caben dos interpretaciones, una la “cabalística” (con reservas), y la otra, más literal y “racional” (con bastante menos reservas)... “Posiblemente —indica el investigador Thomas Doreste— encerraba el texto un simbolismo difícil de aclarar: ¿que no se debe temer a la verdad y que es preciso enfrentarse a la realidad sin miedo a las consecuencias? Pero también pudo aludir el sabio a un instrumento que serviría para contemplar el sol, los planetas y las luminosas estrellas, de cuya observación resultaría el cálculo de las fechas en que se producirían los eclipses...” Y según fuese la interpretación dada a la citada estela, no faltarían ciertas alusiones a la alquimia y a la transmutación de los metales...

Pero no conviene lanzar las campanas al vuelo, y sin meditar sobre ciertos extremos... El oro ocupa un lugar destacadísimo entre los elementos químicos, por su rareza (pese a que, sin dudas, fue el primer metal descubierto por el hombre), hasta el extremo que para obtener 400 Tm del mismo año, el grupo Rand de las minas de Sudáfrica se ve precisado a extraer y triturar más de 60 millones de Tm de minerales diversos... Esta enorme cantidad de mineral (varias veces el volumen de la Gran Pirámide de Gizeh), sólo produce oro para formar un cubo de 9 pies de lado (un pie equivale, en el antiguo sistema de medidas inglés, a 0,3048 m). La cantidad de oro que se encuentra disuelto en las aguas oceánicas es de cerca de 9 millones de Tm, lo que viene a representar unas 180 veces más que la masa total extraída de las minas en toda la historia de la Humanidad...

Escaseaba mucho en el Egipto faraónico, hasta el punto de que no faltaron épocas de gran escasez e incluso de miseria, recogidas por los historiadores... Curioso fenómeno en unas gentes capaces de convertir cualquier metal vil en oro... Uno de los motivos por los cuales los guardianes de las sepulturas, en ocasiones, solían hacer la vista gorda a los ladrones, era porque al apoderarse éstos de objetos grandes y valiosos de plata y oro, ponían nuevamente en circulación tan preciosos y escasos metales...

Ahora bien, de ser ciertas (ni afirmamos ni negamos, somos cautos) las propiedades atribuidas a la famosa “piedra filosofal”, los trabajos de los alquimistas —individuos, por los que se sabe, que no solían vivir en la abundancia—, habrían realizado, a cambio de un innegable triunfo científico, un pésimo negocio... Un incremento medianamente notable de las existencias de oro habría reducido su valor, motivo por el cual —entre otros— sus prácticas fueron perseguidas y sus libros arrojados al fuego... Tal vez por el significado de ciertos proverbio gallego... “Yo no creo en las meigas, pero haberlas, haylas”... Veamos,



Antiguo grabado alquímico

por encima, un típico caso... A principios del siglo XIX, Mansu Musa —soberano de Malí, entonces un grande y próspero imperio—, emprendió su peregrinación ritual a La Meca; llevaba consigo oro más que suficiente como para atender holgadamente las necesidades de las 60.000 personas de su séquito. A su paso por Egipto, país con el que el Imperio, en pleno apogeo, mantenía buenas relaciones, solicitando arquitectos y sabios, gastó y regaló tanto que, sin pretenderlo arruinó la economía egipcia al experimentar una gravísima reducción su patrón de oro...

No creemos necesario volver sobre la eclosión del arte gótico y los numerosos monumentos, no sólo religiosos (también militares y civiles) financiados con dinero del Temple, sin contar con el hecho de que debía atender a las necesidades de sus miembros, por mucho voto de pobreza que hubieran hecho, gastar cantidades elevadas en subvenir a peregrinos y menesterosos, y los pagos de salarios a sus trabajadores y de las soldadas para un número cada vez más creciente de mercenarios en Tierra Santa.

EL ORO Y LA PLATA

Volvamos nuevamente, tal vez con excesiva reiteración, a insistir sobre los problemas que ha planteado el estudio de las finanzas del Temple, y que podemos resumir brevemente: su riqueza se debía a la sabia y hábil administración de su creciente patrimonio, a la circunstancia de estar eximidos de impuestos, a las abundantísimas donaciones que recibían, a su papel de banqueros, etcétera... ¿Disponían, acaso, de otras fuentes de ingresos que no fuese la muy problemática transmutación alquímica de materiales vulgares en oro y plata...? Evidentemente cabe pensar que debieron tener otras formas de acceder a la posesión de metales nobles... Ahora bien, *¿cuáles eran?*

Durante los siglos XI, XII y XIII los pueblos del ámbito romano-germánico, en continuo crecimiento, van mejorando de manera gradual su nivel de vida, con distinto ritmo según las zonas. La producción agrícola se había estabilizado, mientras que la población seguía creciendo. Se hizo preciso sanear, desbrozar, roturar y cultivar territorios inmensos; la producción aumentó gracias a las mejores condiciones laborales de los trabajadores, y se intensificaron los intercambios comerciales. Con todo, nunca había existido una economía “completamente cerrada”, salvo en casos excepcionales, debido a exigencias defensivas.

A partir de los siglos XI y XII, una serie de cambios en la situación política van permitiendo la consolidación de una economía abierta, basada en el intercambio, que acabó por prevalecer en la vida política de la Europa Occidental. De esta forma fue conjurada la crisis, al menos hasta el siguiente siglo.

La estabilización agrícola y ganadera fue acompañada de un retroceso de fronteras, exceptuando en la parte oriental de Alemania, debido a que los Caballeros Teutónicos fueron ganando tierras del Este, a expensas de los paganos y poco civilizados eslavos. En España, después de una etapa de portentosos avances, la Reconquista se estanca. En el Oriente Medio, el imperio bizantino se reconstruye, y los turcos se apoderan, uno a uno, de los principados francos de Tierra Santa, progresando notablemente en los Balcanes.

Hombres y bestias están mejor alimentados, lo que da como resultado mayores rendimientos en todas las actividades, dando motivo a que la producción agrícola y artesanal fuera progresivamente organizándose como primera etapa de un proceso encaminado a satisfacer las necesidades de los consumidores, mediante una fase intermedia

de mediación mercantil tan compleja que requirió la aparición de una clase profesional especializada: la burguesía capitalista.

Los orígenes de la burguesía y el capitalismo se remontan, por tanto, a la época del predominio absoluto de una economía rural y de subsistencia, propia del inicio del feudalismo, cuando el comercio de cierta importancia constituía una aventura al menos tan arriesgada como la carrera de las armas, aunque mucho menos estimada. Considerando las enormes dificultades que debieron superarse, como el pésimo estado de los caminos, los inadecuados medios de transporte, la muy escasa seguridad en todos los sectores y las evidencias del sistema monetario, resulta sorprendente la magnitud del progreso obtenido.

Se explotó, en consecuencia, cualquier circunstancia que favoreciera el aumento de los intercambios; se volvió al oro, aunque no era muy abundante, como medio de transacción; se realizaron nuevos tipos de crédito; se construyeron grandes asociaciones; se aprovechó la participación en las Cruzadas y la colonización del Oriente musulmán y bizantino; se organizaron compañías monopolistas a escalas europeas, como la famosa Hansa, y se crearon bancos con muchas filiales.

El desarrollo del lujo va acrecentando el comercio e incluso la aparición de centros industriales especializados; por ejemplo: Flandes o el norte de Italia, en la industria textil, o París en los oficios artesanos. Los burgueses se enriquecen, invierten sus beneficios en la tierra y tratan de integrarse en la nobleza.

La nueva mentalidad produce el rechazo de ciertos ordenamientos consagrados por seculares tradiciones, es decir, hacia determinados aspectos del sistema político y religioso medieval, del que se deriva una profunda transformación política en toda Europa, condicionándola y al propio tiempo condicionada por ella. La promoción de la burguesía coincide con el declinar de la política encaminada a la instauración de "imperio cristiano-universal"; en este sentido, sólo siguió siéndolo la Iglesia romana, pese a sus cismas y contradicciones. *Por todas partes, el sistema feudal se halla minado por la economía monetaria. Únicamente la favorable coyuntura económica impide el estallido de la crisis... hasta los primeros años del siglo XIV...*

Para adaptarse a los nuevos tiempos, fue precisa una gran reforma monetaria (hasta el momento el comercio requería poco dinero). El oro y la plata, signos de riqueza, que se pueden contar y guardar con facilidad, se convirtieron en el motor de todas las actividades humanas; pero al ser tan escasos, se llegó al extremo de tener que fundir innumerables y preciosos objetos artísticos para transformarlos en monedas, cuando ya había quedado atrás la preocupación de asegurarse lo indispensable para subsistir. Con estas monedas de tan diversos orígenes aparecieron nuevas profesiones: cambistas, pesadores, banqueros y prestamistas... naturalmente, se produjeron fenómenos prácticamente desconocidos, como la falta de metales preciosos, alzas de precios y desagradables subidas de impuestos.

Ahora bien... ¿de dónde sacaban los Templarios los metales preciosos, si escaseaban? Durante la llamada Alta Edad Media circulaba muy poca moneda, casi exclusivamente de oro, cobre, bronce; la plata era muy escasa, hasta el punto de que en Oriente llegó a tener más valor el oro que la plata, y en Europa su circulación había alcanzado el punto más bajo, después de haber servido de instrumento valioso en tiempos del Imperio Romano... Sin embargo, insistimos en el hecho de que a finales del Medievo abundaran las monedas de plata, y algunas acuñaciones, por ejemplo, las inglesas, fueran excelentes. Hasta el siglo XII Europa era más bien pobre y la moneda era rara... Pero entre los siglos XII y XIV se extendió una progresiva riqueza que permitió las realizaciones extraordinarias, de todas conocidas... “¿No produce el efecto de una inflación? —se pregunta Alejandro Vignati—. Pero no una inflación del papel, ya que el papel no existía, sino forzosamente de metal.”

Estamos dispuestos a aceptar que los Templarios, magníficos administradores —la historia lo demuestra— supieron sacar el mayor partido posible de su patrimonio... Pero todo tiene su límite; siendo entonces el dinero un bien muy escaso, cuanto más atesorasen, menos metálico quedaría en circulación, con todo lo que ello supondría, y tan excelentes administradores no iban a matar su “gallina de los huevos de oro... o de plata”, ya que habría acabado por paralizarse toda actividad económica.

Especulemos, pues, con la posibilidad de explotación de minas y el transporte de metales preciosos. Sabemos, a ciencia cierta, que no había tanta plata en Oriente, como para que acaparándola pudieran causar tal inflación; además el transporte sería marítimo y ocasionaría —aunque tratase de hacerse secretamente— la existencia de alguna documentación, testigos, y por supuesto cierta actividad marítima, y esta clase de secretos no ha sido fácil, ni siquiera en nuestros días, de guardar, siempre existe el riesgo de filtraciones... *No obstante, sabemos que el Temple dispuso de flota y puestos propios...*

Las únicas minas de plata que el Temple pudo haber explotado estaban en Europa Central (Alemania y Hungría), y en modestas cantidades en la España musulmana. Cualquier otra explotación, por poco rentable que fuese, difícilmente podría haber pasado desapercibida (a no ser que procediese con un cuidado extraordinario), por el personal y animales de carga necesario; así como la cuantía del equipo y herramientas, y la escasez del personal cualificado, y aquí no vale ni disimular ni usar lenguaje críptico, llamado, llamando “pan” al “vino” y al “vino” “pan”... *Sin embargo, siempre cabe la posibilidad de volver a explotar alguna mina abandonada de muy antiguo... Muy en secreto debieron —de ser así— haber obrado: pero existen tantas pruebas a favor como en contra...* Lo que constituye hecho innegable, se mire como se mire es la extraordinaria abundancia de moneda que poseía el Temple, que le permitía hacer frente a cualquier empresa.

*Sobre los fuertes gastos diarios debidos a la custodia
del castillo de Sáfad.¹*

Así pues, en honor de Jesucristo Nuestro Señor y para mostrar el devoto esfuerzo e inmensa necesidad de los santos religiosos y caballeros del Temple y para incitar a la devoción y a la compasión y a la caridad de los creyentes cristianos hacia la mencionada Orden y el dicho castillo, informamos sobre los gastos que soporta la casa del Temple por estos edificios. Pues nos informamos e hicimos que nos informasen diligentemente los magnates y dirigentes de la casa del Temple, y en los dos primeros años y medio la casa del Temple gastó en la construcción del castillo de Sáfad, muy por encima de los beneficios e ingresos de dicho castillo, 1.100.000 besantes sarracenos, y los años siguientes unos 40.000 besantes sarracenos.² En los gastos diarios dan vitualla y víveres a 1.700 personas o más, y en tiempos de guerra, a 2.200. Como personal del castillo se necesita a diario disponer de 50 caballeros y 30 hermanos sirvientes con caballos y armas y 50 turcópulos con caballos y armas y 300 ballesteros, 820 trabajadores de otros tipos, y 400 esclavos. Y anualmente pagan unas 12.000 cargas de mula de cebada y trigo, aparte de otros víveres y los salarios que se pagaban a los mercenarios y contratados, y los caballos y monturas y otros elementos necesarios que no son fáciles de computar...

De construcciones castris Saphet,
citado por Malcolm Barber

Sobran testimonios acerca de la riqueza de la Península Ibérica en la Antigüedad, aún cuando sabemos que no faltaban zonas pobrísimas; generalmente abundan los lugares fértiles, no faltando otros que si bien lo eran menos, eran ricos en toda suerte de minerales.

...Tales noticias, insistentemente repetidas y transmitidas de unos a otros autores, llegaron a la creación de fantasías como la de los "pesebres de plata" utilizados en la Turdetania [Andalucía Occidental] o las grandes cantidades de oro "arrastradas por el Tajo". Pero, al margen de las fantasías, es cierto que Hispania ofreció grandes posibilidades para todo tipo de explotación minera altamente rentable. En la cultura de los Millares y la del Argar [Almería], así como en las colonizaciones fenicia y griega o en el legendario reino de Tartesos [sur de Andalucía], la presencia de orientales en Hispania fue motivada por el deseo de explorar o de comerciar con los minerales de Hispania...

...Los distritos mineros más importantes eran explotados ya antes de la llegada de los romanos. En algunos de ellos la explotación era intensiva; así en Cartagena y en Castulo [Linares, Jaén]: sólo de una mina de este último distrito, la mina "Baebelo", obtenían los cartagineses 300 libras de plata diarias [la libra es una medida usada desde la Antigüedad, siendo su equivalencia convencional y variable; así una libra romana equivalía a 327,45 gramos]. Los romanos abrieron otras muchas minas...

1 Este castillo, también denominado Safeto, se ubica en la actual Galilea, ya nos hemos referido cumplidamente a él en *La Historia de los Templarios*.

2 El *besante* era una antigua moneda bizantina de oro y plata; su valor no fue constante. Utilizada también por los sarracenos, tenían distinta equivalencia, por lo que el autor del presente escrito menciona repetidamente tal detalle.

...La conquista romana no significó sólo un cambio de dueños, sino que, bajo el nuevo marco político, tuvo lugar un relanzamiento de las explotaciones mineras hasta niveles antes desconocidos ... De las cantidades ingresadas en el Tesoro romano por los generales al final de su campaña, nos da buena cuenta Livio [Tito Livio]; he aquí los datos de sólo tres años. En el -194 se ingresaron de Hispania: 1.400 libras de oro, 25.000 libras de plata, 123.000 denarios de plata y 5.040 denarios de la llamada plata oscense [cada denario equivalía a cuatro sestercios, si eran de plata]. En el año -180: 155 libras de oro, 20.000 libras de plata, 173.000 denarios de plata. En el -168: 10 libras de oro y 250.000 denarios de plata. Y son también frecuentes otras noticias que hablan de "gran cantidad" de metales preciosos llevados a Roma...

...No es posible evaluar los términos cuantitativos el montante global de la producción minera de la Hispania romana. No siempre se distinguen los montones de escoria de la época prerromana y épocas posteriores de las escorias de la época romana y, a pesar de los serios trabajos de Domergue, Luzón y otros autores, faltan estudios sobre las minas. Algunos datos dispersos sugieren, en cambio, la importancia prestada a las explotaciones. Así, por ejemplo, las escorias de la mina de Cartagena —Las Herrerías— están calculadas en 276.000 toneladas; de las minas de Cartagena obtenía el Estado romano a mediados del siglo -II 25.000 dracmas [denarios] diarias; se calcula que el fisco ingresaba anualmente 20.000 libras de oro de las explotaciones del nordeste...

Historia de España

Según los historiadores romanos, los yacimientos de oro y plata más importantes de la Península Ibérica se hallaban en los siguientes lugares:

ORO Y PLATA: zonas del norte de El Bierzo y sur de Asturias, y Sierra Morena (actuales provincias de Córdoba y Jaén).

ORO: cuencas de los ríos Miño (España y Portugal) y Sil (comarcas de El Bierzo y La Maragatería); aguas del Duero y el Tajo (España y Portugal, especialmente); cuencas de Odiel y el Tinto (Huelva) y en la desembocadura del Guadalquivir (Cádiz); en aguas de Jalón (Zaragoza) e inmediatamente del Cinca, en los Pirineos (Huesca); aguas del río Vinalopó y Sierra Carrasqueta (Alicante); existieron algunos otros yacimientos menores, que fueron pronto abandonados, por su escaso rendimiento.

PLATA: inmediaciones de Barbate y Sierra de la Luna (Cádiz); Zalamea de la Serena (Badajoz); Almadén (Ciudad Real), y algunos yacimientos en zonas del sistema Central y de la Meseta Sur.

En el denominado Bajo Imperio (siglos IV y V), la minería comenzó una franca decadencia, acentuada considerablemente en el período visigodo. Los árabes intentaron una débil reanimación del sector que, ni con mucho, volvió a tener el esplendor de la época romana; así, se limitaron a explotar alguna antigua mina, y cabe suponer que aprovecharon, siempre que pudieron, instalaciones ya existentes; por otra parte, los geógrafos musulmanes se muestran bastante imprecisos acerca de las modalidades de explotación de éstas (plata de Alhama, Murcia, y en Hornachuelos, Córdoba). El lavado de oro se practicaba a orillas de los ríos Segre, Ebro y Genil, y en las arenas auríferas del Darro (Granada).

Cuando todos estos lugares cayeron en manos cristianas, quedaba tan poco que su explotación fue abandonada enseguida.

Sin embargo, y aunque no parece que tuviera acceso a estas y otras fuentes, el Temple se sirvió de abundante plata para sus transacciones y, como sabemos, acuñó abundante moneda de buena calidad... ¿De dónde salió este metal...? Nuevamente tenemos que recurrir a especulaciones y ejercitar —tal vez en demasía— la imaginación, *lo cual podría ser peligroso*... Por otra parte, la labor se hace difícil, ya que una gran parte de los archivos y documentación de la Orden desaparecieron, de manera accidental o procurada, a principios del siglo XV, junto con la misma... *Además, y dado que la codicia es una terrible fuerza motriz para ciertas personas —los hechos lo demuestran casi a diario— nada tiene de particular que de haber hallado nuevos mineros de metales preciosos los Templarios, éstos hubieran hecho lo imposible para ocultarlos, en evitación de mayores males*... Remitimos a las famosas *fiebre del oro* del pasado siglo, especialmente a las de California o Australia. *En nuestros días, muchos lugares de gran interés artístico y arqueológico han sido saqueados y destrozados por una legión de vándalos y desaprensivos buscadores de tesoros o antigüedades*...

Ahora, proponemos al lector un juego interesante: consistente en reunir la mayor nomenclatura de castillos, conventos o encomiendas del Temple de la Península Ibérica y ver si la coinciden con los emplazamientos de las antiguas minas... No olvidemos que en épocas de crisis, incluso en la actualidad, siempre han existido personas o grupos, que a falta de mejor ocupación, tratan de obtener algún beneficio en estos —por lo general— apartados y abandonados parajes... ¿Acaso en las grandes ciudades no hay arriesgados aventureros que se adentran en los intrincados pasillos de los alcantarillados, en busca de joyas perdidas...?

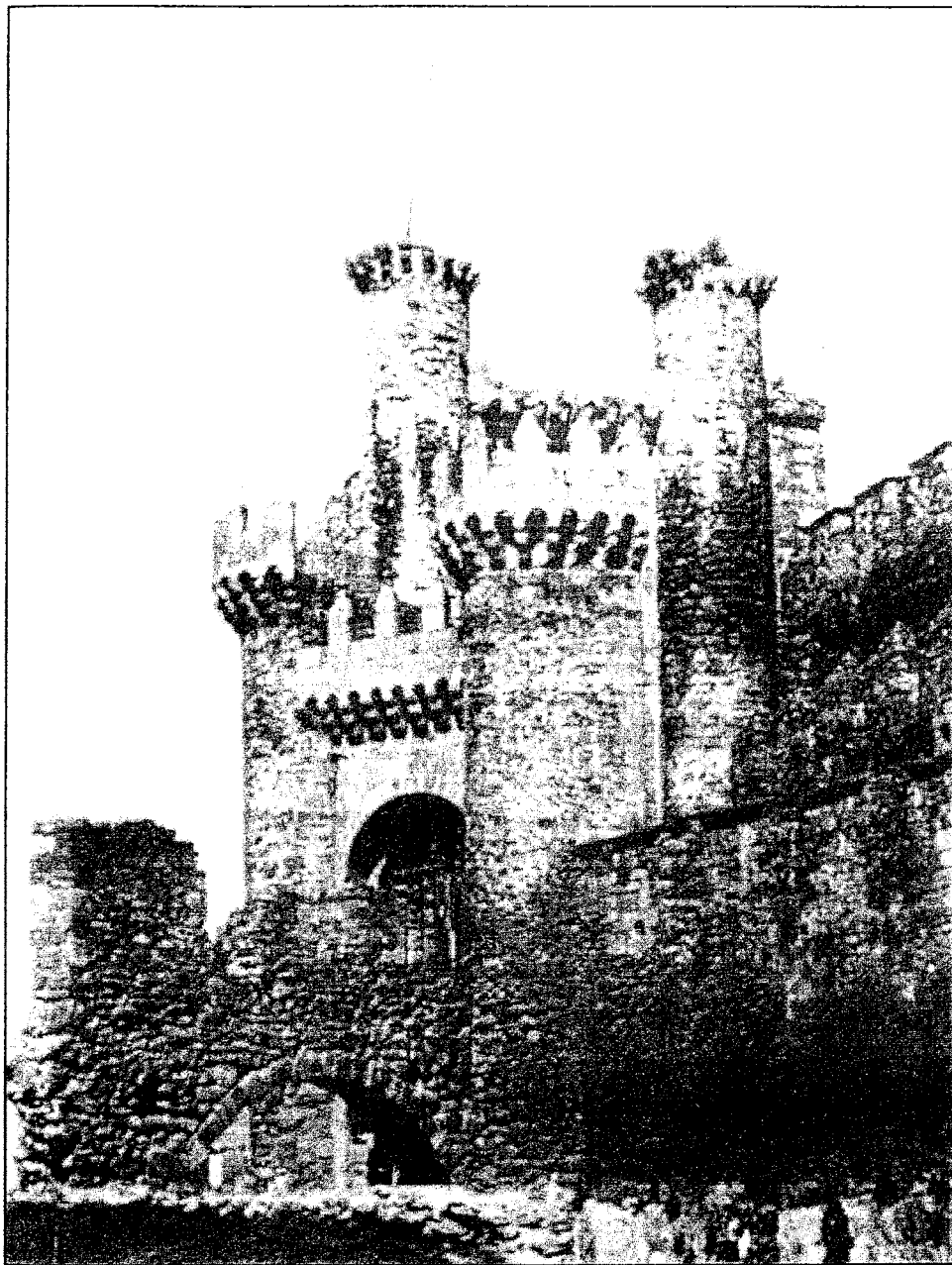
En el Noroeste de la Península los romanos explotaron la minería de oro utilizando un sistema peculiar como fue la “ruina motium”, la destrucción de los montes y, efectivamente, consistía en excavar galerías que debidamente entibadas eran luego incendiadas arrastrando posteriormente las arenas a corrientes de agua para su lavado y obtener así el cuarzo aurífero. Por este procedimiento se obtenían en Asturias, Galicia y Lusitania 20.000 libras de oro aurífero.

Tenemos las cifras que nos da Livio referidas a la afluencia de metales preciosos procedentes de España durante la época de su conquista.

Tres mil doscientas setenta y cuatro libras de oro, 286.152 de plata y 1.198.702 denarios, lo que traducido al sistema métrico decimal, para su fácil comprensión, serían 1.070,598 kilos de oro, 93.571.704 kilos de plata, así como otros 5.454.094 kilos que sumarían los denarios acuñados...

Cómo los romanos explotaron Hispania, Luis López Puerta

Sin embargo, tras la crisis del siglo III, y sin que haya explicación suficientemente documentada de los motivos —por otro lado, fáciles de imaginar—, aquellos yacimientos, poco a poco, fueron abandonados y, aparentemente, relegados al olvido oficial, si bien



Castillo de Ponferrada (León). Una de las más representativas fortalezas, que tuvo la Orden en España.

recientemente se han encontrado pequeñas cantidades de oro en los ríos de la comarca, lo que ha originado la existencia de esporádicas explotaciones particulares, en ningún caso acompañadas por el éxito.

Sin embargo, los Templarios alzaron impresionantes castillos en aquellos lugares: el famoso castillo de Ponferrada (una de las más bellas y conocidas fortalezas del Temple en España), y otros menores, pero no por ello menos formidables en Corullón, Pieros, Cornatel (remitimos al lector a la famosa novela de Gil y Carrasco), Balboa y Rabanal del Camino.

Cabe preguntarse si aquellas y otras construcciones eran verdaderamente necesarias en aquella zona, bastante tranquila, sólo sacudida por enfrentamientos que afectaron al reino castellano leonés a principios del siglo XIV, y libre —por su situación geográfica— de incursiones de la morisma... En teoría, se trataba de proteger y dar posada al peregrino (en el Camino de Santiago), cuyos enemigos podían ser el cansancio, la enfermedad, el clima o alguna catástrofe más o menos natural; existían, ¡como no!, cuadrillas de bandoleros, pero no debían estar muy organizadas y en todo caso no serían numerosas, lo que no justifica ni el trabajo, ni el tiempo, ni el dinero invertido en estos castillos. Por otra parte, la labor de asistir a los peregrinos correspondía a la creada ex profeso (hacia 1170) Orden de Santiago.

No nos atrevemos a entrar en el juego... Sin embargo, siempre que se pueda guardar el secreto, no resulta imposible la explotación de alguna mina abandonada o el hallazgo de un nuevo yacimiento... Y los Templarios no malgastaron su dinero ni edificaban al azar, ni “por que sí”... *Si allí no había oro ni plata... ¿qué guardaban con tanto celo?*

Nunca tuvo la Orden tanto poder ni tantas riquezas como inmediatamente antes de su ruina. Cuando el último maestre, Jacques de Molay, llega a Francia en 1306, trae consigo y con sus hombres 150.000 florines de oro y diez caballos cargados de plata.

¡Inusitado destino el de los Pobres Compañeros de Cristo, que montaban de dos en dos un solo caballo!

¡Inusitados banqueros que sólo podían comer carne tres días por semana y que al morir eran enterrados cara al suelo, con sus vestiduras clavadas a una tabla, y sin ataúd! ¡Inusitados financieros, por cuyas manos pasan todos los tesoros del mundo, sometidos al más riguroso voto de pobreza!

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

EL TEMPLE Y AMÉRICA

Pocas tierras han sido descubiertas tan reiteradamente como las de América. Antes de que Colón llegase a la isla de Guanahaní el 12 de octubre de 1492, se dice que fenicios, egipcios, griegos, irlandeses, árabes, normandos e incluso chinos habrían desembarcado en el Nuevo Mundo...

No pretendemos extendernos sobre teorías y hechos, más o menos probados, ya que precisaríamos de una obra completa, aunque estamos persuadidos de que el continente americano fue visitado en la Antigüedad y el Medievo por fracasados colonizadores, náufragos o expedicionarios, que no sabían a ciencia cierta dónde (recordemos que, a principios del siglo XVI, Alvares Cabral descubrió accidentalmente Brasil) se hallaban, y que dejaron algunos, muy pocos y discutidos vestigios acerca de los cuales es difícil pronunciarse; por otra parte, todos sabemos que se han amañado o falsificado pruebas.

No negamos, pues, las esporádicas visitas que pudo haber recibido un continente tan grande, si bien es cierto que no sirvieron para regularizar las comunicaciones, ni llevar a cabo su colonización eficazmente y, por tanto, no empañan la gloria del Gran Almirante y la visión de sus patrocinadores, los Reyes Católicos.

Cuando Marco Polo, su padre y su tío, vistiendo sus exóticos caftanes polvorientos, regresaron a Venecia procedentes del Extremo Oriente, no fueron creídos al principio. Debido a las historias que Marco Polo contaba acerca de las fabulosas riquezas de China y Japón, fue denominado inmediatamente "Messer Millione" o el "Señor Millón". Más tarde, la familia Polo organizó un banquete, al que asistieron los notables de Venecia. Luego, de repente, los Polo cortaron los forros de sus pesados vestidos. ¡Cascadas de preciosas gemas se derramaron sobre la mesa! Los venecianos se quedaron sin respiración: después de todo, Marco estaba diciendo la verdad. Existían ricos Imperios en el Extremo Oriente. ¡Aquellos diamantes, rubíes, zafiros, jades y esmeraldas eran una espectacular corroboración de sus aventuras!

No somos los primeros, Andrew Tomas

Pero no echemos las campanas al vuelo, las escasas pruebas existentes no siempre son tan categóricas como las riquezas de Marco Polo... En ocasiones, sin embargo, las pruebas no aparecen tan claras, unas veces no demuestran nada y en ocasiones carecen de valor... Veamos...

Indios de ojos azules.- Especialistas de la Fundación Nacional del Indio de Brasil, informaron el hallazgo de una increíble tribu de Indígenas hasta ahora desconocida en las vecindades de la carretera transamazónica. La tribu está integrada por poco más de un centenar de individuos, todos robustos y de una estatura algo superior al promedio de los demás indios brasileños, que presentan, a su vez, una extraordinaria característica: tienen la piel clara, ojos azules, y barba y cabello castaño. Las primeras hipótesis de los investigadores señalan que se trataría de una tribu que en el pasado mezcló su sangre con la de alguna expedición europea.

Fundación Nacional del Indio, Brasil

El jade de los Mayas.- Hace siglos, cuando los mayas dominaban América Central, los sacerdotes y los nobles se adornaban con algunos de los jades tallados más exquisitos del mundo. Pero con el colapso de la civilización maya y la conquista de los españoles, la extracción y el tallado del jade se fueron perdiendo. Ahora, gracias a un tallador belga que ha descubierto una antigua cantera del tiempo de los mayas en un bosque, no distante de Antigua, Guatemala, esa piedra preciosa está recuperando aquí mucho de su viejo prestigio.

Como el de todos los demás jades, el color de esta piedra guatemalteca va del pálido, casi blanco, al verde y al negro. Durante muchos años, los estudiosos creyeron que los artefactos de jade hallados en los templos mayas procedían de Asia, hasta que se descubrió su origen local (*Science Magazine*).

Enciclopedia Alfatemática

Sabemos que los antiguos tenían conocimientos geográficos y científicos sorprendentes, por su actitud y precisión, conocimientos que se perdieron y fueron redescubiertos en épocas bastante recientes. Platón (siglos IV y III a. C.) debió, sin duda, haber obtenido bastante información relativa al tamaño de nuestro globo, y de la existencia (más que posible) de otros continentes, al afirmar en su diálogo *Fedón*, que los pueblos del Mediterráneo ocupaban “sólo una pequeña porción de Tierra”.

Platón escribía en el *Timeo* sobre el Océano Atlántico y un posible continente al otro lado, dando a entender, según la opinión del investigador Andrew Tomas que “más allá del estrecho de Gibraltar, las Canarias y las Azores, atravesando el Océano Atlántico, haya un continente que debe ser las Américas. Esta es una afirmación sorprendente, ya que sugiere que hace veinticinco siglos, o antes, los antiguos tenían de una u otra forma, conocimientos de la existencia de América”.

Por otra parte, el geógrafo griego Estrabón (63 a. C. — 20 d. C.), en su extensa *Geografía* (fue un gran viajero) afirmaba: “Al otro lado del mundo que habitamos, debe existir uno o más mundos poblados por seres distintos de nosotros”. Añadía, incluso, que el paralelo de Atenas se extendía hacia Occidente —a través del Atlántico—; no cabe duda que se refería al territorio de los actuales Estados Unidos (basta consultar un Atlas)... Lucio Anneo Séneca (siglo I d. C.), viene a confirmar tal suposición en unos versos de su tragedia *Medea*: ... *Vennient annis saecula seris / quibus Oceanus vincula rerum / laxet, et ingent pateat tellus. / Typhisque novos detegat orbes, / nec sit terris ultima Thule...* (Vendrá un tiempo

/ en que las ligaduras del Océano / se desatarán, / y la vasta Tierra se revelará. / Otro Tifis descubrirá nuevos mundos, / y se contemplarán nuevas tierras más allá de Tule”). Tifis es el nombre del piloto de la nave de los argonautas y Tule es la actual Islandia.

El ateniense Flavio Filostrato (siglo I y II), escritor y maestro de retórica, escribió un curioso párrafo que demuestra los elevados conocimientos geográficos de la Antigüedad: “Si se considera la tierra firme en relación con toda la masa de las aguas, podemos estar seguros de que la tierra es la menor de las dos” (efectivamente, los mares se extienden sobre 361 millones de kilómetros cuadrados y cubren el 70 por 100 de la superficie del bloque terráqueo)... “Oficialmente”, los antiguos fenicios o egipcios, griegos o cretenses, no habían navegado por el Atlántico o el Pacífico...

En los libros sagrados de la India o del Tibet, así como en antiguas crónicas chinas, se pueden hallar afirmaciones sorprendentemente exactas sobre el Continente Americano, y que no parecen fruto de casualidad o de la imaginación. Lamentablemente, estos y otros muchos conocimientos se fueron perdiendo con el paso del tiempo...

“El mundo es rectangular, extendiéndose desde Iberia (España) a la India, y desde el África a la Escitia (Rusia). Sus cuatro lados están formados por altas montañas sobre las que descansa la bóveda celeste. La Tierra es sólo un arca de gigantescas dimensiones, y en el fondo plano de esta arca están todos los mares y tierras conocidos por el hombre. El firmamento es la tapa del cofre, y las montañas con sus paredes.” Esta es la imagen infantil de la Tierra, pintada por Cosmas Indicopleustes, un erudito-explorador del siglo VI, en su *Topografía Cristiana*.

Pero, un millar de años antes del libro de Cosmas, los filósofos tenían una idea diferente y mucho más precisa de la forma de la Tierra. Pitágoras (siglo VI antes de J. C.) enseñaba en su escuela de Crotona que la tierra era un esfera. Aristarco de Samos (siglo III antes de J. C.) dedujo que la Tierra giraba alrededor del Sol. Eratóstenes, el bibliotecario de Alejandría (siglo III antes de J. C.), calculó la circunferencia de nuestro planeta.

No somos los primeros, Andrew Tomas

Durante siglos, casi todo el mundo (insistimos... casi todo el mundo) creía que la Tierra era plana, y que a los osados que se adentraran, más allá de lo razonable, en el “Mar tenebroso” (Océano Atlántico), les aguardaba un porvenir bastante negro, pues —dado que la Tierra era plana—, al llegar a sus límites, caerían al vacío.

Y cuando hablamos de la degradación de los conocimientos, hemos dicho casi todo el mundo, porque aparte de crónicas y relatos (leyendas aparte) de viajes al Nueva Continente, por no disponer de pruebas fehacientes son discutibles, existen textos cuyo significado se hace muy difícil de obviar... Veamos un conocido ejemplo: la Academia de Ciencias de Azerbaiján (antigua URSS) descubrió en 1964, que un erudito del siglo XIII, Nasiredi Tusi, tenía conocimientos bastante exactos sobre la existencia de América. Este aludía en unos de sus libros a ciertas “Islas Eternas” y daba sus coordenadas geográficas...

que curiosamente... casualmente, coincidían con las costas orientales de América del Sur. Lo que resulta ya más difícil es saber cómo obtuvo este personaje tal información... ¿de antiguos manuscritos...? Probablemente así fuera, ya que en sus días, los navíos mediterráneos eran pequeños y frágiles, y les hubiera sido muy difícil (no nos atrevemos a decir que imposible) cruzar el Atlántico desde Gibraltar hasta Brasil, por ejemplo. *No obstante, sabemos que pueblo primitivísimos, a bordo de frágiles embarcaciones, recorrieron distancias enormes.* Razas humanas semejantes entre sí, originarias de un mismo tronco, viven en islas y continentes que distan centenares e incluso millares de kilómetros unos de otros... Los vikingos, famosos navegantes y feroces guerreros, siempre ávidos de botín, poseían excelentes embarcaciones, ligeras, veloces y aptas para navegar tanto en aguas poco profundas como mares embravecidos; sin embargo, éstas eran pequeñas y adolecían de bastantes limitaciones, lo que no impidió que llegase a las costas americanas, haciendo escalas en Islandia y Groenlandia.

Hipótesis interesante, si se quiere, como tema de especulación, aunque poco digna de fe debido a la falta de pruebas, sería según el investigador Tomás Doreste, el hecho de que cuando Felipe IV “el Hermoso”, rey de Francia, se dispuso a acabar con la Orden del Temple, cosa que sabemos no consiguió, algunos de los supervivientes hubieran huido al continente, oficialmente sin descubrir, valiéndose de naves que zarparon del puerto francés de La Rochelle (situada en una amplia ensenada, capital del actual Departamento de Charente-Maritime).

Historiadores como Juan de Torquemada, Toribio de Motolinia, Francisco López de Gómara o Chimalpahín mencionan la llegada al actual México, a fines del siglo XIII, de unos extranjeros de piel blanca, barbados, vestidos de “extrañas maneras” y portadores de unos conceptos religiosos que resultaban difíciles de comprender. Códices como el Vaticano y el Telleriano, dicen que éstos forasteros, venidos del otro lado del mar, eran llamados por los nativos *Tecpanitlaques* o *gentes del Templo*, a su vez divididos en tres categorías o castas, de manera que recordaban bastante la organización de la Orden: la clase superior o *tlacochalcas*; un grupo intermedio, los *teoticlues*, y otro inferiores, pero numeroso, los denominados *nonoalcas*, que parecían estar sujetos a los anteriores... *Sin embargo tal teoría es calificada por el propio Doreste como de “inaceptable para el lector”.*

Entre las polémicas más duras que ha promovido la Orden, destaca la relacionada con su verdadera potencia marítima. Si bien se admite que el Temple tenía su propia flota, generalmente se viene restringiendo su importancia e incluso se ha discutido la propiedad de algunas de sus dársenas en diversos puertos europeos, a pesar de ésta dio en diversas ocasiones fe cabal de la importancia de la misma. Y aunque existían escasos documentos, sabemos que si la flota templaria no era muy numerosa (en ocasiones hubo de alquilar naves

italianas), era lo bastante importante como para que los armadores de Marsella se hubiesen inquietado hasta el punto de limitar severamente el embarque de Templarios en su puerto, temiendo que monopolizaran el tráfico con Tierra santa... Se llegó a un acuerdo, debían reservar cierta cantidad de transportes para los marseleses.

Sus naves tenían acceso a numerosos puertos mediterráneos; incluso algunos como los de Colliure y Sain-Raphaël (Rosellón y Provenza) les pertenecía totalmente; así como una buena parte de Montpellier (Languedoc), una base de Mallorca y dársenas enteras de los de Barcelona, Valencia y Cartagena. En Portugal, la totalidad del de Sagres (Algarve, junto al cabo de San Vicente). Por supuesto, la navegación templaria se regía por una severa y elaborada reglamentación: "Todos los navíos de mar que están en San Juan de Acre están bajo las órdenes del comendador de la tierra, así como el comendador de la bóveda (el puerto) de Acre y todos los hermanos que están a sus órdenes."

Precisamente con la propiedad de este puerto [el de Sagres] comienza a plantearse la incógnita del misterio de la flota templaria. Es perfectamente coherente que la orden tuviera o utilizara puertos mediterráneos para sus fines de enlace con Tierra Santa, donde, al fin y al cabo se encontraba su razón oficial de ser, en tanto que milicia cruzada. Es natural que tuviera acceso a puestos atlánticos, para recoger en ellos carga de hombres y material con destino a Palestina, incluso para facilitar empresas menores tales como el cruce del canal de la Mancha a los Templarios ingleses y escoceses. Pero es que nos encontramos con algo más que eso, pues resulta que, si nos damos cuenta, tanto el puerto de Sagres como el de Lisboa, como el de Oporto y Santiago del Burgos [junto a La Coruña], todos ellos en la Península, fueron de hecho, puestos de primera magnitud puestos a disposición del Temple. Y, si subimos por las costas francesas, nos daremos cuenta cabal de que los Templarios tuvieron una enorme implantación en el Burdeos y que, prácticamente, poseyeron la totalidad de los de Saint-Valéry-en-Caux, al sur de Dieppe, y Haffleur, en plena Normandía. Y fueron prácticamente suyos el de Saint-Valéry-sur-Somme, en las costas de la Mancha, y, sobre, todo el de La Rochelle.

Los secretos Templarios, Juan García Atienza

Las relaciones con España y Portugal hubieran podido asegurarse fácilmente por tierra, dada la abundancia de edificios del Temple situados en collados, puentes y caminos; además, si alguien pretendía atacar a los Templarios debía pensárselo mucho, y de cualquier forma, no les habría faltado puertos de contactos más próximos a la costa cantábrica. Cabe pues, preguntarse... ¿para qué necesitaba la Orden un puerto tan alejado del norte de Francia, y que más bien parecía destinado a la navegación por el Atlántico?... Recordemos que los Templarios eran gentes prácticas y que no hacían nada sin seguir un criterio, todo lo extraño que puede parecer; pero, al fin y al cabo, criterio...

La ciudad de La Rochelle tuvo escasa importancia hasta el año 1199, año en que la reina Leonor de Aquitania, esposa de Enrique II de Inglaterra y madre de Ricardo "Corazón de

León” (personaje muy relacionado con el Temple), le concedió una “carta comunal”. En 1360, por el tratado de Bretigny (Normandía), que resultó oneroso para Francia, pasó a Inglaterra, convirtiéndose durante mucho tiempo en un espinoso problema, que contribuyó a la duración de la Guerra de los Cien Años.

Se preguntará el lector, sin duda, lo que podían tener en común los puertos de Sagres y de La Rochelle, tan alejados... aparentemente nada... Allí tenían los Templarios una encomienda, edificio próximo al puerto y que se conservó hasta o hace muchos años, siendo conocida como la “Casa de los Templarios”...

Entonces veamos que nos cuenta Jean de la Varende, que fue un historiador muy escrupuloso... y perfectamente informado, que unía a su talento de escritor unos conocimientos llegados de él desde el fondo de las historias familiares y los archivos privados de su provincia y otros varios.

Jean de la Varende, pues, nos cuenta en su libro *Los gentilhombres*, que los Templarios iban con regularidad a América de donde traían de unas minas que hacían explotar no oro sino plata, a causa de lo cual el pueblo francés decía “*qu'ils avaient de l'argent* (que tenían plata), expresión transformada en dicho popular para significar la riqueza.

...No existe ninguna prueba segura. Además cuando se trata de asuntos del Temple nunca hay pruebas; las pistas siempre están cuidadosamente borradas. En todo caso, es imposible encontrarlas en los archivos.

Pero pensemos:

1º Tenían una flota personal, y por tanto de marinos pertenecientes a la Orden.

2º Algunos de éstos debían ser normandos, parientes de los que, en tiempos de los orígenes del Temple, o algunos decenios antes, navegaron desde Groenlandia hasta Américas—que ellos llamaban Wineland— yendo y viniendo varias veces.

3º Que entre dichos marinos había seguramente algunos bretones cuyos antepasados han dejado varias huellas, mucho antes de Cristóbal Colón, en las costas de Filadelfia.

4º Que entre los Templarios había bastantes lo suficientemente cultos para saber que la tierra es redonda... y como lo sabía el maestro de la obra de Chartres, que conocía hasta sus dimensiones.

5º Que los Templarios habían visitado también los puestos fenicios donde quizá subsistían los documentos geográficos de los antiguos que parece que también habían abordado las costas americanas...

6º Que después de la disolución de la Orden, los caballeros de la Península Ibérica se dispersaron en diferentes órdenes más o menos análogas al Temple, como en España la de Calatrava y en Portugal la Orden de Cristo, creada especialmente con esta intención...

...Desde luego, éstas no son pruebas suficientes para convencer, pero constituyen un buen manajo de suposiciones.

Y esto no es todo.

En el tímpano de la nave de Vezelay, que data de los alrededores de 1150, se encuentra representado, entre los pueblos de la tierra, un indio de grandes orejas, no es un indio de la India, sino un indio de América...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

En la catedral gótica de Schleswig (Schleswig-Holstein, Alemania) existen unas pinturas en las que claramente aparecen varios guajolotes, especie de pavos, ave gallinácea muy común en México y que oficialmente no llegaron a Europa hasta el año 1530. En la localidad, también alemana de Overhagen (Renania del Norte-Westfalia) se conservan unos tapices escandinavos del siglo XI, en los que aparecen, con bastante claridad, unas llamas, animales, como sabemos, propios de los Andes... cabe preguntarse a través de qué misteriosos caminos llegaron a Europa estas imágenes y quienes fueron los que la dieron a conocer; no resulta, además, imposible que los anónimos artistas tuvieran delante de ellos algún ejemplar vivo.

¿Exceso de imaginación por parte de los artistas, separados por el tiempo y el espacio...? Francamente, nos cuesta creerlo; aquellas gentes, sin prejuicio de sus limitaciones, eran realistas y sólo reflejaban, no siempre lo hacían bien, lo que veían. Cuando representaban algún tema fantástico (monstruos, demonios, etcétera), lo hacían con arreglo a una norma. Remitimos a las famosas pinturas de San Baudilio de Berlanga (Soria), actualmente en el Museo de Nueva York; el artista —mozárabe, sin duda— representó en ellas un elefante, *todo lo mal que se quiera, pero elefante al fin y al cabo*... Y el elefante es un animal “no europeo”, como tampoco lo son los guajolotes y las llamas...



Los indicios apuntan que de ser reales estos viajes al Nuevo Continente, tuvo que ser La Rochelle el puerto por el que los Templarios iniciaban la ruta americana y al que llegaban las riquezas traídas, sobre todo la plata (que constituía, como sabemos, la mayor fuente de riqueza de la Orden). Está fuera de duda que anteriormente normandos y bretones habían alcanzado las costas americanas — pese a las limitaciones de la navegación de la época —, por lo que resulta lógico pensar que conocían el medio de llegar hasta ellas. “De forma bastante curiosa —recuerda Andrew Tomas—, los vikingos utilizaban para su navegación, piedras solares, es decir, cristales especiales que cambiaban de color si se apuntaban hacia el sol, incluso con tiempo nublado.” Se trata de la *corderita* (silicato de aluminio, magnesio y hierro, que cristaliza en el sistema rómbico y se encuentra en rocas metamórficas), afín al *zafiro*, cuyas moléculas están alineadas de manera paralela unas a otras. Cambia su color del amarillo al azul oscuro cuando la alienación de éstas describe un ángulo de 90 grados de acuerdo con el plano de polarización de la luz solar, aunque el sol esté oculto. Dado que abunda en las montañas escandinavas, nada tiene de particular que, de alguna manera, los vikingos descubriesen y explotaran sus propiedades. Además, entre finales del siglo XIII y comienzos del XIV, la brújula, cuya invención se atribuye al italiano Flavio Gioya (natural de Amalfi), ya era conocida.

Mientras sólo se navegó por el Mediterráneo, el Mar del Norte o el canal de la Mancha, el peligro de “perder el rumbo” (extraviarse) era bastante improbable... Bastaba un buen mapa con una rosa de los vientos, y eso cuando la proximidad de la tierra no hacía superfluo tal instrumento y se navegaba siguiendo las costas. Estamos dispuestos a admitir sino la imposibilidad, al menos las grandísimas dificultades que una travesía de este tipo suponía entre los siglos XII y XIV, dadas las características de aquellas naves. Pero no olvidemos, que haciendo una “necesaria” escala en las Canarias, Cristóbal Colón llegó al Nuevo Mundo con tres embarcaciones, y la menor de éstas, la “Niña”, tenía una eslora de 21,40 m., una manga de 6,28 y un desplazamiento máximo de 100,30 Tm, una verdadera cáscara de nuez... pero llegó y volvió.

Si la navegación “convencional” no representaba mayores dificultades que las de todos conocidas, fue muy distinto el aventurarse en el Océano (el temido *Mar Tenebroso*), donde de una costa a otra había semanas o meses de navegación, y donde las corrientes, el viento y las tempestades podía desviar cualquier embarcación de un rumbo fácilmente (bastaría con repasar las vicisitudes del primer viaje de Colón). Por otra parte, la inexistencia o la muy escasa utilidad de las cartas de navegación dejaban sumidos a los marineros en las dudas más profundas, quedando prácticamente ciegos y debiendo navegar por intuición, basándose en los escasísimos y vagos datos de que disponían. “Sin embargo —comenta Tomás Doreste—, viajar al continente americano era sumamente sencillo [con reservas]. Bastaba dejarse llevar por las corrientes marítimas y por los vientos. Y una vez en América,

no resultaba complicado el viaje de vuelta. El «Gulf Stream» conducía los barcos hacia las costas de Europa, de tal manera que la travesía no ofrecía [en teoría] apenas riesgos.” Lo cierto, es que los indicios apuntan al hecho de que Colón (sin restarle ni ápice de mérito) sabía bien dónde iba y lo que hacía, aunque las cosas no saliesen como él deseaba.

Curiosamente, es a principios del siglo XIV (coincidiendo con la desaparición “oficial” del Temple), por el perfeccionamiento de la navegación o porque los tiempos eran propicios, cuando se realizaron notables descubrimientos geográficos. Fueron los portugueses, genoveses y venecianos quienes exploraron las costas de África Occidental, descubriendo tierras y ríos y llevando a su patria diversos productos exóticos, animales desconocidos, especias y oro (lamentablemente, también esclavos).

Las Azores (cuyo nombre viene del Portugués *açores* (halcones, aves abundantes en este archipiélago), las islas Madera (de *madeira*, por la altura y grandiosidad de los árboles que cubrían la tierra como un techo), las costas de Río de Oro (así llamado por la gran cantidad de tan precioso metal allí descubierto) y la desembocadura del Congo constituyeron los primeros pasos hacia horizontes más vastos... *lo sensacional de los descubrimientos, las riquezas obtenidas y la fama que cubría a aquellos primeros navegantes excitaron la imaginación de muchos europeos y multiplicaron su audacia.*

“Entonces—se pregunta Alejandro Vignati—, ¿es imposible que los Templarios hayan llegado efectivamente hasta América, al Yucatán, dónde existen minas de plata?...”

“...Nadie está obligado —añade— a creer que las leyendas son solamente relatos novelescos sobre hechos reales. Pero existen otros índices novelescos...”

Veamos ahora lo que dice la prensa española. En el verano de 1992 se celebró en Soria un Simposium sobre el Temple, en él, sin duda tuvo un papel muy destacado don Fernando Del Toro Garland (Gran Prior General de la Orden Soberana y Militar del Temple de Jerusalén). El señor Del Toro, que nos parece una persona consecuente y seria, amén poseedor de una vastísima cultura, planteó la posibilidad de un descubrimiento precolombino, propiciado por la Orden...

...Pruebas documentales avalan la existencia durante el siglo XV, después de que los Templarios fueran proscritos, de una fuerte flota perteneciente a la Orden del Temple que contaba con expertos marinos y con un importante archivo cartográfico. Al mismo tiempo se producen otros hechos históricos relacionados con los viajes a Occidente. Se trata de la intensa actividad marítima de la familia Zeno de Venecia, la cual entra en contacto en los mares del Norte con el poderoso conde o príncipe Henry de Sinclair, perteneciente a una destacada familia escocesa con profundas raíces templarias y muy interesado en los viajes por mar hacia Occidente. Bajo su patrocinio, los hermanos Nicolo y Antonio Zeno alcanzarían las costas americanas en 1392, justo un siglo antes de que Colón “descubriera” oficialmente América.

Así queda confirmado, en opinión de Garland, por la relación que en 1458 Nicolo Zeno El Joven publica sobre los viajes de sus antepasados, con cartas autógrafas de los mismos. En una de ella, cuyo original se guarda en el archivo del duque de Portland, Antonio Zeno describe a

su hermano, con todo lujo de detalles, las ciudades y las características de los pueblos que habitaban la actual zona de Veracruz en 1392, fecha del segundo viaje a América de los hermanos venecianos. Previamente, en 1374, se habría realizado una primera incursión que alcanzó los actuales Estados Unidos por la costa de Massachusetts.

Pero lo más curioso es que Fernando Colón, hijo del Almirante, también publica las cartas a su padre, y en una de ellas éste escribe de su puño y letra lo siguiente: "Junto a la «Geografía» de Ptolomeo tengo el informe de Zeno..." ¿Cómo llegó este informe a manos de Colón, antes de "descubrir América"? Con los enigmas históricos sucede como con las cerezas, al tirar de uno se enganchan unos cuantos más...

Prensa española, sin determinar
(de fecha relativamente reciente)

No deseamos terminar este capítulo sin ceder la palabra a un investigador tan autorizado como García Atienza, suscribiendo, sin reservas cuanto afirmaba al decir que...

...El hecho es que todo inclina a sospechar, al margen de seguridades gratuitas que exhiben algunos investigadores, que la Orden del Temple poseyó, efectivamente una poderosísima flota que no fue empleada únicamente en suministrar avituallamiento a Tierra Santa. Más aún, es probable que este avituallamiento no fuera más que la tapadera para otros fines más importantes que el Temple tendría en mente y que, con toda seguridad, emprendió de una forma que hoy se nos antoja secreta, aunque ni siquiera podríamos asegurar que lo fuera por el hecho de que no hayamos tenido acceso a unos archivos que se perdieron y que nadie fue capaz de recuperar. Que los Templarios llegasen a América después que los normandos, que se establecieron allí, que ejercieran entre otras funciones la de los misioneros cristianos cuyas enseñanzas se perdieran después de su marcha, que explotasen los yacimientos argentíferos de Méjico y del Perú para engrosar sus caudales y financiar con ellos, entre otras cosas, la ingente obra de las numerosas catedrales cuya construcción se emprendió bajo su vigencia, eso es algo que todavía conviene guardar en cuarentena y, cuando menos, esperar a que aparezcan más evidencias que las que han aportado historiadores demasiado proclives a expresar sus sospechas atolondradamente y lanzarlas como verdades incontrovertibles. Tiene que haber más pruebas. Y la Historia está ahí, no va a escaparse por el hecho de que esperemos pacientemente a encontrarlas. Ya saldrán, si realmente se encuentran ahí...

Los secretos Templarios, Juan García Atienza

LAS ISLAS CANARIAS: ¿ETAPA, REFUGIO O SANTUARIO?

El archipiélago de las Canarias, está formado por trece islas (Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria, Alegranza, Roque del Este, Roque del Oeste, Graciosa, Montaña Clara, Lobos, Tenerife, Palma, Gomera y Hierro), con una superficie total de 7.272 km cuadrados. Dista 567 millas (1050 km) de Cádiz y sólo 102 km de la costa africana. De ahí el hecho que, sin duda, fuesen los habitantes de la costa occidental de África los primeros pobladores de las “Islas Afortunadas”, que, en contraste con la aridez de la costa sahariana, se presentaban como pequeños paraísos. La población masiva de las mismas se trasladaría en piraguas o balsas en la época neolítica (unos 5.000 años a. C.) y transmitieron al archipiélago su fondo étnico y su cultura.

El conocimiento de estas islas en la Antigüedad es muy remoto; se hizo, con toda posibilidad, a través de navegantes fenicios y púnicos, que costearon el Noroeste de África. Confusas noticias aparecen en los escritos de los geógrafos antiguos como Diodoro Sículo y Pomponio Mela. Cayo Salustio refiere que Quinto Sertorio (siglo I a. C.), proscrito y acosado por el infortunio, pensó buscar refugio en ellas, y Lucio Enneo Floro (siglo II) afirma que llegó, incluso, a realizar el viaje. Es en Plino “el Viejo” (siglo I) donde aparece una descripción que responde a un cierto reflejo de la realidad.

En el Medievo persiste la leyenda de unas “Islas Afortunadas” hacia Occidente, casi inaccesibles, en la inmensidad de Océano. Se mencionan, entre otros, en los textos de Al-Bekri (siglo XI) y en las narraciones, un tanto fantásticas, por cierto, de El Edrisi (1154). Los autores cristianos creían en la existencia de una o varias “islas misteriosas”, situadas al Poniente, y así aparecen representadas en antiguos mapas, como el de San Severo (siglo XI).

Serían los navegantes italianos (entre finales del siglo XIII y comienzos del siglo XIV) los primeros interesados en conocer y explotar los recursos del legendario paraíso. Es dudosa la llegada a las islas de los hermanos Vivaldi (que zarparon de Génova en 1291). El primero de los contactos europeos con las Canarias históricamente demostrado es el del también italiano Lanceloto Malocello (entre 1312 y 1332), quien edificó en las islas de Lanzarote —que toma de él su nombre—, un castillo, cuyas ruinas aún perduran un siglo después. En 1341, Alfonso IV “el Bravo”, rey de Portugal, inició las pretensiones lusas a la posesión de las Canarias, costeano una expedición, dirigida por el genovés Niccoloso da Recco y el florentino

Angiolamo del Teggio. Ya en las cartas geográficas mallorquinas, como la de Angelino Dulcert (1339), figura su exacto emplazamiento, y con el tiempo fueron adquiriendo mayor importancia al convertirse en puntos de apoyo para la navegación en las aguas africanas.

En 1343, el príncipe Luis de la Cerda (descendiente de Fernando III de Castilla) solicitó y obtuvo del Papa Clemente VI ser investido rey de las Islas Canarias, siendo coronado con toda solemnidad al año siguiente en Avignon, a la sazón residencia de los Pontífices... *Se nos antoja demasiada rapidez y demasiado honor para consagrar a un monarca de un reino inexistente...* Sin embargo, Luis de la Cerda, militante en las famosas "Compañías Blancas" de Bertrand Du Guesclin (personaje bastante enigmático, y desde luego algo más que jefe de unos vulgares mercenarios), murió combatiendo a los ingleses en la famosa batalla de Crecy (1346), tras haber enviado dos naves españolas el año anterior, que alcanzaron la isla de la Gomera. Su muerte impidió la organización de la conquista del Archipiélago... Mientras, las islas siguieron recibiendo audaces visitas de mercaderes y aventureros en pos de productos exóticos y de esclavos.

Curiosa y extrañamente el puerto de La Rochelle, en el que pocos habían reparado antes de la disolución del Temple, casi de repente comienza a convertirse en un punto estratégico de suma importancia... entre otras cosas, es protagonista de una serie de hechos relacionados con estas y otras empresas ultramarinas...

Teniendo en cuenta los indicios ya apuntados y los que se irán viendo, y el hecho de que la plata fuera abundante en los territorios de los actuales México y Estados Unidos, y admitiendo la explotación medieval de sus minas, cabría convenir con Alejandro Vignati: "Entonces, ¿de dónde vino la plata que corrió a fines de la Edad Media, antes de Cristóbal Colón? Y si no era para ir a buscarla, ¿qué significaba para el Temple esa concurrencia de rutas hacia La Rochelle que aún no era ni casi un pueblo?"... Porque en una época en que los caminos dejaban tanto que desear, resulta un poco raro... más bien bastante raro, lo bien comunicado que estaba este pequeño lugar con las principales casas de la Orden en Francia.

Se dice, aunque se carece de pruebas suficientes (tanto a favor como en contra), que el puerto de La Rochelle habría servido para recibir la plata procedente de América... Pero el puerto de Sagres estaba más próximo al Nuevo Continente y era "bastante discreto"... y que pudo, incluso servir de "salida de emergencia" a considerable parte del tesoro del Temple, del que nada o casi nada se sabe (si lo hubo), salvo leyendas o conjeturas, y que no tendría, forzosamente, que estar compuesto por bienes materiales... Lo cierto es que un año después de la detención de los Templarios franceses, uno de éstos, el Caballero Jean de Chalon, afirmó durante un interrogatorio, que horas antes de que los esbirros de Nogaret cayesen sobre sus posesiones de París, pudo ver como tres grandes carretas, cargadas de grandes cofres disimulados con paja, abandonaban el edificio custodiadas por los caballeros Hugo de Châlons y Gérard de Villiers, al mando de una fuerte escolta,

quienes, al parecer, habrían emprendido el camino de La Rochelle, donde —se dice— aguardaban naves del Temple para ponerlos a salvo, junto con otros envíos procedentes de otras casas de la Orden... En este caso, no es arriesgado pensar que podría tratarse de naves portuguesas fletadas por los Templarios.

Volviendo a las Islas Canarias, a principios del siglo XV aparece por este puerto un noble normando, Jean de Béthencourt, cuyo padre (también llamado Jean de Béthencourt) había combatido en las filas de Du Guesclin, de quien se dice fue un Maestre del Temple clandestino. De este noble normando no se sabe gran cosa, salvo que su vida aparece envuelta en un halo de misterio y relacionada con las más extrañas aventuras, que vamos a tratar de resumir... Uno de sus antepasados perteneció a cierta milicia mercenaria en la que se integraron numerosos antiguos Templarios que no quisieron unirse a Órdenes similares... Recordemos que su padre y Luis de la Cerda habían pertenecido a las citadas "Compañías Blancas".

Muerto su padre hacia 1364, el pequeño Jean vivió en el arruinado castillo de Granville (península de Cotentin, Normandía), bajo la protección del propio Bertrand Du Guesclin quien se preocupó, de manera poco habitual, de su educación, poniéndole en manos de los más



eruditos maestros que encontró, algunos de los cuales, sin duda, debió haber sido un antiguo Templario. Lo cierto es que el joven Béthencourt adquirió una cultura muy por encima de lo habitual en época. “El hecho de que recibiera un educación especial —comenta un estudioso— por orden de su protector y que interviniera en ella un viejo ex Templario parece indicar que alguien quiso modelarlo desde su infancia, tal como habían hecho los Templarios con varios nobles y reyes de su tiempo que utilizaron luego en sus proyectos sinárquicos.”

Hacia 1377, siguiendo instrucciones de su protector, se instala en Toulouse (capital del actual departamento del Garona) al servicio del monarca Carlos V “el Sabio”, y allí conoce al mercenario Gadifer de La Salle (también normando), antiguo soldado de Du Guesclin, y no tardan en convertirse en notarios trovadores de la “Virgen Negra” (estas imágenes, relacionadas con el Temple, también lo estaban con antiquísimos cultos muy anteriores al cristianismo) de la Daurade (Languedoc). Ambos participaron en los juegos florales del “Gay Saber”; en realidad, todas aquellas manifestaciones literarias encubrían a una “asociación secreta”, de carácter “cátaro” muy posiblemente, que se valía de ellas para desfigurar sus actividades esotéricas... *Remitimos a nuestro ejemplo, tosoo si se quiere, de “Juan es árbitro”...*

Ambos amigos se separan durante algunos años, La Salle parte en busca de nuevas aventuras y Béthencourt se convierte en cortesano; y no parece irle mal del todo, ya puede permitirse reconstruir su castillo y lo hace siguiendo un antiguo modelo templario (planta octogonal). Curiosamente, en 1392 contrae matrimonio con una hija del influyente gentilhombre Du Fayel (vinculado, en su día a Du Guesclin), y gracias a su suegro consigue introducirse en los más selectos círculos de la corte de Carlos VI de Valois, circunstancia que le permite el acceso a la colección cartográfica del monarca, una de las mejores de su tiempo, y en la que, entre otros interesantísimos mapas, figuran los del judío mallorquín Cresques Abraham, en el que aparecen las Islas Canarias señaladas con anotaciones cabalísticas.

Hasta ahora, la vida de Jean de Béthencourt ha sido bastante tranquila y, en apariencia, no muy distinta de la de tantos cortesanos de su tiempo...

Pero en 1399 se ve envuelto en un extraño suceso: ayuda a refugiarse en una iglesia próxima a sus propiedades a “tres personajes de extrañas tierras” (se especula sobre la posibilidad de que fueran españoles y estuviesen, de alguna manera, relacionados con el Temple), y temiendo que los agentes del rey, que les venían persiguiendo, acabasen prendiéndolos, los hospeda en su castillo, proporcionándoles cuanto necesitan. Jean de Béthencourt fue sancionado, como consecuencia de aquel desacato, con la considerable multa de 1.000 libras, por lo que apeló al monarca; lo cierto es que la pena pecuniaria no le fue perdonada, pero jamás llegó a pagarla... *Debía Béthencourt tener más que suficientes motivos para arriesgarse a perder el favor real, lo que hace pensar que conocía bien a los extraños forasteros...* Poco después volvió a encontrarse con Gadifer de La Salle, y ambos concretan un inusitado viaje marítimo...

Sin esperar a recibir ayuda de nadie, pero muy seguro de que no quedaría desamparado (curiosamente, no solicita al rey francés, sino a los soberanos de la Península Ibérica), vende sus propiedades a su primo Robert de Braquemont y dispone los preparativos de la expedición, como si se tratase de algo urgente... El 1 de mayo de 1402, junto con Gadifer de La Salle, algunos religiosos, hombres de armas y marineros, zarpa de La Rochelle... Lleva con él dos nativos, parientes próximos de un régulo local, para que le sirvan de intérpretes (si este noble normando disponía de indígenas para que le auxiliasen en su empresa, no vemos el motivo por el cual los Templarios, caso de haber llegado a tierras americanas, no hubieran podido traer con ellos algunos indios... *Colón lo hizo ya en su primer viaje*).

Le llevó algún tiempo, pero consiguió que el 28 de noviembre de 1403 Enrique III, “el Doliente”, rey de Castilla y León, diera inicio a la expansión española en aguas atlánticas, concediéndole una licencia para la conquista de las Islas y el título de Virrey, con bastante autonomía. Luego debió producirse algún distanciamiento entre éste y su amigo y socio La Salle, que terminó por abandonar la empresa en 1405, dejando al Virrey el campo libre para emprender la colonización del Archipiélago y explotar sus recursos... Sin embargo, en 1412, Béthencourt acaba por desentenderse del gobierno de las islas, que deja a su sobrino Maciot de Béthencourt, regresando a su antigua propiedad de Normandía (1415), y en la que su primo, Robert de Braquemont, le permite permanecer hasta su muerte (hacia 1422), tras haberse empobrecido como consecuencia de la guerra con Inglaterra y haber vendido las islas a Enrique de Guzmán, conde de Niebla... No deja de causar cierta perplejidad el hecho de que tras la venta, Maciot siguiera —pese a su probada falta de idoneidad— en el gobierno de las mismas.

“¿Qué tenían las Islas Canarias, a no ser su condición de paso hacia América —como podrían haber cumplido ese fin las Islas Azores o las de Madeira—, que atrajeran la atención de aquel marino normando bisoño?”, se pregunta García Atienza.

Se han barajado diversas explicaciones, algunas poco creíbles, como que Béthencourt tenían cuentas pendientes con la justicia o que habría elegido estas islas para reponerse de la pérdida de salud (de ser ciertas, éstas y otras hipótesis, no era, obviamente, preciso emprender tan largo e incierto viaje); en todo caso, nada lo demuestra, y deben ser estimadas... Sería más exacto pensar que en tales islas podría haberse refugiado parte de la flota del Temple; pero dado que habían pasado más de cien años no era fácil que allí hubiesen quedado ni hombres ni barcos... la madera se pudre y los hombres mueren, además la arqueología no ha encontrado ningún vestigio. Por otra parte, los Templarios no fueron perseguidos en Portugal, sino que, con el nombre de Orden de Cristo, prosiguieron sus actividades, con la excepción de algunos cambios en la estructura...

Si se trataba de utilizar estas Islas como “puente” o “etapa” para alcanzar las costas americanas, suponiendo que el Temple hubiera estado tras de estos viajes, evidenciaba —por supuesto— un buen conocimiento de vientos y corrientes oceánicas... pero tales

viajes se habrían venido produciendo, sin esta base, desde mucho antes (que se sepa); además, no eran el mejor lugar para ocultar los tesoros Templarios, ya que aparte de la distancia y dificultades en un momento dado; lo mismo podría decirse si en lugar de oro, plata y piedras preciosas se tratase de libros, documentos y archivos...

Quedaría otra explicación, también relacionada con la Orden, y de la que diversos investigadores se hacen eco: antes de la llegada “oficial” de los conquistadores a Tenerife, los guanches, que se supone desconocían el cristianismo, rendían, no obstante, una especie de culto —tal vez por asociación con la *Diosa Madre* o la *Madre Tierra*, al igual que otros muchos pueblos primitivos—, a la imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, de la que afirmaban que había sido llevada a su isla por unos “ángeles cubiertos con capas blancas”. Inicialmente, la imagen debía estar relacionada con las misteriosas “Vírgenes Negras”, tan corrientes en la Europa de los siglos XII y XIII; muchas de éstas eran veneradas en las encomiendas e iglesias templarias y algunas tenían cierto matiz esotérico... “Las preguntas, naturalmente —opina García Atienza—, se amontonan y tratan de escarbar como sea una respuesta, que siempre gira en torno a la posibilidad de que la Orden del Temple, antes o después de su disolución, pudiera haber llegado con sus naves a las Islas Canarias, donde habrían establecido al menos un campamento en el que habrían instalado capilla e imagen.”

Con tan buenos inicios y contando ya con el apoyo de la Corona castellana, resulta bastante “raro” que Béthencourt no fuese “más allá”, es decir, al Nuevo Continente... Caben, pues, varias explicaciones que se reducen a que tal vez no debían emprender una parte del trayecto “en aquel momento”, o que, tal vez, falto de medios materiales o más bien de resolución, acabó por abandonar el proyecto... Lo único cierto es que este personaje guardó silencio sobre “ciertas cosas” el resto de su vida; en todo caso, resulta difícil saber qué móviles le impulsaron a emprender aquella empresa con tan escasos precedentes... y a abandonarla tan inopinadamente.

Quando Colón llegó al reino de Castilla ya traía información conseguida en Portugal, pero que ningún historiador del llamado “Descubrimiento” ha sabido decir con exactitud de dónde pudo obtener. De todos modos, la sospecha se centra muy probablemente en la posibilidad de que el futuro Almirante de la Mar Océana lograra acceder a mapas que pertenecían a la escuela náutica de Sagres, la que se formó bajo los auspicios de la Orden de Cristo, a la que se acogieron los Templarios portugueses y muchos otros procedentes de otras provincias templarias. Esta escuela náutica tenía, en tiempo de su maestro don Enrique el Navegante, la mejor cartografía que podría haberse reunido para emprender viajes ultramarinos. Y resulta bastante coherente que el origen de todos aquellos conocimientos estuviera en manos de la Orden del Temple, antes de que fuera suspendida y de que con sus restos se fundase la de Cristo.

Los secretos Templarios, Juan García Atienza

UN CURIOSO LUGAR: SAN JUAN DE OTERO

Desde los albores de la humanidad, ha existido una tendencia cultural o religiosa, a veces ambas, a fijar espacios concretos en los que, supuestamente, podía producirse el contacto de lo terrestre con lo celeste. Se trataba de lugares considerados mágicos o sagrados, en los que se rendía culto bien a las divinidades, bien a los espíritus —para obtener su protección— bien a los antepasados, buscando para sus problemas una solución que la escasez de conocimientos les negaba... Montes, cavernas, ríos, lagos o corrientes de aguas subterráneas, bosques, manantiales o peñascos donde se experimentaba el milagro de la vida, donde era posible comunicar con lo trascendente, donde resultaba más sencillo, sino de manera inexplicable, al menos real, establecer contactos con lo desconocido, experimentar o creer haber experimentado aquello que sólo se sueña o se intuye a través de las creencias... Y todo ello desde tiempos muy remotos. Nada tiene pues de particular que, una de las primeras divinidades que arraigase muy hondo en el espíritu humano, fuese la “Madre Tierra”, creadora y sustentadora de todo lo existente. Y aquellos espacios concretos eran los más indicados para comunicar con ella y recibir sus favores, por lo que pronto se convertían en “lugares sagrados”, y perduraban así en el recuerdo, más o menos deformado por el paso del tiempo o por la adopción de otras deidades, que venían a llenar el vacío material y espiritual de los anteriores, y aunque sus seguidores se lo propusieran, nunca consiguieron acabar con la fe natural en lo más palpable e inmediato: la “Madre Tierra”...

Nada tiene de particular que, en la actualidad, determinadas manifestaciones, ya deformadas, muy anteriores a la implantación de monoteísmo, subsistan, y en numerosas ocasiones, “todo cambió para seguir igual”... Cambiaron los nombres y los cultos; olvidados o demolidos los antiguos templos o santuarios; donde los habían, se alzaron otros nuevos, pero en el mismo lugar... Por tal motivo, ya lo hemos mencionado con cierta insistencia, determinados edificios no fueron construidos al azar, todo tenía una lógica... Y no podía ser por menos, ya que mucho antes de la Historia existieron hombres poseedores de una ciencia suma, principalmente en lo concerniente a la Naturaleza, la Tierra, los Cielos y el Hombre. “La evidente integración del hombre primitivo con la tierra; es decir, con la ahora redescubierta Gaia —escribe Fernández Urresti—, le hacía sentir lo

que el ser urbano actual no sabe ni siquiera soñar... Si el hombre primitivo conocía las fuerzas telúricas que recorren el planeta —y siendo abajo como arriba— es muy posible que conociese las fuerzas que rigen el Cosmos...” Afirmarlo sería aventurado; negarlo sería absurdo... “Me pareció —añade Louis Charpentier— que esta transmisión había sido confiada a la piedra, y, por esto mismo, a los hombres que trabajan dicha piedra.”

Pero los hombres no siempre viven en los mismos lugares. Diversas circunstancias, de todos conocidas, les hacían abandonar sus territorios, y por tanto, sus antiguos santuarios—tal y como hacen hoy los emigrantes procedentes del llamado “Tercer Mundo”—, y no desean olvidarlos... En ocasiones, aún sin tener plena conciencia de lo que hacían, trataron de sustituirlos por otros similares, y no siéndoles posible, emprendieron, cuando podían, la construcción de réplicas parciales. Tal pudo ser el origen de los *zigurats* mesopotámicos... Y es que aquellas gentes, tras predominar sobre los incivilizados y belicosos nativos y establecer su avanzada civilización, recordaron que procedían de zonas montañosas, e iniciaron estas grandes edificaciones, sin duda para no olvidar sus primitivos santuarios, y encontraron en sus creencias politeístas su casi único motivo inspirador, levantando nuevos templos, cada vez más altos y complejos. *Los dioses y las diosas que presiden todas las manifestaciones de la vida superior son múltiples y encarnan las fuerzas naturales del universo, de las cuales depende la fertilidad del suelo, por lo que estas divinidades ventan a presidir los elementos cósmicos más importantes.*

Dada la diversidad étnica y política de los primitivos habitantes de la Península Ibérica, sus deidades debían ser puramente locales. Había cultos que se practicaban en la cumbre de las “Montañas Sagradas”, como el Moncayo —situado entre Soria y Zaragoza—, y con el fondo de los bosques, a semejanza de los druidas, y también eran frecuentes los sacrificios de animales, e incluso los humanos; lo prueban los textos de autores clásicos y las piedras y altares destinados a tales ritos, hallados en Celtiberia y Lusitania y que perduraron hasta la conquista romana, en que fueron prohibidos severamente. Lo cierto es que Roma no acabó con las religiones nativas; es más, los dioses celtíberos y lusitanos fueron romanizados o asimilados a los del Panteón romano (Ataegina, por ejemplo, diosa celtíbera, era identificada con Proserpina; y el dios lusitano Neto, con Marte). “Se advierte en los pueblos del Noroeste —añade el Marqués de Lozoya—, de más pura filiación celta, una tendencia naturalista hacia cultos basados en la divinización de accidentes naturales: los astros, las montañas, los ríos, las fuentes y los bosques. Más hacia el sur, estos entes o fuerzas de la naturaleza tienden a personalizarse, como en Endovélico o Ataegina, divinidades cuyo culto, muy extendido en el sudoeste, trasciende hasta la época romana.

”Los celtíberos adoraron a la luna y a las estrellas, y Estrabón nos cuenta como en las noches de plenilunio danzaban en honor de un dios sin nombre... Los cultos perseveran mucho tiempo merced a la tolerancia romana y acaso aún laten, a través de tantos siglos de conciencia cristiana, en forma de supersticiones; por ellos han podido ser bien estudiados...”

El sincretismo religioso de la Orden del Temple conjuga el esoterismo esenio y judío con el sufismo, el gnósticismo, la alquimia, el hermetismo egipcio y heleno y el mundo mágico de las runas y del mito del Gral o Grial. Los que más profundizaron en este sincretismo llegaron a adentrarse inevitablemente en el inconsciente colectivo indoeuropeo y sus arquetipos.

Los Templarios se establecieron en enclaves mágicos o sagrados. Enclaves, donde, por lo general, habían existido siempre culto y alguna construcción sagrada. Donde ellos construyeron un templo había anteriormente una iglesia visigoda, y antes un templo pagano, y en los orígenes una construcción megalítica.

Los enclaves templarios son lugares en los que confluyen diferentes elementos que ayudan a conectar con la Naturaleza y con el inconsciente colectivo, fuente de mitos, símbolos telúricos y transformaciones psíquicas. Energías sutiles, telúricas y magnéticas que activan la psique del individuo predispuesto y preparado para iniciar el viaje interior, el peregrinaje por el laberinto del inconsciente colectivo. Son lugares donde fluye lo que los hindúes denominan *prana* y los científicos *iones negativos*, que son sumamente beneficiosos para la salud física y psíquica.

Revista *Soria Semanal*, nº del 29 de agosto de 1985
(selección de textos de Ángel Almazán de Gracia)

El Cañón del río Lobos (subafluente del Duero, en la orilla derecha) se halla en una zona de caliza, cubierta por pinos y sabinas y constituye un paso natural que comunica la Vega del río Ucero (río de la provincia de Soria, que nace en los montes Hontoria y que tras un curso de 50 km desagua en el Duero) con el Alfoz de Lara (Burgos), de ahí que tuviera cierta importancia estratégica y que fuera, probablemente, empleado como ramal del “Camino Castellano-Aragonés” hacia Santiago de Compostela... Por cierto que una leyenda popular que ha subsistido hasta nuestros días refiere que Santiago “Matamoros” saltó a lomos de su caballo blanco desde lo alto de uno de los farallones del Cañón hasta cerca del río Lobos y que los cascotes del animal dejaron huellas en este lugar. Otra tradición, bastante más verosímil, afirma que Francisco de Asís pasó en 1214 por este lugar, cuando peregrinaba a Santiago de Compostela para visitar la tumba del apóstol.

En 1985 la Junta de Castilla y León creó el Primer Parque Natural de la región en el entorno del Cañón del río Lobos, en el que se han podido catalogar 132 especies de vertebrados, de las que 84 están protegidas: águilas reales, buitres leonados, la nutria, el gato montés, etcétera.

No lejos de la llamada Cuesta de la Galiana se encuentra la famosa Ermita de San Bartolomé, que se supone antigua iglesia del monasterio de San Juan de Otero (más popularmente conocida como de San Bartolo), y uno de los enclaves de la Orden, que tuvo fuerte presencia y no menor influencia en Soria.

En las inmediaciones de la ermita se encuentran numerosas cuevas que son visitadas por los amantes de la espeleología. También las frecuentan, desde hace varias décadas, los arqueólogos y sus investigaciones han revelado la presencia del hombre en este hábitat desde la Edad del Bronce, como lo reflejan los restos encontrados en la cueva “Los Polvoristas” y las pinturas y grabados rupestres de “Cueva Conejos”, “Cueva Grande de San Bartolo” y “Cueva Menor”, cuyos paralelos más próximos se pueden buscar en otras cuevas o abrigos de Burgos, Segovia y Soria, entre las que se encuentra Atapuerca, cuyo yacimiento ha trascendido de más allá de las fronteras españolas.

También se ha localizado un castro próximo a la ermita y en la necrópolis celtíbera de San Martín de Uceros se han encontrado restos neolíticos. Por tanto, desde hace varios milenios el ser humano ha estado presente en esta zona...¹

Diario *El norte de Castilla*, Valladolid, 24 de agosto de 1992

Seguramente quien más ha investigado el enclave del río Lobos es Juan G. Atienza, infatigable buscador de la geografía mágica española. En su libro *La meta secreta de los Templarios* [que recomendamos calurosamente], analiza los emplazamientos templarios en Soria. Refiriéndose a San Juan de Otero señala que “el convento del río Lobos está encadenado a una tradición religiosa presente en aquella zona desde los albores de la humanidad. Forma parte de uno de los núcleos mágicos tradicionales de la Península, de uno de esos lugares en los que se han ido sucediendo, a través de los tiempos, cultos, prodigios, milagros y fenómenos que escapan a la explicación racional, y misterios celosamente guardados por piedras que aún no han consentido en revelar el secreto que ocultan”.

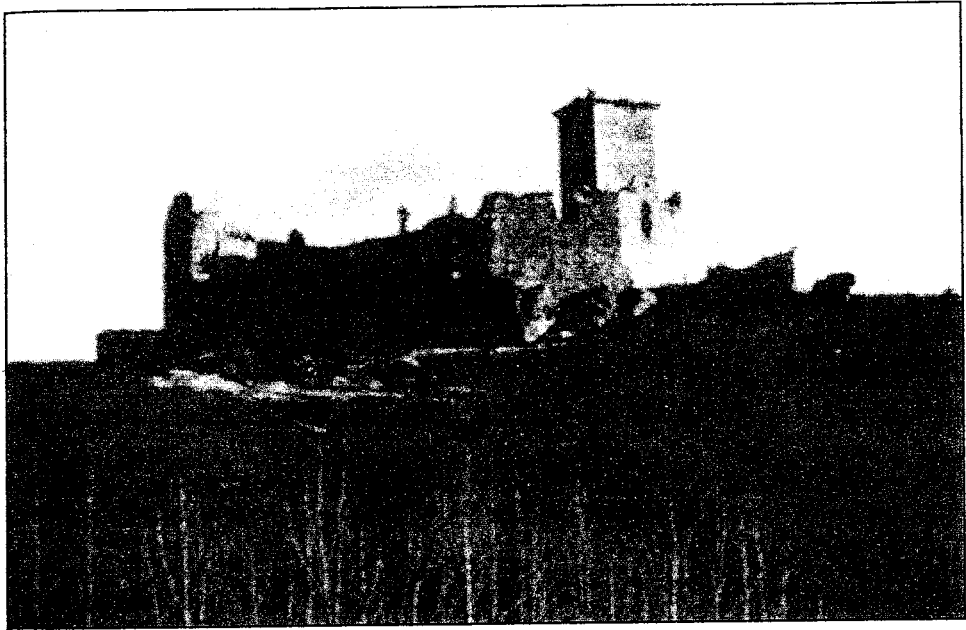
Efectivamente, no sólo esta parte del Cañón del río Lobos sino la zona de la sierra de la Demanda y al Alforz de Lara, situados al noroeste de Uceros [sobre los que nos extenderemos en otro momento], forman parte de un territorio en el que persisten predicciones indoeuropeas y donde persisten las mejores muestras de la cultura dólmica de la región castellana. El mismo Atienza y Antonio Ruiz de la Vega han escrito sobre esta sierra de la Demanda.

Manuel Nonídez García y M. Ángel Salinas en un reportaje publicado en la revista *Mundo desconocido* creían firmemente que la cueva santuario situada frente a la ermita, nada más atravesar el río, había sido lugar de culto desde tiempos ancestrales y concluían afirmando que la situación de la ermita carece de cualquier valor estratégico, militar o comercial [en lo que discrepamos parcialmente] por lo que su enclave responde al culto misterioso que siempre se dio allí, hasta la extinción del Temple, desde los tiempos megalíticos.

Junto a la cueva santuario hay situado a pocos metros un altar de construcción muy primitiva que se encuentra adosado al murallón norte y donde instalaron hace unos años unas colmenas. El altar indica un culto misterioso según Nonídez y Salinas...

Revista *Soria Semanal*, nº del 27 de agosto de 1985
(selección de textos de Ángel Almazán de Gracia)

¹ Un poco al noreste se encuentra la localidad de Vinuesa y no lejos de la misma la famosa Laguna Negra (en donde situaba Antonio Machado los hechos de *La casa de Alvar González*); allí existió un antiguo lugar de culto y una necrópolis celtíbera.



Castillo de Utero, próximo al antiguo monasterio Templario de San Juan de Otero (actual ermita de San Bartolomé)

La cueva es la matriz de la montaña. Es el lugar de culto más antiguo que ha utilizado el hombre. En él se encuentra el hombre ante sí mismo, en la oscuridad de su inconsciente... la cueva sirve para renacer psíquicamente y el templo es una cueva artificial de piedra que tiene la misma función [los templos de algunas antiguas civilizaciones tenían una o varias salas vedadas a la mayor parte de los asistentes, sumidas en la penumbra]. La piedra es el elemento más fuerte y el que recoge el magnetismo de la tierra que propicia la introversión de la energía psíquica en la fuente del renacimiento que es el inconsciente colectivo. Cueva y templo unidos al agua y al aire del enclave de San Juan de Otero propician esa transformación psíquica, ese renacimiento interior que los Templarios buscaban y que aún puede darse en todo aquél que vivencia el simbolismo arquetípico del enclave.

Las figuras de los canecillos [cabezas de viga y modillón] simbolizan estados psíquicos, sentimientos e intuiciones, potencialidades del ser humano y defectos por superar. Las proporciones del cuerpo humano están distribuidas en la estructura de la ermita y la Virgen que allí se venera es la imagen cristianizada del arquetipo de la "Diosa-Anima" que posibilita la transmutación [término alquímico], la transformación de la psique hacia estados superiores de la conciencia.

El santo escogido para velar este renacimiento, San Bartolomé, puede encontrarse en otros enclaves que fueron de los Templarios... Además se le adjudica una especie de inmortalidad al afirmar que fue desollado vivo y que sobrevivió milagrosamente a este martirio. Pero la clave se encuentra en este cambio de piel, en esta mutación de órgano... Simbólicamente representa un renacimiento. Como sucede con la serpiente que cambia su piel y que siempre ha estado

vinculada a los enclaves mágicos y a los míticos tesoros difíciles de conseguir no son sino las potencialidades psíquicas de ser humano...

Revista *Soria Semanal*, nº del 31 de agosto de 1985
(selección de textos de Ángel Almazán de Gracia)

La ermita de San Bartolomé es, según algunos investigadores, lo que resta de un antiguo cenobio del Temple. La tradición señala y algunos hechos y documentos así lo corroboran, como sucede también con el cercano castillo de Utero. De hecho, Pedro Rodríguez de Campomanes, historiador del Temple (siglo XVIII), que llegó a ser presidente de la Academia de Historia, bien documentado y basándose en los estudios realizados por el padre Juan de Mariana (1536-1624) en los archivos eclesiásticos de Toledo, menciona que los Templarios tenían en la época de su disolución doce conventos principales, además de diversas encomiendas y granjas anexas. San Juan de Otero (actual ermita de San Bartolomé) era uno de éstos.

El jesuita Mariana, en el Libro XV, capítulo X, de su *Historia General de España*, siguiendo una bula de S. S. Alejandro III, cita entre los cinco conventos de la Orden de Castilla: "...el de Montalbán, el de San Juan de Valladolid, el de San Benito de Torija (Guadalajara), el de San Salvador de Toro y el de San Juan de Otero (Utero) en la diócesis de Osma". Dejando a un lado testimonios arqueológicos y arquitectónicos, existen documentos bien estudiados y conservados que demuestran la existencia de este monasterio (o lo que fuera), incluso en fechas anteriores. Sin embargo, nada se conserva de las otras dependencias del cenobio y ello ha hecho pensar a algunos investigadores que tal vez no fuese tal lo que allí había. La actual ermita, cuyas características arquitectónicas y artísticas describe Martínez Frías en su ensayo *El Gótico de Soria*, fue levantada por el Temple en el siglo XIII.

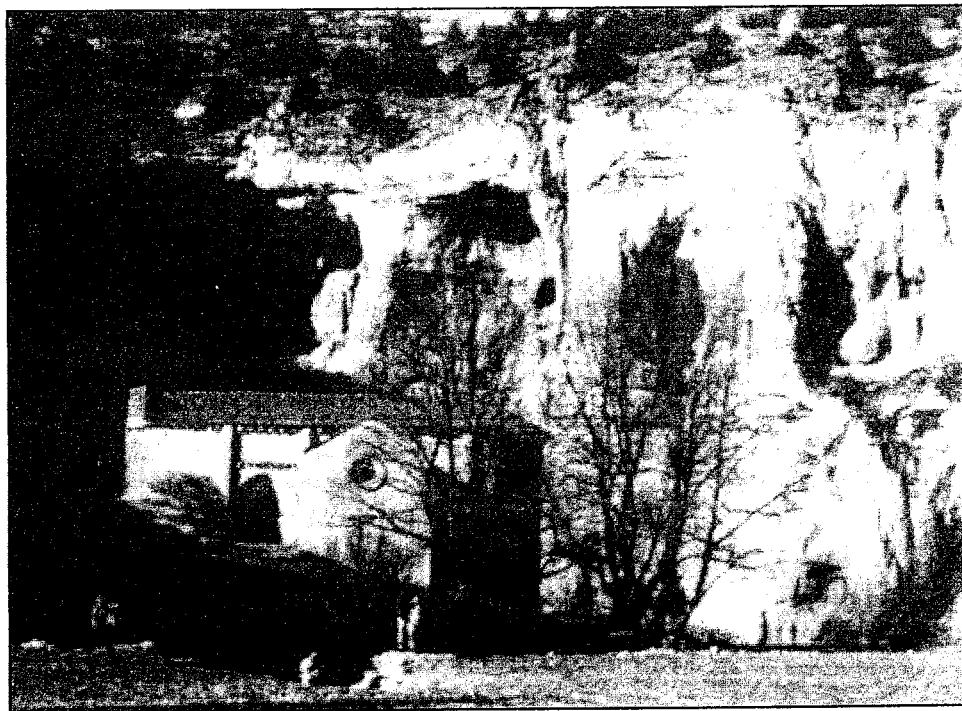
Teófilo Portillo, archivero diocesano de Osma (Soria), señala que, poco antes de la disolución de la Orden, San Juan de Otero y el cercano castillo de Utero recayeron en el comendador Juan García de Montemayor, quien, a su vez, los vendió al obispo de Osma, Juan Ascarón, por medio de la "Carta de Compra-Venta" otorgada por sus testamentarios (23 de mayo de 1302).

Está dentro de lo probable que tal operación formara parte de las transacciones del Temple y que el comendador García de Montemayor procediera siguiendo órdenes superiores... Sin embargo, y esto desconcierta bastante, era evidente que el fin de aquellos soldados-monjes se veía venir... Tal vez algunos de éstos, bien por su iniciativa, bien siguiendo órdenes (nos parece más plausible) trataron de hacer una rápida liquidación de sus posesiones, bien para ocultar el dinero, bien para disponer de la mayor cantidad de efectivo posible... Al respecto, es muy significativa una carta recibida en 1307 por el comendador de Mallorca, advirtiéndole: "...Porque yo os hago saber que los comendadores

venden y piensan vender todas las cosas que pueden haber dineros y bienes a sus amigos y vos debíais vender algunas cosas de vuestra bailía y hacer dineros, y haced igual que yo porque yo entiendo que la orden del Temple se deshace...”

Volviendo a la actual ermita, resulta bastante raro que no hayan quedado, como decíamos antes, vestigios de las demás dependencias del convento, por destruidas o abandonadas que estuvieran. La ermita de San Bartolomé fue restaurada en 1878, respetándose su estructura prerogótica y sus canecillos simbólicos.

Entre los indicios que sugieren que el Cañón de río Lobos, con la ermita como enclave principal, fue senda de peregrinos, y estas sendas siempre tenían algún interés, y no solamente el religioso, está el hecho de que en uno de sus canecillos aparece tallado el crismón de una agrupación de constructores, por cierto protegidas por el Temple y que había ido dejando esta marca a lo largo del “Camino de Santiago” (resulta muy raro verlo fuera de la famosa ruta). Esta circunstancia demuestra, una vez más, que la Orden financió a ciertos gremios y hermandades de constructores del románico y del gótico, y cuyos



Ermita de San Bartolomé, antigua iglesia del monasterio Templario de San Juan de Otero, en el Cañón del Río Lobos (Soria)

“maestros” —al igual que los Templarios, o la élite, al menos, de éstos—, conocían bien la numerología esotérica y poseían conocimientos de astrología que dejaron palpables en el simbolismo de los templos.

Hoy en día si conectamos con estos y otros símbolos. Pero en el Medievo, el lenguaje utilizado en las construcciones sagradas, especialmente, era un lenguaje simbólico... “Porque el símbolo es un elemento que surge del inconsciente colectivo —afirma Ángel Almazán— y se reviste de unas formas conocidas por el yo consciente (figuras humanas, de animales, plantas, etcétera). El simbolismo está repleto de sentido. Y nunca llega a interpretarse toda su capacidad simbólica.

”El símbolo es captado por las cuatro funciones psíquicas primordiales (sentido, percepción, pensamiento e intuición) amplía la conciencia y transforma la energía psíquica del individuo espiritualizando al que lo vivencia...”

María Elena Sainz Magaña, en su tesis doctoral dedicada al simbolismo del románico soriano, recuerda que el simbolismo fue esencial en la Edad Media, por lo que la interpretación simbólica de las obras de arte “se hace necesaria en casi todos los casos, ya que si en algún momento perdieron su carácter simbólico primitivo, es cierto que, en general, siempre lo tuvieron en principio”...

...En los canecillos hay estudiosos que han creído ver representados a los propios monjes-guerreros del Temple y los arquetipos del “matrimonio mágico”, Géminis-Dióscuros, “silencio iniciático”, “barril alquímico”, “lobo de Lug”... Lo más inquietante quizá sean los dos óculos abocinados de los hastiales norte y sur de este templo... en los que están inscritos sendos “sellos de Salomón” con la punta hacia abajo (¿magia negra?), pero protegidos por cinco corazones...

* * *

San Juan de Otero está en un lugar privilegiado para conectar con este simbolismo pétreo y con el inconsciente colectivo. El mismo nombre del río y del cañón ha motivado que se esculpa en sus canecillos la cabeza del lobo. *Pero él ha sido un animal que ha simbolizado algunas propiedades del dios celta Lug que corresponde arquetípicamente a Mercurio y Hermes, mensajero del conocimiento esotérico, cristianizado en el arcángel San Miguel.* El lobo además es, en algunas mitologías, un animal psicopompo, es decir un animal que conduce al muerto al Hades. *Psicológicamente puede interpretarse como un elemento de la psique (un arquetipo) que conduce al iniciado (al muerto para la vida profana) al mundo del inconsciente colectivo (el más allá).*

Además, el lobo es el animal escogido por algunos gremios de constructores próximos al Temple como signo diferenciador...²

Diario *El norte de Castilla*. Valladolid, 24 de agosto de 1992

Habría que mencionar también los óculos abocinados de los hastiales del norte y el sur del crucero que tienen una lacería calada de perfil circular lobulado. En su interior se encuentra inscrita una estrella de cinco puntas, cuyos lados se entrecruzan formando un pentágono en el centro. El simbolismo del número cinco es el que explicaría estos óculos. El cinco, entre otras cosas, simboliza el ser humano dado que poseemos cinco sentidos y cinco dedos en cada

extremidad. Además simboliza la quintaesencia que buscaban los alquimistas, esoteristas y Templarios... El hecho de que se encuentre invertido no se relaciona con el satanismo, como afirman algunos ocultistas, sino con el culto crístico solar que es indoeuropeo y se opone al pentáculo judío o sello de David, dado que el inconsciente colectivo judío es diferente e incluso opuesto al indoeuropeo...

Revista *Soria Semanal*. nºs del 27 al 31 de agosto de 1985
(selección de textos de Ángel Almazán de Gracia)

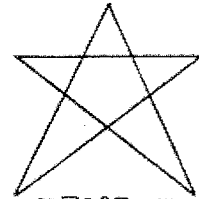
Los ya mencionados investigadores, Nonidez y Salinas, recuerdan que el solsticio de verano (22 de junio) acabó por celebrarse el 24, día de San Juan (fecha de notorias implicaciones con el simbolismo solar), y posteriormente se situaría el 24 de agosto, bajo la advocación de San Bartolomé.

También afirman que, en la noche de San Juan, se ve desde este enclave la constelación "Sagitario" señalando hacia el norte el "Camino de Santiago" sobre el paralelo celeste 42, y han observado que uniendo diferentes iglesias y ermitas de la zona con unas líneas rectas, se forman algunas constelaciones, entre ellas, la citada Sagitario, visible desde este lugar, que tal vez deba su nombre de "Otero" a la capacidad de "otear" el paisaje interior de la psique humana y el cielo estrellado.

"La ciencia actual tan sólo comienza a surgir a partir del Renacimiento; antes existía —recuerda Ángel Almazán— otro tipo de ciencia en que la intuición era el elemento clave. Existen en nuestro planeta diferentes tipos de edificaciones antiguas que plantean muchas incógnitas. Las explicaciones racionalistas no satisfacen a muchas personas y entonces hay que recurrir a los mitos, leyendas, los credos religiosos, el simbolismo y el esoterismo para poder intentar comprender el misterio de las catedrales, de las pirámides, de las ciudades y túneles subterráneos, etcétera. Algo parecido sucede con el enclave templario de San Juan de Otero."

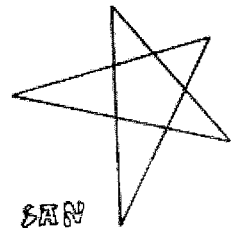
Otro misterio de esta ermita es su ubicación en una curiosa "cartografía mágica" (más bien iniciática, que la vincula con otros enclaves peninsulares y con el también iniciático "Camino de Santiago" o "Camino de la Estrella", y al que nos referiremos en el siguiente capítulo), puesto que se encuentra en un punto que coincide con el eje vertical de la Península Ibérica,

PENTACULO EN EL
BRAZO SUR DE ENCLAVE
VE TEMPLARIO :



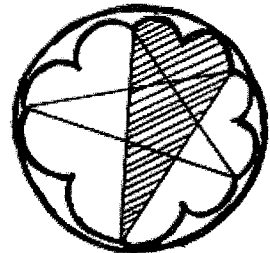
HÁBITUAL

INVERTIDO



SAN

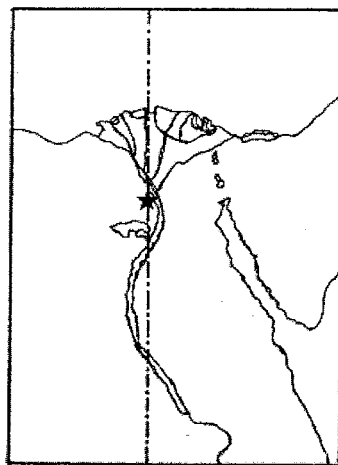
JUAN DE OTERO



2 Véase el capítulo "Templarios y compañeros".

dado que equidista de sus dos puntos extremos (los cabos de Finisterre y de Creus) a una distancia idéntica de 527.127 km. La circunferencia que nace de Ucero y tiene como radio esta distancia pasa por lugares en los que se alzaban edificios del Temple, y teniendo en cuenta que las construcciones de esta Orden no se alzaban al azar, hemos de descartar, pues, una serie de coincidencias, por otra parte, muy difíciles de admitir. Además, en los parajes donde no hubo presencia templaria o ésta fue escasísima, no faltan indicios de que estuvieron poblados desde muy antiguo y de que, al considerarlos santuarios de los más primitivos cultos, tenían algo de especial, no sólo por su situación o valor arqueológico.

Desde Ucero y los mencionados extremos peninsulares (Finisterre y Creus) puede trazarse una "Tau" o "Cruz de San Antonio", tan perfecta que encierra en su palo transversal (el paralelo 42), no sólo el "Camino de Santiago", sino varios núcleos mágicos de primera magnitud donde siempre hubo manifestaciones paranormales y es factible el contacto con lo luminoso y lo arquetípico, por lo que en torno al mismo se han levantado a lo largo del planeta (aconsejamos utilizar un buen mapamundi) centros religiosos de la primera magnitud y sobre los que han versado diversos mitos religiosos e iniciáticos. "El hecho de que Atienza haya dibujado la «Tau» —insiste Ángel Almazán— responde a que ésta era la forma del báculo del «Gran Maestro» del Temple, así como el símbolo de los misterios de la naturaleza. También hace referencia a la Era de Tauro, era en que los pueblos indoeuropeos rindieron un culto mágico al toro, totem simbólico —por otra parte— de España y animal que tuvo su culto solar en Soria y que aún persiste en su forma profana en las Fiestas de San Juan."



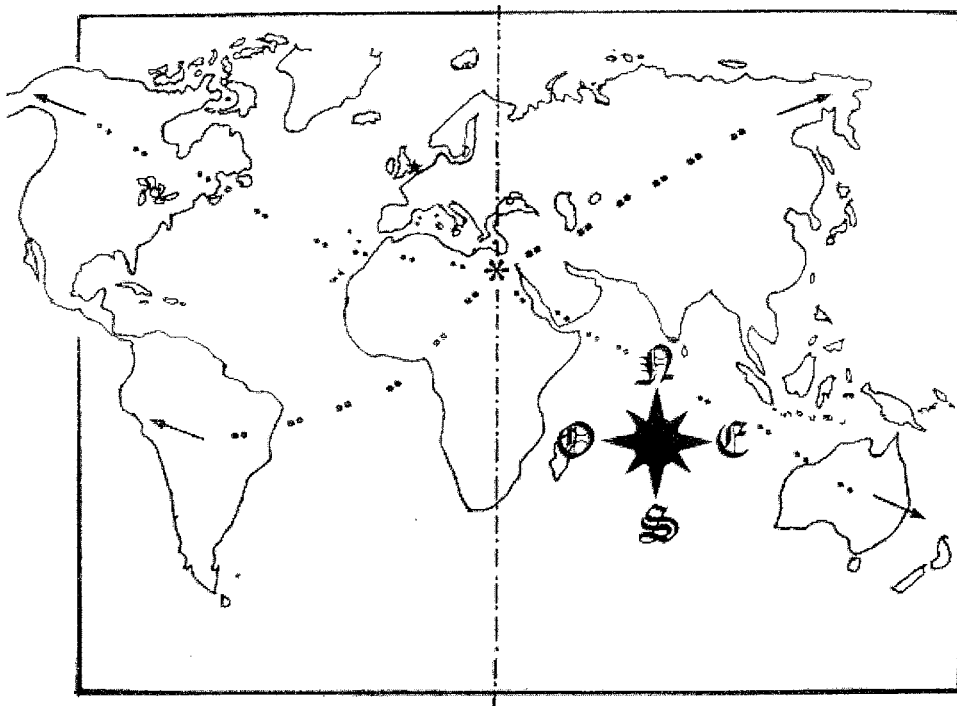
La pirámide de Falicon, a la que nos hemos referido y relacionado con el Temple, cuyas medidas son tan exactas que resulta muy difícil hablar de coincidencias, sería —por sí sola— una bastante convincente prueba de que de alguna manera se conservó algo de "saber perdido", aunque sólo fuese una mínima parte y aun así, deformada... Pero hay algo más... Deseando el Directorio alejar del país, por algún tiempo al joven y todopoderoso general Bonaparte, le envía, dotado de plenos poderes, a Egipto (antes deberá apoderarse de Malta), con la misión de conquistar este país, de arrojar a Inglaterra del mar Rojo y abrir el istmo de Suez para asegurar este mar a Francia.

Tras algunas dificultades, Napoleón consigue llegar a Alejandría, un poco mareado, pero bien acompañado por una nutrida representación de sabios de su país, ya la misión

no solamente tenía carácter militar. Entre estos doctos figuran Van Monge, Desaix, Kleber, Laplace, Berthollet y muchos otros. Se les ha encomendado la misión de estudiar la naturaleza del misterioso y milenario Egipto.

Pronto comenzarían las “sorpresas”... Los topógrafos franceses se sorprendieron al ver que las caras de la Gran Pirámide estaban orientadas a los cuatro puntos cardinales, con un error insignificante, por lo que se limitaron a pensar que no pasaba de mera “coincidencia”... Sin embargo, no tardaron en hacer otro descubrimiento impresionante: de no haber sido escogido el meridiano cero de Greenwich (cerca de Londres), el que pasaba por Alejandría habría cumplido a la perfección con tales fines, *dado que ese meridiano atraviesa la mayor extensión de tierras emergidas y la menor de océanos, además de dividir en dos partes iguales a la superficie habitada del planeta...*

No pretendemos ofender al lector, pero conviene pedirle que recapacite acerca de las grandes dificultades que, en un terreno como el de la Península Ibérica, hubiera supuesto tales mediciones, en pleno siglo XIII, con lo limitadísimo de los medios entonces disponibles, sin contar con la situación política e histórica de la época... ¡Prácticamente imposible!... *Nos guste o no, sólo queda volver a la idea del “saber perdido”.*



EXPLICACIÓN DE LOS MAPAS RELACIONADOS
CON LA ERMITA DEL RÍO LOBOS (UCERO, SORIA)

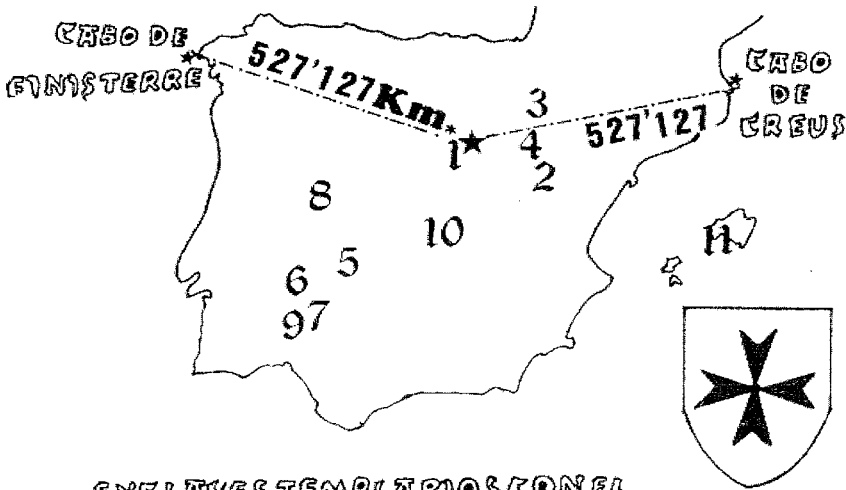
Mapa núm. 1

1. Uceró (Soria)– 2. Villarluengo (Teruel)– 3 y 4 Borja y Calatorao (Zaragoza)– 5, 6 y 8. La Coronada, Jerez de los Caballeros y Montehermoso (Cáceres)– 7. Alajar (Huelva)– 9. Feria (Badajoz)– 10. Navahermosa (Toledo)– 11. Montuiri (Mallorca).

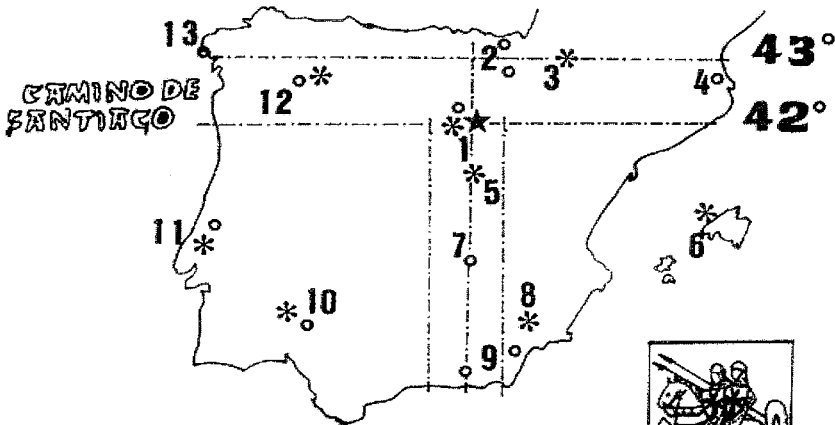
Mapa núm. 2

1. Uceró (Soria)– 2. Navarra y País Vasco– 3. Monzón (Huesca)– 4. Cataluña– 5. Torija (Guadalajara)– 6. Mallorca– 7. Campos de Calatrava, de Montiel y Sierra Morena (Ciudad Real)– 8. Caravaca de la Cruz (Murcia)– 9. Granada y Almería– 10. Fregenal de la Sierra, Jerez de los Caballeros (Badajoz) y Aracena (Huelva)– 11. Thomar o Tomar (Ribatejo), Alcobaça (Extremadura) y Leiria (Beira Litoral), Portugal– 12. Ponferrada (León)– 13. La Coruña.

Nota. Estos lugares, por sus especiales características y connotaciones, serán resumidos en este mismo capítulo.



ENCLAVES TEMPLARIOS CON EL NOMBRE DE SAN BARTOLOME.



SITUACION DE ZONAS MAGICAS • SECULARES RELACIONADAS CON ★ UCERO Y ESTABLECIMIENTOS DEL ★ TEMPLE .

Las conclusiones son para el lector. Se ha intentado resumir muy sucintamente diversas investigaciones realizadas por autores diferentes acerca del enclave templario de San Juan de Otero. Investigaciones que no se estudian ni enseñan en los institutos y universidades, pero que conectan con el inconsciente colectivo del pueblo soriano.

San Juan de Otero se nos presenta como un lugar iniciático y mágico que podría ser el centro simbólico de la geografía mágica de la Península Ibérica, sus piedras y sus cuevas aún pueden revelar otros muchos misterios.

Revista Soria Semanal, nº del 31 de agosto de 1985
(selección de textos de Ángel Almazán de Gracia)

ZONAS Y LUGARES ESOTÉRICOS RELACIONADOS CON EL TEMPLE, Y ESPECIALMENTE CON EL ENCLAVE DE SAN JUAN DE OTERO

Ucero (Soria)

Aquí, al igual que en el resto de la Comunidad de Castilla y León, este trozo de España, parece dar a entender que tal vez la Historia haya escrito “entre líneas” un lapso en su trayecto por estas tierras, antaño esplendorosas, pero que la fuerza mágica y primigenia de las mismas sigue tan potente y viva como antaño. Abundan las tradiciones, los vestigios arqueológicos y las leyendas, siempre con un fondo de verdad, sobre antiguos cultos y viejas creencias, nunca olvidados del todo.

Un impresionante y magnífico desfiladero, ya descrito, conduce a la ermita templaria. Todo el lugar parece desprender unos poderes sorprendentes; así parece indicarlo la estrella de cinco puntas invertida que se ve en su exterior. Hay quienes conectan tal símbolo con lo diabólico y afirman que los Templarios guardaban en ella una imagen del discutido *Baphomet* (o *Bafomet*), del que nos ocuparemos más tarde. Nos vemos precisados a mencionar aquí, aunque sólo sea muy sucintamente, el famoso “tarot” del Temple, que consta de 22 cartas o láminas... casualmente el mismo número de sus “Grandes Maestros” (oficiales), y su Arcano XV, denominado “El Diablo o la Bestia”, y el Cañón, donde se ubica la construcción se conoce, desde tiempos inmemoriales como “del Río Lobo”. Por casualidad, así ha de creerse, el que hacía el número XV de esta lista,³ Pedro de Montaigu, tuvo difíciles relaciones con Federico II de Hohenstauffen, quien pese a edificar castillos de planta octogonal fue —según vimos— el primer soberano que arremetió, despechado, contra la Orden, lo que sin duda sentó un peligroso precedente y en cierto modo supuso un triunfo para las “fuerzas del mal”. La “Bestia”, en gran parte de sus representaciones,

3 Véase *La Historia de los Templarios*, pág. 35, en esta misma colección,

aparece señalada con la estrella de cinco puntas invertida encima de la cabeza, sugiriendo una relación entre el tipo de energía de este lugar y el citado arcano, que más allá de sus implicaciones religiosas parece presentarse como el guardián del umbral. Curiosamente, en sus proximidades persisten huellas de antiquísimos cultos.

No consideramos necesario insistir en la presencia templaria en estas tierras, que fue antigua y larga.⁴

Navarra y País Vasco (en general)

No faltan en Navarra recuerdos de cultos precristianos relacionados (de una u otra manera) con las fuerzas de la Naturaleza, aunque hayan perdurado en forma sumamente degradada y escasamente reconocible. Así es como debe interpretarse el famoso “caso de brujería” de Zugarramurdi (siglo XVII). Los aquelarres se celebran en las cavernas, y aunque intervenían hombres y mujeres, eran las segundas (¿...pálido recuerdo de sacerdotisas o hechiceras?) las que los dirigían y organizaban. Pese a que el papel del reino de Navarra en la reconquista fuera limitado, por razones históricas y geográficas la presencia del Temple en estas tierras fue notable.

También abundan en el País Vasco leyendas acerca de seres extraños y sobrenaturales, y es fácil rastrear huellas de antiquísimos ritos. Así, en las proximidades de Amboto (Durango, Vizcaya), existe un monte sagrado donde era venerada la mítica “Diosa Madre Mari”.⁵

Monzón (Huesca)

En el promontorio que domina el paisaje se yerguen dos castillos: uno de ellos fue ocupado, durante mucho tiempo, por los Templarios y jugó importante papel en la historia de este reino, en el que la presencia de la Orden fue notoria.

En todo Aragón, especialmente en ciertas zonas, por ejemplo, los Pirineos, abundan lugares mágicos, de los que emanan unas energías telúricas muy poderosas, relacionados con cultos antiquísimos. Así, San Juan de la Peña, donde se celebraban ritos relacionados con el fuego purificador, que propicia la renovación, según una antigua tradición habría servido para custodiar el Grial o Graal, responsabilidad encomendada a aquellos esforzados monjes-guerreros. Por cierto que este cenobio, cuna de la Reconquista aragonesa, fue edificado en el límite inferior del “Camino de las Estrellas” (42° 30') y, en gran parte, dentro de una gruta formada por una peña (de ahí su nombre) inclinada... Nuevamente mitos relacionados con cavernas; por cierto, que en los panteones y capiteles del claustro aparecen con frecuencia crismones relacionados con el Temple y símbolos alquímicos.⁶

4 Véase el capítulo “Se hace camino al andar”.

5 Véase el capítulo “Se hace camino al andar”.

6 Idem nota anterior.

Cataluña (en general)

Esta tierra ha sabido guardar sus ritos, raíces y mitología que definen su especial idiosincrasia, repleta —sobre todo— de una visceral espiritualidad. Por otra parte, cuenta con la afortunada circunstancia de su geografía excepcional: montañas, aguas, bosques y costas.

Cataluña no puede concebirse sin Montserrat, la cumbre donde habitaba la Virgen Negra custodiada por sus silenciosos centinelas pétreos. Según leyendas, en las que no entramos, las “Virgenes Negras” (bastante vinculadas al Temple) son como la expresión medieval de la diosa egipcia Isis (diosa principal del Panteón egipcio) llegan a asimilar todas las características de las “diosas bondadosas”. Su culto se fue divulgando por toda la cuenca del Mediterráneo, donde se convirtió, por bastante tiempo, en diosa universal. Era considerada como “la rica en magia”, que posee asimismo las claves de la energía primordial de la tierra, que conforman la materia prima de la vida y sus secretos.

Abundan los lugares considerados como mágicos, los monumentos megalíticos, y se rastrean reminiscencias de antiguos cultos, cuyas huellas, aún muy deformadas, todavía están patentes en mitos, leyendas y folclore.

Por razones políticas y geográficas, el Temple tuvo aquí una nutrida presencia.

Torija (Guadalajara)

Conserva esta provincia la presencia más callada de numerosos lugares sagrados y antiguos rituales. La presencia templaria fue bastante modesta, aunque sirvió, dejando numerosas huellas, para confirmar el magnetismo mágico de estas tierras. Torija se encuentra al noreste de la capital y no muy lejos de ésta. Allí el Temple poseyó un convento, actualmente destruido. El castillo de la localidad ha sido atribuido por muchos estudiosos a esta Orden, aunque no faltan quienes lo duden o nieguen.

Mallorca (en general)

Las Islas Baleares guardan abundantes huellas, a modo de señas de identidad, de un pasado remoto y de cultos antiguos, relacionados con deidades diversas y con el toro, abundan en monumentos megalíticos y otras conocidas riquezas arqueológicas. Se trata de un lugar mágico, pero propicio al sosiego y el retiro.

Tras su conquista, el Temple recibió una fortaleza y algunas tierras; además, poseía una base en el puerto de Palma. En la iglesia de San Francisco de esta ciudad reposan los restos del gran hombre mallorquín que fue Raimundo Lulio o Lull, uno de los (al parecer) grandes iniciados españoles —al decir de muchos—, y al que ciertas tradiciones, no confirmadas por la Historia, relacionan con esta Orden (ya en la clandestinidad) y con la fundación de la escuela de iniciados, los *lulianos*, caracterizados por su triple conocimiento de la mística cristiana, el sufismo y la cábala, además de su condición de alquimistas.



Típico ejemplo de “Virgen negra”, la célebre “Moreneta” (Montserrat, Barcelona)

Campos de Calatrava y Montiel, y Sierra Morena (Ciudad Real)

Se trara de tierras con recuerdo de antiguos misterios, en los que aparecen leyendas relacionadas con el Sagrado Cáliz, algunas de éstas todavía sin interpretar.

La presencia humana en ellas es muy remota, y constituyeron tierra fronteriza durante la Reconquista, en que fue notoria la presencia de las más famosas Órdenes Militares (la del Temple, en cambio, fue muy limitada), entre ellas la de Calatrava, allí formada, y que recogió parte de la herencia templaria, y en la que bastante caballeros tras su disolución solicitaron el ingreso. Por tales motivos, nada de particular tendría el hecho de que pudiera hacerse con importantes documentos de aquélla, entre ellos mapas que indicasen la ruta hacia las Canarias e incluso América... “Es notable el hecho —tal vez pura coincidencia con lo anteriormente mencionado sobre las cartas marinas de Calatrava—, insiste Sebastián Vázquez, que a 20 kilómetros de esta localidad (Santa Cruz de Mudela, al Sur de Valdepeñas, en la Sierra de Acebuche) está situado el Archivo Nacional de la Marina Española...”

Caravaca de la Cruz (Murcia)

Uno de los lugares con notable influencia árabe en la Península Ibérica sería Murcia, y por eso, tal vez, aquí se desarrolló de modo especial la mística sufi. En general, subsisten reliquias

de antiquísimas manifestaciones culturales y ritos, hoy perdidos, pero que debieron tener una muy amplia difusión en la época prerromana. En una zona montañosa, entre Murcia y Albacete, se han descubierto interesantes grabados en la piedra y curiosos y desconcertantes petroglifos que parecen representar estrellas y constelaciones, entre ellas la Osa Mayor.

Caravaca se halla sobre una colina coronada por una fortaleza de origen árabe, que sufrió bastantes reformas, aunque, en conjunto, se halla bastante bien conservada. Constituyó el último baluarte musulmán en Murcia y su recuerdo islámico se mezcla con una fuerte presencia cristiana, y sobre todo por la famosísima leyenda de la "Cruz de Caravaca", que ha trascendido las fronteras del culto cristiano hasta llegar a convertirse casi en talismán mágico, utilizado por gentes de todas las creencias como protección y símbolo de buena suerte. No se poseen claras noticias sobre su origen, que se cree se remontaría a la emperatriz Elena, madre de Constantino I "el Grande" (principios del siglo IV). Por lo que se sabe, pasó posteriormente a los Patriarcas de Jerusalén y no se tiene idea de como fue a parar allí, salvo las conjeturas y leyendas, de todos conocidas. De cualquier forma, el mito de Caravaca sigue aún tan vivo como el primer día, y poco importa la procedencia y origen de la famosa Cruz (muy similar a las llamadas "de Lorena" o "patriarcal") y que ha sido usada por el Temple. Sin embargo, lo único cierto es que tan poderosos signo sigue siendo (en la actualidad se rinde culto a una copia, el original desapareció en 1934) objeto de la máxima devoción.

La población y sus alrededores pertenecieron a los Templarios, que aunque la perdieron momentáneamente, supieron conservarla hasta la disolución de la Orden.

Granada y Almería (en general)

Se trata de zonas de antiquísimo poblamiento, según confirman la paleontología y la arqueología: restos de antiguos cultos, pinturas rupestres, enterramientos, monumentos megalíticos, y lugares abiertos a diversos influjos, venidos de los países más desarrollados de la cuenca del Mediterráneo... Tierras, sin duda, relacionadas de muy antiguo con la magia y el misterio, y en las que durante mucho tiempo convivieron, en relativa paz, las culturas musulmanas, cristiana y judía, lugares idóneos para el retiro de místicos e iniciados y ricos en leyendas.

Frenegal de La Sierra y Jerez de los Caballeros (Badajoz), y Aracena (Huelva)

En estos lugares, la presencia humana es muy antigua, no faltando zonas de la más profunda significación mágica e iniciática. Como tierras fronterizas que fueron, conocieron las actividades de las diferentes Órdenes Militares en la Reconquista. La presencia de los Templarios merece mención especial, y de ella persisten abundantes testimonios.

La pequeña localidad de Frenegal de la Sierra se alza al pie de los contrafuertes de Sierra Morena, asentada sobre un remoto poblado ibérico, y apretujándose alrededor del vasto castillo del Temple (siglo XIII).

En Jerez de los Caballeros quedan restos de un dolmen y de un templo visigodo, entre otras reliquias del pasado. Esta villa debe su nombre a la presencia de los Caballeros Templarios, que durante bastante tiempo fueron dueños de la misma, tras arrebatársela a los musulmanes y edificar una serie de fortificaciones, hasta la disolución de la Orden. Los Templarios de este lugar se negaron a acatarla y resistieron a las tropas de Fernando IV, en francas condiciones de inferioridad; concluido el asedio, los supervivientes fueron conducidos a una torre (remitimos a la primera parte) y asesinados cruelmente, por lo que ésta es conocida como la “Torre Sangrienta”.

El poblamiento de la provincia de Huelva data de épocas muy remotas, como cuna que fue de refinadas civilizaciones. Abundan las reliquias arqueológicas y persisten huellas del antiguo y tradicional culto a la “Diosa Madre”.

Situada en los contrafuertes de Sierra Morena, Aracena se halla dominada por las ruinas de un castillo almohade, atribuido a los Templarios, tras la Reconquista. Al suroeste, hacia Alajar, se halla la “Cueva de las Maravillas”, una de las más espectaculares de la Península. Según dicen las leyendas en esta cueva, que comunicaba con una fortaleza construida justo encima de una de sus grutas, se reunían estos Caballeros (la leyenda en torno a grutas o pasadizos no son infrecuentes)... “Todavía en Morón de Almazán (Soria) —recuerda el investigador Antonio Ruiz Vega—, en una ermita extramuros, se conserva la tradición templaria de que, de allí hasta el cerro del pueblo, los Templarios hubieran construido un túnel por donde trasladarse. En las noches de tormenta se oyen, dice el vulgo, redoblar de tambores subterráneos. La ermita, de tosca factura, tiene incrustados restos románicos, una Virgen sedente, un Cristo de sugerente silueta. En el mismo pueblo existe un edificio de dinteles apuntados, medieval, aunque muy transformado, hoy vivienda particular, que todavía se llama «El Hospital»...”

Thomar (Ribatejo, Portugal)

Dado que a fines del siglo XII era esta localidad la vía más frecuentada entre Coimbra y Lisboa, su custodia fue confiada a los Templarios. Indudablemente hubo otros motivos, ya les hemos pasado revista, y sobre los que no vamos ahora a pronunciarnos en uno u otro sentido. Estos Caballeros construyeron un convento-fortaleza que ocuparon cerca de dos siglos. Como otras, su famosa iglesia fue levantada alrededor de una *capilla en rotonda*, cuyo plano evoca el Santo Sepulcro de Jerusalén. A principios del siglo XIV el Temple fue reemplazado por la Orden de Cristo, que heredó su considerable fortuna y sus archivos, lo que permitió financiar las empresas ultramarinas de Portugal.

Curiosamente, y Thomar, sería un ejemplo, ciertas tradiciones antiquísimas, precristianas, aunque deformadas, se han conservado mejor en tierras que pertenecieron al Temple, que en otros lugares... Remitimos al pueblo soriano de San Pedro Manrique, donde persisten las ruinas del templo de San Pedro el Viejo, tenidas por templarias. Una

vez al año se celebra, en esta localidad, la famosa fiesta de las “móndidas”, en la que las jóvenes van ataviadas con típicos ropajes y recitan cuartetos, y aunque el origen de tales fiestas se haya perdido o deformado (lo mismo ocurre con el “paso de fuego”), no es aventurado establecer que fuera celtibérico y estuviera relacionado con el solsticio de verano y antiquísimos cultos a la “Diosa Madre”. En Thomar, a comienzos de julio, cada dos años (siempre años pares) se celebra el desfile callejero de los “tabuleiros”: ordenadas de dos en dos, las muchachas llevan sobre la cabeza una especie de grandes bandejas superpuestas (“tabuleiros”) que contienen ofrendas... “Algunos autores —observa Antonio Ruiz Vega— han unido la conservación de las interesantes fiestas del Paso del Fuego y las Móndidas con la presencia y protección templaria. Para más coincidencia sucede que las móndidas sampedranas, jovencitas ataviadas aparatosamente y con altos tocados sobre la cabeza, recuerdan bastante a las fiestas de los Tabuleiros celebradas en la localidad portuguesa de Thomar, donde hubo una importantísima encomienda templaria. Pero esto sea, probablemente, dejar volar demasiado la imaginación.”

Alcobaça (Extremadura, Portugal)

Aquí se alza, tras sufrir varias reconstrucciones y reformas, en diferentes estilos, un famoso monasterio del Císter (Orden, como se vio en la primera parte, bastante relacionada con el nacimiento del Temple). Alcobaça fue uno de los principales bastiones de la Reconquista portuguesa: No lejos de allí, a 6 km, se encuentra la localidad de Aljubarrota, donde se libró (1385) la famosa batalla que consolidó la independencia de Portugal.

Leiria (Beira Litoral, Portugal)

Lugar rico en yacimientos arqueológicos, con abundantes restos romanos y visigodos en sus alrededores. Posee un castillo de origen muy antiguo que sufrió diversos arreglos hasta su estado actual y que domina la población templaria de Pombal, sobre una colina, en la actualidad bastante bien restaurada. Sin embargo, todas las miradas convergen hacia un punto del sureste, Fátima... nombre de claro origen musulmán y centro de antiguos cultos precristianos.

Ponferrada (León)

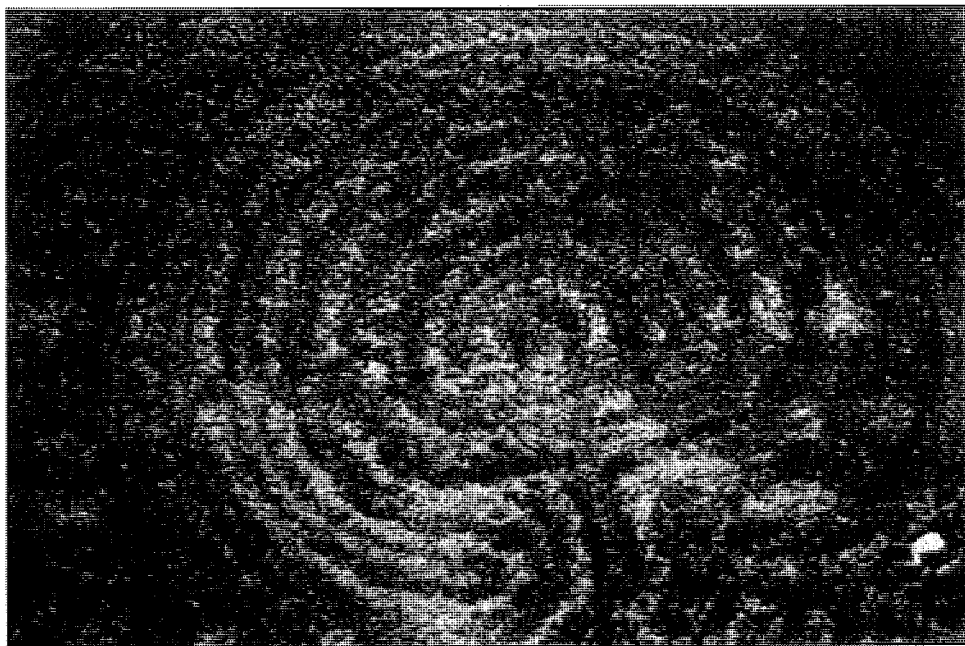
Se trata de una zona considerada, desde la más remota antigüedad, mágica e iniciática. Abundan los testimonios arqueológicos y artísticos, así como las cuevas, lagos y corrientes subterráneas, conservando recuerdos de cultos prerromanos, aunque, naturalmente, muy deformados. Abundan en la comarca de El Bierzo los lugares propicios al retiro, la meditación y el ascetismo, conocidos desde muy antiguo.

No lejos de Ponferrada se halla Villafranca del Bierzo, otro interesante lugar. En general, la presencia del Temple en esta comarca fue bastante notoria, y quedan abun-

dantes castillos y otros monumentos para demostrarlo (*tal y como se ve en el “Camino de Santiago”*). Destaca el imponente castillo templario, construido (siglo XIII) sobre una antigua fortaleza romana, y los recuerdos de la mítica Orden se respiran en cada piedra de esta y otras poblaciones, como se ha mencionado. Fue etapa importante en las peregrinaciones a Compostela; allí, los viajeros cruzaban el Sil por un puente de origen romano, reforzado con hierros, que ha dado el nombre a la ciudad. A 26 km al suroeste, se encuentra “Las Médulas” (ya citadas), en donde los romanos explotaban unas famosas minas de oro.

La Coruña (en general)

Como se sabe, Galicia es sinónimo de magia... Sus tierras, montañas, cuevas, ríos, bosques y costas esconden esa fuerza primigenia que invita al ser humano a enfrentarse al límite de lo sagrado. El propio viaje de renacimiento iniciático (anterior al cristianismo), siguiendo la Vía Láctea (*llamada también “Camino de Santiago”, no conviene olvidarlo, con vistas al correspondiente capítulo*), invita a la meditación acerca de los misterios de la vida y de la muerte. Abundan los residuos de creencias esotéricas —muy deformadas— y de antiguos, más bien remotos, cultos relacionados con las fuerzas de la naturaleza. Tierra rica en monumentos megalíticos y petroglifos, en la que no faltan lugares que emanan extrañas



Laberinto megalítico —claro carácter iniciático— de origen celta, Mogor (Marín, Pontevedra)

energías y en donde una buena parte de las antiguas creencias siguen todavía vivas y operantes. A lo largo del “Camino de Santiago”, y especialmente en ciertos lugares considerados como mágicos, el Temple levantó toda clase de edificios, y no por casualidad... creemos...

En este bloque nos hemos limitado —someramente, tal vez demasiado— a mencionar algunos (muy pocos) lugares fuera de lo corriente que guardasen alguna relación con la ermita templaria de Uzero, tanto por motivos históricos, como por considerarlos mágicos e iniciáticos, poderosos unos, sencillamente curiosos los otros, y que se extienden más allá de lo suponible por toda la vieja “piel de toro” ... Unos son edificios, otros cuevas, y los demás antiguos lugares sagrados, relacionados con antiquísimas culturas y con la magia del lugar ... Ahora, rogamos al lector nos acompañe en nuestra rápida y simbólica peregrinación iniciática por el “Camino de la Estrella”... el “Camino de Santiago”...

UN TRASCENDENTAL HALLAZGO

La Edad Media fue esencialmente peregrinante. La cristiandad entera se articula en caminos que conducen al objeto más interesante de peregrinación en aquellos tiempos: las reliquias de los santos. Ni playas, ni obras de arte, ni la contemplación de un bello paisaje, ni la consulta de las bibliotecas, ni un afán más o menos incontrolado de dar la vuelta al mundo, puede resolver los móviles de la actitud peregrinante. A partir del siglo XI tomó auge insospechado la peregrinación que había de terminar en el “Finis Terrae”, en la Jacobland de los alemanes, en la Galicia de España. Millones de peregrinos, durante varios siglos, se pusieron en marcha para cumplir un voto... El hallazgo del sepulcro del Apóstol, en el núcleo de la Cristiandad contendedora con el Islam, puso a España, durante muchas épocas, en el calor de la tensión de la Cruzada. Por eso, poco a poco, Compostela hace casi la competencia a Roma, y desde luego a Jerusalén, sobre todo cuando, en el camino al Sepulcro y el Arca de las reliquias de la Cámara Santa. Poco menos que el camino de Compostela se juntaban dos anhelos: el cumplir con el siervo y con el Señor. *“Quien va a Santiago / y no a San Salvador, / sirve al criado / y deja al Señor.”*

La peregrinación compostelana, después de haberse divulgado por la Cristiandad, sobre todo a partir del siglo XII, cobra tal primacía que los contingentes de personas son incontables, como los de una romería populosa en cualquier punto del globo. *Desde los mas inverosímiles rincones se llegaba a Santiago de Compostela...*

Picaresca, milagrería y bonanza en el camino de Santiago, Esteban Carro Celada

Existe un hecho de capital importancia en el proceso de incorporación de la Península Ibérica a Europa y es el descubrimiento —a principios del siglo IX— de cierto enterramiento en el Occidente gallego...

La tradición, que no la Historia, afirma que un sacerdote (para otros, un ermitaño) llamado Pelagio, que solía celebrar la misa en un lugar conocido como San Fiz de Solovio, vio durante varias noches seguidas brillar algo que parecía una estrella (¡atención al detalle...!) sobre un alto roble (árbol muy relacionado con las mitologías nórdicas, y de especial significación para los vascos) del monte conocido como Burgo de Libredón, oyendo, al mismo tiempo, algo parecido a músicas celestiales. Se comunicó el singular suceso al obispo de Iria Flavia (Padrón), Teodomiro, quien se personó en el paraje el 25 de julio de 813, y haciendo registrar la espesura, se halló un rico sepulcro, del que nadie tenía la menor noticia: se trataba de una construcción rectangular que tenía cuatro metros de longitud, rodeada por una columnata, aunque no está muy claro era si tal estructura tenía uno o dos pisos. En su interior se halló un sepulcro, que contenía algunos restos humanos...

Nunca se sabrá a quien podía pertenecer aquel monumento funerario, especialmente por carecer de otros indicios y porque no parece que hubiera más tumbas en aquel lugar. Se ha venido especulando con la posibilidad de que en él reposasen los restos del famoso heresiarca Prisciliano, decapitado en Tréveris (año 385) junto con seis de sus discípulos por orden del emperador Máximo, acusados de “maleficio”, delito severamente penado por las leyes romanas, y no de “herejía”, llevados sus cuerpos a tan apartado lugar y sepultados, por sus partidarios, con todo el lujo que les fue posible... Las enseñanzas de este lusitano, obispo de Ávila, que sostenía la interpretación intuitiva de las Sagradas Escrituras, el origen diabólico de la carne, en oposición al espíritu, la influencia de los astros en la conducta del ser humano y el que todos los dioses no eran más que uno solo, cualquiera que fuera la manera de rendirles culto, no desaparecieron con su muerte, ya que su mística, alterada si se quiere, permaneció entre los visigodos y, en algunos casos fue extendiéndose, generando multitud de ermitaños solitarios y pequeños cenobios aislados... En El Bierzo, nacieron y se desarrollaron bastantes comunidades monacales de ambos sexos, cuya descripción merecería todo un capítulo.

De cualquier manera, importa muy poco saber a quien pertenecían aquellos restos y aquel sepulcro, ya que Teodomiro proclamó que eran del apóstol Santiago “el Mayor”, el hijo de Zebedeo, y todo el mundo así lo aceptó. Informado de todo aquello el rey Alfonso II “el Casto”, por el propio Teodomiro, no sólo apoyó la versión del obispo, sino que dispuso la construcción de un templo de piedra y adobe en aquel mismo lugar, al que dotó de los suficientes recursos. Por la visión de las misteriosas luces se denominó aquel sitio “Campus Stellae” (“Campo de la Estrella”), aunque algunos autores hayan discutido tal etimología.

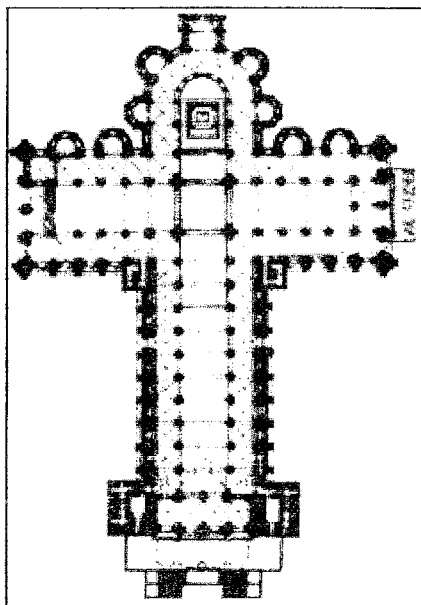
La noticia de tan portentoso acontecimiento fue comunicada al Papa León III, quien a su vez la divulgó por todo el mundo cristiano. Ni que decir tiene que este hallazgo era algo que venía como anillo al dedo para la mentalidad de la época, de profunda fe religiosa, siempre a la espera de milagros. El mismo pontífice dispuso el traslado de la sede episcopal de Iria Flavia a Compostela, que en 1120 S.S. Calixto II elevaría a la categoría de arzobispado. Por su parte, los soberanos de Asturias y León precisaban de nuevas fuerzas morales para enfrentarse al Islam, y en el 844 se produjo el milagro de la batalla de Clavijo (Logroño), aunque en realidad ni hubo tal batalla ni tal milagro, amañado mucho tiempo después de los hechos por el clérigo Pedro Marcio, que le dio su versión popular... *La figura del apóstol Santiago, señor del trueno, constituía, además, un poderoso refuerzo para acelerar la conversión de unos pueblos, cuyo proceso de romanización fue superficial o escaso, todavía a caballo entre sus primitivas creencias y el cristianismo.*

El culto aumentó con tal rapidez, que Alfonso III “el Magno” hizo derribar la iglesia para levantar otra nueva con tres naves, consagrada en el 899, y los peregrinos comenzaron a afluir desde todos los rincones de la Cristiandad a la lejana Galicia.

La peregrinación se encuentra en toda las religiones... El peregrino, voluntariamente alejado de los suyos por devoción y espíritu de penitencia o sacrificio, debe sufrir para hacerse merecedor de la gracia o el perdón divinos. Peregrinar a un lugar sagrado es casi tan antiguo como la humanidad. Los primitivos cristianos lo hicieron a Roma, y desde que Elena, madre de Constantino I, descubriera la "Vera Cruz", se iniciaron las peregrinaciones a Jerusalén. Sin embargo, cuando cayó esta ciudad en manos no cristianas, el viaje a Tierra Santa se hizo muy difícil, por lo que no tardó en ser sustituido por Compostela. Las peregrinaciones medievales estaban cargadas a partes iguales de piedad y superstición, y los peregrinos las iniciaban como acercamiento al Todopoderoso, para expiar sus pecados, cumplir votos de agradecimiento, y en bastantes casos buscando, al amparo de leyendas urdidas sobre las sagradas reliquias, el remedio a sus aflicciones.

En el caso concreto de Compostela había un motivo añadido: el apóstol había estado íntimamente ligado a Cristo; además, su cuerpo se hallaba en el "Finis Terrae" occidental, territorio amenazado por los infieles (a fines del siglo X, el caudillo musulmán Almanzor se apoderó de la ciudad), lo que suponía un acto de fe próximo al martirio, por lo que después del Apóstol Pedro sus restos se convirtieron en la reliquia más importante de Europa. Por su situación geográfica sería Francia quien inauguraría las peregrinaciones internacionales a su sepulcro. Este espíritu, entre lo piadoso y lo bélico, confirió a Santiago su especial personalidad, aprovechada por los reyes españoles, desde Ramiro I de Asturias, para combatir con mayores bríos al Islam.

El gran auge de la ruta jacobea, especialmente del llamado "Camino Francés" (había otros), se dio a partir del siglo XI, cuando disminuyó el peligro musulmán... Los monasterios ofrecían asistencia hospitalaria; los particulares, posadas; y los reyes realizaban algunas obras públicas. A través del "Camino Francés" los peregrinos se guiaban por las estrellas de la Vía Láctea, que recibió el nombre de "Camino de Santiago" o "Camino de la Estrella".



Planta de Santiago de Compostela
93,5 x 63 m

"Los peregrinos solían ir en grupos y su atuendo [calabaza para el agua, concha, báculo, zurrón] les identificaba allí donde llegaban —cuenta Fernando Aznar—. En general eran

bien recibidos por la población gracias a las creencias de quien albergaba a un peregrino ayudaba a Cristo. No obstante, hubo abusos tanto por parte de los huéspedes y posaderos como de los falsos peregrinos, ya que uno de los grandes peligros de la peregrinación era la inseguridad de los caminos. Ello dio lugar a la formación de Órdenes de Caballeros para asegurar su protección.” Por los general, estos viajeros se ganaban las simpatías de los creyentes, que solían prestarles ayudas, y de los reyes y magnates, que veían con buenos ojos que emprendieran el camino, dándoles, en ocasiones, cartas de recomendación.

En el mejor de los casos, una vez en el Camino (ya en territorio español), los peregrinos tardaban entre un mes y dos en llegar a Santiago. Pese a la realización de algunas, muy pocas, obras públicas, no siempre la ruta estaba en condiciones óptimas. En algunas ocasiones artesanos y particulares piadosos (como Santo Domingo de la Calzada) emprendía algunas reparaciones por su cuenta; pero muchas veces vadear un río o remontar un puerto de montaña podía resultar una empresa peligrosísima. Ya en el siglo IX el Papado había concedido —dadas las características del trayecto— indulgencia plenaria a los peregrinos, y cuando éstos se dirigían a Santiago, a medida que se aproximaban a la ciudad, sentían como si se acercaran a la presencia física de Dios (sin embargo, el primer Año Santo Compostelano no se celebró hasta 1182, bajo el Pontificado de Lucio III).

En 1078, el obispo Diego Péláez emprendió la construcción de una nueva y grandiosa catedral románica de tres naves —reinando Alfonso VI de Castilla y León—, cuyas capillas fueron consagradas en 1105 por el que sería su primer arzobispo, Diego Gelmírez, hombre de carácter fuerte, guerrero y clérigo a la vez, a quien tanto debe Compostela, quien dispuso la ejecución de obras de gran interés y amplió la ciudad, con el apoyo real, gozando del privilegio de acuñar moneda para las obras de la catedral.

La catedral de Santiago fue el mayor templo levantado en la España cristiana de entonces y su modelo perteneció a las denominadas “iglesias de peregrinaje” (en realidad, es el prototipo de éstas), pensadas para permitir la circulación de gran número de fieles por su interior: el corredor que circundaba su altar mayor (deambulatorio o girola) facilitaba el desplazamiento de los peregrinos antes de acceder al sepulcro del Apóstol.

La puerta occidental estaba dotada de una escalinata que no hacía más que empujar al peregrino. Ya en el interior, las lámparas, adornos y el humo de los incensarios le hacían partícipe de una atmósfera sobrenatural, difícil de olvidar. Templo amplio, con las fachadas ricamente decoradas con grupos escultóricos, como el famoso Pórtico de la Gloria de la entrada principal. En su crucero contó con nueve absidiolos o capillas dedicadas a San Nicolás, San Andrés, San Martín y San Juan Bautista. Exteriormente, su aspecto debía causar gran impresión en el viajero, ya que ocupaba una media ladera que se podía ver desde lejos, por el carácter defensivo del conjunto, cuajado de torreones.

Después de todo, Santiago fue una ciudad bastante turbulenta, teatro de frecuentes desórdenes, pese a lo cual no se interrumpieron las peregrinaciones... En 1117 se produjo

una famosa insurrección contra el arzobispo Gelmírez y la reina Urraca (enfrentada desde 1114 con su hijo Alfonso en Galicia), que fueron sitiados en una de las torres de la catedral. En 1320 los santiagueses llegaron a ser excomulgados por Juan XXII, ya que se opusieron violentamente a la toma de posesión de aquella sede por el arzobispo Fray Berenguer de Landera, de origen francés, entre otros disturbios. Tampoco faltaban riñas y altercados entre peregrinos de distintas nacionalidades, muchas veces atribuidos a puntillos de honor nacional, no siempre bien entendido; así, alemanes, franceses e italianos pretendían ocupar el lugar más cercano a la tumba del Apóstol en las vigilijs nocturnas... Las muertes violentas en el interior del templo llegaron a ser algo tan común que, en 1207, Giovanni Lotario (Inocencio III) accedió a que los oficios no fueran interrumpidos por tales trivialidades. Se sacaba el cadáver y acto seguido se purificaba el lugar con una rociada de agua bendita, mezclada con cenizas y vino. En 1328 otro Papa, Juan XXII, para ahorrar tiempo, dictaminó que bastaba con el agua bendita.

Santiago y su Camino constituyeron el principal vínculo entre España y Europa, en aspectos culturales, económicos, técnicos, etcétera, lo que favorecería el nacimiento de nuevas poblaciones y el aumento de toda índole de intercambios: Cluny penetró así en la Península Ibérica, controlando los puntos estratégicos e implantando su forma de entender la liturgia y el arte. Los reinos cristianos españoles se incorporaron a Europa gracias, entre otras cosas, a las relaciones de su población con los peregrinos... *De cualquier manera, sabemos que este camino era utilizado como vía de peregrinación iniciática en épocas muy anteriores al Cristianismo...*

“Patrón de España (Santiago el Mayor) —nos recuerda Fernando Aznar—, es curioso que este apóstol nunca estuviera en nuestro suelo y que los restos venerados durante tantos siglos pudieran tal vez pertenecer al citado Prisciliano, declarado hereje en un concilio celebrado en Zaragoza y ajusticiado... junto a varios de sus discípulos...”

De hecho, nadie crea las leyendas. Ellas se crean, porque son historia. Una vez creadas, se cuentan y se transforman según los lugares y las épocas, y también según las razas, las lenguas y las creencias; pero, cualquiera que sean las transformaciones, subsiste el mismo fondo porque éste es venerado y porque sigue estando presente, confuso pero real, en la memoria atávica.

Las leyendas no se suprimen. Están en el hombre... Y, a falta de poder o de querer suprimirlas, se las adapta... Y adaptarlas es también, en cierto modo, salvarlas. Es guardar en la conciencia del hombre lo que, en caso contrario, permanecería enterrado —e inútil— en los subconscientes.

¿Qué quedaría de todas las leyendas celtas, incluso de aquellas que el celtismo había adaptado de épocas anteriores, sino hubiesen sido cristianizadas, es decir readaptadas en una época en que predominaba el cristianismo?...

...En verdad, sería un poco infantil creer que la transformación de las leyendas se produce al azar y conforme a las ideas pasajeras de algún narrador de imaginación desbocada. Semejantes cosas divierten y pasan...

...Compostela está vinculada a la estrella por su mismo nombre, bien sea esta estrella la del "compostum", del campo, o, tal como lo creen los alquimistas, la del "compost": estrella que se forma en la superficie del crisol con motivo de una de las primeras operaciones de la Gran Obra [*nos permitimos, remitir al capítulo "Alquimia y piedra filosofal"*].

Existiría una cuarta etimología posible, más secreta y más tradicional, que encontraría su origen en el término "compos", que, en ciertas formaciones, podría significar "maestro": "el Maestro de la estrella".

Además, tradicionalmente, el camino de Santiago es la Vía Láctea, denominación de este aparente reguero de estrellas que atraviesa nuestro cielo hasta la constelación del Can Mayor".

El misterio de Compostela, Louis Charpentier

...y no conviene olvidar que la iconografía, en ocasiones, ha representado al apóstol en compañía de un perro.

No se puede —al menos resulta difícil— separar Santiago de Compostela y su Camino de las Estrellas de las antiguas leyendas; ahora bien, existen indicios que la antigüedad del mismo se cifra en milenios... Salvo la muy probable excepción del euskera, las lenguas habladas en tan remotas épocas desa-parecieron, y de éstas no quedaron más que algunos residuos, desfigurados por el tiempo y degenerados por los dialectos (las palabras árabes "al-barga" y "al-radab", que se refieren a: "calzado de cáñamo en forma de sandalia" y a "lugar extremo de una población", respectivamente, se han convertido en las palabras castellanas "alpargata" y "arrabal"), alteradas según la garganta de distintas razas (está demostrado que los antiguos galileos presentaban diferencias idiomáticas con los judíos, por la estructura de su laringe, lo que les dificultaba la pronunciación de sonidos guturales), y según las siempre variables modas (en los "años treinta" algunos escribían "Jibraltar" por "Gibraltar"), de forma tal que, aún subsistiendo sus símbolos, sus correspondientes sonidos se han desvirtuado o desaparecido... Por tanto, careciendo de documentación escrita (que se sepa), sería quimérico intentar descubrir ni siquiera imaginar la finalidad primitiva de aquel Camino y lo que acontecía en sus diferentes etapas, por lo que no queda otro remedio que manejar escasísimas pistas, basadas en signos o palabras cuyo significado se ha perdido o ha cambiado con el tiempo (por ejemplo, la palabra latina "necessarius", que indica algo "que ha de ser o suceder inevitablemente", cambió su significado, ya en la Alta Edad Media, para significar "letrina" o "excusado"), y dejarse llevar por la imaginación.

Como tales especulaciones escaparían de nuestros propósitos y serían tan prolijas como inútiles, nos limitaremos a reseñar los más brevemente posible las etapas del llamado "Camino Francés" (había otros secundarios), en función de su carácter iniciático, esotérico y su relación con el Temple.

SE HACE CAMINO AL ANDAR

“Hay un punto en que las religiones, por diversas y diferentes que sean, prácticamente no varían: cuando afirman: —recuerda Louis Charpentier— que la muerte es un paso de una vida a otra. Que la nueva vida sea presentada de maneras diferentes, no cambia el hecho inicial: hay un renacimiento. Y, para renacer, es preciso morir” ... Por eso, y para experimentar un cambio trascendental y acceder a un estado opuesto diametralmente al primitivo, se hace *“absolutamente necesario morir respecto a ese estado primigenio”*. Se trata, en consecuencia, de una tradición que se encuentra en casi todos los rituales iniciáticos. ... Se debe morir con respecto al mundo, ya que para que nazca el hombre nuevo, es preciso matar al viejo... “No se cambia sin renacer, no se renace sin morir” ... *Y este anhelo de renovación o cambio propiciaría la peregrinación desde la más remota antigüedad, empujando a los filósofos griegos y musulmanes a emprender largos viajes a través de las rutas iniciáticas, y a las muchedumbres cristianas a los lugares considerados como santos.*

Ahora bien... ¿Por qué peregrinar hacia el Oeste...? Sin duda, y así lo afirma Louis Charpentier, por “el deseo de identificar al sol que muere cada día en el Oeste antes de renacer en el Este. Se puede pensar que una cierta tradición, un recuerdo ancestral, situaba en el Oeste la Tierra de los Antepasados a donde habían que regresar, como a una matriz original, para un renacimiento al ejemplo del astro reverenciado.

”Cualquiera que sea el papel desempeñado por el Poniente en el subconsciente humano, es evidente que el deseo de marchar hacia un lugar de muerte implica la esperanza de un renacimiento; si no, ¿por qué desplazarse, si se trata sólo de dejar abandonados unos restos aquí o allá?...”

Escapa de nuestros propósitos especular acerca del antiguo Camino y sobre cómo y por dónde se recorría y acerca de las causas que motivaron el abandono, más bien la suspensión —que nunca fue total— de aquella ruta... “A decir verdad —recuerda Louis Charpentier—, no existe prueba de que el Camino hubiera sido seguido en tiempo de Roma ni en los primeros tiempos de las invasiones bárbaras, excepto el hecho de que había sido reanudado cuando la Cristiandad comenzó a tener un asomo de organización.

”Sabemos, gracias a la toponimia, que fue recorrido antes de Roma, y gracias a los textos reemprendidos en el siglo VIII; sería asombroso que su tradición se hubiera mantenido sólo verbalmente. Todo lleva a creer, pues, que no hubo interrupción, al menos total.”

El denominado “Camino Francés” era utilizado principalmente por los peregrinos de esta nacionalidad, pero también de otras, como ya hemos expuesto. En el siglo XII constaba de cuatro ramales que llevaban a Compostela desde Francia: Tours (Turena), Vézelay (Borgoña), Le Puy (Velay) y Arles (Languedoc), y una vez cruzados los Pirineos se reducían a dos vías principales: la “aragonesa” y la “navarra”, no faltando algún camino secundario.

Existían también otros caminos, pero éstos, aún siendo importantes, eran de interés local, aunque no menos concurridos, por ello, y entre los que destacaban la llamada “Ruta del Norte”. Los peregrinos pasaban por Fuenterrabía, Guernica, Bilbao, Castro Urdiales, Santander, Santillana del Mar, Oviedo, Luarca, Ribadeo y Montoñedo, hasta unirse al “Camino Francés”.

Por su parte, los portugueses entraban en territorio español por Tuy, pasando posteriormente por Redondela, Pontevedra, y Padrón, antes de dar por concluido el viaje. También cabe hablar del “Camino Inglés”, utilizado por los peregrinos de esta nacionalidad que preferían viajar en barco, y que concluía en la Ría de El Ferrol.

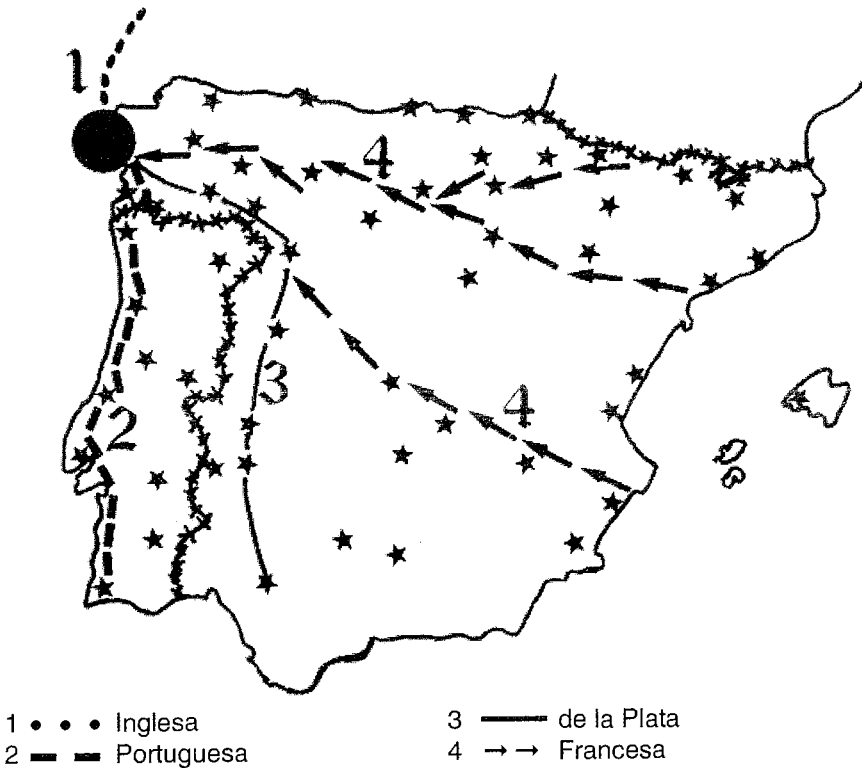
La llamada “Ruta de la Plata” o “Ruta Mozárabe”, era utilizada por gentes procedentes del sur de Portugal, Extremadura o Andalucía, que utilizaban lo que quedaba de las antiguas calzadas romanas (de ahí el nombre), pasando por Mérida, Cáceres, Plasencia, Béjar, Salamanca y Zamora, hasta llegar a las tierras gallegas por Sanabria, y atravesando Ginzo de Limia, Orense, Lalín y Silleda, terminaban su andadura en Compostela. Puede hablarse de una vía utilizada por los devotos procedentes de ciudades del Levante español o de ciertos puertos del Mediterráneo, y que, siguiendo distintos caminos (pasaban por Ucero o muy cerca de aquel lugar), terminaban por unirse al “Camino Francés”. *Huelga decir que en puntos diferentes de estos Caminos, no menos importantes, por menos transitados, se advertía, de una u otra manera, la presencia del Temple.*

La mayor parte de los peregrinos, que elegían la variante “aragonesa” del “Camino Francés”, entraban a España por la provincia de HUESCA, y lo hacían por el puerto de Somport; aún cuando no faltaban aquellos que, en menor número, prefiriesen hacerlo por los de Pourtalet o Bujaruelo (también llamado —eco de antiguas leyendas— “Brecha de Roldán”); enseguida encontraban albergues o hospederías como las de Santa Elena (Hoz de Jaca), Canfranc, o el monasterio de San Adrián de Sasabe, al este de Ainsa donde se encuentra la famosa Cueva del Forcón, con pinturas rupestres, tal vez relacionadas con antiguos cultos. No lejos de Ainsa, en el Barranco de Estarrún, hay una curiosa fuente seca que sólo mana agua durante unos pocos días, a partir de la noche de San Juan (muy de acuerdo con el viejo refrán alquímico: “Lo que en San Juan no te haya dado tiempo, tienes de plazo hasta San Pedro”), y a la que se atribuyen poderes curativos.

Los procedentes de Pourtalet o de Bujaruelo, tras coincidir en Sabiñanigo, se encontraban a unos 18 km al oeste, con los que venían de Somport, en Jaca, importante

etapa del Camino, y convertida (1035) por algún tiempo en capital del reino de Aragón. Su famosa catedral (siglos XI-XII), inspiró por su estilo y notables esculturas a numerosos artistas que recorrían la vía compostelana. Juntos emprendían, por tierras del río Aragón, el camino de Navarra, tras dejar a un lado los cenobios de San Juan de la Peña (conjunto iniciado en el siglo X, con importantes añadidos románicos de los siglos XI-XII) y el de Santa Cruz de Serós, a sólo 8 km de distancia. El primero de éstos, ya lo hemos visto, estuvo muy relacionado con la Orden del Temple; en su conocidísimo claustro y en algunos de los sepulcros allí conservados, aparecen crismones, signos cabalésíticos, alquímicos e incluso cruces templarias. No menos relacionado con la historia aragonesa, fue remozado en la época de las peregrinaciones jacobeanas, entre otras razones, por tratarse de un edificio de difícil acceso, en su día, y lo que resulta bastante extraño, construido en lugar muy poco apto para garantizar la subsistencia de su comunidad, que debió ser numerosa, siendo preciso que recibiera casi todo lo que necesitaba desde Santa Cruz de Serós.

LAS RUTAS JACOBEAS



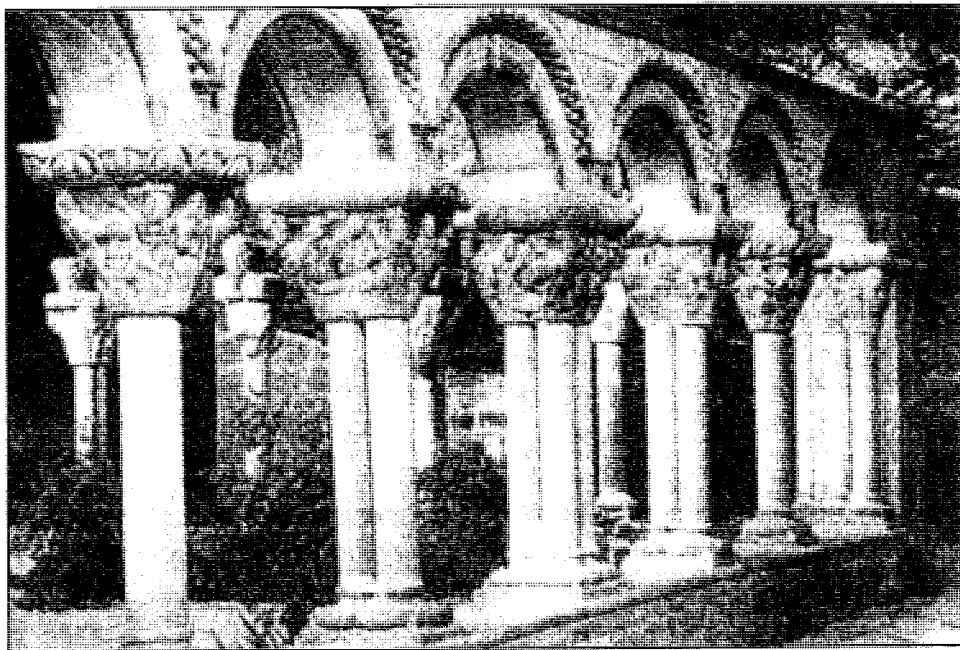
Todo parece indicar que aquel lugar fue ocupado, de forma deliberada, para cristianizarlo, ya que una parte del conjunto está erigida sobre lo que parece haber sido una antigua cueva iniciática: “Vemos aquí —observa Louis Charpentier— en que medida, cuando el cristianismo pretendió anexionarse —y utilizar— el Camino de Santiago, tuvo cuidado de instalarse en lugares que poseían alguna importancia iniciática”... Y el Temple no solía estar muy lejos de todo aquello...

Si había alguna separación entre el “camino del peregrino” y el “camino iniciático”, tiende a desaparecer en esta zona fronteriza, como si alguien hubiera traspasado una especie de puerta o umbral, con la decisión de seguir adelante. Desde las épocas de mayor afluencia de los peregrinos, es decir, desde el siglo XII, los dos caminos presentan algunas diferencias, aunque no sean fundamentales, incluso a veces tienden a cortarse o transcurren juntos en trayectos más o menos largos. Pero existe un factor importantísimo: el “camino iniciático” sigue con bastante fidelidad (ya lo veremos luego) su “eje de las estrellas”, que es un paralelo terrestre y discurre de región en región, y no de etapa en etapa forzosamente. Por su parte, el “camino del peregrino” es una ruta trazada por hombres y jalonada por toda suerte de albergues y hospitales, distribuidos convenientemente... Sin embargo, las dificultades son tan abundantes y similares en uno u otro, *dando la impresión de que conscientemente se pretende apartar a los peregrinos de Jaca y otros lugares iniciáticos, en beneficio del Paso de Roncesvalles.*

Nada tiene, por tanto, de particular la circunstancia de que, desde la primera mitad del siglo XII, los Templarios fuesen estableciéndose a lo largo de la primitiva ruta, no muy lejos de algunos antiguos monasterios de la España septentrional; y dado que éstos no sufrieron tan terribles persecuciones como sus hermanos de Francia, los símbolos de sus edificios se han conservado en relativo buen estado, aún cuando bastantes hayan desaparecido, con los inconvenientes de todos conocidos. Además de las mencionadas marcas de San Juan de la Peña, subsisten otras en el extraordinario pueblo de Berdún, que domina el río Aragón y guarda el Valle de Ansó.

Ya en NAVARRA y a la derecha del pantano de Yesa, en plena Sierra de Leyre, pasaban por el monasterio de San Salvador de Leyre, donde según narra cierta antigua leyenda —que no nos suena a nueva—, un pajarillo extasió durante 300 años a un monje. La iglesia (siglos XI-XII) del cenobio y su cripta merecen ser visitadas. Su cabecera —el resto es de estilo gótico—, de triple ábside, posee proporciones elevadísimas, descansando sobre cuatro naves; los capiteles, aunque interesantes, son toscos y primitivos. Posee un portal (“Porta Speciosa”) ricamente adornado, que evoca el de las Platerías de Santiago de Compostela.

No lejos de la Foz de Lumbier, al sur del Camino, se encuentra la población de Sangüesa, en la que el Temple poseía la ermita de San Adrián, que domina el río Aragón. Muy favorecida por Alfonso I “el Batallador”, poseía desde el siglo XII, varios hospicios y parroquias, como importante jalón del Camino de Santiago que era. Merece especial



Claustro del monasterio de San Juan de la Peña (Huesca), importante etapa del Camino de Santiago

mención la iglesia de Santa María la Real (siglos XI-XII), de clara influencia borgoñona, por la torre octogonal de su cimborrio y la riquísima simbología de su portada.

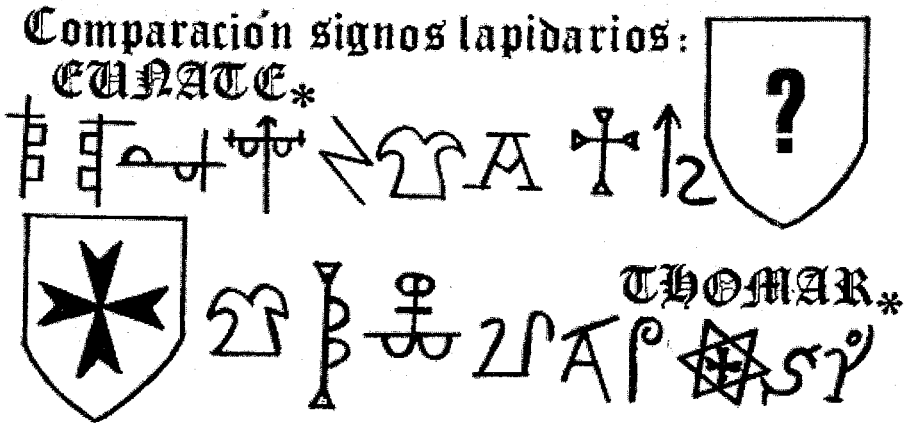
Camino de Puente la Reina, pasaba por Aldunate, y en la Sierra de Alaiz —entre Echagüe y Puente la Reina—, un poco hacia el sur, se encuentra la asombrosa iglesia templaria (algunos autores niegan este extremo) de Santa María de Eunáte, de construcción octogonal, con su peculiar deambulatorio exterior de arcadas, a manera de filtro de las energías negativas, que hace pensar debía tratarse de un recinto iniciático, claramente inspirado en la mezquita de la Roca de Jerusalén,¹ que se convirtió en propiedad del Temple, cuando éste se instaló en el emplazamiento del Templo de Salomón.

A falta de suficiente documentación sobre este templo, situado en pleno campo, lejos de toda aglomeración, se ha discutido mucho. Unos lo tiene por templario, ya lo hemos indicado (dadas sus características), pero otros afirman lo contrario, al no parecerles suficientemente probado tal extremo, y para los demás estudiosos se trataría de una capilla funeraria; cierto es que en la actualidad no aparecen signos Templarios, pero se hace muy difícil no relacionar esta construcción con la Orden, especialmente, cuando no lejos de allí

1 Véase el capítulo "Templarios y compañeros"

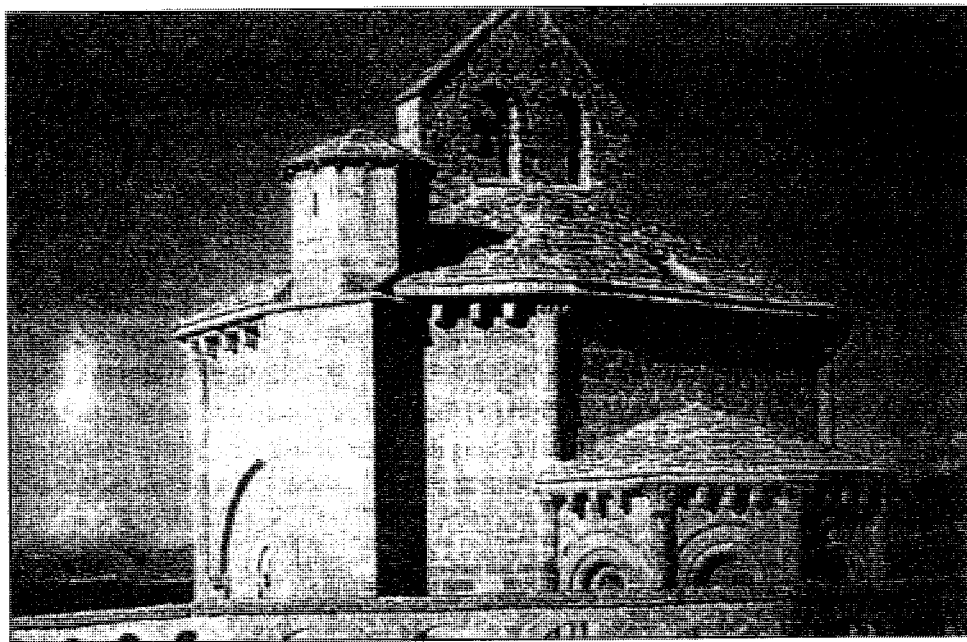
se alza una capilla, de planta muy similar, atribuida —sin reservas— al Temple. *Cabe la posibilidad de que esta iglesia y otras parecidas fueran utilizadas para cultos que podríamos calificar como “privados”, por no decir “místicos”.* En todo caso, si no fuese destinada a determinadas ceremonias “secretas” (quedaría mejor escribir “discretas”), es bastante plausible que estuviera destinada a una determinada Hermandad de Constructores, ya aludida y descrita, protegida por tan poderosa Orden... “No podemos ignorar —insiste Louis Charpentier— que el bastón del Gran Maestre es el abacus, el cual es el bastón de magister de los constructores.” Por otra parte, tanto Templarios como Compañeros celebraban reuniones privadas y no reparaban en medios para evitar la curiosidad... La especial ubicación del templo y el ancho deambulatorio, que impediría a los curiosos aproximarse sin ser vistos, así parece demostrarlo; además, estas capillas o iglesias son relativamente frecuentes, con ciertas variaciones, en las escasas edificaciones templarias que han conseguido llegar en relativo buen estado hasta nuestros días.

Por lo demás, los Templarios no estaban muy alejados de Eunate, ya que a pocos kilómetros se alzaba su famoso establecimiento de Puente la Reina, en el que se instalaron



(hacia 1142) tras su llegada a Navarra, fundando la que pudo ser la primera encomienda del Reino, o al menos así lo creen varios estudiosos, extremo acerca de que no estamos en condiciones de pronunciarlos, aunque sabemos la importancia que revistió esta encomienda, cuya influencia iba más allá de los límites geográficos del Reino navarro; además, en el lugar donde esta ruta se cruzaba con la que venía de Roncesvalles, la Orden poseía un hospital.

Quienes optaban por la ruta “navarra” debían pasar a España por el pueblecito pirenaico de Roncesvalles, famoso no sólo por ser lugar de paso para un buen número de



Iglesia octogonal de Eunate (Navarra), se discute si perteneció al Temple; no obstante los indicios parecen indicarlo.

peregrinos, sino por estar relacionado con Carlomagno y su fallida expedición a tierras españolas, derrotada un 15 de agosto del 778 por los montañeses vasco-navarros. En 1130 Alfonso I “el Batallador” y el obispo de Pamplona, Sancho de la Rosa, fundaron cerca del desfiladero una abadía de agustinos —en realidad se trataba de un convento-albergue— para ayudar a los cada vez más numerosos viajeros que se dirigían a Compostela, y cuyo prior era designado directamente por el rey de Navarra y que, al igual que ocurría con los Templarios, sólo dependía de la autoridad del Papa. A 18 km de allí, se halla el paso fronterizo de Valcarlos, bastante frecuentados por los jacobeos en su día.

Camino de Puente la Reina se imponía pasar por Pamplona, ciudad de origen romano y capital del Reino, desde la segunda mitad del siglo IX, situada en una altiplanicie contorneada por el Arga, y siguiendo hacia el suroeste pasaban por Cizur Menor, camino de Obanos, dejando atrás el Alto del Perdón.

Ya en Puente la Reina (a tres días de Somport y a dos desde Rocesvalles), ambas rutas pirenaicas se unifican en una sola y un peregrino de bronce, próximo a la entrada de la villa se encargaba de recordar tal circunstancia. Aquí, los viajeros podían acogerse al albergue templario. Cabe destacar, muy merecidamente, su célebre puente románico, de cinco arcos, construido en el siglo XI especialmente para los peregrinos, sobre el Arga, por la

esposa de Sancho III “el Mayor”, rey de Navarra. El puente dio su nombre a la localidad, que adquirió gran importancia en el Medievo. Según cierta vieja tradición peregrina, el paso por este puente simboliza la firme decisión de seguir adelante: a partir de ahora —como en el camino del conocimiento— ya no era posible la vuelta atrás. Son de especial interés, y se refleja en ella la influencia templaria, las iglesias románicas del Crucifijo, en la que se venera un Cristo gótico de madera (ya mencionado) ofrecido por un viajero germánico, y la de Santiago que ofrece, aunque deteriorado, un portal esculpido. A unos 4 km al este, por Obanos, lugar templario, se encuentra la descrita “Eunateko Andra Mari” (Nuestra Señora de Eunate).

Entre Cirauqui y el pantano de Alloz, discurría el camino hacia Estella, población situada en un recodo del Ega. De origen romano, se convirtió en una etapa importantísima de la ruta contando con varias parroquias y su correspondiente hospicio, siendo el más importante el San Lázaro, destinado a leprosos. En lo alto de una escalera de 30 peldaños, se alza la iglesia de San Pedro de la Rúa (siglo XI), la más antigua de la ciudad, con influencias artísticas de Poitou (en su exterior) y arábicas (en su interior). A 2 km al sur se encuentra el monasterio de Irache —al parecer— anterior al siglo X, que adquirió importancia gracias al Císter y a su situación, llegando a convertirse en importante centro cultural.

Entre Estella y Viana estaba la etapa de Los Arcos, donde (siglo XII) los peregrinos disponían de un albergue, y no lejos de allí pasaban por Torres del Río, otro templo octogonal, con bóvedas y cúpulas inspiradas en el arte musulmán, más pequeño que el de Eunate, de origen templario, aunque pasó a la Orden del Santo Sepulcro. Esta iglesia viene a reforzar la impresión de que se trataba de un trecho de Camino donde se realizaban ritos iniciáticos de adopción... Y todavía en Navarra, y en los confines de la Rioja, debían dejar atrás Viana, importante jalón del Camino jacobeo, en una fértil llanura regada por el Ebro y sus afluentes.

Ya en LA RIOJA, se imponía una obligada escala en Logroño, ciudad a orillas del río Ebro, que cruzaban por antiguo puente de piedra, y desde finales del siglo X etapa muy importante del Camino. En el barrio viejo, a orillas del río, aún puede reconstruirse el itinerario seguido por los peregrinos, que se guarnecían en las iglesias de San Bartolomé o en la de Santa María de Palacio, ambas del siglo XI, con un curioso campanario piramidal del siglo XIII, la segunda. En esta ciudad se alzaba el santuario de Nuestra Señora de la Rotonda (hoy Santa María la Redonda), construido en el siglo XII, que poseía un doble cuerpo circular y octogonal, derribado en el siglo XV para edificar la actual iglesia. Aunque no existan documentos que permitan relacionar este edificio con el Temple, no sería sorprendente que así fuera... En Cataluña se erigieron capillas, iglesias, ermitas y oratorios circulares en tierras que posteriormente pasarían al dominio del templario.

A 17 km al sur, según la leyenda, tuvo lugar la famosa batalla de Clavijo, en la que se enfrentaron las tropas de Ramiro I y de Abd ar-Rhman II. Hacia el suroeste, camino de Burgos, etapa obligada era Navarrete, localidad que todavía conserva un marcado carácter medieval y sabor peregrino, situada en las inmediaciones del embalse de Amós Salvador. La puerta de su cementerio es la del antiguo hospital de San Juan de Arce, de estilo románico.

Dos ejes se cruzan y cortan en la geografía de La Rioja: el Camino de Santiago y la Sierra de la Demanda, lugar relacionado con múltiples leyendas, que no dejan de tener un fondo de verdad. Una de éstas, la de los Siete Infantes de Lara, podría referirse a una comunidad hermética u orden iniciática, compuesta por musulmanes y cristianos.

Dejando atrás Aleson y un poco a la izquierda Tricio, con su pequeña, pero interesante ermita con pinturas románicas, los peregrinos llegaban a Nájera, a 16 km al oeste, a orillas del Najerilla, localidad que fuera capital del reino de Navarra entre los siglos X y XI, y que se convirtió en importantísima etapa del Camino cuando Alfonso VI y Sancho IV “el de Peñalén”, rey de Navarra, decidieron (siglo XI) desviar el Camino Francés del País Vasco a La Rioja. Otro monarca Navarro, García Sánchez III (hacia 1053) fundó el monasterio de Santa María la Real, por cierto, adosado a un acantilado, en el que desde muy antiguo se habían excavado unos eremitorios para conmemorar la aparición —tenida por milagrosa— de una imagen de la Virgen, a cuyos pies había una jarra de azucenas (todo esto, ya lo habrá advertido el lector, presenta bastante similitud con las leyendas sobre el Grial o Graal). Para la defensa de este lugar, en aquellos tiempos de fronteras cambiantes, se creó la Orden de la Jarra, que dado su interés local y sus limitaciones tuvo corta existencia.

Lugar muy destacado de la ruta jacobea fue Santo Domingo de la Calzada, que suponía un auténtico hito. Ciudad del Santo “hacedor de puentes” (“pontífice”) y en la que probablemente existió y llevó una vida muy activa una logia de constructores. En el siglo XI, Santo Domingo, un eremita “arquitecto” (los eremitores de Nájera no están lejos), conmovido por las dificultades que encontraban los peregrinos en su desplazamiento hacia Compostela, construyó un fragmento de calzada y un puente que permitía a éstos cruzar, sin dificultades, el río Oja. Con el tiempo añadió, además, un hospital y un albergue.

Las calles conservan todavía la atmósfera medieval, y el ambiente es silencioso y recogido. La catedral fue, en sus orígenes, una pequeña capilla construida por Santo Domingo, con la ayuda del rey castellano-leonés Alfonso VI, cuando trató de apoderarse de La Rioja, y convenientemente ampliada a mediados del siglo XII para permitir el acceso a los peregrinos. Posee una curiosa hornacina-gallinero en la que, desde el siglo XI, nunca faltaron un gallo y una gallina blancos, que recuerdan el episodio de la vida de Santo Domingo (en Portugal se narra una leyenda muy parecida), que resucitó unas aves, ya asadas, para probar la inocencia de un joven peregrino acusado injustamente de hurto.

En realidad, la biografía de este santo no es bien conocida. Nació hacia 1019, aunque se ignora el lugar (puede que no fuera lejos de allí). Tras haber recibido esmeradísima educación en el monasterio de Valvanera (famoso centro de cultura mozárabe), trató de ingresar en la vida monástica; pero “sin razón aparente” no fue admitido (cosa curiosa en una época en la que muchos clérigos eran semianalfabetos), por lo que decidió hacerse ermitaño y dedicarse, lejos del mundo, a la oración y a socorrer a los viajeros. De hecho, este santo aparece como auténtico maestro de obras y, sin duda, pudo hacer su iniciación o aprendizaje en la ruta de los grandes constructores. *Lo cierto es que el ábside de la catedral de Santo Domingo, como en los demás monumentos del Camino, aparecen las consabidas «marcas compañeriles»... similares a otras, ya lo vimos, muy alejadas en el tiempo y el espacio...*

Alfonso VI le encarga la reparación de los hospitales de La Rioja y Burgos. Además, siempre deseando ayudar al prójimo (y de paso, creemos, que fomentar la ruta jacobea), levantó los puentes de Logroño y Nájera. Uno de sus discípulos, San Juan de Ortega, prolongó su calzada a través de los Montes de Oca y levantó, además, puentes, iglesias y hospitales.

A través de terrenos desiguales, los peregrinos dejaban atrás Grañón y se adentraban en la provincia de BURGOS. Por Vitoria de Rioja y Redecilla del Camino, llegaban a Belorado, a orillas del Garganchón, donde quedan restos de murallas medievales. Dejando atrás Villafranca de Montes de Oca, donde había una encomienda templaria, que fue también hospital, se alcanzaba la importante etapa del Monasterio de San Juan de Ortega (siglo XII), cuya iglesia produce un curioso fenómeno —aunque no sea exclusivo— que viene a demostrar la maestría arquitectónica de los antiguos constructores aplicada al lenguaje de los símbolos (y el Temple no estaba lejos de allí). El día del equinoccio primaveral, un rayo de luz penetra en la misma y alumbró un capitel que representa la Anunciación. Luego el rayo va recorriendo otros capiteles —como si se tratase de una proyección cinematográfica— hasta cumplir su propósito didáctico.

Pasando por Ibeas y sus terrenos montañosos, y siguiendo el curso del Arlanzón, los peregrinos llegaban a Burgos, ciudad fundada en el siglo X por los primeros condes de Castilla, que la eligieron como capital, ya que su emplazamiento se beneficiaba de una situación geográfica sumamente favorable: situada al norte de la Meseta Central, en la unión de los Pirineos con la Cordillera Cantábrica y no muy alejada del Valle del Ebro, que le da una abertura hacia el Mediterráneo, conoció en la Edad Media gran desarrollo económico y artístico. Esta ciudad llegó a ser una de las más importantes del “Camino Francés” y contó hasta con treinta y tres hospitales para los devotos. A 3 km al oeste se halla el famosísimo Hospital del Rey, fundado por Alfonso VIII de Castilla, destinado al cuidado de éstos.

Cuando los peregrinos abandonaban Burgos, pasando por Tardajas (entre los ríos Urbel y Arlanzón) solían optar por dos caminos: uno, más directo, que pasaba por las

tierras llanas de Sasamón, población que fue sede episcopal en el siglo XI, para adentrarse en tierras palentinas, o descender un poco hacia el sur, cruzando el río Hormazuelas, camino de Castrojeriz, localidad situada en tierras desiguales, a orillas del Odrilla, a 17 km al noroeste de Sasamón. Castrojeriz, lugar de origen visigodo, se hallaba en la ruta jacobea y aún conserva varias iglesias, entre ellas las de San Juan y la Colegiata, que fueron edificadas para los peregrinos. Merecen especial atención las ruinas del monasterio de San Antonio, a unos 2 km del pueblo, cuya iglesia ha sido transformada en una granja, y que perteneció a la Orden de los Antonianos, cuyos monjes trajeron de Oriente numerosas claves de extraños conocimientos y, entre éstos, tal vez el Tarot, ya que su carta número nueve —“el Ermitaño”— es curiosamente una imagen exacta de su patrón San Antonio Ermitaño (por cierto, el valor del Arcano IX del Tarot Templario es también “el Ermitaño”).

Ya en tierras de PALENCIA, los que habían seguido el Camino por Sasamón, dejaban a un lado, mientras descendían hacia el suroeste, Osorno y sus antiqusísimos restos romanos, a orillas del Valdavia, tributario del Pisuerga; mientras que, los que habían elegido pasar por Castrojeriz, dejaban Burgos por Melgar de Yuso y se adentraban en tierras palentinas por los llanos de Boadilla del Camino.

No lejos de allí, era la escala obligatoria la localidad de Frómista, que entre otros monumentos más o menos relacionados con la ruta jacobea, posee uno de los más notables templos románicos de la Península, la iglesia de San Martín. Por su planta y su trazado, este conjunto puede ser considerado como la reproducción, a la mitad de sus proporciones, de la catedral de Jaca. Por otra parte, su decoración es, muy posiblemente, obra del mismo equipo de escultores; en sus maravillosos capiteles el cuerpo humano es tratado con la misma maestría que en Jaca, y los motivos ornamentales son muy similares. Sin embargo, se ignora la fecha exacta en que le alzó esta obra maestra. Se sabe que formaba parte de un monasterio y que Doña Mayor, condesa de Castilla y viuda de Sancho “el Mayor” de Navarra, deja en 1066 un legado en metálico para la obra ya comenzada.

Arquitectónicamente, San Martín de Frómista constituye un “modelo de organización románica”, verdadero arquetipo de iglesia, posteriormente imitado muchas veces en toda Castilla. Posee tres naves —separadas por pilares de columnas adosadas y cubiertas por una bóveda de cañón—, torre octogonal y triple ábside. El conjunto presenta una gran homogeneidad de construcción, que no se observa en Jaca, por lo que cabe suponer que aquellos difíciles ensayos precedieron a este magnífico edificio, del que podrían rastrearse precedentes en la Francia Occidental... Sin embargo, su reconstrucción —aparentemente perfecta— ha dejado casi muerto al templo, en comparación con lo que debió de ser su potencia original. De cualquier manera, el viajero paciente y con buena vista puede detenerse para contemplar los 315 minuciosos canecillos que bordean la iglesia.

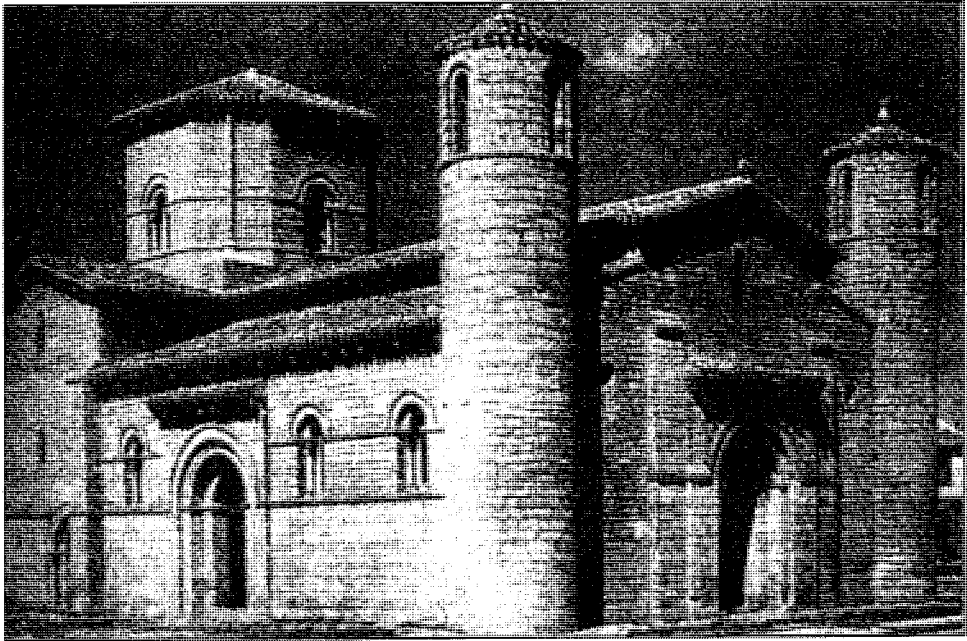
Un poco hacia el noroeste, los peregrinos llegaban a Villalcázar de Sirga, situada en la antigua calzada romana y en la "Sirga", de ahí el nombre, que conduce a Compostela. Fue encomienda de la Orden del Temple, y "*grande debió ser la encomienda, cuando tan soberbio monumento levantaron*", escribió un historiador. La ruta jacobea entraba por Arconada y por la Ermita y el Humilladero cruzaba Villalcázar, en dirección a Carrión.

Hubo aquí tres hospitales y hospederías para los peregrinos. La actual iglesia era parte del alcázar de la bailía templaria y sus murallas se extendían por el sur, hasta más allá de la carretera de Carrión y, por el Norte, llegaba hasta el Arrabal. Santa María la Blanca fue declarada, el 19 de diciembre de 1019, Monumento Nacional. Se trata de un templo grandioso y singular, construido por los Templarios en el siglo XII (terminado en su mayor parte hacia 1190). Su planta es de doble crucero. Las tres naves centrales rematan en ábsides planos y los dos laterales en capillas circulares.

Según la tradición, esta Virgen impidió que los musulmanes destruyesen (1196) el templo, episodio recogido por Alfonso X "el sabio" en sus *Cantigas*. Esta iglesia, de estilo románico de transición, estaba fortificada y flanqueada en su lado sur por un hermoso pórtico, que servía de refugio a los devotos... Aquí, cualquier visitante atento advertirá que la enorme energía generada por esta edificación está cortada por la parte de atrás, debido a que a la edificación original le falta un trozo, aun cuando este detalle parezca bien disimulado. De cualquier forma, tan potente construcción debía generar en los peregrinos una inyección de fuerza muy notable.

Avanzando por el camino, todos los viajeros que salieron de Burgos, cualquiera que fuese su camino, acababan por encontrarse en Carrión de los Condes, pequeña ciudad que se desarrolló sobre una etapa de la ruta jacobea, precisamente en el paso del río Carrión. Pueden todavía verse vestigios de enlosado de la calzada, junto al monasterio de San Zoilo, fundado en el siglo XI. Las iglesias románicas del siglo XII, tal y como su nombre lo indica, acogían a los peregrinos, formando parte de lo mejor y más significativo del Camino: la de Santiago, ocupada temporalmente por los Templarios, posee un portal (siglo XII) de factura particularmente interesante por los relieves de la arquivolta y el friso, uno de los más monumentales de la ruta, que parece anunciar el gótico. En él aparece la figura de Dios en el juicio final, junto con elementos claramente iniciáticos y las figuras de los Apóstoles. La iglesia de Santa María del Camino, románica del siglo XII, sufrió varias transformaciones; su fachada, aunque su estado deja que desear, presenta un ordenamiento similar a la de Santiago.

En la época de mayor esplendor de Camino, tan sólo el Hospital de San Zoilo daba cobijo a más de 350 huéspedes de manera continuada. Se tienen algunas noticias de un hospital situado cerca de la iglesia de Santiago, regentado por los Templarios, que también fundaron otro en las inmediaciones de Santa María del Camino, lo que podría explicar muy bien ciertas semejanzas arquitectónicas y estilísticas.



Iglesia románica de San Martín (Fromista, Palencia), importante etapa de la ruta jacobea.

Tras cruzar el Carrión y el Cueva, los viajeros llegaban a Terradillas de Templarios (dejando atrás Calzadilla de la Cueva), lugar que, como su nombre indica, perteneció a la Orden, para adentrarse en la Provincia de LEÓN... “Por tierras de Castilla y León abundan unos pequeños edificios —comenta Rafael Alarcón—, situados en las afueras de los pueblos y utilizados como palomares, cuya planta es generalmente cuadrada. Pues bien, dichos palomares son invariablemente octogonales y, en menor medida, circulares, en los pueblos que pertenecieron al Temple o están enclavados en comarcas de su influencia, tales como Támara, Quintanilla de la Cueva y Santoyo, en Palencia, o Carracedo, en León. Y esto, por su relevancia, debe significar algo más que un simple capricho por parte de los labriegos... ¿Quizás el recuerdo de una estructura utilizada a menudo por los monjes-guerreros del Temple? ¿O se trata tan sólo del inconsciente colectivo que ataca de nuevo?”

Ya en Sahagún, cruzaban el río Cea por un puente de piedra de origen romano. Esta población desempeñó un importante papel en la historia religiosa del país. En el siglo XII se estableció allí la sede de la Orden benedictina en España, en un monasterio del que sólo queda, a modo de recuerdo, un arco, bajo el que pasa la carretera. Destacan sus templos románicos de ladrillo, con notable influencia mudéjar, como San Tirso (siglo XII), el más antiguo, y San Lorenzo (siglos XII-XIII), la parte superior de cuyo campanario muestra arcos románicos de transición a las nuevas corrientes góticas.

En los Montes de Payuelo y a orillas del Esla, los viajeros —dejando atrás Calzada del Coto, Bercianos del Real Camino Francés y El Burgo Ranero— llegaban a Mansilla de las Mulas, de cuyo pasado quedan algunos vestigios, entre ellos las murallas medievales, y en cuyas inmediaciones (unos 4 km hacia el noreste) se encuentra el bellissimo templo mozárabe de San Miguel de Escalada (consagrado en 957); algo más hacia el norte se ubica la que fuera encomienda templaria de Gradefesfes, cuyo principal monumento es el monasterio de Santa María la Real (1168), de observancia cisterciense, y que pese a la distancia estaba relacionada con la de Puente la Reina... Todo aquello da la impresión de que más que proteger el Camino —se halla a bastantes kilómetros del mismo—, guardaba un refugio, apartado y alejado, para uso de los Compañeros o para celebrar ceremonias iniciáticas, lo que explicaría su carácter reservado, y nos remitiría a la iglesia octogonal de Eunate.

Cruzando el río Porma por Villarente y Arcahueja, se imponía un alto en la ciudad de León, fundada por los romanos en el año 68 d.C., y situada en un emplazamiento estratégico —en la confluencia de los ríos y Bernesga—, punto de contacto entre la meseta central y la Cordillera Cantábrica.

El reino de León nace cuando Alfonso III “el Magno”, rey de Asturias, toma la decisión de repartir sus Estados entre sus hijos (910), y esta ciudad sería su capital desde Ordoño II hasta el año 1230, al producirse la definitiva fusión de Castilla y León con Fernando III. Conserva esta ciudad interesantes monumentos, más o menos relacionados con el Camino de Santiago, y que evocan su sabor medieval, como la ya mencionada catedral, la famosa “Pulchra Leonina”, que es una especie de poema a la luz y el espacio. *“La alta frecuencia vibratoria de este templo transmite inmediatamente al visitante un estado interior propicio a la comprensión de lo sagrado”*; se trata de un conjunto inspirado arquitectónicamente en modelos franceses. La colegiata de San Isidoro, construida sobre un templo primitivo por Fernando I y su esposa Doña Sancha (1055), y que pese a las sucesivas modificaciones sigue constituyendo un conjunto de singular belleza. El panteón real, recubierto de preciosas pinturas, constituye la “capilla sextina del románico”. Posee dos portadas características del llamado Jacobeo. Tras descansar, los peregrinos reanudaban la marcha, y descendiendo un poco hacia el suroeste, por Trobajo del Camino, se detenían en Hospital de Orbigo (a orillas del río del mismo nombre), de cuyo albergue sólo subsisten algunas ruinas, y tras gozar de merecido descanso, cruzaban este río por el célebre puente del “Paso Honroso”, prosiguiendo hacia Astorga, capital de la Maragatería (comarca que se extiende desde esta ciudad hasta los Montes de León, habitada por una peculiar etnia, voluntariamente aislada durante siglos, y de cuyo origen no se sabe gran cosa), tras cruzar el río Tuerto por San Justo de la Vega.

El origen de Astorga es remoto y debe situarse en la Antigua Astúrica Augusta romana, donde abundan toda clase de vestigios de diferentes épocas, llegando en el Medievo a ser una etapa importantísima del Camino de Santiago, por su situación geográfica (17 km al oeste del Hospital de Orbigo), llegando a tener nada menos que veinticinco albergues y

hospitales, entre ellos el de San Juan (siglo XII); allí debían los viajeros prepararse para las durísimas etapas que les aguardaban en los Montes de León.

Camino de Ponferrada, los peregrinos debían cruzar el Puerto del Manzanal, aunque otros preferían el de Foncebadón, dejando atrás Rabanal del Camino, con su iglesia románica y su enclave templario, en plenos Montes de León. En el lugar denominado Cruz de Ferro, que marcaba una imaginaria línea fronteriza entre la Maragatería y El Bierzo, los devotos no pasaban sin haber depositado allí una piedra como simbólico testimonio de su presencia. Cruzando el río Tremor (los que elegían el Puerto del Manzanal), por Torre del Bierzo, se llegaba a Bembibre, con su iglesia románica del siglo XII, y tanto unos como otros volvían a encontrarse en Ponferrada (nos permitimos recordar la nutrida presencia templaria en esta comarca), al suroeste de las Médulas, donde los romanos explotaban unas famosas minas de oro, que constituía una etapa del cada vez más penoso camino, y cruzaban el Sil por un puente romano, reforzado con hierro, y del cual la localidad toma su nombre (“Pons Ferrata”). Allí el Temple poseía uno de sus más importantes castillos, levantado sobre otro de origen romano, en el siglo XIII.

Siguiendo la ruta, cruzaban el Cúa por los Cacabelos, no tardando en llegar a Villafranca del Bierzo, en la confluencia de los ríos Burbia y Valcarce, y que originariamente —de ahí su nombre— era una etapa usada mayormente por peregrinos franceses. En la entrada de esta villa merece destacarse la iglesia de Santiago (siglo XII) y su famosa Puerta del Perdón, en la que —según la tradición— los peregrinos, que por alguna causa no podían llegar a Compostela, podían dar por concluido allí su camino, beneficiándose de las mismas indulgencias que habrían ganado de haber llegado a la catedral de Compostela. Los que estaban dispuestos a reanudar el viaje, lo hacían por la famosísima y típica Calle del Agua (en la que nació Gil y Carrasco).

Remontando fatigosamente la Sierra de Ancares, y pasando por Pereje, Trabadelo, Vega de Valcarce y El Castro, abandonaban León por el Puerto de Piedrafito, y a sólo 3 km, ya en LUGO, se detenían en el primer pueblo gallego, El Cebreiro —que era muy visitado—, con su pequeña iglesia del siglo XI, que a finales del XIII fue escenario de un milagro: ante las dudas del sacerdote que celebra la misa, el pan se transformo en carne y el vino en sangre. Curiosamente, este lugar fue tenido en la antigüedad por sagrado.

Durante siglos, infinidad de peregrinos fueron y siguen haciéndolo a buscar su propio sepulcro hasta el confín mismo de la tierra, llegando al lugar donde reposan los restos del Hijo del Trueno; es el último jalón del viaje iniciático; “... *Caminante, no hay camino... se hace camino al andar...*”

“Con Galicia, el camino entra en los verdes campos y bosques de castaños, pinos, eucaliptos, donde el suelo raramente es horizontal”... Galicia es sinónimo de magia. Sus tierras, sus bosques y costas esconden todavía esa fuerza primigenia que invita al ser

humano a enfrentarse al límite de lo sagrado; es el último eslabón del viaje iniciático que aún hoy sigue vivo y operante... *No hay camino sin peregrino, ni se alcanza el conocimiento sin la muerte metafísica...*

Otra vez las rutas se separaban un tanto, una de ellas discurría por Becerreá, con su monasterio cisterciense (siglo XII), camino de Lugo, y pasando por Triacastela y Samos, a orillas del Sarria, con un famoso cenobio benedictino, que data del siglo VII, y que posee un claustro de grandes dimensiones, subsiste la cella visigótica del Salvador. Algo más hacia el noroeste se encuentra Sarria, la Flavia Lambrius romana, lugar famoso por sus aguas minero-medicinales; la otra pasaba a unos 22 km al oeste, por Potomarín, a orillas del Miño, y que fue una de las etapas más importantes del "Camino Francés". Al desaparecer bajo las aguas del pantano de Belesar parte del antiguo burgo medieval, se perdieron bastantes vestigios de aquella época, como el antiquísimo puente, albergues y hospitales, aún cuando se hayan salvado algunos, como una iglesia fortificada del siglo XII y los capiteles del templo románico de San Pedro.

Luego, ciudad de origen remotísimo, la romana Lucus Augusti, se alza sobre una pequeña altura de una meseta, muy cerca del río Miño. Su etimología, claramente prerromana, deriva de "Lug", nombre de una divinidad celta (en latín, "lucus" viene a significar "bosque sagrado"), es muy frecuente en países habitados por celtas, lugares de culto, sacrificio o ceremonias de iniciación. En el Medievo se convirtió en importantísimo jalón de la ruta jacobea. Tanto en las murallas, en su mayoría del siglo III, como en la catedral (siglos XII-XIII) aparecen alusiones al respecto; por ejemplo, la Puerta de Santiago, frente al templo catedralicio. Allí los peregrinos, conscientes de lo poco que les faltaba para concluir el viaje, descansaban y se disponían a caminar las últimas etapas.

A orillas del río Ferreira, pasaban por Guntin de Pallares, con su monasterio benedictino del siglo IX, ya a punto de entrar en la provincia de La Coruña, por Palas Do Rei.

Ya en LA CORUÑA, solían detenerse en Melide, con sus iglesias románicas de Santa María y San Pedro, y luego dejaban atrás Arzua, en cuyos alrededores abundan los petroglifos y los monumentos megalíticos.

A unas horas de la ciudad de Compostela, los peregrinos hacían un alto en el riachuelo de Labacolla para asearse, pues era preciso entrar limpios en la ciudad (huelga decir que no siempre se cumplía tan higiénico requisito). A menos de una legua, desde el llamado Monxoi (Monte del Gozo), los devotos podían ver, por primera vez, a lo lejos, las torres y los tejados de la ciudad, por lo que solían prorrumper en exclamaciones o entonaban himnos como el "Ultreya" de los peregrinos flamencos: "*Got Santiago, Got Santiago Ultreya, euseja! Deus adjura nos...*"

Ya habían concluido las fatigas del camino. Pronto estarían a salvo de las inclemencias del tiempo y el peligro de los salteadores. Atrás, en sencillas tumbas en los cementerios de

los lugares del itinerario, quedaban los restos de los que murieron... Sin embargo, no faltaban en la ciudad gentes de malvivir y numeroso posaderos mercachifles y cambiadores de moneda “que no vivían más que de explotar a los peregrinos”, escribía Jerónimo Münzer (1494), y que sólo veían en las peregrinaciones una lucrativa fuente de ingresos.

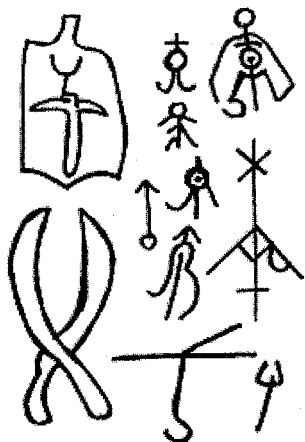
Cualquier descripción, por somera que fuera de SANTIAGO, su catedral y demás monumentos de la ciudad, que sale de nuestro propósito, especialmente cuando existe una magnífica y abundante bibliografía.

Lo cierto es que sus comienzos, como ya hemos indicado, fueron bastante modestos, hasta que se inició la construcción románica ya descrita. La actual “Facha del Obradoiro” (primera mitad del siglo XVIII) semeja un gigantesco retablo de dos torres de 76 metros de altura, que parecen proteger al gran “Pórtico de la Gloria”, realizado entre 1168-1188 por el Maestro Mateo; obra admirable por la calidad de la estatuaria, lugar propicio para la meditación, y cuya contemplación constituye un recreo para la sensibilidad y una oportunidad única para descifrar las escenas representadas en los tímpanos y archivoltas de los tres arcos que formaban el Pórtico, uno de los mejores “libros de piedra” del Medioevo. Según una tradición, aún vigente, los peregrinos colocaban la diestra —y de ello quedan las huellas de millones de manos—, en actitud de unirse y participar de la fuerza que recorre el “árbol de Jessé”, cuya columna de alabastro sostiene la imagen del santo apóstol, y que evoca el principio alquímico de la sublimación de las energías más densas para participar en la obra divina. A continuación, justo detrás de la columna, el visitante debía darse los “tres croques” o golpes en la frente, en pos de la sabiduría o en busca de ampliar su capacidad de comprensión.

La nave es de grandes dimensiones (93,5 metros de longitud y 63 de anchura) y está llena de obras de arte de todas clases. Dado que el templo estaba abarrotado de fieles, y que éstos —pese a las abluciones de Labacolla— no todos olían a rosas, se hacía preciso ahuyentar las mismas, que hacían casi imposible los cultos. Para ellos se utilizaba el célebre “Botafumeiro”, también llamado “el rey de los incensarios” (relegado hoy, como recuerdo, a determinadas fechas). El verlo balancearse de un lado a otro del crucero, colgado de la bóveda a 24 metros del suelo (34 hasta lo alto de la cúpula) es algo realmente impresionante.

Dicen los “entendidos”, que la nave debe ser recorrida en el sentido de las manecillas del reloj. En el altar mayor, bajo un baldaquino churrigueresco de madera, se encuentra la estatua sedente del Apóstol (obra del siglo XIII); detrás, una escalinata permite aproximarse para tocar su manto, en un punto que según éstos, sería el de mayor concentración de luz, bajo una concavidad del artesonado del techo en el centro mismo de la pequeña plataforma. Aquí se formaría una especie de “campana energética” muy intensa. En la cripta se conserva en urnas los pretendidos restos de Santiago y de dos de sus discípulos (Prisciliano fue ejecutado

NOYA: signos 'funerario-compañeriles'



junto con algunos de sus seguidores y sepultados, todos ellos, en Galicia). Según algunos estudiosos, esta cripta podría tratarse de algún antiquísimo "lugar sagrado", tal vez el de mayor concentración energética del planeta. *Al respecto, la investigadora Blanche Merz detectó, justo encima de la cripta, una vibración de 21.000 unidades de biómetro, lo que sitúa a Compostela en un nivel de energía muy superior al de otros lugares similares del planeta.*

Tras haber cumplido con los debidos requisitos, los peregrinos abandonaban la catedral por la Puerta de las Platerías, en el extremo sur del crucero, la más antigua del conjunto, con sus dobles arcadas románicas, que recuerdan bastante a las del monasterio navarro de San Salvador de Leyre, muy relacionado con la historia de aquel reino y con las peregrinaciones jacobeanas, lo que —dada la distancia— no parece ser mera casualidad.

No faltaban quienes, ya cumplidas sus piadosas prácticas, ampliaban la peregrinación hasta Padrón, la antigua Iria Flavia, situada en la ría de Arousa, próxima a la desembocadura de Ulla, donde según la tradición arribó el cuerpo del Apóstol, pudiendo contemplarse en nuestros días la piedra o "patrón" donde amarró la barca que contenía sus restos, bajo el altar mayor de la iglesia de Santiago. No parece tampoco coincidencia el que Padrón fuera un lugar de peregrinación bastante anterior al cristianismo, como lo fueron Noya y Finisterre.

En Noya, población próxima a la desembocadura del Tambre, muy relacionada con antiguas leyendas (se supone que en sus cercanías desembarcó Noé, nada menos), con sus tres iglesias románicas: San Martín, San Francisco y Santa María a Nova, existe (en esta última) un cementerio con lápidas en la que abundan signos de cantería o gremiales. Actualmente, tales enterramientos —si ciertamente hubo cadáveres bajo estas losas— vacíos constituyen un enigma para los historiadores; pero sabemos por la tradición que en este lugar los peregrinos recreaban su muerte simbólica, mediante un simulacro de enterramiento y dejando allí determinadas señas de identidad, que podrían ser tales signos, aunque no aparezcan nombres propios en las mismas... El nombre ya no cuenta... Es el signo del iniciado que muere al mundo, que pierde su nombre... pero no sus circunstancias que se expresan en el jeroglífico... "¿Acaso —insiste Louis Charpentier— no son esas lápidas sepulcrales el símbolo de la muerte simbólica de los

novicios convertidos en profesos, en los conventos; de la muerte simbólica de los reyes cuando se les corona; de la muerte simbólica del cardenal convertido en Papa?” El viaje, pese a los limitados esfuerzos de reyes, clérigos o particulares para suavizar sus rigores, era arduo y no exento de peligros, y forzosamente morían bastante peregrinos, que eran inhumanos en las iglesias, unas veces, y en los cementerios de los pueblos, las otras, cuando no en el mismo lugar en que les sorprendía la muerte, si ocurría en descampado; pero en estos enterramientos los signos de la lápidas son “voluntariamente indescifrables”

“¿Era Noya, marcada ya por su leyenda, el lugar donde se conseguía la definitiva iniciación de ese cambio al que, desde hace milenios, llegan los hombres en busca del conocimiento?”

Por otra parte, Noya posee otra iglesia, no muy grande, pero sí bastante notable, que ofrece la particularidad de poseer un pórtico en arco de bóveda apuntado con notables esculturas cuyo parecido con las del “Pórtico de la Gloria” de Santiago es evidente; representando éstas, por lo que se dice, los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, todos ellos músicos y la mayoría teniendo en su mano el matriz alquímico.

Sólo que en Noya los veinticuatro ancianos, siempre músicos y alquimistas, no son más que doce...”

El misterio de Compostela, Louis Charpentier

En Finisterre, último punto del recorrido, muchos se detenían; algunos veían el mar por primera vez, precisamente para ver el Océano y tratar de encontrar una respuesta mística al ancestral enigma de la muerte. Se trata del antiguo Promontorium Meirum, situado a 3 km del pueblo de Fisterra —que posee una interesante iglesia románica del siglo XIII—, el punto de la Península Ibérica que más se adentra en el Atlántico (sólo superado por los cabos de Roca y San Vicente, en Portugal) ... Por cierto (recomendamos al lector que consulte un atlas), existe un Finistère en el extremo occidental de Bretaña (Francia), cuya costa está recortada por numerosas ensenadas a manera de rías... ¿casualidad esta semejanza en nombres y paisajes? En Cornualles (Gran Bretaña), está situado el cabo Land’s End, que es el punto más occidental del país; en aquel lugar abundan las colinas y las costas bajas y recortadas... Ambos lugares fueron rutas de peregrinación en tiempos muy anteriores al cristianismo y, posteriormente, cuna de afa- mados navegantes... ¿casualidad también?...

Recordará el lector que decíamos que el “Camino de Santiago” recibe también los nombres de “Vía Láctea” o de “Camino de la Estrella”, y no en vano la toponimia, ya que desde los Pirineos a Galicia, abunda en nombres que, de una u otra forma, guardan algún relación con las estrellas o los astros, en general: “... Ya no eran luces lo que había indicado el lugar de la sepultura (del Apóstol Santiago), sino una estrella —recuerda Louis Charpentier— que se había mantenido encima de la tumba... aquel lugar ha sido llamado desde entonces llamado «Campo de la Estrella» («Campus Stellae»), convertido en

Compostela. La peregrinación se transformaba en una marcha hacia la estrella, y la ruta a recorrer era la «Vía Láctea» (al final de la cual se encuentra, por otra parte, la constelación del Can Mayor)...” Recordemos que el apóstol Santiago se le representa, en ocasiones, acompañado por un perro, como aquel que se halla en los confines de la “Vía Láctea”...

Hagamos ahora un nuevo recorrido por el Camino Jacobeo, pero esta vez, procuraremos ceñirnos a unas determinadas latitudes, que no siempre han de coincidir con la ruta de los peregrinos... Desde tiempos muy antiguos se venía afirmando que la dirección de Compostela venía siendo determinada por una doble hilera de estrellas, y así ocurre en realidad: la doble hilera se extiende del Mediterráneo al Atlántico siguiendo dos líneas paralelas, dirigidas de Este a Oeste, y que enlazan las costas catalanas con las francesas (latitud 42° 30' y 43°, respectivamente). Dado que, en aras de la brevedad, no nos es posible recorrer un trayecto de más de 1.000 km, y detenernos en cada uno de estos lugares, sugerimos al lector vea cualquier mapa de España medianamente detallado, un mapa de carreteras, por ejemplo lo que nos permitirá constatar que, donde encontramos uno de esos topónimos, a veces, en sus mediaciones, se alza —al menos quedan ruinas— algún monasterio o iglesia antiguos, como si lo uno fuese inherente de lo otro (en ocasiones, el Temple no andaba lejos de allí)...

Veamos algún ejemplo: en Navarra (latitud 42° 46'), la localidad de *Lizarraga*, al sureste de Pamplona, se encuentra no muy lejos del Camino, ni muy apartada —por tanto— de Puento la Reina, Eunate (y a la cercana encomienda de Obanos), Sangüesa y San Salvador de Leyre. Por otra parte, *Estella (Lizarra)*, dentro de la ruta y próxima a los monasterios de Iranzu y de Irache y de los enclaves de Eunate, Obanos y Puento la Reina, por no citar más casos a lo largo y ancho de la geografía española. Desde luego, estos lugares, ya se trate de poblaciones o accidentes geográficos, no tienen, forzosamente, porque coincidir con el camino utilizado por la peregrinación cristiana. Ya hemos expuesto reiteradamente que el trayecto a Compostela es tan antiguo que su origen se pierde en la noche de los tiempos.

EL BAPHOMET

Según una publicación de la Alianza Federativa Internacional de la Orden Soberana y Militar del Temple de Jerusalén, fechada en el primer trimestre de 1992, el tan controvertido *Baphomet* sería una “Estatua de un andrógino zoomorfo a la cual se ha atribuido el carácter de ídolo templario. La acusación de idolatría hecha a la Orden del Temple, basada en confesiones arrancadas mediante torturas, nunca ha podido demostrarse con pruebas sólidas, ni siquiera en el registro de las posesiones templarias que siguió al proceso. Sin embargo, es probable que la presencia de relicarios de santos y de santas fuera exagerada por los verdugos, y distorsionada al mezclarse con la palabra «Mahomet» (Mahoma), a fin de malquistar al público contra la Orden, sugiriendo una convivencia de los Templarios con los musulmanes en un época en que cristianos y musulmanes eran enemigos”.

Una de las leyendas más extendidas, respecto de los Templarios, fue la adoración a un ídolo supuestamente satánico, conocido como *Baphomet* (“Bafometo” o “Bafomet”). Afirman sus acusadores, que los Maestres le rendían culto y era, por tanto, tarea de los iniciados... *Sin embargo, se trataba de un símbolo de remotísima antigüedad, conocido bajo nombres diferentes en todas las culturas y religiones. Muchos pueblos españoles guardan todavía ritos y tradiciones relacionados con al supuesta “cabeza sagrada” de los Templarios...*

“—¿Qué es el Zen? —pregunta el discípulo al maestro.

—*Un ciprés en el patio* —contesta el maestro...

... Cuando se ha comido al estar hambriento. Bebido al estar sediento. Dormido cuando se está fatigado, se ha cumplido la verdad más auténtica del Zen...

Zen, relación práctica del Zen al Budo, Raymond Thomas

Acerca de lo que realmente se esconde tras la palabra “Baphomet” se han venido formulando diversas teorías, algunas tendenciosas o disparatadas, por lo que no creemos preciso hacer la más mínima mención acerca de ellas. Para Louis Charpentier se trataría de “un compendio de símbolos alquímicos”, y añade que estas cabezas estarían constituidas por una mezcla de símbolos y que “lo que algunos tomaron por adoración de dichas cabezas sólo era una meditación colectiva dirigida sobre dichos símbolos y su significado”.

Por su parte, Antonio Isaac Silvestre de Sacy, famoso orientalista francés que vivió entre los siglos XVIII y XIX, emite la hipótesis de una deformación del nombre del Profeta; sin embargo: “El sabio recalca —nos dice Alejandro Vignati— que los musulmanes jamás adoraron ídolos. Pero los cristianos, bastante ignorantes por aquellos tiempos, llamaron «Bafomet» o «Baphomet» a esas estatuas encontradas dentro de las mansiones de los Templarios, seguramente pensando —en su pequeño razonamiento— que adoraban a Mahoma. De Mahoma al demonio mucho camino hay. Pero hermenéuticos sobran.

”Pero ese célebre razonamiento del Silvestre de Sacy —erudito en asuntos árabes— parece traído de los cabellos.”

Para un estudioso como García Atienza, la palabra “Bapho-met” posee inequívocas connotaciones musulmanas, aunque relacionarlas con “Mahomet” (Mahoma) sea forzar un tanto, más bien bastante, las cosas. De cualquier forma, ya lo decíamos, explicaciones de todos los gustos —algunas verdaderos despropósitos— no han faltado, ni quienes, no sabemos a través de qué abtrusas excogitaciones, trataron de hacer, en palabras del mismo García Atienza, una mezcla “*contra natura entre Bap (tista) y (Ma) homet*”.

Otras hipótesis, aunque bastante opuestas fueron formuladas por el orientalista alemán, barón Hammer-Purgstall, que tal vez deslumbrado por recuerdos mitológicos, pretendió (pensando en el viaje de los argonautas en pos del vellocino de oro) demostrar que “Baphe” (Bafh), bautismo o baño por inmersión, y “Meteos” (Mehheo), iniciación o purificación del espíritu por el fuego, ceremonia que entre los adeptos a las sectas gnósticas, sustituía al bautismo cristianismo.

A su vez Gérard de Sède señala “por lo tocante a la etimología de la palabra «Baphomet», ha sido objeto de varias hipótesis. Todos coincidían, curiosamente, en conceder al vocablo misterioso el sentimiento de un jeroglífico. Algunos especialistas han descubierto, recientemente, que la etimología más satisfactoria es árabe: «Ouba el Phoumet», que quiere decir «Boca del Padre». Que cada uno concluya a su antojo”. Ante tal explicación el investigador Rafael Alarcón se pregunta: “¿Debemos entender que se trataba de un Portavoz del Padre, o lo que es igual un Transmisor de la Palabra del Centro Supremo? ¿Era sólo una imagen simbólica o era además un instrumento de Saber?” Para Juan Argentier «el Baphomet» de los Templarios es un nombre que debe leerse cabalísticamente, en sentido inverso, y está compuesto de tres abreviaturas: TEM OHP AB («Templis ommun hominum pacis abbas»), «el padre del Templo, paz universal de los hombres»...

Como podemos ver, explicaciones acerca del “Baphomet” ha habido para todos los gustos; el “Baphmet” sería lo que fuera, *pero jamás fue un ídolo: los Templarios no podía practicar la idolatría y seguir llamándose cristianos, y en cuanto a las religiones, la judía y la islámica, con las que mantuvieron más estrechos contactos, no sólo son opuestas a la idolatría sino a rendir culto a cualquier imagen...* Lo demás, por muy bien que suene, no es otra cos

“que buscar los tres pies al gato”. Veamos ahora, otra suposición, que no pretendemos que sea cierta y, por lo tanto, aceptada, pero vamos a dejarla caer... Los Templarios combatieron con todas sus fuerzas al Islam (no sólo en Tierra Santa), y así aprendieron a conocer a sus adversarios; sabían que éstos eran fuertes y que la victoria total era prácticamente imposible (ellos mismos fueron derrotados varias veces); hábiles diplomáticos y avaros de sangre cristiana, prefirieron —sin abdicar de sus principios— negociar antes que combatir. Sabemos que, de una u otra manera, mantuvieron relaciones, que llegaron a ser buenas, con sus rivales —relación no es lo mismo que connivencia—, especialmente con los místicos sufíes, y aún más con los ismalíes, heterodoxos y contrarios a los soberanos sirios, egipcios o mamelucos... Nos estamos refiriendo a los *ashaschins*. Idries Shah, un sufí moderno, indica que podría tratarse de la corrupción de la palabra árabe *Bufihamat*, y cuya traducción más o menos aproximada sería la de “padre de la comprensión”, coincidiendo en esto bastante con de Sède... Por otra parte, entre los sufíes existe el término “Rash el’fahmat” (“cabeza de conocimiento”)... Da la impresión de que vamos por la buena senda... tal vez, sólo, sea la impresión, y como indica García Atienza, “se refiere al proceso mental que experimenta el iniciado durante su acceso al saber trascendente por la senda marcada por el maestro”.

Resulta curioso comprobar que esta especie de ídolo, reliquia, imagen o figura de meditación —por mi parte, me inclino más sobre esta última posibilidad—¹ no apareciera en el entorno templario, ni siquiera disimulando entre los artículos de la Regla o de los Estatutos, hasta que tuvo lugar el fulgurante acoso y derribo de la Orden. Que ni siquiera apareciera su extraño nombre citado en documento alguno, ni ningún otro nombre que se le semejase. Fue el Hermano Gaucerant, Sargento de la encomienda de Montpézat, quien parece haber sido el primero que lo definió durante los interrogatorios, diciendo que se trataba de una imagen barbuda conformada “in figuram boffometi”, tal como si, con ello, se refiriera a un término perfectamente conocido de todo el mundo. O sea, que hablaba de ella poniéndola en paralelo con lo que, al parecer, era una imagen presuntamente identificada por todos. ¿Pero que podía significar?

Los secretos de los Templarios, Juan García Atienza

El caso es que, en sucesivos interrogatorios, los inquisidores y sus esbirros introdujeron este elemento entre sus preguntas (acerca de las respuestas, y habida cuenta de cómo eran realizados los interrogatorios, preferimos no extendernos mucho). Sea como fuere, el 12 de agosto de 1308, se podía leer entre las larga lista de imputaciones: “*Que los Templarios tenían en cada provincia ídolos a saber: cabezas de una, dos o tres caras, cráneos o calaveras humanas en esculturas o pintados en tablas. Que adoraban a estos ídolos en lugar del Salvador. Que decían que la cabeza podía salvarlos. Que podían hacer riquezas. Que hacía florecer a los*

¹ Acerca de la hipótesis de que el “Baphomet” fuera una “imagen o una figura de meditación”, nos parece una idea muy razonable, y la compartimos con el autor.

árboles. Que hacía germinar la tierra. Que rodeaban o tocaban cada una de las cabezas de los ídolos con pequeños cordeles, los cuales llevaban luego a la cintura como si fueran milagrosos.”

El Templario Raymond de Larchent reconocía durante el proceso: “*Llegué a ver el «Bafomet» una doce veces, la primera de ellas durante el capítulo que siguió a la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo. Era una cabeza con barba y todos la cubrían de besos y la llamaban Salvador. Era el Gran Maestre el que la custodiaba...*” Otro Templario, Rodolfo de Gisi, procedente de una encomienda de Champaña, confirmó: “*Vi un ídolo que guardaba el Gran Visitador, el Hermano Peyrande. Todos lo adoraban: tenía un aspecto terrible. Era un demonio. Me quedé helado de terror cuando lo vi...*” Por su parte, el hermano Bartolomé Rocheri declaraba, ya muy adelantado el proceso, el 19 de abril de 1311: “*Fui recibido en una capilla del Temple de París. Tras ser armado (caballero) me hicieron entrar en una capillita. Me encontré sólo con un dignatario que me mostró, cerca del tabernáculo, una cabeza cubierta con un lienzo fino. No sé si estaba hecha de marfil, de metal o de madera. Sólo la vi una vez...*”

Los secretos templarios, Juan García Atienza

...Continúan las confesiones, y en ellas nos damos cuenta de los grados a que puede llegar el testimonio humano cuando la llama de los leños amenaza a los acusados. Los hermanos llegan más lejos en su afán de complacer a los jueces y lograr así su compasión: han visto hablar al ídolo, entregar oráculos, no se acuerdan cuáles, pero ¡qué importa!, mejor aún, es el dominio que toma la forma de un gato negro o de un cuervo, y parece que la ceremonia finaliza, ya que nos encontramos en la época de los aquelarres, con la entrada en el Capítulo de demonios bajo la forma de bellas y pálidas mujeres cuyos largos y negros cabellos envuelven su desnudez demoníaca...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

Ahora bien, utilicemos un ejemplo muy significativo: el cristianismo primitivo, sus adversarios y cómo veían éstos, ya fuera por ignorancia, animadversión o torcida interpretación (errónea o procurada) algunos de sus puntos fundamentales...

—*¿Conque, según eso, todos los cristianos han de ser necesariamente hechiceros?*, preguntó Scauro.

—*Por fuerza; es parte de su superstición. Creen que sus sacerdotes están revestidos de un poder extraordinario sobre la Naturaleza. Por ejemplo, dicen ellos que bañando sus cuerpos en el agua, adquieren sus almas, por medio de esa inmersión, dones maravillosos y superioridad, si son esclavos, sobre sus amos, y aun sobre los mismos y divinos emperadores.*

—*¿Qué horror!*, exclamaron todos a su voz.

—*Además* —continuó Calpurnio—, *todos sabemos el horrendo crimen que algunos de ellos cometieron la noche pasada arrancando un edicto soberano de las deidades imperiales; ahora bien, supongamos que (lo que nos permitan los dioses) llevasen todavía más allá de la felonía, y atentasen a sus sagradas vidas; pues aun en este caso creen que no tiene más que buscar a uno de sus sacerdotes, confesar el crimen y pedir el perdón, y si él se lo concede, se consideran del todo inocentes.*

—*¿Qué horror!*, dijeron a coro.

—*Esa doctrina*—añadió Scauro—*es de todo punto incompatible con la seguridad del Estado, porque no hay remedio: el hombre que cree que otro hombre le puede absolver de toda especie de crímenes, los cometerá todos...*

Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas, Cardenal Wiseman

El sufi Idries Shah, respecto a esta cabeza (o lo que sea), añade: “La cabeza negra o la cabeza de negro, o incluso la cabeza de turco, que se observa en numerosos blasones y en ciertas tabernas de Inglaterra (no infrecuentes, por cierto, en la heráldica española), es, en el lenguaje secreto de los Templarios, una figura que evoca el conocimiento, tomando el término en un sentido absoluto”.

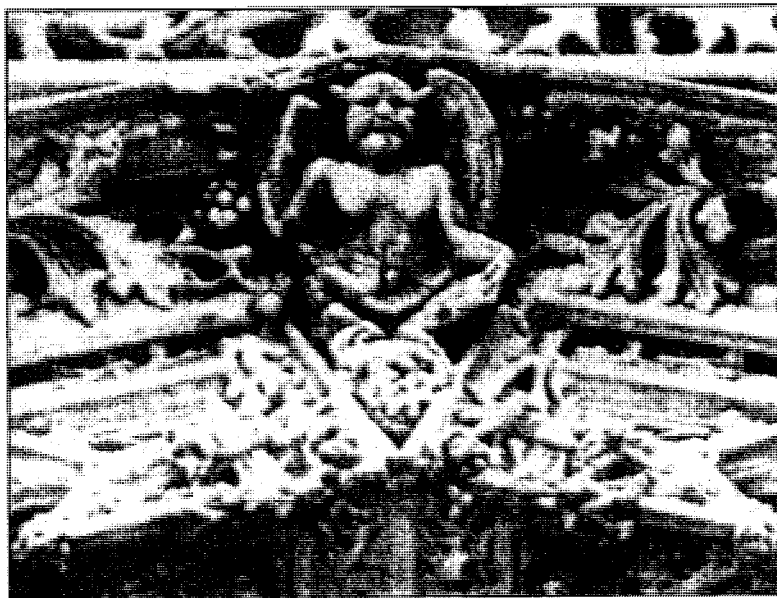
Interpretación, lógica, aunque tal vez no sea la más probable, relacionaría el “Baphomet” con alguna clase de relicarios, por lo demás habituales en cualquier comunidad religiosa, y aún más en aquellos tiempos... Si sólo se trataba de relicarios, o ¿debemos, pues, inferir, que los Templarios practicaban la idolatría...? ¿Y por qué no los Caballeros Teutónicos o los de la Orden de Calatrava...? ... *Cierto es, y no lo negamos que algunos admitieron haber tributado culto de adoración al Baphomet, durante el proceso, y de haberles “apretado algo más las clavijas”, se hubieran responsabilizado de haber iniciado las Guerras Médicas (siglos V y VI a.C.); pero no es menos cierto que cuando tuvieron ocasión, se desdijeron de todo aquello...*

Estas cabezas u otras, más o menos similares, se encontraban en determinadas encomiendas y debían representar un símbolo de meditación parecido al *mandala* de las religiones orientales (elaborado dibujo simbólico circular con un cuadrado inscrito, muy utilizado en Oriente, y especialmente en el Tíbet, como auxiliar para la meditación), ya que resumía en su figura una serie de significados, es decir, los esquemas principales del ideario del Temple. Cabe mencionar, entre otros, los existentes en la capilla octogonal templaria de San Saturio (Soria), o en la de San Frutos (Segovia), la de San Gregorio Ostiense, o la de San Guillermo, respectivamente en Sorlada y Obanos (Navarra), esta última muy próxima a la enigmática iglesia de Eunete. Y no es mera casualidad, ya lo hemos visto anteriormente, que ciertas manifestaciones folclóricas, con cierto contenido religioso, más o menos desfigurado, no bien comprendidas, se hayan conservado mejor en los lugares que pertenecieron al Temple. Así, en Navarra, durante la Pascua estas cabezas (sería más exacto decir, “cabezas-relicario”) son paseadas procesionalmente, haciendo pasar a través de ellas el agua y el vino, que se reservan para su posterior utilización con fines propiciatorios o curativos. En Sepúlveda, la cabeza citada de San Frutos era sumergida en una fuente como remedio para la sequía, una rogativa “ad petendum pluvias”, al fin y al cabo... Nada raro, nada heterodoxo —pintoresco si se quiere—; pero, en definitiva, nada idolátrico. Con idénticas miras, la famosa Cruz de Caravaca (Murcia) era también sumergida en agua y vino... Ahora, permítanos el lector que nos extendamos un poco sobre estas antiquísimas manifestaciones de fervor popular, y que el paso de los siglos ha deformado...

Caravaca, su castillo y sus alrededores, fueron —ya lo hemos expuesto— fortaleza templaria, conservada por la Orden hasta su disolución, pasando después a la Orden de Santiago. Las fiestas que se celebra en esta localidad son fiestas de antiquísimo origen, fiestas de exaltación de la tierra y de su fertilidad. En estas fiestas no falta, de alguna manera, un recuerdo de los Templarios (no parece casualidad la existencia, en el tímpano de la portada sur de la iglesia de Torres del Río, Navarra, de un escudo con una cruz bastante parecida a la de esta población murciana). Curiosamente, la iglesia del castillo, donde se conserva esta Cruz (más exactamente su réplica), posee un deambulatorio, y cuando las gentes del lugar ven peligrar sus cosechas, sacan la reliquia y desde allí la muestran a los campos que se divisan, con la esperanza de que así se salvarán éstos de plagas, tempestades y sequías.

Ceremonia prácticamente idéntica se lleva a cabo desde lo alto del santuario de Nuestra Señora de Monfragüe (Cáceres), que perteneció a la Orden de índole religioso-militar de este mismo nombre que, aunque fundada en Jerusalén, no salió de estas tierras. El que fuera castillo principal de ésta, se encuentra actualmente ruinoso, y sobre él se ha levantado el citado santuario (y no creemos que sea casualidad que en la misma ladera del monte donde se alzan iglesias y castillo, haya una gruta con pinturas rupestres, y en la que, tal vez, se practicaban antiquísimos ritos). Esta Orden se fundió con el Temple y posteriormente con la de Calatrava... Pues bien, la imagen de Nuestra señora de Monfragüe, que se suponía traída de Tierra Santa, lo mismo que la Cruz de Caravaca, es sacada a lo alto de un mirador de su santuario, con idénticas miras que aquélla.

Cualquiera que sea la etimología del término “Baphomet”, desde luego, nunca se trataría de un ídolo (las religiones monoteístas no son idolátricas); más bien debería ser relacionada con la idea de la transmisión del poder o del conocimiento, cuando no de ambos. Tratando de resumir el significado simbólico de estas cabezas (llamémosla “cabezas de poder”), cabe afirmar se trataría de un especie de condensador de simbología esotérica, o filosófico-trascendente (en realidad no debe buscarse sus orígenes ni en las tradiciones sufi y Templaria, más bien tardías, ni siquiera en la celto-romana, sino en la noche de los tiempos), y aunque se pretendiera obtener, mediante estos, la fertilidad, la salud o la riqueza, se puede entrever en ellos un sentido de comunicación con los niveles superiores del espíritu, lo que se encuentra tanto en las tradiciones orientales como occidentales. “Con lo cual —corroboración de García Atienza—, surge la identificación de «Baphomet» con el «emblema» en un sentido más amplio. Es decir, que ni siquiera cabría hablar de él como de una forma concreta o de una figura determinada, sino que según encomiendas, casas, bailías y prioratos, vendría a ser algo así como la figura-patrón individual que serviría a los miembros de los distintos conventos como bandera o como representación trascendental de sus fines, en cuanto componentes que eran de una estructura general de aspiraciones superiores.”



Se dice que el diablo que preside la iglesia gótica de Saint-Merry, en París, representa al “Baphomet” templario

La más significativa de todas las “cabezas-relicario” es sin lugar a dudas la encontrada en el Temple de París, a raíz de la detención de los Caballeros en 1307. Se trataba de una bella cabeza de mujer, de oro, hueca y que contenía un cráneo de niña envuelto en una tela con colores del Temple, que tenía cosida una curiosa etiqueta: “Caput LVIII^m”. Estamos de acuerdo en que los Templarios eran muy meticulosos en sus asuntos, pero designar la reliquia de los santos con número de serie resulta, incluso para los Caballeros, una actitud muy peculiar. Casualmente, el relicario de San Saturio (Soria) consiste actualmente en un cráneo de plata, con la leyenda: “CAPUT ST. SATVR CIVIT NOMANT PATRONI”, que guarda en su interior un cráneo humano que se supone que sea del santo patrón.

Después de todo, dichas cabezas, que han sido definidas como relicarios, ídolos musulmanes y fetiches satánicos, pueden ser recuerdos de algo más. Recuerdos deformados por la ignorancia de los informadores y la mala fe de los inquisidores que los interrogaron en 1307, quienes a pesar del empeño puesto en el caso no consiguieron arrojar ninguna luz sobre este asunto que, además, venía de antiguo...

A la sombra de los Templarios, Rafael Alarcón Herrera

Naturalmente, si para leguleyos e inquisidores el “Baphomet”, cualquiera que fuese su forma, representaba algo demoníaco o al menos profundamente heterodoxo, éste debía ser destruido cualquiera que fuese la forma en que se le representase, y así se hizo. Sin embargo, debieron quedar bastantes como para justificar que en 1628 el Papa Urbano VIII

prohibiese determinadas representaciones iconográficas, a las que aludiremos, que evocasen tales cabezas, lo que motivó la destrucción de las que habían sobrevivido al irregular (en el mejor de los casos) e injusto proceso, ya fueran pinturas o esculturas... Pero como suele ocurrir en muchas destrucciones, algunas se salvaron, como las famosas cabezas trifaces de Thomar (Portugal) o Tulebras (Navarra).

Bastante mejor paradas salieron las cabezas de un solo rostro, repartidas por diversos lugares relacionados con la Orden del Temple o próximos a ellos; generalmente son de plata y en su interior guardan o guardaban una calavera, que se suponía pertenecía y representaba al santo, y a las que se tributaba culto... un culto muy poco convencional, si así se quiere, que en ocasiones podría ser tenido por "vana observancia", muy próximo a la heterodoxia... pero de ahí a la idolatría, sigue habiendo mucho camino. Estas manifestaciones, curiosamente, aparecen bastante tiempo después de la desaparición "oficial" del Temple, y más bien aparecen "improvisadas". No es un despropósito pensar que cuanto más pugnaron los inquisidores por acabar con estos populares cultos, más prendían en el pueblo llano, tal vez por un antiquísimo sentimiento de rebeldía contra determinadas instituciones o formas de autoridad. Vanamente, las autoridades eclesiásticas pretendieron acabar con ellos (éstos y otros), pero al no poder conseguirlo se acogieron a aquello tan antiguo de "si no puedes vencerlos, únete a ellos"; y terminaron, en primer lugar, por tolerar aquellos rituales y, luego, por favorecerlos, aun cuando tratasen de desvirtuar o eliminar de éstos ciertas reminiscencias precristianas, que fácilmente se adivinaban en ellos.

"Sobre estas premisas, cabría al menos que estableceríamos tú y yo juntos algunas conclusiones que, no sé si para ti, pero al menos para mí, resultan altamente significativas... que "Baphomet", "Cruz" [de Caravaca] e "imagen de Nuestra Señora" [de Monfragüe] viene a cumplir, en concretas circunstancias, unas funciones esencialmente paralelas: la de proteger a los campos y a los campesinos; pero desde la sede de los monjes guerreros que son sus propietarios. Lo cual significa que todos estos símbolos conservan al unísono una relación entre sí, otra directa con la Orden y una tercera relación más universal de todos ellos con al primitiva religión natural del ser humano, divinizadora de la Tierra como germen de la creación y de la vida...

...El esquema existencial templario, configurado en Tierra Santa durante las Cruzadas, sobre una idea matriz sensiblemente distinta a la que la Iglesia había planeado para servirse de la Orden, tenía que implantar en la mente y en la conciencia de sus miembros la idea de un Cristianismo muy diferente al que Roma defendía, en tanto que lo concebía como preponderancia absoluta del Papado sobre las demás instituciones nacidas del programa ecuménico cristiano primitivo. El Temple había entrado, en Tierra Santa, en contacto casi íntimo con el Islam fatimita, con sus esquemas místicos y hasta con sus concepciones teocráticas. En el germen de estos idearios se encontraba la idea, islámica en la práctica, aunque teóricamente universal, de que las llamadas "religiones del Libro" podían y debían convivir, e incluso coaligarse para que de ellas emergiera una creencia, si no común, si lo suficientemente elástica como para reconocer que, en el fondo

de todas las demás, planeaba una única divinidad a la que todos deberían adorar en común, en lugar de matarse por que prevalecieran las variantes doctrinales de una u otra tendencia...

Los secretos de los Templarios, Juan García Atienza

El “Baphomet” nunca fue un dios, y por tanto, malamente podían rendirle culto de adoración los Templarios... Para ellos, el “Baphomet” era “lo real”, ya que mediante profundas meditaciones y la ascesis, los Hermanos vencían a sus demonios personales y alcanzaban el conocimiento. Para Fulcanelli (autor de *El Misterio de las Catedrales y Las Moradas Filosóficas*), el “Baphomet” sería “la imagen sintética en la que los iniciados del Temple habían agrupado todos los elementos de la alta ciencia y de la tradición”, relacionándolo sabiamente con el Graal o Grial, partiendo de la circunstancia de que los supuestos poderes de la “Cabeza-Baphomet” son similares a los de la piedra Graal o Grial...

Como indicábamos al comienzo de este capítulo, se trataba de un símbolo antiquísimo conocido en todas épocas y religiones, dentro de la concepción dualística (lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo, lo blanco y lo negro... la vida y la muerte), puesto que en el pensamiento esotérico no es posible alcanzar la vida trascendente, si no es mediante la muerte ritual... *“es preciso morir para renacer”*, pensamiento que se halla en la base de las grandes religiones místicas y sus herederas...

Desde la más remota antigüedad, el hombre fue consciente de las existencia de principios contrapuestos, como el bien y el mal, por ejemplo; naturalmente, cuando llegó a plantearse su representación iconográfica, lo hizo de manera bien definida, ya que ambos principios parecían ir juntos; así un hombre barbado y un joven lampiño podrían representar la ancianidad y la juventud. No hace muchos años, cierto concurso de televisión (rogamos se nos disculpe por emplear un ejemplo tan trivial) estaba representado, en lo positivo y en lo negativo, por dos personajes cómicos dualistas, como eran el “chollo” y el “antichollo”, que hacían acto de presencia según el éxito o el fracaso que hubieran logrado los concursantes.

En aras de la brevedad, nos permitimos recomendar al lector cualquier manual de Mitología, ya que en él se mencionarán, sin duda, la existencia de cabezas, de una o varias facetas, dotadas de extraordinarios poderes, no siempre buenos; otras veces se trataba de deidades opuestas, que en realidad no eran más que versiones de una misma cosa (el lado bueno o el lado malo de tal o cual dios o diosa) o de principios como la creación, conservación y destrucción de la vida. Con el paso del tiempo y los cambios de religiones, cambiaron los nombres, los símbolos y las imágenes (allí donde se conservaron), y desde luego, en las mentes de las gentes —con independencia de sus credos— perduraron los recuerdos y más o menos disimuladamente, se perpetuaron en los templos de la nueva fe monoteísta, y lo mismo que significaban una cosa podían significar otra, incluso contrapuesta.

No sólo los pueblos de la Antigüedad politeísta tenían leyendas sobre cabezas mágicas; éstas también aparecen en antiguos relatos, curiosos, pero sin aparente fundamento, judeo-cristiano, e incluso islámico. Así, se atribuyó la posesión de uno de estos “Baphomet” (o lo que fuera) a los famosos “Asesinos”, los monjes guerreros de la secta ismaelita, y ésta sería la causa de la fertilidad de las tierras que rodeaban el castillo sirio de Alamut... No podemos resistirnos a evocar la Cruz de Caravaca o la imagen de Nuestra Señora de Monfragüe, en el ambiente Templario... También se dice que los jefes de los “ashaschins” no emprendían ninguna acción ni daban órdenes a sus seguidores sin haber consultado la “cabeza” o lo que pudiera ser aquel “Baphomet”...

Y resulta que, mucho antes de la fundación de la Orden del Temple, cierto monje benedictino, Gerberto de Reims, tras una espectacular carrera eclesiástica y gozando de la protección de pontífices y emperadores, fue consejero del arzobispo de Reims y de Otón III, quien le designó abad de Bobbio (985), cuando contaba 37 años. En el 918, Gregorio V (primo del emperador) le nombró arzobispo de Ravena. Al año siguiente, apoyado por el emperador, subió al trono pontificio hasta su muerte (1003). Durante su corto pontificado convocó dos sínodos, trató de reorganizar la Iglesia y fue tenido, justamente, por hombre de extraordinaria erudición, llegando a alcanzar gran fama por sus estudios matemáticos. Lo cierto, según las crónicas de la época, es que el monje Gerberto disponía de una cabeza de bronce, construida por él mismo (acerca de cómo adquirió los conocimientos precisos para ello se han formulado diversas teorías, todas ellas muy poco plausibles), que se utilizaba cuando se daban o coincidían “ciertos aspectos estelares o planetarios”. Se dice que esta “cabeza mágica” o “primitiva computadora” le aconsejaba eficazmente sobre asuntos religiosos o políticos. A su muerte, la “cabeza” (¿un “Baphomet”...?) desapareció; tal vez fue destruida o pasó a otras manos; lo cierto es que ni siquiera el propio Vicario de Cristo está libre de la maledicencia, y no faltaron quienes le acusaron de practicar brujería.

Alberto Magno, el famoso filósofo y teólogo escolástico alemán (1206-1280), ingresó muy joven en la Orden de los dominicos. Enseñó en varias universidades, pasando por la Sorbona, llegando a contar allí eminentes discípulos, entre ellos Tomás de Aquino. Con el tiempo, acabó rehusando todos los cargos y honores, eligiendo retirarse a un convento de Colonia y dedicarse a la docencia, gozando de extraordinaria autoridad entre sus contemporáneos. Espíritu abierto a las nuevas corrientes y partidario de la ciencia experimental, lo que entonces suponía una gran audacia, su producción —que abarca ciencias naturales, filosofía, teología y mística— es muy extensa, aunque no muy cohesionada. El joven italiano Tomás de Aquino (1225-1274) marchó, cuando contaba veinte años, a París y posteriormente a Colonia, cursando brillantemente sus estudios bajo la eficaz dirección de Alberto Magno. Ejerció la enseñanza en la Sorbona (1252-1256), regresando a su patria y posteriormente a París como profesor de teología. Le sorprendió

la muerte cuando, a instancias del Pontífice, se dirigía a Lyon para tomar parte importante en un concilio. Sus obras fueron también abundantes, y sus ideas —al igual que las de sus maestros— chocaron con las concepciones más conservadoras.

Pues bien, Alberto Magno, hombre docto y preocupado por los problemas científicos (escribió sobre medicina, matemáticas y astronomía), invirtió bastantes años construyendo su famoso “androide”. El autómata, según testimonio de sus biógrafos, estaba compuesto de metales y ciertas sustancias desconocidas, elegidos “de acuerdo con la disposición de las estrellas”, caminaba, hablaba y ejecutaba algunas tareas domésticas. No está muy claro como terminó sus días, pero parece ser que incurrió en las iras del Doctor Angélico, que acabó con él a martillazos... La palabra “androide” ha sido adoptada por la ciencia moderna para designar a un autómata o robot, y en cuanto a Alberto Magno y Tomás de Aquino (a los que nadie acusó de hechiceros, ni de prácticas satánicas) posteriormente fueron elevados a los altares por la Iglesia.

...Las máquinas, decía, son producto del arte, que imita a la naturaleza, capaces de reproducir, no ya las meras formas de esta última, sino su modo mismo de actuar... Los franciscanos que yo había conocido en Italia y en mi tierra eran hombres simples, a menudo iletrados, y la sabiduría de Guillermo me sorprendió. Pero él me explicó sonriendo que los franciscanos de sus islas eran de otro cuño: *“Roger Bacon, a quien venero como maestro, nos ha enseñado que algún día el plan divino pasará por la ciencia de las máquinas, que es magia natural y santa...”*

...Cuando le pregunté dónde existían esas máquinas, me dijo que ya se habían fabricado en la antigüedad, y que algunas también se habían podido construir en nuestro tiempo: *“Salvo el instrumento para volar, que nunca he visto ni sé de nadie que lo haya visto, aunque conozco a un sabio que lo ha ideado. También pueden construirse puentes capaces de atravesar ríos sin apoyarse en columnas ni en ningún otro basamento, y otras máquinas increíbles. No debes inquietarte porque aún no existan, pues eso no significa que no existirán. Y yo te digo que Dios quiere que existan, y existen ya sin duda en su mente...”*

El nombre de la rosa, Umberto Eco

Por supuesto, se nos hace bastante cuesta arriba la idea de que los Templarios dispusieran de alguno de estos ingenios, y aún admitiendo que así fuera, dado que se habla de muchos “Baphomet” (tan sólo en España quedan indicios de nueve de ellos en la actualidad), el número de éstos debió ser muy elevado; estamos por pronunciarnos y afirmar, dentro de nuestras opiniones, por tanto, personalísimas, y que en modo alguno pretendemos imponer a nadie, que el “Baphomet”, tuviera la forma que tuviera y fuese lo que fuese, no pasaba de ser algo parecido a los grandes relicarios, tan abundantes en aquella época, y no todos ellos forzosamente auténticos. Algunos de estos grandes relicarios, como el lector sabe, tenían forma de cabezas —más o menos grandes— huecas, construidas con metales preciosos, adornados con toda clase de pedrerías, y destinados a proteger deter-

minadas reliquias (visibles a través de una abertura), y tal vez eso era todo... *¡Qué más hubieran querido los Templarios, amigo lector, que disponer de aquellos artulugios del Papa Silvestre II o del docto Alberto Magno, para prevenirles de los que se les venía encima...!*

... Por otro lado, la dirección propugnada por los reformadores; es decir, la de la fusión de Hospitalarios y Templarios, no habría sido propuesta si no hubiera existido la más mínima sugerencia de que los Templarios tenían algo que ver con herejías. No obstante, las declaraciones de algunos Templarios son muy gráficas, y esto replantea dudas de vez en cuando. En un contexto semejante, la acusación de que los Templarios adoraban ídolos merece ser examinada, dado que el pequeño número de Templarios que lo admitió produjo descripciones muy detalladas.

Ellas hablan de una considerable variedad de formas: tenían barba —negra o blanca—, estaba pintado en una viga o en un madero, a veces representaba la efigie de un hombre, otras veces de una mujer, hecha de madera, decorada con pan de plata y oro, o tenía cuatro piernas, dos por detrás y dos por delante. Como sucede en la ciencia ficción, todos los mundos imaginativos se basan en elementos familiares al escritor y a su cultura. En estos casos, bien por maldad o temor, o simplemente por el deseo de agradar a los interrogadores que tenían, obviamente, todo el poder, los Templarios ofrecían ídolos imaginarios, basando las descripciones en objetos tales como pinturas sobre lienzo y cobres para reliquias que formaban parte de su vida diaria...

Selección de textos de Malcolm Barber

... Tomase la forma que tomase [el “Baphomet”] entre los Templarios, era seguramente el símbolo primario de su postura ética, la imagen esquemática de un ideario muy concreto... Era el esquema simbólico de una postura vital, la figura que abarcaba el ámbito absoluto de la conciencia, el modelo ideológico sobre el que había que concretar la meditación para obtener día a día las respuestas a las preguntas que cada miembro iniciado de la Orden pudiera llegar a hacerse... “Baphomet” no era tampoco un objeto particular; pero sí, sin duda alguna, minoritario, restringido a un área concreta de la familia templaria [lo que explicaría la perplejidad y vacilación de algunos miembros de la Orden ante los inquisidores; resultaba sumamente difícil describir lo que no entendían ni conocían]. Y, aunque todos los distintos “Baphomets” respondieran a un único esquema ideológico, cada encomienda o cada grupo de Caballeros, dentro de su comunidad de fines con el resto de la Orden, pudo tener el suyo, con la forma que cada casa considerase más idónea para, por un lado, mantener la unidad exigida por la Orden y, por otro, cooperar a la cohesión de su pequeño colectivo territorial, como podría cooperar en su caso el patrono concreto de un monasterio, la reliquia esencialmente venerada por sus miembros o la imagen chiquita de la Virgen escondida en un rincón del oratorio y a la que sólo los miembros de la comunidad podían acceder normalmente.

Los secretos templarios, Juan García Atienza

EL DÍA DEL JUICIO

La actitud del Temple venía siendo objeto de muchas reticencias, originadas en gran parte por la misma discreción con la que rodeaban su organización interna. Cuando algo se ignora, se fantasea y se convierte en un adefesio a menudo incontrolable, que crece hasta transformarse en una monstruosidad increíble. El rumor suele ser infinitamente peor que cualquier corroboración por grave que ésta sea. Y, en el caso del Temple, los rumores afectaron en muchos casos a la Orden, hasta convertirla en poco menos que una sucursal del infierno. La magia, la herejía, los actos más decididamente obscenos y pecaminosos, todo fue esgrimido y convertido en materia de acusación por los inquisidores. *Lo que no fue comprobado se supuso cierto y lo que se pudo comprobar sirvió de pieza acusatoria, aunque los interrogados lo explicasen de manera totalmente distinta a como los encuestadores lo veían...*

Los secretos templarios, Juan García Atienza

El Gran Proceso a los Templarios sigue siendo un enigma histórico, ya que las opiniones de los historiadores continúan estando divididas, pero los últimos trabajos de Finke [Heinrich Finke, historiador alemán, 1855-1938, especializado en la Baja Edad Media española y estudioso del Temple] sobre los documentos de la Corona de Aragón muestran claramente la falsedad de las acusaciones lanzadas contra los Templarios [recordemos que la Orden fue “disuelta” por Bula del 22 de marzo de 1312, pero no “condenada”]. Por parte del rey de Francia hubo un abuso de poder y un desafío a la Justicia que la política financiera real explica aunque no pueda justificarlo. Los testimonios presentados fueron obtenidos mediante la tortura, y no existe prueba material alguna de las faltas que pretenden achacárseles: la herejía y las prácticas infames. El proceso de los Templarios pertenece a la larga y dolorosa serie de procesos políticos exigidos por eso que ha dado en llamarse Razón de Estado...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

En los actos de interrogatorio afloran otras acusaciones no menos peregrinas. A Bartolomé de la Tour, capellán Templario, le preguntan sus interrogadores:

—¿Acaso no rodean las cabezas de los ídolos con un cordel que se ciñe a continuación sobre la camisa y el cuerpo?

—No—responde el templario—, los Hermanos sólo llevan un cinturón de lino sobre la camisa.

—¿Por qué llevan ese cinturón?

—Creo que lo llevan y yo también lo llevo, porque está escrito en el Evangelio de Lucas: “Sin lumbi vestri precinti...” Es observación de la Orden y los Hermanos lo llevan noche y día, pero no tocan ninguno de los ídolos que decís.

*Los Templarios y otros enigmas medievales,
Juan Eslava Galán*

En la primera parte de esta obra, mencionábamos las acusaciones que Felipe “el Hermoso”, de Nogaret, y los inquisidores formulaban contra la Orden; en realidad, éstas eran bastantes, pero las hemos resumido y dividido en dos grupos: “acusaciones mayores” y “acusaciones menores”.

Acusaciones mayores:

- Que renegaban de Cristo y escupían sobre la Cruz en la ceremonia de admisión en la Orden.
- Que en esta ceremonia se intercambiaban besos obscenos.
- Que los sacerdotes de la Orden omitían las palabras de la consagración cuando decían misas.
- Que practicaban la sodomía.
- Que adoraban ídolos.
- Que se confesaban mutuamente y que el presidente del Capítulo perdonaba los pecados.

Acusaciones menores:

- Que celebraban los Capítulos y Recepciones durante la noche, antes de la salida del sol, en todo caso.
- Que se comprometían a procurar la prosperidad de la Orden sin reparar en la bondad o malicia de los medios, incluso—si era preciso—apoderándose de los bienes ajenos. Con dicho fin eran invitados a formular una serie de juramentos especiales.
- Que en determinadas ocasiones se les entregaba una especie de cingulo, que había estado en contacto con alguno de los ídolos, que se decía, adoraban.

Nosotros no podemos constituirnos en abogado defensor de los Templarios, ni podemos ni lo pretendemos, eso sí, tenemos la esperanza de que, algún día, la historia haga justicia y coloque a cada cual en el lugar que le corresponda, sea quien sea, al fin y al cabo equivocarse es propio de la condición humana. Partiendo de la base de que no estamos en condiciones de ejercer unas atribuciones que no nos corresponden, nos tomamos la libertad de analizar, por encima, la lista de cargos (“mayores” o “menores”) ya expuesta. Por supuesto, será necesario formular ciertos juicios, críticas incluidas, juicios y opiniones “nuestros y totalmente personales”, por lo que son susceptibles de error (“errare humanum est”). No pretendemos “ni quitar ni poner, ni servir a ningún señor”, y lo manifestamos así para que quede claro... Pero si nuestra insignificante contribución a la causa de la justicia fuera de alguna utilidad, habremos cumplido nuestro objetivo...

- Estamos dispuestos a aceptar que hubo Templarios que—no importa el motivo—renegaron de Cristo e incurrieron en apostasía. Nos permitimos recordar el caso del “Gran Maestre” Tomás Berault, derrotado y tomado prisionero por los musulmanes, viéndose

precisado a rechazar a Cristo para conseguir la libertad; nada tiene, pues, de particular que en un momento dado otros Templarios prisioneros hubieran hecho otro tanto... *No todos ellos, humanos al fin y al cabo, tenían madera de héroes ni de mártires...*

Parece ser que a partir de este momento en algunas encomiendas se comenzó a incluir la renuncia a Cristo en las ceremonias de recepción, lo que sin embargo, carecería de significado sacrílego. Refiriéndose a las imputaciones formuladas por de Nogaret y sus esbirros, Alejandro Vignati, aclara: “El postulante en el momento de la recepción debía renegar tres veces de Cristo, de Dios Padre, de la Virgen y de los santos y santas, y escupir sobre el crucifijo”.

Todos guardaron un silencio sepulcral. El comendador pidió entonces que se comenzase el rito, y dos caballeros trajeron un crucifijo de gran altura y toscamente labrado, pero de expresión muy dolorosa en el semblante, y lo tendieron en el suelo. Don Álvaro, conforme a la ceremonia, lo escupió y holló y luego, alzándolo en el aire los dos caballeros, le dirigió las sacrílegas palabras de los judíos:

—*Si eres rey, ¿cómo no bajas de esa cruz?*

Cubrióronlo al punto con un velo negro y lo retiraron, tras lo cual dijo el maestre:

—*Tu crimen es negro como el infierno; y tu caída, como la de los ángeles rebeldes; pero tu Dios te perdonará, y tu sangre correrá en desagravio de su tremenda cólera y justicia...*

El Señor de Bembibre, Enrique Gil y Carrasco

Esta acusación, “per absurdum”, tiene pues escasísimo fundamento. Ya hemos expuesto que los Templarios obraban “consecuentemente”, y ni sus peores adversarios pudieron acusarles de lo contrario, y no sería “consecuente” dedicar tanto tiempo a sus devociones, incluso debían interrumpir sus descansos, si se trataba de algo en lo que no creían.

Nosotros no condenamos ni absolvemos, no somos quienes. No faltan autores que pretendiendo situarse a mitad de camino entre ambos extremos, han tratado de buscar una explicación racional a ciertos ritos, explicación que de ser exacta, los absolvería: la negación de Cristo en la ceremonia de admisión, la única que parece tener cierta base real en que apoyar las detracciones, sería un rito que tendría por objeto sumir al postulante en la situación más abyecta posible, para luego ir elevándolo moral y espiritualmente desde la misma (nos viene a la memoria el sistema de instrucción militar, tan familiar por lecturas y películas, que emplea la Infantería de Marina de los EE.UU., y que no parece dar mal resultado). Para unos sería una remembranza de la triple negación del apóstol Pedro o una extrema prueba de obediencia; también se ha venido sugiriendo que se escupía a la cruz para despreciarla en lo que tiene de instrumento de muerte y jamás en su valor de supremo símbolo cristiano.

Algunos ritos que se observan en las modernas sociedades secretas, sobre todo en la admisión de socios, se dicen derivados de los templarios. Cualquiera que pueda ser su verdadero carácter y procedencia, lo que no admite duda es que aquellos caballeros practicaban algunas ceremonias cuyo sentido simbólico y misterioso era hijo de una época más poética y entusiasta que en la que sus postreras décadas alcanzaban. En el castillo de Ponferrada se conservan todavía, entallados encima de una puerta, dos cuadros perfectos que se intersecan en ángulos absolutamente iguales, y al lado

derecho tienen una especie de sol con una estrella a la izquierda. La existencia de tan extrañas figuras, de todo punto desusadas en la heráldica, basta para probar que la opinión que en su tiempo se tenía de sus prácticas misteriosas y tremendas no carecía absolutamente de fundamento. Una entre todas era particularmente chocante, a saber: las injurias que se hacían al crucifijo, y cuya significación no era otra sino la rehabilitación del pecador, a partir de la impiedad y del crimen, para subir por los escalones de la purificación y del sacrificio a las santificadas regiones de la gracia; rito fatal que, sin diferenciarse en la esencia de la “fiesta de los locos” y algunos otros usos de la antigua Iglesia, fue causa principal de la ruina del Temple, cuando su sentido místico se había perdido ya entre las nieblas de una generación más sensual y más grosera...

El Señor de Bembibre, Enrique Gil y Carrasco

- En cuanto al beso o besos que daba el comendador al nuevo Templario, tenían matiz de saludo, bienvenida e iniciación, pero en manera alguna se trataba de vulgares obscenidades.

...En cuanto descubrieron a don Álvaro, entonaron todos en voces regocijadas y altísimas el salmo *Magnificat alma mea Dominum*, durante el cual, conducido por sus padrinos, fue abrazando a todos sus hermanos y recibiendo de ellos el ósculo de paz y fraternidad...

El Señor de Bembibre, Enrique Gil y Carrasco

...Y en el umbral estaba el Abad, acompañado de dos novicios que sostenían un bacín de oro lleno de agua. Una vez que hubimos descendido de nuestras monturas, lavó las manos de Guillermo, y después lo abrazó besándolo en la boca y dándole su santa bienvenida...

El nombre de la rosa, Umberto Eco.

Esta forma de saludo, como se desprende de un fragmento de la famosa novela, no era exclusiva de la Orden del Temple; se daba en el ámbito de la Iglesia...

...Acogióle el Pontífice (a Gonzalo de Córdoba, “el Gran Capitán”) con vivas muestras de amor y respeto, sentado en un trono y rodeado de los magnates de su corte. Posternóse Gonzalo a la presencia del Papa y besóle los pies. El Papa (Alejandro VI) le levantó del suelo y, abrazóle, le dio un ósculo en la frente...

Gonzalo de Córdoba, Manuel de Montoliú

Los antiguos persas tenían costumbres muy singulares... Una era la de vestirse de blanco los días de fiesta; otra... su complicada manera de saludarse. Si dos personas eran de la misma condición social, se saludaban besándose en la boca; en otro caso, la de posición más modesta se inclinaba y la otra le ofrecía una mejilla para que la besara.

No pretendemos menospreciar las facultades intelectuales del lector, pero lo cierto es que nadie, absolutamente nadie, vio nada de “anormal” u “obsceno” en tales formas de saludo. Como no deseamos extendernos mucho sobre este punto, recordaremos que en la Sagradas Escrituras, que mencionamos con todo respeto, el beso era considerado, aparte de saludo, como señal de “paz y caridad”; así aparece en: Génesis, 29-13; 45-15; 48-10;

Exodo, 4-27; I Samuel, 20-41; Lucas, 15-20; Hechos, 20-37; Romanos, 16-16; I Corintios, 16-20; II Corintios, 13-12, y Pedro, 5-14, entre otros pasajes.

...Cuando hubo visto Mío Cid aparecer a Minaya, / al correr de su caballo, / va a abrazarlo sin tardanza; / *en la boca lo besó y en los ojos de la cara* [saludo acostumbrado entre las personas a las que se apreciaba mucho]...

...Cuando los demás llegaron, hacia Minaya se van, / y el buen moro Abengalbón, cuando frente a él está, / con la sonrisa en los labios a Minaya fue a abrazar, / *y en el hombro le da un beso, como es costumbre oriental*...

Poema de Mío Cid

- Según otra de las acusaciones, los capellanes del Temple omitían, durante la misa, las palabras de la consagración (cabe la bastante segura posibilidad de que se tratase de alguna particularidad litúrgica, habitual en el Temple y no bien entendida por los profanos), y de enseñar que Cristo era un falso profeta, crucificado no para redimir a la humanidad, sino en castigo a sus transgresiones (¿entonces, por qué los Templarios se tomaban la molestia de pisotear y escarnecer el crucifijo...?).

De acuerdo con esta imputación —jamás bien demostrada—, los Templarios (también denominados “Pobres Compañeros de Cristo”), se habría dedicado a luchar, a sabiendas, por una causa “non sancta”... ¡y todos tan contentos!... Ahora sólo resta esforzar la imaginación, “loca de la casa”, que decía Teresa de Jesús, e imaginarnos que un grupo de perturbados o de pervertidos, cuando no ambas cosas, creasen una Orden para defender la causa de Calígula, Atila, Gengis Khan o del marqués de Sade... Más que la hoguera se habrían ganado, a pulso, un puesto en una prisión o en un manicomio...

No creemos que este extremo merezca mayor refutación, se cae por su propio peso...

- El hecho de que tras la ceremonia de recepción se inculcase a los nuevos Templarios la práctica de la sodomía, como cosa “natural y de lo más normal” en la Orden, nos parece, sencillamente un despropósito... ¿Que entre tantos miembros del Temple, pudo haber y hubo casos...?, no lo negamos...

No les habría faltado trabajo a de Nogaret y a todos sus obtusos auxiliares y a los fanáticos inquisidores en la época actual... ¿Dos hombres en una moto...? ¡A la hoguera!... ¿Un combate de lucha libre...? ¡A la hoguera!... ¿Una pareja de la Guardia Civil...? ¡A la hoguera!, por no mencionar las reglas de ciertas Órdenes, cuyos miembros trabajan en parejas...

Aun estando dispuestos a aceptar la presencia de algún miembro del Temple, que tuviese esta singularísima peculiaridad, no podemos generalizar, *y de una cosa a otra media todo un abismo* (recordemos que los Estatutos de la Orden, consideran tales actos como una de las más graves infracciones). La sodomía era denominada “*pecado hediondo y brutal*” y

las normas disciplinarias establecían que *“aquel de nuestros hermanos que cometa pecado de sodomía perderá el hábito de nuestra Orden; con grillos en los pies, cadena al cuello y esposas en las manos será arrojado a prisión perpetua, para que se alimente allí del pan de la aflicción y beba el agua de la tribulación para el resto de su vida”*... Por otra parte, y esto es importante, sabemos que no se admitía a nadie en el seno del Temple, sin haber recabado información suficiente sobre él y haberle sometido a un duro interrogatorio, lo que no quiere decir que tan prudentes medidas dieran siempre buen resultado.

Los enemigos del Temple, Felipe IV y el servil de Nogaret a la cabeza (personajes cuya vida nada tenía de ejemplar), llegaron a insinuar que el sello de la Orden (dos jinetes compartiendo el mismo caballo) evocaba la sodomía, olvidando o queriendo olvidar que tal imagen era símbolo de pobreza, humildad y fraternidad, y que desde el punto de vista iniciático era irrefutable.

- Se acusó a los Templarios de adorar la imagen de un ídolo, al que llamaban “Baphomet” o “Bafometo”, que unas veces era representado como un ser de tres caras, otras con cuernos, y las demás en forma de gato negro (animal que siempre fue relacionado con la brujería y ciertas prácticas satánicas). Se decía que llevaban siempre —ya se ha mencionado— consigo un cordel que previamente había estado en contacto con el ídolo.

Efectivamente, el acta de acusación hacía mención de un ídolo, en forma de cabeza humana con lenguas barbas, que los Templarios adoraban en sus Capítulos... *“adoraban al ídolo como si fuese un Dios, como a su Salvador, diciendo que esta cabeza podía salvarles, que concedía a la Orden todas sus riquezas y que hacía florecer los árboles y germinar las plantas de la tierra”*. Y lógicamente, los Templarios confiesan: el hermano Jean Taillefer, en la diócesis de Langres [Alto Marne], declaró que después de su admisión, se había colocado ante él y sobre el altar de la capilla un ídolo que representaba una figura humana. Hugo de Bures, otro hermano borgoñés, habla de una cabeza que se sacó delante de él de un armario de la capilla. Este ídolo le pareció de plata, de cobre o de oro; representaba una cabeza humana y llevaba una larga barba que le pareció blanca.

El Templario Rodolfo de Gisi declaró haber asistido a un Capítulo general organizado por el Hermano de Villers de la diócesis de Troyes [Champagne], y que en él, el Hermano Hugo de Besançon sacó una cabeza de ídolo que colocó sobre un banco. Fue tan grande el terror del destinatario, que salió del Capítulo sin esperar la absolución. El mismo Rodolfo de Gisi, interrogado nuevamente, le confesó haber visto una cabeza parecida en siete Capítulos. Según dijo, ese ídolo tenía un aspecto terrible y demoníaco; todas las veces que apareció la cabeza fue tal terror que le atenazó, que apenas si pudo mirarla...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

El análisis de la existencia de este supuesto ídolo (que en realidad no era tal cosa), y a fin de lograr mayor amplitud, dedicamos un capítulo completo. Nos tomamos la libertad de recordar al lector este significativo párrafo de la magnífica novela del berciano Gil y Carrasco, entre otros: “...Dicen que adoran (los Templarios) a un gato y le rinden culto como a un

Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que por pacto que tienen con el diablo hacen oro, con lo cual están muy ricos; pero todo esto lo dicen mirando a los lados y muy callandito, porque todos tienen más miedo al Temple que al enemigo malo...

”Volvamos a nuestros textos, volvamos a nuestros testimonios, volvamos a los hechos. ¿Qué nos dicen? Las pesquisas han sido totales, súbitas, brutales; exactamente, lo que en términos policiales se llama una operación bien dirigida; ¿cuántos Bafometos, ídolos y cabezas se han descubierto? Una, exactamente, sólo una. ¿Qué es? Una cabeza de plata dorada, una cabeza de mujer, pero no se agiten. Se trata de un relicario que contiene las sagradas reliquias de una de las once mil vírgenes. EL administrador y guardián de los bienes del Temple, Guillermo Pidoye, afirma no haber encontrado nada más en la casa de la Orden. Esto es lo que queda, históricamente, del Bafometo de los Templarios: un relicario...”

• No olvidemos que el Temple era una Orden Militar, pero también lo era religiosa, que había solicitado unos Estatutos o Reglas, que los había recibido, en consecuencia... ¡con la aprobación del Pontífice! (tras haber convocado un Concilio), y que éstos habían experimentado algunas variaciones, no fundamentales, con el curso del tiempo, sin que se formulase por ello el menor reparo y una posterior bula otorgase, en tal sentido, mayor autonomía si cabe... “Es importante remarcar la autonomía que otorgan a los templarios estos privilegios —insiste Alejandro Vignati—, fuentes de envidias y complicaciones en el clero regular, que perdurarán con mayor o menor intensidad durante toda la vida de la Orden”, extremo muy a tener en cuenta, llegada la detención y el consiguiente proceso.

Sabemos, y volvemos a recordar, que los edificios del Temple, salvo los más pequeños, se reunían con periodicidad en Capítulo sus integrantes... Las sesiones eran secretas, todo lo secreta que se quiera; pero formaban parte de unas normas de régimen interior, conocidas y sancionadas por el Papado, y que todos los miembros de la Orden, cualquiera que fuese su jerarquía, habían jurado cumplirlas y obedecer a sus superiores “ad cadaver”, por lo cual este asunto, no podía ni debía incidir sobre cuestiones de fe ni conculcaba los preceptos eclesiásticos. Sin olvidar que la reunión del Capítulo, o de cualquier otro órgano rector, nada tiene de particular en el seno de cualquier orden religiosa, y el Temple también lo era...

Queda claro, y así, lo hemos expuesto con anterioridad que nadie podía perdonar los “pecados” cometidos por los miembros de la Orden, salvo un sacerdote... lo que se juzgaba y se castigaba, si procedía, eran las “infracciones” contra las Reglas, que podían ser perdonadas por el Comendador. Pero nadie, absolutamente nadie, se atribuía funciones que no le correspondían, y que estaban bien delimitadas. Por otra parte, si en el Capítulo los Hermanos confesaban públicamente sus faltas, no olvidemos que la confesión era pública entre los primeros cristianos. Ciertamente, se daban algunas circunstancias en las cuales se absolvía sin la previa confesión; por ejemplo, en caso de urgencia o antes de entrar en combate, lo que nada tiene de extraño.

• No vemos, en el hecho de atenerse a un determinado horario que, por otra parte, nada de “raro” tenía en aquella época, nada que atentase contra los principios crísticos, ni en la circunstancia de que algunas reuniones de la Orden (siempre dentro de sus Estatutos) se celebraban a puerta cerrada, salvo el derecho al sigilo y la intimidad que tiene todo el mundo, y menos aún cuando en ellas se trataban temas de tan diversa índole... ¡Dignos de lástima hubieran sido los inquisidores de Felipe “el Hermoso” arremetiendo contra los conventos de religiosas de clausura...!

Sin embargo, sabemos que este monarca y su fiel leguleyo habían conseguido introducir algunos de sus espías en el seno del Temple... ¡Sin comentario!

• A lo largo de su existencia, y especialmente en sus últimos años, la Orden había adquirido gran poder y acumulado cuantiosos bienes, esto es un hecho indiscutible y conocido por todos. Para conseguir el cumplimiento de sus fines, con independencia de la bondad, o malicia de los mismos, eran precisos unos medios, y por tanto, una organización, una voluntad y un esfuerzo encaminados a ellos; y no es menos indiscutible que todo aquel que forme parte de cualquier asociación, cualquiera que ésta sea, está en el derecho y el deber de contribuir a su prosperidad, dentro —claro está— de unas normas éticas, y los actos reprobables o canalleros, incluso, que pudieran haberse cometido, estaban contemplados por las severísimas normas disciplinarias, contenidas en los Estatutos y, por tanto, eran objeto de penalización...

No obstante, y es preciso reconocerlo, nunca han faltado traiciones... Incluso el propio Cristo tuvo un discípulo desleal.

• Para admitir o negar la entrega de cingulos que hubieran estado, de alguna manera, en contacto con los ídolos, habría que comenzar por demostrar la existencia de éstos en los edificios del Temple, y una vez demostrada, probar, a su vez, que se les rindiese algún tipo de culto, mediante ritos o de cualquier otra manera... *Si un individuo tiene un ídolo azteca en su casa, no quiere decir forzosamente que crea en él, ni mucho menos que le adore... sencillamente, tiene un ídolo azteca...*

Cabe la posibilidad, y así debe ocurrir, que tales cingulos —muy comunes, formando parte de los hábitos de diferentes órdenes masculinas o femeninas—, que se les entregaba a los admitidos en el Temple, y que no debían quitarse, hubieran estado en contacto con ciertas reliquias o al menos con alguna venerada imagen, práctica bastante corriente, incluso en nuestros días... Por tanto, tal acusación, ya sea por ignorancia o malicia, se debería a una mala interpretación de los usos y costumbres de los Templarios... Además, lo más probable es que tal cingulo o cordón no tuviese especial significado, por lo cual se hace muy difícil admitir que sus poseedores se desprendiesen del mismo y lo adorasen, tanto en cuanto habría que comenzar por demostrar que habían incurrido en la más absurda idolatría.

Cuanto más se examina la abundante cantidad de confesiones, más se reconoce que carecen totalmente de valor, impresión que queda confirmada por el hecho de que la acusación no puede obtener en modo alguno un testimonio abrumador sin recurrir a los métodos inquisitoriales”, tal como dice el historiador Lea [Henry Charles Lea, historiador norteamericano, 1825-1909]. Y añade muy juiciosamente: “Si millares de hombres tuvieron que abjurar de su fe en contra de su voluntad, y bajo el yugo del terror hubieron de guardar un horrible secreto, el arresto habría sido para ellos una liberación; todos se afanarían por descargar su conciencia y por solicitar su reconciliación con la iglesia... Lo que se impone en la conciencia del historiador no es un veredicto de duda, sino una sentencia de inculpabilidad...”

El enigma de los templarios, Alejandro Vignati

Analicemos someramente todas las acusaciones, en general. Pues bien, desde el primer momento, desde la fundación del Temple, resulta evidente que no faltaron, imposible precisar su número, quienes lo abandonaron; tal vez por la imposibilidad de soportar la dureza de su Regla, tal vez por despecho o desengaño o en pos de una Orden mejor. Respecto a la ya mencionada y descrita ermita templaria de Ucero (Soria), la documentación menciona “un pleito mantenido entre 1168 y 1170 para asignar los bienes que había heredado en Melgar de Fernamental (Burgos) un caballero templario de Ucero que se había pasado a los Calatravos...” Tampoco debieron faltar y no faltaron los expulsos y aquellos que no podían superar los períodos de prueba, o que, superados, no eran admitidos en la Orden. No es arriesgado pensar que bastantes de éstos no debían estar muy contentos, especialmente los primeros... Precisamente, Felipe “el Hermoso” se valió de algunos Caballeros y Sargentos expulsados y desvinculados del Temple para iniciar su acoso y derribo, en el cual hubo algunos, no muchos, traidores y traidorzuelos.

Sin embargo, hasta muy poco antes del 12 de octubre de 1307, nadie había formulado tan graves acusaciones contra esta milicia; nadie, ni siquiera sus más acérrimos adversarios, que los tuvo, se habían atrevido a tanto, y todo ello, sin olvidar el resentimiento (justificado o no) de desertores, expulsados y despechados en general... ¿Curioso? ¿no...?...

Estamos dispuestos a entrar en el juego y admitir —pedimos humildemente se nos absuelva por importunar al lector con estas perogrulladas— que una vez que los postulantes eran recibidos en el seno del Temple, se les introducía en tales aberraciones... Pues bien, vamos a conceder mucho más; el acceso a estas sordideces y a los ritos satánicos o idolátricos, estaba reservado sólo a una minoría de miembros y que los demás no tuvieran idea de todo esto, que en un castillo, cenobio o encomienda, ya es pedir... Aun así, en tantos años, debieron sumar un montón de idólatras, avariciosos, brujos, sodomitas, etcétera, etcétera; pues bien —y volvemos al problema—, nadie que hubiera abandonado el Temple se atrevía a contar lo que allí sucedía, lo que tiene su mérito, especialmente cuando esta Orden se había ido granjeando poderosos enemigos, que hubieran dado cualquier cosa por tales informaciones... Supongamos, y volvemos a pedir que el lector sea indulgente, que “todo el mundo”,

aún los expulsos, optaban por guardar silencio por miedo, vergüenza, temor a ser considerado cómplice... y que nada, de nada, *de nada*, se filtraba... ya que es de suponer... Aún así, nos atendemos a las observaciones del historiador Lea, recogidas por Alejandro Vignati, y que nos hemos tomado la libertad de reproducir aquí...

Los medios de comunicación nos tienen habituados al lamentable, pero nada nuevo fenómeno de las sectas, exponiendo sus destructores efectos y estamos habituados a ver cómo los antiguos miembros de éstas, una vez que las han abandonado las denuncian e incluso ayudan a la justicia a combatir las, *nada de esto pasó con el Temple* (salvo los escasos elementos reunidos por el ambicioso Felipe IV)... Y nos vemos precisados a suscribir unas acertadas observaciones, que valen para refutar la mayor parte de las imputaciones...

Pero, y estos testimonios, estas declaraciones, estas confesiones que confirmaban las acusaciones de Felipe "el Hermoso": los besos obscenos, el renegar de Cristo, la herejía secreta?... En verdad son extrañas estas confesiones pronunciadas solamente por los Templarios de Francia y en la medida que los obligaba el hierro y el tizón candente; extrañas confesiones que los interrogadores no encontraron ni en Inglaterra, ni en Italia, ni en España, ni en Sicilia, ni en Chipre; extrañas confesiones que existieron solamente en una nación en que la voluntad real deseaba a cualquier precio, y qué precio!, la destrucción del Temple. Los autores han buscado en los registros de la Inquisición las palabras pronunciadas por los miembros de la Orden; las han reunido y han creído poder confirmar un fondo de verdad en las acusaciones de Felipe "el Hermoso", para de este modo limpiar su memoria y la del Papa. Se ha creado una leyenda; se ha hablado de una herejía secreta, de una doctrina gnóstica propagada entre los caballeros del Temple. Nada de eso aparece en realidad en los textos auténticos del Proceso, ni en la Regla secreta del Temple, que ya ha sido divulgada...

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

Entonces, cabe preguntarse, procurando hacerlo con ánimo mesurado... *¿Eran culpables los Templarios? ...Desde el punto de vista de la ortodoxia, aunque debieron bordearla, en manera alguna; tampoco lo fueron iniciáticamente hablando... ¿Su culpa? ...Adelantarse a su tiempo* (aparte de su poder y riqueza) *en una época inmovilista como lo fue el Medievo, y el no poder impedir que los mezquinos intereses predominasen...*

Concluamos este capítulo, con el profesor Jeremy Taylor Woots: "...no deja de ser enfadoso para la justicia [si los Templarios hubieran sido «realmente culpables»] que los ejecutores del castigo fuesen precisamente unos intrigantes, avarientos, hipócritas y sacrílegos, como los legistas de Felipe «el Hermoso» ...Si los Templarios debían ser ejecutados lo fueron por jueces inicuos. Quisiéramos, para ver bien limpia la cosa, que quienes los condenaron y quemaron hubiesen sido, por otros conceptos, personas intachables, honorables; pero no lo eran...

"...Los Templarios habían sido ahorcados, «ajusticiados», según muchos; pero lo fueron en un árbol al que por sus malos frutos se lo conoce."

JUEZ, JURADO Y VERDUGO

“El rencor y la calumnia —escribe Alejandro Vignati— iniciaron el abatimiento y la destrucción de la gloriosa aureola de los blancos Caballeros, cuyas hazañas en Palestina, así como la vida fastuosa de las Cruzadas, rodeaban de un prestigio impar...”

”A medida que los Templarios ganaban poder, fama y riquezas, se enriquecían aún en mayor medida en enemigos. Si bien la Orden nunca aceptó el poder soberano (como pudo tenerlo en Aragón, y como lo tuvieron de hecho los Caballeros Teutónicos en Prusia o los Hospitalarios en Rodas y luego en Malta), sus privilegios la convertían en una iglesia dentro de la Iglesia y, al menos en Francia, en un estado dentro del Estado...”

En realidad, el Temple tuvo siempre varios y poderosos enemigos, entre el clero regular, por la independencia que tenía respecto a ellos, y el hecho de que sólo debía responder el Papa de sus actos. También se produjeron rivalidades —en las que no vamos a entrar— con otras Órdenes; tal fue el caso de los Hospitalarios —sus perpetuos rivales—, llegando a tener numerosas pendencias e incidentes muy serios, en los años 1179, 1198, 1221, 1235, 1239, 1256, 1258 y 1262, aunque no es menos cierto que las circunstancias, a veces, les impusieron la mutua colaboración.

Ahora, y con la venia del lector, nos vamos a permitir recapitular algunos hechos históricos, ya mencionados en nuestra obra¹ para mejor comprensión del proceso organizado por Felipe IV de Francia, como juez, jurado y verdugo contra la Orden del Temple. El primer soberano que tuvo enfrentamientos serios con la misma fue Amalrico I, rey de Jerusalén, a quien no le faltaba, al menos, una cierta dosis de razón. Ya hemos mencionado que un grupo de Caballeros dieron muerte a uno de los embajadores del jefe de la secta de los “ashaschins”, que se había entrevistado con él por motivos no bien determinados, y como quiera que el Gran Maestre Saint-Amand (tal vez por diferencias en la interpretación de jurisdicciones o competencias), se negase a entregar a la justicia real a los responsables, Amalrico proyectó la disolución de la Orden. Sin perjuicio de la razón que pudiera asistirle, que sería materia de discusión, conviene recordar que estaba asesorado por el arzobispo Guillermo de Tiro, cuya animosidad hacia el Temple era de todos bien conocida.

1 Véase *La Historia de los Templarios*, de Martin Walker, en esta misma Colección.

En 1179, durante el III Concilio de Letrán, S.S. Alejandro III (allí estaba Guillermo de Tiro) amonestaba, en su Canon noveno, *tanto a Templarios como a Hospitalarios, de manera bastante moderada, por cierto, y cuando las quejas apuntaron a los Templarios, el Pontífice hizo alguna pequeña concesión a los detractores, pero se inhibió añadiendo: "Si infringen las reglas en las iglesias en las que ha sucedido esto pueden ser puestas bajo interdicto y sus actos anulados"*.

Ignoramos si Amalrico I hubiera llevado a cabo sus propósitos contra el Temple, ya que falleció poco tiempo... Podemos pensar que hubiera podido contestarse afirmativamente, pero al disolver (caso de que la Santa Sede hubiera estado conforme) esta Orden, habría disuelto una fuerza de combate inapreciable por su cantidad y disciplina y muy difícil de ser sustituida en aquel momento y lugar, y Amalrico I no era un insensato. Algunos años más tarde, Federico II Hohenstaufen, enemistado con el Papado y excomulgado, acudió a la Cruzada (1228). Los Templarios, que defendían la postura del Pontífice, no se recataron de mostrarle su animadversión, *especialmente cuando se coronó él mismo en Jerusalén, ya que Gregorio IX había prohibido al clero honrar a un expulsado del seno de la Iglesia*. Cuando en 1129 el emperador regresó a Italia, dispuso severas medidas contra los miembros y las propiedades del Temple en la Apulia... *Era pues, la primera vez en la historia de la Orden en que un soberano emprendía una acción, por limitada que fuera, contra la misma*, mientras que las relaciones entre Templarios y Hospitalarios se deterioraban hasta extremos muy graves.

Con el paso del tiempo y la pérdida definitiva de Tierra Santa, muchos elementos comenzaron a cuestionarse la necesidad de seguir manteniendo unas Órdenes Militares que cada vez precisaban mayores desembolsos, para proseguir una guerra de antemano perdida. *Con la caída de San Juan de Acre (1291) y la consiguiente evacuación de Palestina, se intensificó la valoración de las mismas, de sus costes y de su utilidad, lo que fomentó la aparición de una serie de proyectos para su reforma o fusión*.

Lector, nos encontramos a caballo entre dos siglos (el XIII y el XIV), y entre dos concepciones distintas de la Historia, en la Europa Occidental, *unos pocos años bastaron para cambiar muchas cosas*... Hasta el momento, las críticas iban dirigidas, casi sin distinción, tanto para los Templarios como para los Hospitalarios. Mientras se combatía al Islam, la posición del Temple le hacía casi inexpugnable para el odio y la calumnia, pero perdidos los Santos Lugares la Orden iniciaría su declive. Su poder y riqueza, lejos de defenderla, se convierten en el incentivo principal de sus adversarios: para el feudalismo, el Temple había sido indispensable, pero, para las grandes monarquías absolutas del naciente siglo XIV, su existencia suponía un inaceptable riesgo y una incitante presa...

Hasta el momento, lector, si hemos llegado hasta casi el final, queda claro que los Templarios —fueran o no culpables— se habían ganado bastantes enemigos; pero las

razones de éstos eran políticas, cuestiones de competencia religiosa, económica o militares, ni más ni menos; *pero en ellas no aparecen, ni por asomo, la sarta de atrocidades que los leguleyos de Felipe “el Hermoso” utilizarían pocos años después contra éstos.*

Felipe IV, por motivos muy distintos que el bien del Cristianismo o al causa de la Cruzada, había hecho ciertas gestiones para fundir ambas Órdenes rivales (Templarios y Hospitalarios) en la que se denominaría Orden de los Caballeros de Jerusalén, dependiente de la Corona francesa, y cuyo Gran Maestre sería un miembro de la casa real; como sabemos, tanto los Templarios como los Hospitalarios rechazaron tal proyecto. *Conocían muy bien la personalidad y obras del “Capeto”, cuya muy poco ejemplar biografía hablaba por sí misma... Ni que decir tiene, repare en ello el lector, que hasta el momento, no se sabe nada, absolutamente nada sobre la sordidez que, según él y sus inquisidores, era natural en los edificios del Temple... Finalmente, el Papa Nicolás IV (cuya muerte produjo una crisis de poder en la iglesia de Roma) dio por terminado el asunto.*

Al comenzar el nuevo siglo, la situación económica del rey francés es bastante desesperada; ya hemos mencionado² el que los Templarios eran banqueros también y hasta qué punto éste estaba endeudado con ellos... baste indicar la circunstancia de que si no podía pagar los intereses, difícilmente podría satisfacer el principal de la deuda, deuda cada vez más pesada y creciente. Por tanto, a Felipe IV sólo le restaban dos salidas: una, controlar la Orden (ya hemos visto que le resultó imposible) y la otra, acabar con el acreedor. “En 1307 el Gobierno francés había sufrido una serie de crisis financieras —recuerda Malcolm Barber—, siendo la más reciente la del año anterior, cuando se había decidido una revaluación bastante incorrecta de la moneda, en un intento de volver al «buen dinero» de San Luis. Aparte del gasto, este hecho había provocado un considerable descontento social, con revueltas en París y en varias ciudades de provincia”... y esto era lo último que el monarca podía permitirse...

Sabemos como fueron detenidos los Templarios de Francia (muy pocos lograron ponerse a salvo) y conocemos las acusaciones de jueces e inquisidores, las declaraciones de los encarcelados y la forma de conseguirlas... *Ahora bien, ¿eran legales los arrestos? ¿los interrogatorios correctos, dentro de las bárbaras prácticas de la época? ¿fueron juzgados conforme a derecho? ¿eran verdaderamente culpables...?*

—Yo —replicó el tribuno con imperturbable serenidad— *soy de parecer que si los cristianos son tan infames hechiceros como Calpurnio describe, deben ser exterminados hasta que no quede uno de ellos sobre la faz de la tierra...; bien que en este caso aún les dejaría yo un medio de salvarse.*

—¿Cuál? —preguntó Fulvio.

—*No permitir que tomasen parte en su persecución sino aquellos que pudiesen probar que estaban*

2 Véase *La Historia de los Templarios*, obra citada,

más exentos de crímenes que ellos. Por ejemplo: no consentiría que levantase sobre ellos la mano quien no pudiera hacer patente que jamás ha sido defraudador, borracho, mal marido, mal padre, mal hijo, libertino o ladrón, o cualquiera otra de esas cosas de que nadie acusa a los pobres cristianos...

Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas, Cardenal Wiseman

Por cierto, entre la multitud de infamias que fueron imputadas a los primeros cristianos, por los gentiles, figuraba la supuesta adoración de una cabeza... ¡de asno!... Ya se dará cuenta el lector, de que hay pocas cosas nuevas bajo el sol, y cómo en ocasiones, la historia parece repetirse...

Debe tenerse muy en cuenta que "lo legal" y "lo moral", forzosamente no tiene porque ir juntos. Arrestar, en aquellos tiempos, a cualquier pelagatos era un hecho que carecía de importancia; si la víctima era algún elemento del clero, de la burguesía o de la baja nobleza, con razón o sin ella, el asunto se complicaba un poco, pero el final solía ser parecido, ser arrojado en una mazmorra o entregado al verdugo, todo aquello, por corriente, daba poco que hablar; por otra parte, las críticas no eran buenas para la salud, y las buenas gentes se abstendían de hacerlas... Sin embargo, en este caso se trataba de apresar a los famosos monjes-guerreros, más temibles por su organización y por sus tácticas bélicas, que por su número, con no ser despreciable... Se imponía, pues, amigo lector, predisponer a la opinión pública contra ellos y disponer el arresto con el mayor sigilo posible, ya que la menor filtración daría al traste con tan aviesos propósitos...

Aunque muchos escritores, desde la disolución de la Orden, han dado pábulo a juicios desfavorables con respecto a la conducta de sus individuos, no aparece ningún indicio de semejante imputación en las obras publicadas antes de aquel acontecimiento. Muy al contrario, no solamente merecieron los Caballeros Templarios las reiteradas recomendaciones de los más encarnizados detractores de otros religiosos, sino que también vemos celebrados en los mejores términos su valor, su piedad y su caritativa munificencia, pocos años antes de su supresión, por los mismos que luego se convirtieron en sus crueles detractores. De fijo que de todo eso no resulta ninguna prueba de su inocencia, pero a lo menos deja sentada su inmaculada reputación, y manifiesta que las impresiones desfavorables que se han mantenido respecto de ellos por algunas autoridades en los tiempos modernos, se originan solamente de las mismas pruebas que se presentaron para justificar la condenación de la Orden, y no tiene otro fundamento en que apoyarse: como quiera, la índole y el verdadero valor de esa pruebas no admiten afortunadamente mucha discusión...

Los Caballeros Templarios, Alejandro Dumas

Se ha especulado acerca de que los Templarios estuviesen o no al tanto de lo que se tramaba contra ellos. De cualquier forma, la operación encaminada a apresarlos a todos en sus casas el mismo día y a la misma hora, tramada por Nogaret y sus esbirros, resulta asombrosa, por su precisión y resultados, para la época. Para algunos, los Templarios desconocían la maquinación, lo que si bien cuesta bastante de aceptar, no resulta

imposible. La expulsión de los jesuitas de España, durante el reinado de Carlos III, se hizo de forma parecida, y los primeros sorprendidos fueron los propios expulsos. Hay quien opina que los Caballeros sabían que algo se estaba tramando contra ellos, pero que todo aquello les pareció demasiado tremendo para ser cierto. Otros piensan que el Temple estaba al tanto de todo, lo que, bien pensado, no es imposible, pero cometieron el error de confiar en la protección del Papado, como había ocurrido otras veces, convencidos de que nada debían temer... Finalmente, algunos autores opinan que no sólo “estaban bien informados —así lo afirma Alejandro Dumas— de la conspiración que se iba fraguando contra su compañía, mucho tiempo antes de reducirseles a prisión. Una carta del Papa Clemente, de fecha 22 de agosto de 1307 (unos meses antes del suceso), testifica que el Gran Maestre y otros Caballeros de la Orden sabiendo que se les había denunciado, acudieron a él, no una, sino repetidas veces, en demanda de que se practicara una investigación sobre los puntos que se les acriminaban. Esta prontitud, esta ansiedad para hacer frente a los cargos que se les hacían, arguye de suyo en favor de su inocencia...”

Lo cierto es que, por aquellas fechas, el Pontífice escribe a Felipe IV poniendo en duda los cargos formulados contra la Orden, y aunque promete investigarlos, hace todo lo posible para darle largas al asunto. No puede oponerse abiertamente a un rey al que debe su tiara pontificia y al que está sumamente obligado por ello... Felipe sigue con su plan, y dado que la Inquisición está facultada en Francia para obrar, en determinados casos, sin consultar al Papa, se procede —en la fecha prevista— al arresto... Y no es casualidad que el Inquisidor de Francia, Guillermo de Paris, muy adicto al monarca, sea también su confesor.

Consideramos inútil insistir acerca de las acusaciones de jueces e inquisidores y los disparatado de ciertos testimonios. “Pero, en verdad —se pregunta Alejandro Dumas—, ¿qué podemos pensar de la fábulas forjadas en aquella ocasión, a no ser que se habían inventado para sorprender la fácil credulidad de unos tiempos de ignorancia, cuando contemplamos el confuso tejido de hechos horribles, burlescos e imposibles que forman su sustancia?...”

“...En una palabra, las acusaciones descargadas contra los templarios, a nada se parecen tanto en su carácter general, como a los cargos dirigidos contra la multitud de infelices que en nuestro país [se refiere, naturalmente, a Francia] y en varios otros eran condenados al fuego, por los imaginarios crímenes de brujería y sortilegio. Igual semejanza ofrece la manera con que en ambos casos se obtenía la evidencia o convicción de los hechos imputados...”

Decíamos poco antes, estimado lector, algo sobre “lo legal” y “lo moral”... Una cosa no tiene que ir forzosamente con la otra. Aunque hecho de sordidez inaudita, el arresto y proceso de los Templarios se procede o se procura proceder dentro de la más escrupulosa

legalidad... Se denuncian los hechos a la Inquisición, que —como es habitual en los casos de herejía— pide la intervención del “brazo secular”, con los resultados ya conocidos.

Cuando los legistas de la época deseaban afianzar el poder real recurrían —no podían por menos— al derecho romano; pero cuando se trataba de administrar justicia, recurrían al derecho del más fuerte. Según el primero, nadie era culpable hasta que no se demostraban los hechos y, en caso de duda, se actuaba “pro reo”; de acuerdo con el segundo, todo acusado era culpable, por el mero hecho de ser detenido y llevado ante un tribunal, y el uso de la tortura estaba ampliamente difundido para “inquirir la verdad”, y por aquello de “a confesión de parte, exclusión de pruebas”...

El resto del proceso, ya lo conocemos: se encarceló, se vejó, se torturó. No se permitió a los reos defenderse, ya que se temía lo que éstos pudieran declarar; por eso se les asustó, coaccionó y envió a la hoguera; además se utilizaron todo género de triquiñuelas legales o legalistas para privarles de un derecho que las leyes concedían incluso a los delincuentes comunes; la propia Iglesia formuló alguna tímida observación acerca “del uso excesivo de la tortura” ... ¡menos mal!, y el Papa, ante los hechos consumados, trataba de nadar y guardar la ropa. Ciertamente era que los Templarios, al menos en su mayor parte, en cuanto cesaban los suplicios y tenían ocasión, se desdecían de sus anteriores declaraciones; pero ahí estaban los inquisidores, que en estricta y escrupulosa aplicación de “lo legal”, les declaraban relapsos y los arrojaban al fuego. Sin pretenderlo, nos viene a la memoria aquel famoso comentario de Erasmo de Rotterdam de que *“a veces el exceso de justicia es la mayor de las injusticias”*...

Del contenido de la Bula “Vox in excelsis” se desprende que el Papa había llegado a creer en la culpabilidad de parte de los acusados, aunque más tarde redactó otra denominada “Considerantes dudum”, expresando numerosas reservas acerca de los juicios y sentencias de Felipe y sus inquisidores; es más, aunque tardía e ineficazmente, trató de sustraer a cuantos Templarios pudo de la “eficacísima” justicia del monarca. *Finalmente, la Orden del Temple fue “disuelta” por el Vicario de Cristo, en modo alguno “condenada”, ya que no le constó que ésta y sus miembros hubieran incurrido en tales delitos y herejías... Y de “disolver” a “condenar” hay una grandísima distancia. Por otra parte, las exhaustivas investigaciones realizadas en los demás países donde esta Orden se había establecido, no hallaron el menor indicio de culpabilidad, lo que no deja de ser cuando menos curioso, muy curioso...*

... Cuando la codicia se apodera del alma de los potentados ambiciosos, y la maledicencia halla eco entre el vulgo ignorante, la crueldad se desborda contra la justicia y la inocencia... Deploremos el trágico fin de esta Orden, más respetemos los altos e inescrutables designios de la Providencia.

Los Caballeros Templarios, Alejandro Dumas

Se mire como se mire, todo el procedimiento seguido contra los Templarios no se atuvo a derecho; constituyó un cúmulo de arbitrariedades y despropósitos que lo viciaron e invalidaron, y esto considerándolo desde el punto de vista de la época, lo que pone muy en duda la validez

de todos sus actos y sentencias. Nos permitimos recordar al lector el absurdo e infame juicio, motivado por razones políticas, contra la heroína Juana de Arce, y que años después la Iglesia sabía y justamente invalidó, por no ajustarse a derecho, rehabilitando a la víctima.

Ahora bien, si los Templarios eran culpables... (no negamos que entre ellos, como entre los miembros de cualquier colectividad hubiera elementos indignos de la capa blanca y de la cruz roja) ¿por qué se pensó en unirlos con los Caballeros Hospitalarios para constituir una nueva Orden y mezclar así, por las buenas, y con consentimiento de la Santa Sede, la cizaña con el trigo...?

Si los Templarios eran culpables... ¿por qué Felipe “el Hermoso” —personaje de muy poco ejemplar conducta— pretendía controlar la Orden, colocando al frente de la misma a un miembro de la familia real, si estaba compuesta por idólatras y pervertidos...?

Si los Templarios era culpables... ¿por qué antes de que S.S. Juan XXII les permitiese el ingreso en otras Órdenes, algunas, y entre ellas las más prestigiosas, habían abierto —sin reservar— sus puertas a hechiceros y herejes...?

Si lo templarios eran culpables... ¿por qué el ilustre monarca portugués Dionís, que ensanchó los límites del país, que promovió el desarrollo del mismo, que creó la Universidad de Coimbra y fue un literato insigne, iba a cometer la imperdonable atrocidad de transformar el Temple en la Orden de Cristo, si se trataba de los mismos perros con collar diferente...? Y, por último. Si los Templarios eran culpables... ¿por qué Juan XXII, defensor del principio de la superioridad de los Pontífices sobre los monarcas, iba a abrir de par en par las puertas de las Órdenes religiosas a individuos anticristianos y carentes de los más mínimos escrúpulos morales...?

“Cuanto más se examina la abundante cantidad de confesiones, más se reconoce que carecen totalmente de valor, impresión que queda confirmada por el hecho de que la acusación no puede obtener en modo alguno un testimonio abrumador sin recurrir a los métodos inquisitoriales”, tal como dice el historiador Lea. Y añade muy juiciosamente: “...lo que se impone en la conciencia del historiador no es un veredicto de duda, sino una sentencia de inculpabilidad”.

El enigma de los Templarios, Alejandro Vignati

Tenemos bastante religión para odiarnos, pero no suficiente para amarnos.

Jonathan Swift

La verdad no triunfa jamás, pero sus adversarios acaban por morir.

Max Planck

Donde hay poca justicia es grave tener razón.

Francisco de Quevedo

LOS OTROS TEMPLARIOS

Entre los antiguos judíos no faltaron ni partidos políticos ni sectas, en el más estricto significado de la palabra. De entre las diferentes disidencias, la más misteriosa, y desde luego, la más religiosa, fue la de los Esenios. Ignorada en el Antiguo y Nuevo Testamento, se la conoce casi exclusivamente a través de testimonios de “segunda mano” y, frecuentemente, hostiles a la misma (historiadores hebreos Filón el Judío y Flavio Josefo, y el romano Plinio el Viejo). Esta situación cambió completamente tras el descubrimiento de los famosos manuscritos, procedentes de su cenobio de Qumrán, cerca del Mar Muerto (1947).

Al igual que los Fariseos, estos Esenios eran producto del movimiento de los Asideos apocalípticos (que propugnaban mayor rigurosidad en cuestiones religiosas). En la práctica, era como una continuación de este movimiento, pero en su forma más radical.

Con la mentalidad de nuestro días resulta bastante difícil imaginar una secta que asumiera las exigencias de la piedad con más fervor y seriedad, rayana en la intransigencia, que los Esenios, que se consideraban verdaderos santos del desierto, “*una stirpe solitaria*”, escribió Plinio, “*y rara como nadie más en el mundo*”. Vivían en comunidad, y el fin último de la misma era la santificación de sus miembros por la práctica de las virtudes. Su organización era de tipo monástico, con la práctica de la obediencia, la castidad (había, no obstante miembros casados) y la comunidad de bienes. Combinaban su identidad dos elementos básicos: primero sus sacerdotes, que eran los “auténticos Hijos de Sadoc”, arrojados del Templo por los renegados que lo controlaban, y segundo, estaban hondamente compenetrados de una visión apocalíptica del mundo.

El ingreso en esta comunidad estaba precedido por una año de postulado y dos de noviciado, con unas normas disciplinarias durísimas. Sus prácticas peculiaridades consistían: en el trabajo, la estricta observancia del sábado, preocupación escrupulosa de la pureza legal a base de repetidos baños rituales, y disposición para hacer la guerra si era preciso. Se conoce la existencia de un *Manual de Disciplina* (Reglas) y otros documentos, aunque hallan llegado incompletos hasta nuestros días. Gracias a estos “libros” (en realidad se trataba de “rollos”, se conocen bastantes datos sobre la organización de la comunidad, las normas para el ingreso, los diferentes grados de pureza, y las reglas para el desenvolvimiento de la comunidad y su rutina ordinaria, y uno de sus libros apocalípticos, la *Guerra de los Hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas*, parece adjudicar el papel de “hijos de las

tinieblas” al ejército romano, por lo que no vacilaron en unirse a las diferentes rebeliones contra Roma, especialmente, la del año 66 d.C.

Según sus creencias, el mundo se dividía en dos conceptos diametralmente hostiles: las fuerzas de la verdad y de la rectitud, representadas por los hijos de la luz, y los hijos de las tinieblas, que simbolizan la fuerza del mal. Cada parte de esta dualidad, estaba representada por un Príncipe de la Luz, la primera, y por el Ángel de las Tinieblas, la segunda. Entre ambos bandos existía una incesante pugna en todos los niveles. Sin embargo, la victoria final sería para las fuerzas del bien. Como ocurre en todas las visiones apocalípticas, los elegidos (que serían los victoriosos) alcanzarían la paz y la felicidad eternas, que serían negadas a los ruines.

Pero dado que la espiritualidad esenia no era puramente ritualista y externa, como la farisaica, sino interna, fundada en la entrega del corazón, se retiraron a los desiertos para ofrecer un culto espiritual, dándose el nombre de Nueva Alianza. A juicio de esta secta, el hombre está perdido en una ciénaga de pecado de la que le resulta imposible salir. *“Yo pertenezco —leemos en uno de los rollos de oraciones— a la humanidad infame, a la multitud de carne sacrílega. Mis pecados, mis transgresiones, mis faltas, junto a la corrupción de mi corazón, pertenecen a la muchedumbre de las sabandijas y de aquellos que caminan en las tinieblas.”*

Porque tienen la visión de un mundo podrido, huyen al desierto para preparar allí *“los caminos del Señor”* (como decía Juan Bautista), y dado que el “gran día” estaba próximo, debían estar preparados para ello, con sus almas purificadas y sus cuerpos curtidos, *dispuestos por completo a ocupar sus lugares como soldados del ejército de Dios.*

El fundador de la comunidad de Khirbet Qumrân (situada a 2 km de la orilla noroeste del Mar Muerto) fue un sacerdote asideo, con toda seguridad descontento con la adjudicación del título de Sumo Sacerdote, quien se retiró a este lugar con sus seguidores (entre los años 134-104 a.C.), ostentando el título significativo de “Maestro de Justicia”, durante el reinado de Juan Hircano, y que —según los indicios— era tenido por sus seguidores como “el profeta de los últimos días”. Las excavaciones arqueológicas en Qumrân han permitido reconstruir, con bastante aproximación, la historia de la comunidad que vivió allí, hasta su destrucción en el 68 d.C. Estos esenios, no sólo no se doblegaron ante los requerimientos de las autoridades religiosas “oficiales” de Jerusalén, sino que se aplicaron a la difícil tarea de configurar el futuro de una nueva “orden monástica”.

Muchos estudiosos siguen a Josefo y a Plinio, en cuanto a establecer una distinción entre los Esenios “monásticos”, propiamente dichos, y los “asociados” (o casados, que no renunciaban a su vida familiar), y los propios textos de Qumrân demuestran, en principio, que esta distinción es correcta. El *Manual de Disciplina* contiene, por ejemplo, reglas y

normas para los miembros de la comunidad que vivían lo que era prácticamente una existencia “monástica”, en tanto que el denominado *Documento de Damasco* (entre otros textos) da por sentada la existencia de miembros de la comunidad casados. Por supuesto, si hemos de dar crédito a Flavio Josefo y a los propios rollos de Qumrân, esta comunidad no era la única, pero sí el centro o uno de los centros esenios. Ciertamente, los que hacían vida “monástica” practicaban una propiedad comunitaria de bienes y vivían en celibato. Pero lo que movía a los Esenios a adoptar tan particular modalidad de vida no tenía nada que ver con el ideal del celibato en el sentido cristiano de la palabra, sino más bien se debía a consideraciones de carácter sacerdotal y ritual, ya que creían que el culto público en Jerusalén era celebrado por unos sacerdotes indignos y con arreglo a un calendario erróneo.

Muy probablemente aquella vida comunitaria servía a los Esenios como sustituto del culto de Jerusalén. Incluso se ha llegado a sugerir que pudieran disponer de algún santuario que hiciera sus veces y en el que ofrecían sacrificios cruentos. Tales ritos, con o sin sacrificios, servían para reemplazar entre los miembros de la comunidad los del templo de Jerusalén hasta que, al fin de los tiempos, sus sacerdotes pudieran sacrificar en él, según sus propios perceptores. Por tanto, aunque desde el punto de vista de su estructura sacerdotal la comunidad de Khirbet Qumrân pudiera, con propiedad, llamarse “orden”, esta estructura estilo “orden” no reflejaba un ideal ascético comparable con el monasticismo cristiano.

Tampoco la valoración de la pobreza como virtud debe ser interpretada según el ideal monástico cristiano, aún cuando esta circunstancia fuera considerada virtuosa y signo de fidelidad a la alianza. Ya en un texto del siglo VI a.C., los favoritos de Dios eran llamados “pobres y constrictos de espíritu”, término que continuó usándose, aunque en la forma abreviada de “pobres de espíritu” (remitimos al lector a Mateo, 5-3) en esta y otras comunidades afines, fue utilizado como uno de los nombres de sus miembros. En su regla se lee: “Y El (Dios) confiere firmeza a los de rodillas débiles y fuerza en las costillas de aquellos cuyos cuellos están acostumbrados a los golpes; y a través de los “pobres de espíritu” (*aquí aparece una laguna en el texto*)... los de corazón obstinado; y a través de aquellos de conducta perfecta todo el pueblo de iniquidad será destruido...” Queda claro, pues, que los “pobres” son también los “elegidos” y, en este sentido son “pobres de espíritu” aquellos que pertenecen a la congregación adecuada.

El carácter sacerdotal de los integrantes de esta y otras comunidades esenias también resulta evidente sabiendo que, según el *Manual de Disciplina*, se consideraban ellos mismos como el “*Santuario para Israel y el Santo de los Santos para Aarón*”, y sus ministerios más importantes, por tanto, quedaban reservados a los sacerdotes. Como ya hemos apuntado, la comunidad de bienes y la abstinencia sexual no eran fines en sí mismos; eran, más bien, consecuencias de la estructura sacerdotal de la comunidad. Según la Regla de la Congregación, los miembros de la misma debían consagrarse —mediante purificaciones y continencia— durante tres días cuando tuviera que efectuarse alguna convocatoria a un juicio, una

consulta común de cierta trascendencia o decidir entre la paz y la guerra... “Bajó a la montaña Moisés a donde estaba el pueblo, y le santificó, y ellos lavaron sus vestidos. Después dijo al pueblo: «Aprestaos durante tres días y nadie toque mujer»...” (Éxodo, 19-13/14).

El resultado de aquella rígida organización fue una secta que más que otra cosa recordaba a una legión romana, en cuanto a grados y administración. Dado que los Esenios se consideraban soldados de Dios (los miembros de “pleno derecho” vestían una túnica blanca de lino, a modo de uniforme), se dedicaban, sin perjuicio de otras actividades, manuales, espirituales o intelectuales, a fortalecer sus cuerpos y espíritus con vistas al combate. Por lo que sabemos sobre Qumrân, y seguramente ocurría otro tanto con las demás comunidades, estos monasterios tendían a la autosuficiencia.

Con el fin de asegurar el bienestar espiritual de la comunidad, los adeptos debían someterse periódicamente al examen de sus superiores. En ocasiones, toda la comunidad debía reunirse solemnemente para confesar públicamente sus faltas, recibir la bendición de sus sacerdotes y escuchar las exhortaciones de éstos. En cuanto a los transgresores, se les castigaba en proporción a la falta cometida. Las mayores sanciones consistían en degradación o la expulsión temporal o perpetua. En tiempos de Jesús, la secta había florecido y se expandió rápidamente, llegando a contar con varios miles de miembros de “pleno derecho” y otros muchos casados, que procuraban vivir con austeridad y mantenían vivos los ideales de la misma, y no faltan testimonios, entre ellos los de Flavio Josefo, que les eran favorables. “*Se reservan su justa indignación —observaba—, y son dueños de su carácter, campeones de la fidelidad y verdaderos ministros de la justicia.*”

Los miembros propiamente monásticos se adherían a la propiedad comunitaria de bienes tan estrictamente que no les era permitido aceptar nada, ni siquiera comida o bebida de los que no pertenecían a la secta (de ahí, la gravedad del castigo de la expulsión) sino habían sido adquiridos por la misma. A los miembros casados, y que, por tanto, no estaban sujetos a este régimen, les estaba permitida la propiedad privada, tal y como lo demuestra el citado *Documento de Damasco*, en el que se requiere a éstos para que contribuyan con un mínimo equivalente a dos días de su salario mensual a las obras de la secta dedicadas al bienestar social. La prohibición aparecida, en este mismo *Documento*, de obligar a criados, sirvientes o asalariados a trabajar en sábado, revela que no solamente la propiedad privada, sino que también la estructura social de la época era válida para estos miembros casados y con familia de la comunidad esenia.

El trazado de los cementerios descubiertos en la inmediaciones del cenobio de Qumrân evidencia que el ideal sacerdotal de la purificación ritual fue lo que condujo a la estructura más bien “semimonástica” de los Esenios. Los miembros de “pleno derecho” (hombres) eran inhumados en una necrópolis situada al este del mismo; salvo escasas excepciones, las tumbas

aparecen muy cuidadas u orientadas siguiendo el eje norte-sur, y sin ofrendas. Algo más alejado, había otro, con sepulturas de mujeres y niños, algo menos cuidado, y con algunas ofrendas en las fosas, lo que hace pensar que fue utilizado como lugar de enterramiento de miembros de la comunidad aún no aceptados en “plenitud de derechos” (es decir, que no habían superado el período de iniciación) o de adeptos casados y sus familiares.

La comida ritual era el rasgo principal de la comunidad esenia. Estaba presidida por un sacerdote y a ella sólo podían acudir los miembros totalmente integrados. La alimentación era sana, aunque frugal, desempeñando papel especial el pan y el vino, aunque no resulta fácil pretender establecer comparaciones con el “ágape” de los primitivos cristianos y menos aun con la Eucaristía, al no suponer la conmemoración de ningún acontecimiento salvífico.

La doctrina dualista, según la cual todo el universo y en el hombre ocurre según un plan de creación que aporta dos fuerzas igualmente intensas —una de luz y de oscuridad la otra—, era también (como ya hemos visto) típica de Qumrán. El conflicto continuo entre ambas fuerzas sólo concluirá con la victoria del bien y de la luz, al final de los tiempos. Sobre ambas fuerzas se halla el Dios único; ya que, pese al dualismo esenio, el monoteísmo jamás fue puesto en tela de juicio, tal y como se lee en la Regla de la secta: “*en el tiempo fijado para su visitación (Dios) exterminará el mal para siempre*”.

“Los Asideos, pese a su estricta convicción de que la decisión final radicaba únicamente en Dios —afirma Kurt Schubert—, creían que desempeñarían un papel activo en el drama final; los Esenios de Qumrán esperaban manifiestamente una guerra escatológica de venganza en la que ellos serían el instrumento de Dios para aplastar a los enemigos tanto de Dios como de los propios Esenios. La prueba documental más explícita acerca de este punto es la llamada «Regla de la Guerra», pero también en otros textos de Qumrán hay pruebas claras e irrefutables de la idea de una guerra vindicadora y de odio el enemigo, como consecuencia de una ideología escatológica.”

No creemos necesario insistir acerca de las similitudes¹ observadas entre la organización interna y externa de los Esenios y la del Temple. Roma hizo que estos sectarios se dispersasen; pero lo que resulta evidente, y así lo demuestra la Historia, es que no pudo acabar con ellos. Nada impide suponer que, en Jerusalén, los primeros Templarios, siempre en contacto con sabios, alquimistas y cabalistas de todos credos y razas, se relacionasen con algunos herederos de los monjes de Qumrán... El resto no es difícil de imaginar...

Cabe definir el misticismo como: un estado extraordinario de perfección religiosa, que consiste en lo esencial en cierta unión inefable del alma con la divinidad por el amor, y que accidentalmente va acompañado de ciertas manifestaciones, como éxtasis y revelaciones.

1 Véase *La Historia de los Templarios*, obra citada,

El fenómeno del misticismo es común a todas las grandes religiones de la humanidad, y está basado en la insatisfacción de individuos o colectivos ante las soluciones y medios que éstas les ofrecen, y en el deseo de una más directa y personal comunicación con la deidad. En el caso concreto del Islam, junto al “oficial”, se fueron desarrollando casi desde sus orígenes, “otras” formas de Islam más popular e interiorizado al mismo tiempo, y que permite a los creyentes establecer más íntimas relaciones con Dios y buscar sentido oculto de la revelación.

Los místicos musulmanes reciben el nombre de sufíes por la vestimenta de lana blanca (*suff*) que usan. Pretenden unirse a Dios y apartarse del mundo —al que consideran como una pura apariencia—, mediante prácticas piadosas, meditaciones, éxtasis, letanías rituales, danzas, etcétera. *En sus inicios, esos místicos recibieron una notable influencia del cristianismo*, adoptando la forma de vida y las devociones de los monjes que optaron por llevar una vida de soledad en las zonas desérticas de Egipto y Siria (eremitas).

Desde los primeros tiempos del Islam, los místicos se agrupan bien en cofradías (*tariká*), bien en conventos o escuelas (*tekke*), erigidos por lo general en torno a la tumba de algún santo y bajo la autoridad de un maestro (*sayí*), encargado de mostrar a sus discípulos el camino que deben seguir. Normalmente están abiertos a los peregrinos. Otros conventos, los famosos *ribat*, se construyeron en zonas fronterizas y temporalmente aceptaron combatientes voluntarios de la fe, para cumplir el deber de hacer la “guerra santa”. Estos *ribat* fueron a menudo lugar de albergue para las caravanas, así como puestos de vigilancia para prevenir posibles ataques, siendo habilitados como refugio para las poblaciones amenazadas. En estos centros religiosos se formaron también cofradías, dependientes del fundador del convento, cuya conducta, enseñanza y sistema debían imitar los cofrades (“derviches”) para lograr la perfección. A éstos les estaba permitido disfrutar de la vida familiar, aunque siempre estuvieron sometidos a una observancia rigurosísima. Esta célebre hermandad de los “derviches” fue fundada en el siglo XIII en Konya (Turquía) por Djalal ud Din Rumi. Frecuentemente, vestidos con largas túnicas blancas, ejecutan danzas circulares, mientras repiten constantemente el nombre de Allah (*dhikr*), lo que les permite entrar en una relación cósmica con Dios.

Acerca de los citados monjes-guerreros musulmanes, nos permitimos trasladarnos, con la venia del lector, a la España Omeya, porque las observaciones que vamos a formular sobre su aparato militar, las estimamos válidas para Tierra Santa y otros lugares fronterizos conflictivos.

Desde los primeros tiempos de la invasión hay que añadir, junto a las tropas regulares nacionales y más tarde mercenarias, contingentes de refuerzos extraordinarios compuestos precisamente por estos voluntarios combatientes de la “guerra santa”, que participaban en las

campañas movidos por la fe, sin cobrar sueldo ni beneficiarse del botín. Recibían el nombre de “al alribar” porque algunos, incluso en tiempos de paz, se ofrecían a adscribirse a las guarniciones fronterizas, “rábitas”, para la defensa de la línea divisoria. Los morabitos llevaban en estos conventos amurallados fronterizos una vida ascética combinada con la práctica de las armas, pero no hay noticia de una estructuración interna semejante al de los órdenes militares cristianos. La más celebre de las “rábitas” se elevaba frente a Huelva, en el mismo lugar del actual monasterio de la Rábida, su heredera...”

El ejército de Al-Andalus, María José Hermsilla

“...La cosa no deja de ser curiosa, pues, mientras en el ámbito cristiano —observa García Atienza— no existen textos claros que promuevan el combate como una forma específica de santidad, en el Islam, precisamente entre aquellos contra quienes se volcó la ira divina de la Iglesia, si existía, y desde sus orígenes coránicos, este tipo de preceptos. El Corán, el libro sagrado del pueblo contra el que se lanzaron las huestes cristianas a la reconquista de la Tierra Santa, está repleto de estas llamadas a lo largo de todo su texto...”

¡Combatid a quienes no creen en Dios ni en el último Día ni prohíben lo que Dios y su enviado prohíben a quienes no practican la religión de la verdad entre aquellos a quienes fue dado el Libro! Combatidlos hasta que paguen la capitación por su propia mano y ellos estén humillados...

... Combatid a los asociadores sin cuartel al igual que ellos os combaten sin cuartel: sabed que Dios está con los piadosos...”

El Corán

Cumplir abiertamente los preceptos del Corán, convirtiendo la guerra en “guerra santa” (*yihad*) y afrontar la batalla como una serie de ejercicios encaminados al alcance del perfeccionamiento espiritual, era algo tan extraño para los cristianos que ni siquiera se les había pasado por la cabeza.² Así, al aparecer en Jerusalén unos cuantos caballeros que se autoproclamaban cristianos y monjes, y, al tiempo, afirmaban estar dispuestos al combate, era algo que se les hacía, por antitético, cuesta arriba a la mayor parte de las gentes, y era algo tan insólito que, o bien debía aceptarse “porque sí” o bien, en caso contrario, se imponía la búsqueda de sus orígenes estructurales en otras fuentes... *y esas otras fuentes habían tenido éstos y otros precedentes... y esos precedentes y modelos estaban ahí, ante quien se tomase la molestia de estudiarlos, y salvadas las naturales diferencias, asimilarlos y adaptarlos...*

Precisamente, entre las principales sectas ismailíes, había algunos grupos empapados de un espíritu monástico muy similar —en muchos aspectos— al de los cristianos (sin embargo, la vida monástica había sido proscrita por el Profeta: “No haya monjes en el Islam;

2 Véase *La Historia de los Templarios*, obra citada.

la “guerra santa” es el monaquismo del Islam), donde se daba la presencia, ya mencionada de monjes-guerreros, que alternaban sin solución de continuidad la devoción islámica con el ejercicio de las armas... Sus conventos serán auténticas fortalezas, sus miembros, los más aguerridos y peligrosos combatientes con los que podían medirse los cruzados, al mismo tiempo que los más fervientes cumplidores de los preceptos coránicos... Estos hombres eran temidos y respetados por los califas, que sabían perfectamente que cualquier falta de devoción podía fatalmente enfrentarles con ellos y con su integrista riguroso. Y curiosamente, se daba la circunstancia de que constituían, al mismo tiempo que una fuerza de choque imparable, una sociedad repleta de misterios y secretos, rigurosamente guardados por sus miembros...

El tal vez aguerrido grupo de estos fanáticos defensores del Islam fue el de los “ashas” o “ashaschins” (“fumadores de hashish”), que ya hemos mencionado. Entre los cristianos solían ser más conocidos con el nombre (de origen francés) de “asesinos”, ya que los adeptos de la secta se valían de este narcótico para disfrutar en vida de un anticipo de las delicias del paraíso prometido por el Profeta, y también para darse ánimos cuando llegara el momento de la prueba, ya que el ingreso en la secta comportaba el juramento de dar muerte a todos aquellos que los dirigentes de la misma estimaran y señalaran como enemigos. Una vez integrados en la misma, estos agentes recibían un nombre, que a todos nos suena, por su actualidad, el de “fedayin” (“los que han sacrificado su propia voluntad”).

Dado que la mayoría de los textos de la secta han desaparecido, no se sabe gran cosa sobre su organización, habiéndonos llegado noticias sobre ésta por historiadores locales y a través de cronistas cristianos y viajeros medievales, desde el abad Arnoldo de Lübeck hasta el veneciano Marco Polo, pasando por Guillermo de Tiro, uno de los historiadores de las Cruzadas, o por Juan de Joinville, que acompañó a San Luis de Francia en las suyas. Sus guías era un grupo de notables que profesaban una filosofía panteísta muy evolucionada; no ordenaban los asesinados y actos terroristas como parte de un ritual religioso, sino por sus conveniencias políticas. Sus conventos —aunque no eran tales, en el sentido de la palabra— eran auténticas fortalezas prácticamente inexpugnables, que recibían el nombre de *ribats* (ya mencionados), y en ellas, sin necesidad de promesas ni votos, se entrenaban los Asesinos en las prácticas devotas y en el combate, pero, especialmente en una disciplina que les hacía obedecer ciegamente cualquier orden que recibieran de sus dirigentes, aunque su cumplimiento comportase la muerte segura de quien la cumpliera.

El fundador de la “orden” (mejor sería hablar de “sociedad secreta”) fue Hassan ibn el-Sabbah (siglo XI), en algún lugar de la Persia oriental; desde allí se fue extendiendo por el norte del Irak actual, hasta las regiones montañosas de Siria y Líbano, teniendo una vida bastante floreciente hasta el siglo XIII. Los continuadores de el-Sabbah, entre ellos, el célebre Rashid el-Din el-Sinán (más conocido como el “Viejo de la Montaña”), continua-

ron su política, para la que fue creada la secta: hostigar a los abbasíes y a sus aliados, y, en general, a todos cuantos eran considerados enemigos del ideario que defendían.

La invasión de Persia por los mongoles supuso un terrible golpe para los Asesinos, ya que en realidad éstos opusieron tenaz resistencia a tan feroz enemigo, que acabó aniquilándoles. Por su parte los mamelucos (enemigos no menos terribles) terminaron con los que todavía quedaban en Siria, cayendo Alamuth (Massyad), su principal fortaleza, en 1272, lo que no supuso el final de los ismaelitas y podemos pensar que tampoco el de los Asesinos... Los descendientes del persa ib el-Sabbah, su fundador, siguen, en nuestros días, siendo objeto de veneración por parte de los actuales ismaelfes, quienes les distinguen con el muy conocido título de Aga Khan...

Los “ashaschins” no ocultaban su naturaleza. Los cronistas describen las características de su “uniforme” o “hábito”, compuesto de túnica blanca y una faja de lana roja... Curiosamente, los Caballeros Templarios, al adoptar su hábito, pusieron de relieve los mantos blancos y las cruces rojas pateadas, lo que tal vez no pasase de pura coincidencia. Se tiene documentación, procedente de crónicas tanto cristianas como islámicas, que atestiguan las relaciones amistosas —aunque sólo fueron eventuales— de la Orden jerosolimitana con los monjes guerreros del Islam, a los que algunas veces recibieron en sus dependencias, e incluso, les permitieron orar en su antiguo santuario de La Roca, pese a haber sido cristianizado y convertido en el templo madre del Temple, sobre cuyo modelo fueron edificados muchos más en los lugares donde ejercieron su influencia en Europa.

No vamos a insistir sobre las ceremonias de admisión de nuevos miembros en la Orden Templaria, ya se describieron en la primera parte de nuestra obra, salvo recordar que se trataba de una ceremonia magnífica, calcada de los más antiguos ritos místéricos, y que creaba en el nuevo Hermano una impresión espiritual difícilmente olvidable. Cuando, tras haber superado un período de prueba y de purificación, el aspirante era declarado apto, se le sometía, por parte del Comendador a un largo interrogatorio, debiendo responder a cada una de las preguntas con un “*Sí, Señor, si Dios lo quiere*”, y “*¡Dios lo quiere!*”, era el grito de los primeros cruzados... pero también era el “*Inch Allah*” de los Asesinos...

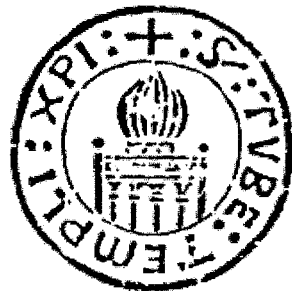
Un hecho bastante extraño, por cierto, y nunca bien aclarado (1173), motivó que los Templarios y Asesinos, hasta entonces encarnizados adversarios, se conocieran mejor. Fue durante el maestrazgo de Eudes de Saint Amand, «hombre felón y orgulloso», según el arzobispo Guillermo de Tiro (que profesaba gran animosidad hacia el Temple), aun cuando la Historia demostrase que Saint Amand tuvo una actuación tan digna como noble. El caso es que los jefes de las sectas, que imperaban en Massyad sobre veinte poblados, varias fortalezas y alrededor de 60.000 feroces guerreros ismaelfes, tenidos por los más famosos del mundo islámico por su astucia, su fuerza y su audacia, enviaron un

embajador al monarca de Jerusalén, Amalrico I, para negociar el que les liberase del pago de los elevados tributos que la secta, desde hacía algunos años, venía pagando al Temple.

Amalrico recibió al embajador, que según Guillermo de Tiro, posiblemente deseaba hacerse cristiano, y cuando éste regresaba, cargado de presentes, cayeron unos Templarios, mandados por el Caballero Gualterio de Mervil, sobre él y su comitiva, dándole muerte... No estamos en condiciones de pronunciarnos, pero todo esto se nos hace bastante raro... El rey, enfurecido, exigió la entrega de los responsables, a lo que Saint-Amand se negó, invocando la protección de la Santa Sede. Pero Amalrico, lejos de cejar en su empeño, asedió la encomienda de Sidón para arrestar a los culpables, y se disponía a adoptar más drásticas medidas contra el Temple —se le atribuye el haber proyectado su disolución—, cuando meses después le sorprendió la muerte, a los 39 años... “Parece—observaba Malcolm Barber— que el Gran Maestre creyó que las inmunidades de que gozaba la Orden se referían a los delitos individuales de los Templarios y que no entraban en la jurisdicción secular. La realidad es que los hombres del rey capturaron a los Templarios acusados del crimen y los encarcelaron. Pero la imagen de fanatismo, soberbio y arrogante individualismo que el episodio crea en las mentes de los lectores persiste todavía en los modernos estudios sobre el Temple..”

Sea como fuere... “Se conocieron (Templarios y Asesinos) y se mataron —anota Alejandro Vignati— pero, en cierto modo, se confundieron algunos de sus miembros, y por así decirlo, de alguna forma, se amaron...”

A partir de este punto, cabe preguntarse... Los Templarios, ¿siguieron siendo los Templarios?... ¿O son la secta del Temple?



Apelando a la paciencia del lector, nos permitimos volver sobre las similitudes de las organización del Temple y de esta secta de místicos y guerreros, aunque, tal vez, seguramente, ciertamente, no pasaron, como pudo haber ocurrido con la de los Esenios, de meras coincidencias, y no es bueno “buscarle tres pies al gato...” (nos encontraremos que tiene cuatro)... Los aborígenes de Australia y los antiguos egipcios tenían una cosa en común, el bumerán... y nadie se le ha ocurrido pensar que los unos lo aprendieron de los otros... Los movimientos místicos siempre tienen algo en común, aunque se reproduzcan en religiones diferentes e incluso contrarias, y se producen mutuas influencias; así, la España musulmana —donde el sufismo tuvo bastante importancia, recordemos que uno de sus más notorios representantes, ibn Arabi (1165-1241), era natural de Murcia—

influyó sobre la España cristiana y huellas del misticismo islámico pueden rastrearse en los textos de los grandes poetas religiosos del siglo de Oro.

Y, aunque se trata de un hecho que ha sido un tanto pasado por alto por los actuales historiadores, como en su día lo fuera por los cronistas contemporáneos, nos tomamos la libertad de aportar una noticia que podría convertirse en una prueba más de las buenas y a la vez misteriosas relaciones que debieron unir (y unieron) a los Templarios con estos monjes guerreros islámicos. Después de la conquista de Toledo, el Temple recibió para su custodia la fortaleza de Calatrava, Ciudad Real (por cierto que el nombre de “Calatrava” es la castellanización del árabe “Kalat Ribat”, que viene a significar “Castillo-Convento”). Pues bien, tras varios años de haberla conservado en relativa paz, los Templarios se declararon impotentes para seguir cumpliendo en ella su misión (lo que nos parece bastante raro, dada su regla y su actuación en la lucha contra el Islam) y la abandonaron, episodio que dio lugar al nacimiento de la Orden de Calatrava, que acogería a muchos Templarios y recibiría parte de los bienes del Temple, tras su disolución. Y como decíamos, nadie puso en duda el valor ni la lealtad de estos esforzados Caballeros, que siguieron en la Península Ibérica combatiendo contra los musulimes, y que en las Navas de Tolosa, 16 de julio de 1212, tuvieron —como sabemos— destacadísima actuación contra un grupo integrista nacionalista (de origen persa) y de gran poder: los almohades o “unitarios”.

Resulta muy difícil saber hasta qué punto fueron estrechos los contactos entre Templarios y Asesinos, por lo que, en todo caso, sólo podemos hacer conjeturas que, por más verosímiles que resultaran, siempre o casi siempre carecerían de pruebas documentales; por ejemplo, todas aquellas que pudieran proporcionar alguna pista acerca de una muy posible expansión secreta del consumo de determinadas drogas, ya fuera con finalidades rituales o místicas.

“No cabe duda, recuerda García Atienza, de que una parte sustancial de la experiencia alquímica medieval —curiosamente heredada del Islam— iba encaminada a la transmutación espiritual del individuo, a través del hallazgo de sustancias que propiciarán la exaltación trascendente de la conciencia”.³ Y siguiendo con este ejemplo, podríamos recurrir a otros, la presencia de los elementos iconográficos sospechosos, aunque sea ir demasiado lejos y perdernos en un dédalo de lucubraciones, no puede hacer sino llamar todavía más la atención sobre autenticidades difíciles de ser probadas... Así nos encontramos con la sorpresa de un típico crucero medieval en la localidad cacereña de Portezuelo (¿...portillo o puerta pequeña?, o simplemente diminutivo de “puerto”), a la vera de la antigua fortaleza templaria que domina el caserío, y cuya cruz está rematada —tanto en sus brazos como en la cúspide—, por lo que parecen ser frutas de adormidera (planta papaverácea, procedente de Oriente, de flores grandes y hojas abrazadoras, de cuyo zumo

3 Véase el capítulo “Alquimia y piedra filosofal”.

se extrae el opio)... lo que, tal vez, no quiera decir nada y no pase de simple casualidad; por ejemplo, el escultor, trató de representar una parra, que también es probable, y está más de acuerdo con la tradición cristiana... En todo caso, no tenemos noticia de que, entre las múltiples y disparatadas acusaciones que Felipe "el hermoso" y sus esbirros formularon contra los Caballeros Templarios, figurase la de consumir y propagar el uso de sustancias estupefacientes, cualquiera que fuese su finalidad, incluso como parte de algún tratamiento médico... Preferimos, por tanto, no pronunciarnos, y tras recordar al lector que "las cosas son como son y no como parecen", le dejamos que saque sus propias conclusiones.

LA SUPERVIVENCIA DEL TEMPLE

“La historia y las leyendas afirman que, sin embargo, no todos los «diablos de la capa blanca» fueron muertos (nos referimos, naturalmente a los sucesos ocurridos en Francia). Algunos fueron suficientemente hábiles como para conseguir huir y refugiarse en diferentes lugares de Europa, especialmente en las Órdenes de Caballería...

“...Sería así —escribe Fernández Urresti— como los secretos herméticos del Temple fueron pasando de caballero a caballero a lo largo de la historia. Y también sería así como esos secretos llegaron a nuestros días. Puesto que la Orden seguiría viviendo, según estas versiones...

“...Seguirían existiendo los Templarios, según algunos autores. Y lo harían en secreto, como por otra parte no puede ser de otro modo en una Orden iniciática, ¿su misión? Todo un misterio. ¿Defender aún el Santo Sepulcro? Quien lo sabe...”

Antes de plantearnos la supervivencia de la Orden, cabría plantearse si hubo tal supervivencia. Para unos, los más, la hubo; para otros, todo concluyó consumido por el fuego de los inquisidores, la noche de un lunes 18 de marzo de 1314... Así lo afirma Joseph de Maistre, en frase tan corta como demoledora: *“El fanatismo los creó, la avaricia los destruyó; eso fue todo”*.

A partir de esta fecha, ya no se dispone de material, ya sea oral o escrito, fehaciente, por lo que todo se reduce a leyendas, teorías, imposturas —que no han faltado— e hipótesis no siempre merecedoras de crédito. Tratar de describir, ni siquiera sucintamente, las vicisitudes de los supuestos continuadores de la Orden del Temple, desde 1314 hasta nuestros días, es labor ardua y extensísima, hasta el punto de merecer por sí sola un libro, y aún así, no creemos que aportaríamos nada a los ríos de tinta que se han vertido al respecto, por lo que nos limitaremos a unas cuantas páginas.

Si en la actualidad, Felipe IV de Francia, disponiendo —como es lógico— de todos los extraordinarios medios del moderno Estado francés, se hubiera propuesto acabar con el Temple, estamos más que seguros de que los resultados de su maquinación habrían sido ciertamente satisfactorios, por supuesto, mucho más que en su época; pues bien, ni aún así habría podido detener a “todos” los Templarios de su reino... Por otra parte, con alguna excepción, como la de Navarra, ligada a la política francesa, los restantes templarios,

aunque en precaria situación, seguían libres, en espera de lo que el Papa y los reyes decidiesen sobre su muerte. “El Temple, en buena parte —comenta García Atienza—, permanecía en libertad, sus comendadores se reunían cuando lo consideraban oportuno, los freires vivían en sus castillos, celebraban sus capítulos y hasta mantenían contactos entre los miembros de los distintos estados, tratando casi con absoluta seguridad de decidir cómo afrontarían el futuro... Por otra parte, en la mayoría de los reinos donde la Orden estaba firmemente establecida, y aunque los Templarios fueron libres a la hora de moverse y reunirse, subsistía el problema de unos soberanos cristianos, obedientes sin excepción a las órdenes emanadas de Roma. Había reticencias, si no sospechas —y no hay sino molestarse en revisar los documentos que se conservan en los archivos de la corona catalano-aragonesa para darse cuenta de tal situación— de que la Orden podía ser borrada de la legalidad en cualquier momento; bastaba con un plumazo pontificio...”

Mientras tanto, y descabezada la Orden por el arresto de su Gran Maestre, los Templarios no se atrevían a obrar por su cuenta y se limitaban a esperar, *lo que no quiere decir se mantuviesen mano sobre mano* (nada de particular tiene, pues, ya lo hemos visto, la carta escrita en 1307 al comendador de Mallorca: “...*porque yo entiendo que el Temple se deshace...*”), por lo cual, algunos comendadores, bien obrando por su cuenta o bien siguiendo las directrices de la Orden, procuraron, aun con grandes pérdidas, liquidar determinadas propiedades, para conseguir la mayor cantidad de dinero efectivo posible, porque lo que estaba en la mente de todos era que la Iglesia no tardaría en pronunciarse y que lo haría en forma negativa.

Finalmente, como recordará el lector, algunas Órdenes religiosas o caballerescas abrieron sus puertas a los Templarios que desearan ingresar en ellas (que fueron bastantes); así, los Caballeros Teutónicos acogieron en su Orden a todos los Templarios de origen alemán, que lo solicitasen. En 1317 se fundó en España la Orden de Montesa, que adoptaría la Regla de la de Calatrava, y en 1319 Dionís, rey de Portugal, se limitó a una simple operación de “maquillaje y cambio de imagen”: el Temple siguió siendo el Temple, pero con el nombre de Orden de Cristo, con la diferencia de que en lugar de depender de los Papas, lo haría de la Corona portuguesa. Finalmente, en 1331 Juan XII legalizó el ingreso de los antiguos Templarios en cualquier otra Orden...

No obstante, no faltaron —y fueron muchos— aquellos que, no deseando volver a formar parte de ninguna otra Orden, prefirieron llevar una vida de sobresaltos y aventuras, unos; de anonimato, otros; y los restantes, aún dentro de la clandestinidad, decidieron refundar la Orden... “Que algunos de los pocos elegidos se propusieran mantener viva la Orden, siquiera fuera ilícita y secretamente, cabe dentro de un cálculo de probabilidades —opinión de García Atienza—, pero ya es mucho más problemático que pudieran encontrarse miembros suficientemente preparados para garantizar la continuidad a lo

largo de siete siglos y siempre en la clandestinidad más absoluta, a la espera de ese improbable momento en el que podría reaparecer a la luz... Lo que si considero imposible a todas luces es que, aun en el caso de que esa continuidad se hubiera mantenido, pudiera conservarse a los mismos niveles el «espíritu templario» ...y sobre las mismas estructuras ideológicas que supuestamente recogieron la singladura templaria original...” Acerca de estas opiniones, preferimos dejar el juicio al lector, si no ha tenido la paciencia de llegar hasta aquí... Nosotros nos quedamos un tanto al margen de la polémica...

Tras la ejecución, para unos, o el martirio, para otros, de Jacques de Molay, los Templarios se refugiaron donde buenamente pudieron, unos —ya lo hemos visto— en otras Órdenes, y otros en hermandades o logias más o menos clandestinas. Algunos marcharon a Tierra Santa y se pusieron al servicio de los sarracenos, que apreciaron en lo que valían sus aptitudes. *Puede afirmarse, pues, que la supervivencia del Temple, si todavía era Temple, tuvo lugar a través de Escocia y de Oriente Medio...*



Grabado antiguo que representa bastante libremente a Jacques de Molay, último gran Maestre "Oficial" del Temple.

Según ciertos testimonios tardíos, y que convendría aceptar con bastantes reservas, unas semanas antes de la muerte del Gran Maestre, un tal Francisco de Beaujeu —sobrino del que fuera el vigésimo Maestre, un tal Guillermo de Beaujeu—, habría conseguido visitar a de Molay en su prisión de París, y éste le habría encargado, al parecer, fuera al lugar donde estaban enterrados algunos de los anteriores Grandes Maestros, y buscarse cierto cofrecillo, que debería llevarle a la cárcel. Así lo hizo Francisco de Beaujeu, y de Molay le inició en los más fundamentales secretos de la Orden, indicándole el uso de los objetos y documentos del cofrecillo, tras encomendarle la secreta y difícil misión de reorganizar el Temple, lo que éste hizo, con el concurso de nueve caballeros (recordemos que los fundadores del Temple “oficial” fueron también nueve caballeros) de entre los pocos que habían escapado de las garras de Felipe “el Hermoso”.

Nosotros no estamos en condiciones de aceptar este relato ni de negarlo; pero, contando con la venia del lector, nos vamos a permitir formular algunas objeciones... Las prisiones de la época, incluso las mejores, tenían un régimen disciplinario muy duro, que los Templarios, aparte de los daños ocasionados por las torturas, debieron soportar durante años... Este es uno de los motivos por el cual se nos hace bastante cuesta arriba pensar que el último dirigente del Temple gozara del privilegio especialísimo (lo era entonces) de recibir visitas —que se repetirían, forzosamente, varias veces—, sin que los guardias levantasen un dedo, llevados por la curiosidad o la codicia, especialmente sin el más mínimo detalle de benevolencia les indisponía con un personaje de tan dura condición como era Felipe IV...

A Beaujeu le sucedería el caballero d'Aumont, con quien el Temple se refugió en Escocia. Se habla —aunque este dato proviene también de fuentes tardías— de un tal Juan Marco Larmenius, quien habría recogido en la cárcel el encargo de Jacques de Molay de ponerse al frente de una Orden del Temple, fundada en la clandestinidad, y que éste, a su vez, hacia 1324 habría dimitido, debido a motivos de salud, en beneficio de un cierto Teobaldo de Alejandría... *Como salta a la vista, ambas versiones no coinciden gran cosa, salvo en la voluntad continuista, y deben ser tomadas con grandes precauciones.*

Angel Almazán, estudioso del Temple y siempre bien enterado, en un artículo publicado en el *Diario de Soria* —el 28 de junio de 1992—, tras haber consultado determinados documentos, coloca al famoso mercenario francés (miembro de la baja nobleza bretona), Beltrán Du Guesclin (1314-1380), como un muy posible Gran Maestre del Temple refundado, a partir de 1357. Este personaje tomó parte exitosa en la Guerra de los Cien Años y en la civil que enfrentó en Castilla a Pedro “el Cruel” y su hermanastro Enrique de Trastámara. Curiosamente la organización militar de sus “Compañías Blancas” (usaban capas de este color), por cierto bastante eficaz, recordaba un tanto a la Templaria; por supuesto que siempre han existido modelos e imitaciones. Significativa fue

su actuación en esta guerra, al lado del bastardo, y su intervención en la muerte del legítimo rey (la noche del 23 de marzo de 1369), en oscuras circunstancias, tras pronunciar aquellas famosas palabras, modelo de frase de “doble sentido”: *“Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor”*... Y decimos de “doble sentido” porque si el aventurero bretón era realmente el Gran Maestre del Temple, su “señor” no era el bastardo Enrique, sino el propio Temple, y la Orden no tenía motivos para apreciar a los descendientes de Fernando IV “el Emplazado”, que, como sabemos, la persiguió y expolió; la muerte de Pedro I significaba el fin de aquella dinastía...

Como sabemos, el nuevo soberano, que pasó a la Historia como Enrique “el de las Mercedes”, ya que se vio precisado a apremiar a unos y a apaciguar a otros, mediante tan desproporcionadas concesiones que las “mercedes enriqueñas” acabaron convirtiendo la monarquía castellana en una especie de oligarquía aristocrática, donde la realeza era vano simulacro, situación que —por desgracia— se ha repetido en tres ocasiones a los largo de los siglos...

El 14 de mayo de 1370, Enrique de Trastámara le concedió la ciudad de Soria (que había sido fiel a Pedro I), así como el señorío de Molina con el título de duque, además de las villas de Atienza, Almazán, Deza, Monteagudo de las Vicarías y Morón de Almazán. “En Soria —recuerda Almazán de Gracia— existen al menos una docena de enclaves con tradición templaria, sobresaliendo el monasterio de San Polo y la ermita de San Saturio, en la capital: la ermita de San Bartolo (San Bartolomé, ya descrita en su correspondiente capítulo), en el cañón del río Lobos, y la iglesia de Castillejos de Robledo.” Como sabemos, el mercenario no consiguió estos lugares sin enormes gastos y sangrientas luchas; sin embargo, algún tiempo después, por razones ignoradas, pero que debían ser muy poderosas, Du Guesclin acabó regresando a su país, vendiendo estas plazas al rey, a cambio de una fuerte suma.

Acabada la historia y, después de un largo hiato de silencio, comienza el misterio y las leyendas. Pocas instituciones del pasado han despertado tanta fascinación en el hombre moderno como la Orden del Temple. Esta fascinación procede probablemente del desastrado y romántico final, del crepúsculo de los dioses que tuvo la Orden, de su proceso y de las extrañas acusaciones de que sus miembros fueron víctimas...

...Las circunstancias misteriosas que rodearon el proceso y ruina de los Templarios han estimulado durante siglos, y particularmente a partir del siglo XVIII, la fértil imaginación de autores y novelistas y han enturbiado el tema considerablemente. No obstante, hoy es posible ver claro el origen de los mitos templarios, gracias a las investigaciones de algunos historiadores...

—Y, sin embargo, es posible que estos historiadores no estén en posesión de la única completa verdad y no todo lo que preconizan los ocultistas sea igualmente falso. Quizá dentro de un tiempo, cuando la ciencia histórica se atreva a emprender estudios interdisciplinarios, y a tener en cuenta las conclusiones de la antropología y la historia de las religiones, se comience a

admitir que los Templarios pudieron ser algo más que monjes guerreros consagrados a proteger a los peregrinos que se aventuraban por el camino de Jerusalén.

Los Templarios y otros enigmas medievales,
Juan Eslava Galán

En el mundo existen más de 400 grupos neotemplarios, siendo la OSMTJ una de las órdenes mejor organizadas internacionalmente. En julio de 1987, al término de una ceremonia templaria en Medinaceli, Fernando del Toro [Gran Prior General de la OSMTJ en España] indicaba que OSMTJ tenía prioratos y bailías en 40 países y territorios del mundo.

La OSMTJ argumenta su fidelidad a la tradición templaria con la denominada "Carta de Larmenius", sucesor del inolado Jacques de Molay. Según la tradición, Jean Marc Larmenius recibió del último Gran Maestre histórico la misión de dirigir al Temple en la clandestinidad impuesta por la bula "Vox in Excelso" del Papa Clemente V.

Asimismo se apoya en la compilación de 1705 ordenada por su Gran Maestre Felipe, duque de Orleans, y por la compilación llevada a cabo en 1947 por Antonio Campello Pinto de Sousa Fountes, noble portugués.

La unidad europea, e incluso universal, bajo un único gobierno sinárquico es uno de los objetivos utópicos de la OSMTJ, junto con el apoyo a la liberación de expresión, de conciencia y de religión.

Diario de Soria, nº del 28 de junio de 1992

NOTA ACLARATORIA

Infinidad de libros se han escrito acerca de un tema tan atrayente como puede ser la historia del auge y caída del Temple, y nosotros no creemos que hayamos aportado nada nuevo. Lo único que hemos pretendido, ignoramos si lo hemos logrado, es acercar al lector a una época y a unos hechos históricos muy determinados, y no muy bien conocidos, aunque más con ánimo divulgativo que con la intención de presentar un libro científico y rigurosamente histórico.

Las circunstancias de que hayamos recogido opiniones, juicios y textos diversos no significa forzosamente que nos sintamos identificados con su contenido, ni tampoco, aunque nos hayamos tomado la libertad de ejercer la crítica, hemos tenido la menor intención de ofender a personas e instituciones tanto vigentes como extintas, que hemos citado, manifestando nuestro respeto a la libre expresión y a todos credos y opiniones, respecto que solicitamos para nosotros... Porque, en palabras de Thomas Jefferson: “Una opinión equivocada puede ser tolerada donde la razón es libre de combatirla”.

El Autor

BIBLIOGRAFÍA DE "LA HISTORIA DE LOS TEMPLARIOS"

- “Un documento: el «no» de Galileo”, *Revista Horizonte*, núm. 5 (julio-agosto 1969). Plaza & Janes, Barcelona.
- Sagrada Biblia*, Editorial Católica, Madrid, 1958.
- Historia de la Iglesia*, Editorial Códex, Buenos Aires, 1962.
- Historama*, Editorial Códex, Madrid, 1965.
- Historia Universal Ilustrada*, Noguer-Rizzoli-Larousse, Barcelona, 1974.
- El gran libro de lo asombroso e inaudito*, Selecciones del Reader's Digest, Madrid, 1980.
- Guinness. Libro de los récords*, Exclusivas Gráficas Catalanas, Barcelona, 1983.
- Arranz Velarde, Fernando. *Historia externa e interna de España*, Santander, 1932.
- Asimov, Isaac. *El libro de los sucesos*, Maeva-Lasser Ediciones, Madrid, 1988.
- Ávila Granados, Jesús. Colaboración en el núm. 259 de la Revista *Historia y Vida*, octubre 1989, Barcelona.
- Barber, Malcolm. “Los Templarios”, *Cuadernos de Historia 16*, núm. 219. Información y Revistas. Madrid, 1985.
- Bochaca Oriol, Joaquín. *Democracia Show*, Ediciones Huguin, Barcelona, 1983.
- Contreras y López de Ayala, Juan de (Marqués de Lozoya). *Historia de España*, Salvat Editores. Barcelona, 1967.
- Dumas, Alejandro. *Los Caballeros Templarios*, Biblioteca El Sol, Madrid, 1992.
- Eslava Galán, Juan. *Los Templarios y otros enigmas medievales*, Planeta, Barcelona, 1992.
- Fisas, Carlos. *Historias de la Historia* (Quinta serie), Planeta. Barcelona, 1991.
- Florentín, Manuel. “La muerte de los Templarios”, *Revista Historia y Vida*, nº 263, febrero 1990, Barcelona.
- Gil y Carrasco, Enrique. *El Señor de Bembibre*, Ediciones Orbis. Barcelona, 1984.
- Lamming, H. *Las Cruzadas*, Bruguera, Barcelona, 1971.
- Martín, José Luis. “Las Cruzadas”, *Cuadernos de Historia 16*, nº 140., Información y Revistas, Madrid, 1985.
- Martínez Shaw, Carlos. Colaboración en el nº 12 de la *Revista Historia y Vida* (marzo 1969). Barcelona.
- Muñiz, Carlos. “Miserere para Medio Fraile”, *Revista Tiempo de Historia*, nº 4 (marzo 1975), Prensa Periódica. Madrid.
- Scott, Walter. *Ivanhoe*, Orbis, Barcelona, 1984.
- Taylor Woots, Jeremy. *Enigmas de la Historia*, A. L. Mateos. Madrid, 1991.

Vignati, Alejandro. *El enigma de los Templarios*, ATE, Barcelona, 1975.

Walker, Martin. *Noticias insólitas de la Prensa*, Edicomunicación, Barcelona, 1990.

Prensa Española, en general, y muy especialmente, Diario *Alerta* (Edición de Valladolid), por la selección de textos del investigador Fernández Urresti.

El autor agradece la ayuda recibida en forma de aclaraciones, recortes de prensa, fotocopias, ilustraciones, etcétera, que le han sido indispensables y sumamente útiles para la confección del presente libro, a:

—Embajada de Francia (Liceo Francés)

—Embajada de Portugal (Departamento Cultural)

—D. Juan Eslava Galán, escritor y profesor. Licenciado en Filología Inglesa y Doctor en Filosofía y Letras (Historia Medieval).

—Revista *Historia y Vida* (Barcelona)

—Mencionamos de forma muy especial la inapreciable ayuda material y moral recibida de la *Orden Soberana y Militar del Temple de Jerusalén*. Priorato de España (D. Fernando del Toro Garland).

Nota: Las interpolaciones y comentarios entre corchetes en las citas textuales son obra nuestra.

BIBLIOGRAFÍA DE "EL MISTERIO DE LOS TEMPLARIOS"

Alarcón Herrera, Rafael. *A la sombra de los Templarios*, Martínez Roca, Barcelona.

Anónimo. *Poema del Mío Cid*. Salvat. Estella (Navarra), 1970.

Arranz Velarde, Fernando. *Historia externa e interna de España*. Santander, 1932.

Asimov, Isaac. *El libro de los sucesos*. Maeva-Lasser Ediciones, Madrid, 1988.

Autores varios. *Atlas Mundial*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1993.

—. *Curso de Ayudante de Laboratorio*, Instituto Americano, Madrid, 1963.

—. *Diccionario Enciclopédico Labor*. Labor, Barcelona, 1965.

—. *Diccionario Enciclopédico Planeta-Agostini A-Z*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1992.

—. *El crisol del Cristianismo*, Labor, Barcelona, 1971.

—. *El gran libro de lo asombroso e inaudito*, Selecciones del Reader's Digest. Madrid, 1980.

—. *Enciclopedia Alfatemática*, Cuántica editora, Buenos Aires, 1978.

—. *Guía Turística de España y de Portugal*, Plaza & Janés, Barcelona, 1986.

—. *Historama*, Códex, Madrid, 1965.

—. *Historia de España*, Historia-16. Información y Revistas, Madrid, 1986.

—. *Historia Universal Ilustrada*, Noguer-Rizzoli-Larousse, 1974.

- .*Jesucristo*, Urbi6n, Madrid, 1974.
- .*Jesús y su tiempo*, Selecciones del Reader's Digest, Lisboa, 1992.
- .*Salvat Estudiante*, Salvat, Estella (Navarra), 1977.
- Ávila Granados, Jesús. Colaboración en el n.º 259 de la revista *Historia y Vida* (octubre 1989), Barcelona.
- Aznar, Fernando. *España medieval, Musulmanes, Judíos y Cristianos*, Compañía Europea de Comunicación e Información, Madrid, 1991.
- Barber, Malcolm. *Los Templarios*, Cuadernos de "Historia-16", n.º 219. Información y Revistas, Madrid, 1985.
- Bohaca Oriol, Joaquín. *El mito del judaísmo de Cristo*, Barcelona, 1980.
- Cantú, Cesare. *Las Órdenes de los Caballeros*, Edicomunicación, Barcelona, 1988.
- Caro Baroja, Julio. *Los pueblos de España*, Datafilm, Madrid.
- Carro Celada, Esteban. "Picaresca, milagrería y bonanza en el Camino de Santiago", en revista *Historia y Vida*, n.º 30 (setiembre, 1970), Barcelona.
- Contreras y López de Ayala, Juan (Marqués de Lozoya). *Historia de España*, Salvat, Barcelona, 1967.
- Charpentier, Louis. *El misterio de Compostela*, Plaza & Janés, Barcelona, 1973.
- Chatelain, Maurice. *Nuestros ascendientes llegados del Cosmos*, Plaza & Janés, Barcelona, 1977.
- Doreste, Tomás. *Grandes temas de lo oculto y lo insólito*, Actual Ediciones, Bogotá, 1991.
- Dumas, Alejandro. *Los Caballeros Templarios*, Compañía Europea de Información, Madrid, 1992.
- Eco, Umberto. *El nombre de la rosa*, RBA Editores, Barcelona, 1992.
- El Corán*. Planeta, Barcelona, 1989.
- Eslava Galán, Juan. *Los Templarios y otros enigmas medievales*, Planeta, Barcelona, 1992.
- García Atienza, Juan. "La huella de la droga en el mundo medieval", en revista *Historia-16*, n.º 135 (mayo 1987), Información y revistas, Madrid.
- .*Los secretos templarios*, Biblioteca Básica de Espacio y Tiempo, Madrid, 1992.
- García Font, J. *La alquimia y sus enigmas*, en revista *Historia y Vida*, n.º 39 (junio 1971), Barcelona.
- García Pérez, Guillermo. *Ocho estudios sobre el Cantar de Myo Çid*, Polifemo, Madrid, 1993.
- Gil y Carrasco, Enrique. *El Señor de Bembibre*, Orbis, Barcelona, 1984.
- Gómez Tabernea, José Manuel. *Prontuario de Historia del Arte Español*, Ed. Tesoro, Madrid, 1959.
- Hermosilla, María José. "El Ejército de Al-Andalus", en revista *Historia y Vida*, n.º 22 (enero 1970), Barcelona.
- Kipling, Rudyard. *El ojo de Alá*. Compañía Europea de Comunicaciones e Información, Madrid, 1991.
- López Puerta, Luis. "Cómo los romanos explotaron Hispania", en Revista *Respuesta Ilustrada*, n.º 1, Madrid, 1988.

- M. Upjohn, Everard; S. Winger, Paul y Gastón Mahler, Jane. *Historia Mundial del Arte*. Daimón, Barcelona, 1972.
- Montoliu, Manuel de. *Gonzalo de Córdoba. El Gran Capitán*. Seix Barral, Barcelona, 1947.
- Obrigón, Enrique de. "De las peregrinaciones al turismo moderno. Santiago de Compostela", en revista *Historia y Vida*, extra nº 54, Barcelona.
- Pauwels, Louis y Bergier, Jacques. *El retorno de los brujos*, Plaza & Janés, Barcelona, 1965.
- Sagrada Biblia*. La Editorial Católica, Madrid, 1958.
- Salinas y Bellver, Salvador. *Atlas Histórico General de España*, Madrid, 1926.
- Sede, Gérard de. *El oro de Rennes*. Plaza & Janés, Barcelona, 1976.
- Taylor Woots, Jeremy. *Enigma de la Historia*, A.L. Mateos, Madrid, 1991.
- Thomas, Raymond. *Zen, relación práctica del Zen al Budo*, Editorial Alas. Barcelona, 1971.
- Tomas, Andrew. *No somos los primeros*, Plaza & Janés, Barcelona, 1973.
- Valdezate, Ignacio. Colaboración en el núm. 0 de la revista *Ruta Solar* (junio 1976), Madrid.
- Valles, Edmón. "La secta ismaelita de los Asesinos", en revista *Historia y Vida*, nº 14 (mayo 1969), Barcelona.
- Varela, Isabel y Llana, Ángeles. *La expansión del Islam*, Compañía Europea de Comunicación e Información, Madrid, 1991.
- Vignati, Alejandro. *El enigma de los Templarios*, ATE. Barcelona, 1975.
- Wiseman, Nicholas Patrick (cardenal Wiseman). *Fabiola o la Iglesia de las catacumbas*. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1949.

Prensa Española, en general, y muy especialmente los Diarios *Alerta* (Edición de Valladolid), por la selección de textos del investigador Fernández Urresti; *El Norte de Castilla* (Valladolid); y *Diario de Soria*, por la selección de textos de los escritores Almazán de Gracia, Ruiz Vega y García Atienza.

El autor expresa su agradecimiento a la ayuda recibida en forma de recortes o fotocopias de prensa, aclaraciones, fotografías, ilustraciones, documentación en general, etcétera, que le han sido indispensables y útiles para la confección del presente libro:

- D. Juan Eslava Galán, escritor y profesor.
- D. Juan García Atienza, escritor e investigador.
- D. Ángel Almazán de Gracia, escritor y periodista, director de la *Revista de Soria*, a la que pertenecen las fotografías de las páginas 93 y 99.
- Revista *Historia y Vida* (Barcelona)
- Consellería de relacions Institucionals e Portavoz do Gobierno, a través de S.A. de *Xestión do Plan xacobeo* 93.
- Revista infantil *Aguilucho* (Madrid)

— Mención especial a la revista *Más Allá* (Madrid), por permitir al autor la utilización de textos procedentes del artículo “Rutas Mágicas de España”, de Sebastián Vázquez, así como las fotografías de las páginas 21, 25, 111, 117, 133, 135 y 145.

— Estimamos de manera muy especial la ayuda material y moral recibida de la *Orden Soberana y Militar del Temple de Jerusalén* (OSMTJ). Priorato de España (D. Fernando del Toro Garland), en especial por las ilustraciones de las páginas 53 y 221.

Nota: Las interpolaciones entre corchetes y comentarios entre corchetes en las citas textuales son obra nuestra.

ÍNDICE

Historia de los templarios.....	5
Introducción.....	7
El origen de las Cruzadas.....	9
¡Dios lo quiere...!	13
Los orígenes del Temple.....	19
La organización del Temple.....	25
Jerarquías y régimen interior.....	31
La expansión del Temple.....	43
La caída de Jerusalén.....	53
Por el hierro y por el fuego.....	59
La Cruzada de Federico II.....	65
El canto del cisne.....	71
El último Cruzado.....	73
El último baluarte.....	77
Los monjes soldados.....	83
Los últimos de Tierra Santa.....	91
Orden rica, Hermano pobre.....	95
Nubes oscuras.....	103
Nubes negras.....	113
El atentado de Agnani.....	115
¡Jaque al Temple!.....	121
Sol negro.....	129
Las hogueras de Nogaret.....	135
Sin embargo.....	143
Dies Irae.....	145
Al lector.....	149
El Misterio de los templarios.....	151
Al lector.....	153
Templarios y compañeros.....	157
El hermetismo Templario.....	173
Alquimia y piedra filosofal.....	181

Tabla de símbolos para interpretar grabados alquímicos.....	185
El oro y la plata.....	191
El Temple y América.....	199
Las Islas Canarias: ¿etapa, refugio o santuario?.....	209
Un curioso lugar: San Juan de Otero.....	215
<i>Zonas y lugares esotéricos relacionados con el Temple,</i>	
<i>y especialmente con el enclave de San Juan de Otero.....</i>	226
Un trascendental hallazgo.....	237
Se hace camino al andar.....	243
El Baphomet.....	263
El día del juicio.....	275
Juez, jurado y verdugo.....	285
Los otros Templarios.....	293
La supervivencia del Temple.....	305
Nota aclaratoria.....	311
 Bibliografía.....	 313

dalismo, cuando el comercio de cierta importancia constituía una aventura al menos tan arriesgada como la carrera de las armas, aunque mucho menos estimada. Considerando las enormes dificultades que debieron superar, como el pésimo estado de los caminos, los inadecuados medios de transporte, la muy escasa seguridad en todos los sectores y las evidencias del sistema monetario, resulta sorprendente la magnitud del progreso obtenido. Se exploró, en consecuencia, cualquier circunstancia que favoreciera el aumento de los intercambios; se volvió al oro, aunque no era muy abundante, como medio de transacción; se realizaron nuevos tipos de crédito; se construyeron grandes asociaciones; se aprovechó la participación en las Cruzadas y la colonización del Oriente musulmán y bizantino; se organizaron compañías monopolistas a escalas europeas, como la famosa Hansa, y se crearon bancos con muchas filiales.

El desarrollo del lujo va acrecentando el comercio e incluso la aparición de centros industriales especializados; por ejemplo: Flandes o el norte de Italia, en la industria textil; o París en los oficios artesanos. Los burgueses se enriquecen, invierten sus beneficios en la tierra y tratan de integrarse en la nobleza.

La nueva mentalidad produce el rechazo de ciertos ordenamientos consagrados por seculares tradiciones, es decir, hacia determinados aspectos del sistema político y religioso medieval, del que se deriva una profunda transformación política en toda Europa, condicionándola y al propio tiempo condicionada por ella. La promoción de la burguesía coincide con el declinar de la política encaminada a la instauración de "imperio cristiano-universal"; en este sentido, sólo siguió siendo la Iglesia romana, pese a sus crisis y contradicciones. Por todas partes, el sistema feudal se halla minado por la economía monetaria. Únicamente la favorable coyuntura económica impide el estallido de la crisis...

hasta los primeros años del siglo XIV...

Para adaptarse a los nuevos tiempos, fue precisa una gran reforma monetaria (hasta el momento el comercio requería poco dinero). El oro y la plata, signos de riqueza, que se pueden contar y guardar con facilidad, se convirtieron en el motor de todas las actividades humanas; pero al ser tan escasos, se llegó al extremo de tener que fundir innumerables preciosos objetos artísticos para transformarlos en monedas, cuando ya había quedado atrás la preocupación de asegurarse lo indispensable para subsistir. Con estas monedas de tan diversos orígenes aparecieron nuevas profesiones: cambisistas, pesadores, banqueros y prestamistas... naturalmente, se produjeron fenómenos prácticamente desconocidos como la falta de metales preciosos, alzas de precios y desagradables subidas de impuestos.

EL ORO Y LA PLATA

Volvamos nuevamente, tal vez con excesiva reiteración, a insistir sobre los problemas que ha planteado el estudio de las finanzas del Temple, y que podemos resumir brevemente: su riqueza se debía a la sabiduría y hábil administración de su creciente patrimonio, a la circunstancia de estar eximidos de impuestos, a las abundantisimas donaciones que recibían, a su papel de banqueros, etcétera... ¿Disponían, acaso, de otras fuentes de ingresos que no fuese la muy problemática transmutación alquímica de materiales vulgares en oro y plata...? Evidentemente cabe pensar que debieron tener otras formas de acceder a la posición de metales nobles... Ahora bien, *cuales eran?*

Durante los siglos XI, XII y XIII los pueblos del ámbito romano-germánico, en continuo crecimiento, van mejorando de manera gradual su nivel de vida, con distinto ritmo según las zonas. La producción agrícola se había estabilizado, mientras que la población seguía creciendo. Se hizo preciso sanear, desbrozar, roturar y cultivar territorios inmensos; la producción aumentó gracias a las mejores condiciones laborales de los trabajadores, y se intensificaron los intercambios comerciales. Con todo, nunca había existido una economía "completamente cerrada", salvo en casos excepcionales, debido a exigencias defensivas.

A partir de los siglos XI y XII, una serie de cambios en la situación política van permitiendo la consolidación de una economía abierta, basada en el intercambio, que acabó por prevalecer en la vida política de la Europa Occidental. De esta forma fue conjurada la crisis, al menos hasta el siguiente siglo.

La estabilización agrícola y ganadera fue acompañada de un retroceso de fronteras, exceptuando en la parte oriental de Alemania, debido a que los Caballeros Teutónicos fueron ganando tierras del Este, a expensas de los paganos y poco civilizados eslavos. En España, después de una etapa de portentosos avances, la Reconquista se estanca. En el Oriente Medio, el imperio bizantino se reconstruye, y los turcos se apoderan, uno a uno, de los principados francos de Tierra Santa, progresando notablemente en los Balcanes. Hombres y bestias están mejor alimentados, lo que da como resultado mayores rendimientos en todas las actividades, dando motivo a que la producción agrícola y artesanal fuera progresivamente organizándose como primera etapa de un proceso encaminado a satisfacer las necesidades de los consumidores, mediante una fase intermedia